ERNESTO BARK

LOS VENCIDOS

Estudio, edición y notas de
DOLORES THION SORIANO-MOLLÁ

LOS VENCIDOS

Novela Política Contemporánea

POR

ERNESTO BARK

Alicante:
EST. TIP. DE EL LIBERAL.

1891

ERNESTO BARK

LOS VENCIDOS

LITERATURA Y CRÍTICA / 20

ERNESTO BARK

LOS VENCIDOS

Edición anotada y prólogo de
Dolores Thion Soriano-Mollá

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

ALICANTE 2005

© de la edición anotada y prólogo: Dolores Thion Soriano-Mollá
© de la presente edición:
INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA «JUAN GIL-ALBERT»

I.S.B.N. 84-7784-461-5 • Depósito Legal: A-628-2005

Imprime: Espagrafic San Juan de Alicante

Ernesto Bark von Schultz

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR 13

1. ERNESTO BARK, UN VENCIDO EN ESPAÑA 16

2. ERNESTO BARK: PERIODISMO Y LITERATURA 26

1. PRENSA Y POLÍTICA 32

2. PRENSA Y LITERATURA 35

3. PRENSA Y CRÍTICA LITERARIA 39

3. ITINERARIO PERIODÍSTICO DE ERNESTO BARK 43

1. LAS REVISTAS HISPANO-ALEMANAS DE ERNESTO BARK 43

2. ERNESTO BARK EN LA PRENSA PROGRESISTA ESPAÑOLA 48

3. ERNESTO BARK EN LA PRENSA MADRILEÑA: *LA DEMOCRACIA SOCIAL* Y *GERMINAL* 56

4. OTROS PROYECTOS Y COLABORACIONES 80

4. LOS VENCIDOS, NOVELA AUTOBIOGRÁFICA 86

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 117

LOS VENCIDOS 127
CAPÍTULO I 129
CAPÍTULO II 133
CAPÍTULO III 137
CAPÍTULO IV 142
CAPÍTULO V 147
CAPÍTULO VI 151
CAPÍTULO VII 154
CAPÍTULO VIII 159
CAPÍTULO IX 164
CAPÍTULO X 168
CAPÍTULO XI 172
CAPÍTULO XII 176
CAPÍTULO XIII 181
CAPÍTULO XIV 186
CAPÍTULO XV 191
CAPÍTULO XVI 196
CAPÍTULO XVII 202
CAPÍTULO XVIII 209
CAPÍTULO XIX 215
CAPÍTULO XX 221
CAPÍTULO XXI 225
CAPÍTULO XXII 231
CAPÍTULO XXIII 236
CAPÍTULO XXIV 240
CAPÍTULO XXV 246
CAPÍTULO XXVI 252
CAPÍTULO XXVII 256
CAPÍTULO XXVIII 262
NOTAS 267

ESTUDIO PRELIMINAR

La singularidad de la figura de Ernesto Bark en el panorama cultural de fines del siglo XIX y principios del XX no rezó únicamente a su azarosa biografía como refugiado político. Destacó en España por su incondicional activismo en aras de la instauración de una República Social en España, antesala de una utópica República Universal. Bark encarnaba un nuevo modelo de intelectual comprometido; era el propagandista cosmopolita, el «proletario de levita» que privilegiaba la sociabilidad y la formación de un estado de opinión pública, aun en detrimento de la exclusiva construcción epistemológica. Bark, hombre de terreno antes que pensador original, encauzó principalmente su acción a través de la tribuna periodística como órgano moderno de opinión, propaganda y educación, desde sus más bisoñas experiencias revolucionarias en la Rusia zarista hasta la España de Primo de Rivera.

Los artículos en la prensa progresista, los folletos y libros sobre política y periodismo representan la producción de Bark hasta los años noventa. Fue entonces cuando su carrera de escritor se amplió en los cauces de la creación artística en lengua española, con la composición de la novela *Los Vencidos* (1891) que en la presente edición recuperamos. Residía a la sazón en Alicante, había logrado una «calma momentánea»[1] y un dominio suficiente del idioma como para escribir una novela política ambientada en la Europa de su tiempo presente; una Europa en

[1] BARK, Ernesto, *Los Vencidos*, Alicante, Tipografía El Liberal, 1891, p. 127.

donde las corrientes nihilistas rusas pugnaban desde el exilio por derrocar la oligarquía del zar.

El itinerario del protagonista de *Los Vencidos,* Erico Orloff, en quien plasmó Bark su propia biografía, se ajusta al de una juventud azarosa y aventurera. Su curso fluye a través de diferentes países: desde Estonia, Rusia, Suiza, Austria, Italia a España. En esa trayectoria motivada por la lucha antizarista, Erico Orloff orientará su compromiso vital con la Modernidad, basándose en la divulgación de los valores jacobinos de libertad, igualdad y fraternidad, en aras a una reforma social de carácter internacional que auspiciara una nueva Europa. Ese utópico y ambicioso proyecto se concretizará en torno a una doctrina y un modelo de gobierno definidos en cada contexto social de manera científica y positiva, el Socialismo Positivo y la República Social. Reformismo, cooperativismo, moderantismo e ilustración popular serían algunas de las características principales de este pensamiento político cosmopolita que engarza con el regeneracionismo español.

La novela que aquí recuperamos, *Los Vencidos,* nace en la encrucijada de la literatura, el periodismo y la historia; se inspira en distintos modelos literarios tales como la autobiografía y la novela de aprendizaje alemana (*Bildusnsgroman*) y la novela de aventuras romántica y participa en la creación de una novela regeneracionista española.

1. Ernesto Bark, un vencido en España

Aunque la trayectoria biográfica sobre el azaroso itinerario de Bark y su pensamiento fueron reconstruidos en nuestra monografía, *Ernesto Bark, un propagandista de la Modernidad (1988),* recodaremos sucintamente quién era este «vencido» que eligió España como tierra de adopción[2].

---

[2] Entre los estudios dedicados a Bark: GONZALEZ MARTEL, Juan Manuel, «Ernest von Bark, un publicista radical rusohispano ante el Basilio Soulinake de Luces de bohemia de Ramón del Valle Inclán», *Homenaje a Alonso Zamora Vicente,* Universidad de Alicante, 2003, pp. 693-708; PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael (1970), *El grupo Germinal, una clave del 98,* Madrid, Taurus; PHILLIPS, Allen W., «Un personaje de Valle-Inclán en

Ernesto Bark von Schultz nació en Kaava (Estonia), el 23 de marzo de 1858, en el seno de una familia de la pequeña aristocracia balto-germana. Fue el benjamín entre seis hermanos, recibió una esmerada educación y se destacó pronto por su carácter rebelde e inconstante. Mientras estudiaba Economía y Comercio en la Escuela Politécnica de Riga participó en los Movimientos del Despertar Estonio, impulsado más por la lucha antizarista que por las reivindicaciones nacionalistas estonias. Animado por el mismo ímpetu, se alistó al ejército en 1877. Pensaba que la guerra de Turquía serviría de baluarte para derrocar la oligarquía zarista, por lo que Bark, como tantos otros jóvenes, vio frustrados sus sueños democráticos y acabó desertando. Prosiguió sus estudios de Historia, Filosofía, Política y Sociología en las Universidades de Leipzig, Munich y Berlín. Los conocimientos adquiridos en esas universidades sobre las nuevas ciencias de la sociología y la psicología de las naciones le indujeron a buscar una consecución política. Sobre el terreno, había descubierto las doctrinas y prácticas políticas del marxismo, el *kulturkampf* y el Imperialismo alemán, los cuales fueron decisivos en su formación intelectual le indujeron a buscar la consecución política de las mismas. Por ello, Bark inició una larga singladura con numerosos viajes de estudios a través de Europa.

---

tres tiempos», *Homenaje a Alonso Zamora de Vicente*, IV, Madrid, Castalia1994, pp. 309-327; y del mismo autor: «Algo más sobre la bohemia madrileña: testigos y testimonios» en *Anales de literatura de la Universidad de Alicante,* nº 4 (1986), pp. 327- 362; y *En torno a la bohemia madrileña*, Madrid, Ed. Celeste, 1998; RÍOS CARRATALÁ, Juan Antonio, «La novela de un radical, Ernesto Bark», *Homenaje a Antonio Vilanova,* Barcelona Universidad, 1989, pp. 557-566; THION SORIANO-MOLLÁ, Dolores, *Ernesto Bark, un propagandista de la Modernidad,* Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1998; «Ernesto Bark, un romántico revolucionario» en *Del Romanticismo al Realismo en España,* Madrid, Castalia, 1998, pp. 497-513; «La Gente Nueva del fin de siglo », *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Castalia, 2000, pp. 425-433; ZAMORA VICENTE, Alonso, *La realidad esperpéntica,* Madrid, 1969; y «Nuevas precisiones sobre Luces de Bohemia», *Bohemia y literatura*, Sevilla, 1993, pp. 11-26. En Estonia, Jüri Talvet publicó el artículo, «Ernesto Bark y su visión de España» dans *Teekond-Hispaniasee (Un viaje a España),* Tallinn, Ed. Loomingu Raamatukogu, 1985, pp. 48-63; después en *Hispaaniast Amerikasse (De España a Portugal),* Tallinn, Eesti Raamat, 1992, pp. 55-70.

El «exagerado del pensamiento en acción», como le solía denominar Alejandro Sawa, llegó a España a finales de 1884[3]. En su anterior viaje de estudios había conocido a Matilde Cabello García, a la que convirtió en su esposa y madre de sus seis hijos. Precisamente, el amor que Bark sentía por ella es unos de los motores de la intriga de *Los Vencidos*. El escritor traslada a la ficción desde su primer encuentro con Matilde hasta el feliz enlace nupcial en Málaga.

El matrimonio Bark se instaló en Madrid, centro neurálgico de la vida política y cultural, en el que Ernesto se introdujo sin dificultad. Fue corresponsal de la *Gaceta de Colonia* y del periódico *National Zeitung* de Berlín. En los artículos que Bark enviaba a Alemania, en 1888, atacaba la Monarquía y la política de Sagasta. A raíz de sus virulentas crónicas (en las que ponía en tela de juicio a los representantes de la justicia y la política) tras el célebre caso de la calle Fuencarral, Montero Ríos diligenció su expulsión de España. No obstante, Bark se ocultó en Barcelona por algún tiempo. De regreso a Madrid, su casa fue asaltada y él confinado de nuevo en la Cárcel Modelo de Madrid (1888). En calidad de corresponsal y español de adopción, Bark publicó varias cartas en *El Resumen* y *El País* denunciando los ultrajes de los que había sido víctima él y su familia[4].

---

[3] Llamaba la atención en las tertulias de café, donde proclamaba con vehemencia el advenimiento de la Revolución Social, por su gran elocuencia y su figura pintoresca de rebelde y «aire alucinado y extraño», «que lleva una llama por pelos en la cabeza, y cuyos ojos árticos lanzan miradas de fuego que ignoran las más ardientes pupilas meridionales, me produce, por efecto puramente material, por sensación física, el efecto de un hombre de los trópicos, que con el cerebro en fuego viniera a comunicarnos sus ígneas impresiones arreboladamente. Yo afirmo su sinceridad estética y filosófica; pero me deslumbra la llama de ese terrible penacho de pelo rojo que arde en su frente...SAWA, Alejandro, *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, Alhambra, 1977, p. 35 y p. 239; VALLINA, Pedro, *Mis memorias*, México, Ed. Caracas, 1968; p. 63; CARRERE, Emilio, «La casa de la bohemia» en *Retablillo grotesco y sentimental*, Madrid, Ed. Mundo Latino, p. 125; BAROJA, Pío, «Desde la última vuelta del camino» en *Final del s. XIX y principios del XX*, OOCC, VII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1945,1945, pp. 612-613; VALLE INCLÁN, *Luces de Bohemia*, Madrid, Espasa Calpe, 1967.

[4] *El Resumen*, nº 12.993 (9 de octobre de 1888), s. p. y *El País* (julio-noviembre de 1888), s.p.

En 1890, su participación activa en la organización de la primera manifestación del 1 de Mayo le condujo de nuevo a la cárcel y al exilio en París. Allí vivió entre la bohemia y otros republicanos progresistas refugiados. Subsistía gracias a algunas clases de idiomas, traducciones y, especialmente, a su intrusión en el mercado negro de diamantes. Durante esta época intercambió correspondencia con Alejandro Sawa. Las cartas son crónicas sobre la vida parisina y estudios comparativos sobre la posición social y la profesionalización de los escritores en Europa[5].

De vuelta a España a finales de 1890, Bark quiso instalarse en Barcelona, ciudad a la que llegó con algunas cartas de recomendación como la que así reza:

> «Je vous recommande très chaleureusement Monsieur Ernest Bark, notre très distingué confrère, auteur de beaucoup d'ouvrages importants, entre autres, d'un *Voyage en Espagne et au Portugal.* Monsieur Bark, qui est devenu presque espagnol, a l'intention de se fixer à Barcelonne avec sa famille. J'espère que vous aurez le plaisir de le connaître.
>
> Votre tous dévoué I. Pavlovsky.
>
> Ps. S ; Vous me ferez le plaisir en présentant M. Bark aux amis qui auront certainement grand intérêt de le connaître»

Esta era la misiva que Isaac Pavolovsky dirigía a Narcís Oller solicitando que ayudase a Bark a penetrar en el mundo de la prensa catalana. Isaac Pavlosvsky, nihilista refugiado igual que Bark, había fijado su residencia en París donde trabajó como corresponsal del periódico *Novoie Vremia* de San Petersburgo. Fue un gran difusor de la literatura española en Rusia, por lo que mantuvo estrechos contactos con numerosos escritores españoles: Narcís Oller, Josep Yxart, Emilia Pardo Bazán, José de Pereda, Benito Pérez Galdós, etc.; sobre todo, con el primero, de quien fue íntimo y fiel amigo. De la correspondencia personal de Isaac Pavlovsky rezuma un sentimiento de solidaridad hacia Bark, como hacia los revolucionarios nihilistas a los que el des-

[5] *Correspondance Latine. Chronique Hebdomadaire* (Paris, 1890).

tino deparó una vida de emigrado como a él[6]. La recomendación de Pavlovsky fue moderadamente efectiva, a tenor del relato que Narcís Oller rememoraba sobre su encuentro con Bark en sus postreras memorias. Cuando Bark se presentó en su casa a saludarle de parte de su amigo Pavlovsky, este «alemany empeltat de rus» ya le causó una mala impresión de manera instantánea: «sigui per la brusquedat amb què l'home em què l'home emva emprendre, sigui perque anava molt desendreçat, sigui per la superstició que em despertava el seu pèl ros panotxa... no ho sé, de cop em causà un efecte repulsiu. Però en veure la tarjeta de presentació vaig reaccionar i el vaig fer pujar al meu pis». Pese a la fuerza del instinto y las primeras apariencias, Narcís Oller descubrió a un hombre correcto y afable, con quien, en lo sucesivo, compatiría las tardes dominicales: «Malgrat els seus radicalismes de sectari amb què sortia quan es tocava algun problema sociològic o es discutia alguna gran figura històrica, tant l'Yxart com jo li vàrem posar afect i confiança»[7]; venciendo unas primeras reticencias de estigma burgués. Cierto es que Bark defendía un ideario político republicano-socialista, mantenía una actitud crítica ante el materialismo marxista, exaltaba la libertad individual y el armonicismo espiritual, denunciaba las lacras sociales y anhelaba despertar al lector a la lucha predicando la solidaridad, la coalición de fuerzas, la huelga general y las manifestaciones del primero de mayo, comos se detallará al estudiar su itinerario periodístico.

Cuando tuvo noticia del verdadero activismo de Bark a favor de la causa obrera, las opiniones de Oller fueron cambiando de signo. El radicalismo de Bark, agitador de las masas populares, no resultó de su agrado, en especial con la distancia del recuerdo:

---

[6] Pocos documentos han quedado de sus relaciones con Bark puesto que sus documentos personales fueron en parte destruidos por su familia dados sus orígenes ruso-judíos, altamente comprometedores ante las persecuciones y depuraciones nazis.

[7] OLLER, Narcís, *Memorias literarias*, Barcelona, Ed. Aedos, 1962, pp. 24-25.

«(...) l'hipòcrita alemany era tot un *meneur* d'obrers enviat a Barcelona per organitzar la primera vaga general de primer maig que aquí causà tants estralls i alarma, es quedà veient visions! Figuri's vostè si no m'havia de quedar jo, jo que havia rebut i obsequiat a casa meva un ser tan infaust i perillós...»[8].

Si bien las declaraciones que hizo a Isaac Pavlovsky en su carta el 11 de abril de 1891 fueron menos acerbas, como consigna la cita que a continuación reproducimos:

«Ultimamente veo poco a Bark que anda ahora metido con obreros socialistas, publicando un periódico y trabajando por la redacción de este cuarto estado que sueña vivir sin trabajar y en quitarle al capitalista los quebraderos de cabeza que para defender los cuartos que quiere arrebatarle: una tragi-comedia que ha de trastornar el mundo inútilmente para que volvamos a las andadas después que habremos sembrado las calles de sangre y ceniza y detenido un punto más la marcha del progreso humano por la codicia de cuatro levitas hambrientas y la ignorancia de unos millones de reses de Panurge! Confesad que la humanidad es triste y cómica a la vez».

Al margen de las diferencias ideológicas, las desavenencias entre Oller y Bark nacieron de una promesa incumplida por parte de este último. Bark se había comprometido a ordenarle los folletos de las traducciones rusas de sus novelas *Papallona* y el *Vailet del pa*. Este compromiso quedó incumplido porque Bark los extravió en la habitación donde moraba, por no pagar el alquiler. La carta en que nuestro protagonista intenta justificarse, es testimonio episódico de las dificultades de su vida de propagandista de la Agrupación Demócrata-Social:

«siento mucho de no haber podido devolverle la traducción rusa de su hermosa obra porque con otros efectos míos está detenida en una de las casas que he habitado en esta para mí malograda Barcelona, y no he encontrado a nadie que me hubiera prestado su brazo. Enseguida que lograra procurar las cien pesetas necesarias para abandonar esta ciudad le remitiré la traducción rusa y me dis-

[8] *Ibid.*, p. 24.

pensará. Y lo mismo ruego al amigo Yxart que no le visité porque no tengo humor ahora para hacer visitas aunque sea a personas tan atentas y cariñosas como Vdes».

Bark no era un anarquista como se suele afirmar. Sus preocupaciones quedaron siempre enmarcadas en un ámbito regeneracionista e internacionalista utópico, con unos objetivos políticos que se podrían sintentizar en tres puntos esenciales: la república, la democracia y el reformismo social. Evidentemente, sus contactos con los nihilistas rusos[9] y la falta de definición de un espacio político e ideológico con límites precisos entre el republicanismo progresista y el anarquismo de la época, justifican este tipo de confusiones.

El activismo que le censuraba Oller era la misión a la que Bark se consideraba destinado. Fue, realmente un «proletario de levita», ese propagandista que privilegiaba la divulgación, la sociabilidad y la formación de un estado de opinión pública. En sus escritos y acciones se constata que la huella de Bakunin permaneció indeleble durante su existencia, ya que Bark estaba profundamente convencido de su deber propagandístico, al servicio de Rusia, España y la humanidad universal. Como le caracterizaba Pavlovsky en su carta a Oller del dos de febrero de 1891:

> «Il a un cerveau très allemand, je veux dire métaphysique plutôt qu'autre chose. Mais il est bon garçon tout de même, très serviable et toujours content dans toutes les adversités: on l'aurait envoyé à Melilla qu'il trouverait ça encore «très intéressant». Avec cela je vous l'ai adressé avec l'idée qu'il parlera de vous tous –mes bons amis– dans les journaux allemands où il écrit.(...)»

La mentalidad alemana o metafísica que Pavlovsky atribuía a Bark y el optimismo ante la adversidad favorecieron la asunción de un compromiso social. Esa investidura, con la que solía fantasear, encajaba bien en un momento en que España, por sus complejos avatares, carecía de los supuestos básicos que posibilitaban el de-

---

[9] LÓPEZ LAPUYA, Isidoro, *La bohemia española en París a fines del siglo pasado*, París, Librería Franco- Ibero-Española, 1927, pp. 34 y ss.

sarrollo de la Modernidad. Recordemos que fue entonces cuando las minorías intelectuales con mentalidad europea gastaron «gran parte de sus energías en la simple puesta al día de los que se hacía allende de las fronteras e importar pensamiento»[10].

Tras Barcelona, Alicante y Cartagena fueron los siguientes destinos de la familia Bark. Eran ciudades de alta concentración obrera en las que debía realizar sus «estudios sociológicos» y organizar el Partido Demócrata-Social, como más tarde desarrollaremos. En estas ciudades despertó acaloradas polémicas, y en Cartagena fue incluso víctima de un atentado en el mismo juzgado de la ciudad. A raíz de ello, empezó a utilizar el seudónimo A. de Santaclara; y a finales de 1894, decidió trasladarse definitivamente a la capital española, donde participaría activamente en el mundo de la prensa y en los círculos del republicanismo progresista madrileño.

Una curiosidad insaciable, un temperamento impulsivo y un carácter idealista son los rasgos que mejor definen la personalidad de este polifacético propagandista. Los bohemios que lo frecuentaron recuerdan su falta de escrúpulos y ese carácter fantasioso tópicamente identificado con el andaluz, seguramente imprescindibles para llevar una vida de lucha continua como la suya[11]. Apasionado y entusiasta, entregado a sus sueños idealistas de juventud, era, como el mismo se definía, «un hijo de mi siglo, y esto no peca de modestia»[12]. Entre las polémicas que levantó, Francisco Maceín recuerda las campañas contra Bartolomé Gabarró[13] y la de Humbert[14]. Empero, con quienes más dia-

---

[10] NÚÑEZ, Diego, *La mentalidad positiva en España*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma, Túcar Ed., 1983, pp. 326-327.

[11] INSUA, Alberto, *Memorias*, Ed. Tesoro, 1952, pp. 344-345.

[12] BARK, Ernesto, *España y el extranjero*, Madrid, Imp. La Publicidad, 1888, p. 109.

[13] Bartolomé Gabarró Borrás fue un escolapio que abandonó sus oficios sacerdotales y participó en las campañas anticlericales. Publicó dos periódicos en Barcelona, *La Tronada*, de carácter anticlerical y *El 1º de Mayo*, de tendencia anarquista. Fue miembro de la Unión de Librepensadores y participó en la creación de las escuelas laicas.

[14] Los Humberto era una familia de alemanes que en Barcelona publicaban muchas obras y traducciones alemanas, ejerciendo una suerte de monopolio nacional; probablemente éste fue el motivo de su polémica con Bark.

tribas mantuvo Ernesto Bark fue con los líderes del Socialismo y Anarquismo, en concreto contra Pablo Iglesias, Antonio Quejido y Federico Urales. A raíz de sus mutuas críticas y acusaciones, recayeron sobre Bark serias calumnias a las que siempre replicaba con insolencia despectiva, citando a Proudhon:

> «¡Qué me importan estas miserias! Cuando la revolución está en peligro, cuando el hambre mata al pueblo, no tengo tiempo de entretener al público con mis injurias personales. La ola de la calumnia pasa; las ideas que defiendo quedarán»[15].

A pesar de esas controversias, militó siempre en favor de la Unión Republicana-socialista[16]. Al igual que la mayoría de los antiguos germinalistas acabó en las filas del Partido Radical de Lerroux (1908).

A partir de 1904, fecha de publicación de su biografía[17], los documentos y noticias sobre Bark son cada vez más escasos. Siempre albergó el sueño de volver a Estonia, su patria de nacimiento. Éste parece que se iba a hacer realidad en 1907 como deja suponer en una nota aparecida en ese año en *El Cuento Semanal*[18], pero nunca obtuvo el permiso puesto que éstos no empezaron a ser concedidos hasta 1917. A partir de entonces dejó de frecuentar los cafés, lo cual es un nítido índice del aislamiento en el que debió vivir sus últimos años de vida.

La divulgación de ideas y sociabilidad internacional a las que Bark consagró su vida adoptaron cauces variados: desde las conferencias, artículos, libros y folletos hasta la el asociacionismo activo. Participó en la fundación de la Universidad Popular, la Asociación de Padres, la Casa del Pueblo y la Bibliotecas Populares. Por su condición de políglota, trabajó como traductor

---

[15] MACEIN, Francisco, *Ernesto Bark,* Madrid, Biblioteca Germinal, 1904, pp. 18-19.

[16] FITE, Elías, *Política republicana: La obra de un partido,* Barcelona, Imprenta Salvat, Puch y Ferré, 1924, p. 77.

[17] MACEIN, Francisco, *Op. cit.*

[18] «Antes de volver a su patria rusa, quiere el autor resumir su actividad de veinte años en España, publicando los doce tomos de sus obras completas en castellano...», *El Cuento Semanal,* I, nº 43 (1907).

y profesor de idiomas en el Ateneo o en su propia academia, el Instituto Políglota donde se propuso conferencias y debates en diversas lenguas sobre temas internacionales. La Academia Políglota con sus clases de idiomas y sus círculos de reunión fueron sus principales actividades profesionales. Gracias a su erudición, un tanto «a la violeta», su cosmopolitismo y poliglotismo –hablaba, al menos, inglés, francés, ruso, estonio, alemán y español–, encontró algunas fuentes de ingresos en traducciones comerciales y literarias[19]. Sus capacidades lingüísticas –al igual que su barba pelirroja– eran populares en la capital y formaron parte de su leyenda. En 1913, cuando el estonio Friedebert Tuglas viajaba por España, encontró en Burgos a unos gitanos que le narraron la historia «del hombre que hablaba diecisiete lenguas», a lo que Bark se divertía en reponer que en realidad eran unas veintitrés pero que había olvidado muchas y que en esos momentos sólo se sentía capaz de hablar unas diez[20].

Ya anciano y con los escasos ingresos de las clases de lengua y algunos artículos en *España Nueva*, Bark seguía buscando editor. Ofreció sus libros a José Ruiz-Castillo: el folleto de la conferencia rusa, y *Filosofía del placer,* que Pueyo incluía en su catálogo desde 1897 junto con *La Invisible*[21]. En su misiva del 10 de marzo de 1922, le proponía la publicación de *Filosofía del placer. Guía de vida y arte, Siluetas al natural, Rivalidades Mundiales:* «Necesito de cada libro (a 300 páginas) 500 ejemplares para mis amigos que pagaría adelantados con 500 ptas». Pero el sueño de Bark quedó insatisfecho, pocos meses antes de su muerte, el editor Ruiz-Castillo no le había devuelto los manuscritos

[19] Sus hijos sigueron ejerciendo el papel de traductor, como sigifica en la carta que enviaba a Ricardo Fuente: «Ruego digas a tu amigo D. José Ruiz Castillo que mi hijo le hará las traducciones del ruso y alemán ya que su traductor Tassin se ha marchado a París. ¿Cómo va la traducción de la *History of the Protestantism*?», en Archivo de la Villa, Biblioteca Municipal de Madrid.

[20] TUGLAS, Friedebert, *Teekond Hispania*, Tartu, 1818, 1923 y 1938. Traducido al alemán por E. Meyer con el título *Wo einst Karthago Stand, Kulturhistorische Reise Durch Spanien und Nordafrika,* Berlin, Buchverlag Der Morgen, 1968, pp. 50-53.

[21] Contrariamente a lo escrito, Ernesto Bark no dejó sin publicar *Estadística Social,* precisamente, unos de los libros de sociología que gozó de mayor difusión en España.

pero tampoco los había publicado, pese a las condiciones cada vez más modestas de Bark. Estos libros anunciados en catálogos y recogidos en bibliografías desaparecieron probablemente con su autor. Bark murió en Madrid, el 22 de octubre de 1922.

Quedó curiosamente inmortalizado como personaje literario. Valle Inclán lo incorporó en tres ocasiones en sus obras, sobre todo bajo el nombre de Pedro o Basilio Soulinake. Fue una figura episódica de un fragmento de «La corte de Estella», escapado en la serie de *La guerra carlista,* luego en un capitulillo de *La lámpara maravillosa*, en *Luces de Bohemia* y Lugín en *Tirano Banderas*[22]. Eduardo Zamacois lo trasladó también a la ficción en su cuento «La Prueba» en el que el protagonista, Pedro Alejandrowich encarna los atributos físicos y caracteriales de Bark[23]. Por esta singular y romántica trayectoria, Bark representa al igual que Alejandro Sawa el prototipo de bohemio revolucionario finisecular: un creador de su propia leyenda y personaje de su misma existencia, soñador y generoso, que abnegó su existencia a la lucha por el ideal.

2. Ernesto Bark: periodismo y la literatura

El concepto de prensa de Ernesto Bark queda esencialmente recogido en uno de sus primeros folletos españoles, *La Prensa española, Estudio comparativo de un cosmopolita* (1889)[24], si bien declina en sus relaciones con la literatura en algunos capítulos de *España y el extranjero* (1888), *Filosofía del placer* (1907), y en torno a la profesionalización del publicista en *Estadística Social* (1903).

---

[22] Como estudiaron: FRESSARD, Jacques, «De Ernesto Bark a Basilio Soulinake: retour et métamorphose d'un personnage de Valle-Inclán», *Iris,* 2 (1985), pp. 41-52; y PHILLIPS, Allen W., «Ernesto Bark, un personaje... *op. cit.*

[23] ZAMACOIS, Eduardo, «La Prueba» en *Impresiones de arte*, Barcelona, Casa Ed. Sopena, [s. f.], pp. 300-317.

[24] Constaba de tres capítulos: La política y los políticos, La literatura y la prensa y ¿Alemania o Francia?. Toda la obra quedó integrada de nuevo en su obra *Filosofía del placer,* por lo que todas las citas harán referencia a su primera publicación.

Los estudios comparativos de Ernesto Bark reincidían en el atraso y primitivismo de la prensa española respecto de la norteamericana y la europea debido al estado general de la nación y a la psicología y alma españolas. Las principales causas coyunturales que Bark denunciaba son: la concentración política y cultural en las grandes capitales, los altos índices de analfabetismo y pobreza, así como la ausencia de hábitos lectores. Ello se traducía en proporciones bajas de publicaciones respecto de la población a finales de siglo: si en Estados Unidos se publicaba, por término medio, un periódico o revista por cada cuatro mil habitantes, en Alemania por cada diez mil y en Francia por cada doce mil; en España la proporción se reducía a un periódico por cada dieciséis mil habitantes.[25]

Con todo, se acusaba a la prensa de haber usurpado gran número de lectores a las obras serias, de promover la sustitución del libro por el artículo periodístico, de la lectura concienzuda por la superficialidad que ella proponía. Bark reaccionaba frentes a estas opiniones sobrevalorando la revolución que la prensa periódica había introducido en literatura, su misión como difusora de los conocimientos y catalizadora de la vida intelectual al acortar distancias espacio-temporales; amén de la facilidades otorgadas a la edición de textos literarios y consolidación de los géneros breves. La exposición fácil, accesible a todo el mundo y la actualidad de los asuntos tratados no estaban en contradicción con la profundidad de criterios. De hecho, los trabajos periodísticos

[25] Estas cifras aportadas por Bark se encuentran en el límite superior de los datos recogidos en los estudios estadísticos coetáneos sobre la prensa. El censo de la población en 1892 era de 17. 667. 256 y el número de periódicos en ese mismo año era de 1.136 con lo cual la proporción entre periódicos y número de habitantes poco se distanciaba de la cifra propuesta por Bark en *La prensa española. Estudio Comparativo de un cosmopolita,* Madrid, Biblioteca Hispano-Alemana, 1889, p. 5; GUEREÑA, José Luis, «Las estadísticas oficiales de la prensa (1867-1927)» *en Metodología de la historia y de la prensa* española, Madrid, Siglo XXI, 1982, pp. 81-118; AUBERT, Paul, «La presse et le pouvoir en Espagne sous la Restauration (1875-1923) en *Les moyens d'information en Espagne*, Bordeaux, Maison des Pays Ibériques, Université de Pau, Presses Universitaires de Bordeaux, 1986, pp. 1-65; BOTREL, Jean François y DESVOIS, Jean Michel., (1988) «Les conditions de la production culturelle» en SERRANO, Carlos y SALAÜN, Serge (Eds.), *1900 en Espagne,* Bordeaux, Presses Universitaries de Bordeaux, pp. 23-46.

resultaban, para Bark, ejercicios de síntesis, claridad y precisión para el perfeccionamiento el estilo del escritor.

Las causas relacionadas con el carácter español, responsable por excelencia de todos los males finiseculares, eran las que censuraba con mayor vehemencia. El individualismo, personalismo y diletantismo que Bark identificaba como atributos propios de la psicología latina del español incidían en el carácter estrecho y reductor del periodismo nacional en los aspectos que desarrollamos a continuación.

Según los estudios realizados por Bark, el periodismo en España reflejaba opiniones personalistas en lugar de expresar tendencias generales; reducía los contenidos a horizontes limitados y exclusivistas. Los grandes diarios tenían un carácter local, las revistas españolas eran «tristes reflejos del espíritu retrógrado o pasatiempos insulsos sacrificados ante los altares de la Venus horizontal o del Dios toreo, que supongo es Baco»[26]. Tampoco existían revistas culturales y científicas de carácter internacional similares a la *Revue des Deux Mondes* (*La España Moderna* de Lázaro Galdiano, en donde colabora en dos ocasiones, salió a la luz en enero de 1889).[27] Para subsanar tales deficiencias, Bark instaba a la creación de un diario internacional, equiparable al *Times* o la *Gaceta de Colonia,* para la que trabajaba como corresponsal. A su entender, en plena expansión del concepto de hispanidad, un periódico de alcance intercontinental en el que se encontrasen reunidos todos los hablantes de español serviría de plataforma para el impulso o mantenimiento de la fraternidad hispana, pese a las dificultades materiales que un proyecto de tal envergadura representase. Adaptándose a las nuevas circunstancias del desarrollo del pensamiento, las ciencias y la industria, Bark sugería

---

[26] BARK, Ernesto, *Modernismo,* Madrid, Biblioteca Germinal, Impr. de Pérez y Compañía, 1901, p. 90.

[27] «La España contemporánea según un reciente libro ruso», *La España Moderna*, mayo-junio 1891, pp. 64-74 y 37-48. Emilia Pardo Bazán le encargó la reseña de la obra España contemporánea (*Ocherki*) de Isaac Pavlovsky, Las directrices marcadas por Doña Emilia suscitaron una importante polémica entre ella, Pereda, Oller y el mismo Pavlovsky. GONZÁLEZ HERRÁN, *op. cit.*

la creación de revistas y periódicos especializados, mediante los cuales, los nuevos avances eran divulgados en breves límites de tiempo. Los artículos, crónicas y críticas de verdadera relevancia podían ser reimpresos posteriormente en antologías, como se había hecho con la crítica literaria de Lessing, Saint-Beuve y Zola, elevándose así la obra periodística a «las alturas del documento histórico».

Como excepción, el carácter sociable del español, por oscilar entre el diletantismo y la tolerancia, favorecía, sin embargo, una «templanza de estilo» parangonable cualitativamente a la europea. Bark ensalzaba la franqueza y llaneza del periodismo español, que sabía «presentar las cosas tal y como son, llamándolas claramente por su nombre».

El personalismo español, refractario a todo principio asociacionista, repercutía en contra de los propios publicistas, incapaces de organizarse y constituir instancias representativas que defendiesen sus intereses y dignificasen la profesión. A nivel interno, el personalismo enrarecía las relaciones entre periodistas, ya que estos propendían a abusar de la difamación, el envilecimiento con el adversario y las luchas intestinas entre rivales. Alcanzar gloria y celebridad merced a los lances de honor, intrigas y venganzas en detrimento de la calidad de sus colaboraciones, constituía uno de los tópicos coetáneos. La «epigramo-manía, la daga artística, el ataque airoso, el chiste feliz, la anécdota intencionada y la polémica variada, que desde el despacho del director o de la mesa de café se deslizaban hasta la letra de molde «y se esparcen tanto más pronto cuanto más hieren» dando pábulo a la calumnia,[28] desacreditando una profesión que adolecía de reconocimiento social, precisamente, cuando tenía que luchar por ser el portaestandarte de los ideales nobles. Por ello, señalaba que:

> «No hay hombre honrado ni conciencia recta y consecuente que no haya sido insultado y calumniado en público por menguados móviles. Los débiles se retiran descorazonados a la vida parti-

[28] BARK, Ernesto, *La Revolución Social*, Madrid, Biblioteca Germinal, Libr. Valero Díaz, 1902, p. 144.

cular, los fuertes y grandes de corazón persisten en servir a su país despreciando las calumnias y compadeciendo a los calumniadores por tener que envilecerse para vivir pobremente»[29].

Este «cáncer del periodismo», recogiendo la metáfora de Bark, mellaba la trayectoria de los jóvenes escritores que llegaban a Madrid guiados por sinceras inquietudes literarias o políticas; o degeneraban, como en la prensa mundial, en chantaje, soborno, especulación y compra de empleos oficiales para agentes «exentos de servicio». Las remuneraciones de «los fondos de reptiles», fondos reservados del Ministerio de Gobernación, se repartían casi exclusivamente entre periodistas.

La falta de reconocimiento social era una grave lacra para el periodismo español. A nivel público, conducía a hiperbólicas exageraciones sobre sus defectos o su perniciosa influencia como medio corruptor y corrupto. Bark imputaba la culpa a la avidez sensacionalista de los lectores porque, recogiendo sus propias declaraciones: «es tan grande la falta de criterio del vulgo, que las impresiones del momento de un publicista chispeante son aceptadas como evangelio»[30]. A su vez, el carácter mercantil de la prensa alimentaba esa misma sed de sensacionalismo del cliente-lector que exigía informes apasionados[31].

La pobreza del desarrollo técnico del sector informativo español generó ciertos desfases en cuanto a la calidad y actualidad de las fuentes de información, tanto por los retrasos en los despachos telegráficos como por la carencia de corresponsales en el extranjero eficaces y bien retribuidos. En contrapartida, por

---

[29] BARK, Ernesto, *Filosofía del placer,* Madrid, Biblioteca Germinal, 1907, p. 61. Rafael Cansinos Assens rememora este particular ambiente periodístico y las mezquinas triquiñuelas y luchas entre los personajes de la prensa en la encrucijada de los siglos XIX y XX en su interesante libro *La novela de un literato,* sobre todo el volumen II. También son interesantes las anécdotas, aunque anónimas de Manuel Ciges en *El libro de la decadencia. Del periódico y la política,* Edición de Cecilio Alonso, Alicante, Instituto de estudios Juan Gil-Albert, Excma. Diputación de Alicante, 1986.

[30] BARK, Ernesto, *La Prensa..., op. cit.,* p. 5; *Modernismo, op. cit.,* p. 100.

[31] AUBERT, *op. cit.,* p. 115; DESVOIS, *op. cit.* pp. 91-114; SEOANE, Mª Cruz, *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX,* Fundación Juan March y Ed. Castalia, Valencia, 1977, pp. 291-300.

haberse mantenido alejada de la invasión telegráfica y la mercantilización de las noticias, la prensa española preservó cierta profundidad de pensamiento en las columnas reflexivas, aun cuando ya se vislumbrasen los pícaros recortes de tijeras e hinchazón de telegramas. Los breves despachos telegráficos, auguraba Bark, nunca reemplazarían «la correspondencia concienzuda, bien meditada, como la fotografía no suplirá al pintor»[32]. Estas opiniones atestiguaban la mutación de la prensa de opinión en favor de la prensa de información, en el momento en que la empresa capitalista suplantó a la edición artesanal. El «tanto por línea» y el reporterismo fin de siglo, natural ya en la prensa inglesa, era rehusado por Bark, porque se alejaba de una de los atributos más sagrados que él confería a la prensa: la influencia sobre el espíritu de sus lectores.

Por otra parte, el mercantilismo periodístico inglés, según Bark, tampoco había mejorado las condiciones materiales de la profesión; no había aumentado las exiguas retribuciones de los publicistas, ni había potenciado la profesionalización de este sector de actividad. Los publicistas ingleses y los españoles estaban sometidos a una miseria económica semejante[33]. Los más afortunados cobraban diez duros al mes, lo que suponía en aquellas fechas un salario menor que el de los dependientes de comercio o los empleados de ferrocarril. Por ende, ser periodista a fines del siglo XIX implicaba no tener una profesión «decente»; el publicista que valorase su independencia y libertad de criterio estaba obligado a pagar un alto precio por ellas. La aureola de la gloria era la única esperanza y fuerza para sobrellevar las penurias económicas. No es extraño, pues, que los periodistas asegurasen su existencia con otras actividades más rentables[34], o que ávidos de éxito y rendimientos económicos inmediatos, la temática de sus artículos gravitase hacia otros centros de interés más pragmáti-

---

[32] BARK, Ernesto, *Filosofía del placer*, Madrid, Biblioteca Germinal, 1907, p. 84.

[33] BARK, Ernesto, *La Prensa...*, *op. cit.*, pp.70-71; *Modernismo, op. cit.*, p. 92; *Estadística Social*, Barcelona, M. Zorio, Lezcano y Cía, 1903, p. 84.

[34] SEOANE, *op. cit.*; pp. 348-349.

cos; es decir, evolucionase rápidamente hacia la mera información y el sensacionalismo.

No obstante Bark depositó todas las esperanzas de profesionalización en el asociacionismo, en que los publicistas españoles abandonasen sus personalismos y aunasen sus esfuerzos para ganar la estima del público, mejorando su formación, información y la calidad de sus textos. Bark solicitaba que las inteligencias privilegiadas de la nación colaborasen en las columnas de la prensa, cerrando definitivamente las puerta a todos los «perniciosos frutos secos atraídos por la vanidad, que no han podido medrar en otra parte ...vividores, ignorantes e inútiles....»[35] o los oportunistas que utilizaban la prensa como trampolín para la política o la celebridad literaria, aquella:

> «[...] turba que corre por las redacciones con el único anhelo de cambiar pronto la redacción con una dirección o subsecretaría, no tiene ningún cariño, ningún lazo íntimo e indisoluble con la prensa y la literatura. Cual viejos pasajeros de una fonda, sólo dejan el polvo de sus botas en el santuario cuyos sacerdotes sacrílegos habían sido»[36].

En consecuencia, las mejoras materiales aportarían indirectamente el reconocimiento social y la valoración como verdaderos profesionales, disminuyendo las míseras condiciones de vida de los escritores irrevocablemente condenados a una existencia bohemia.

1. Prensa y política

Ante el auge de la prensa desde mediados del siglo XIX, el mundo de la comunicación y la edición conoció profundas reestructuraciones. La influencia del periodismo se estaba consolidando merced a la inmediatez y eficacia con las que transmitía las ideas. Su impacto como tribuna política había incrementado en los últimos años, cuando la empresa periodística utilizó estra-

---

[35] BARK, Ernesto, *Estadística Social, op. cit.*, p. 88.

[36] BARK, Ernesto, *España y el extranjero,* Madrid, Impr. La Publicidad, 1888, pp. 79-80; *Modernismo, op. cit.*, pp. 92-93.

tegias captatorias que atrajesen al cliente lector y al afiliado del partido.

Los publicistas ejercieron gran influencia sobre las instituciones y demás poderes constituidos, lo cual, era enfatizado por Bark en sus textos propagandísticos. En ellos, atribuía a la prensa un efectivo rango de cuarto poder en tanto que directora de los pasos de la sociedad y la política nacional[37]. Equiparaba el peso político y social de los parlamentos, universidades e iglesias al de los periódicos por ser «eco susceptible de reflejar todas las aspiraciones colectivas». Por ello, frente a su anterior papel representativo, el periodismo era apelado a la acción. Como reivindicaba Bark:

> «[...] no creemos que el sitio de la prensa es únicamente la butaca cómoda en el teatro que representa el mundo entero, sino que debe luchar lanzándose audazmente en la corriente del movimiento político. La colaboración verdadera de la nación en sus grandes destinos, se realiza con mucha mayor exactitud y eficacia por medio del periodismo, tan susceptible de las pequeñas variaciones del sentir y del pensar nacional, que por el mecanismo pesado y burdo del parlamentarismo....» [38]

En una época en la que el binomio partido político y tribuna periodística vivían en plena simbiosis, Bark centró su atención en la prensa política porque con ella pretendía ampliar el campo de influencia del Partido republicano-socialista, como desarrollaremos posteriormente. Sin órgano de voz en la prensa, la vida de muchos partidos hubiese sido más efímera. El periódico garantizaba y certificaba su existencia; podía incluso extender su influencia y empujarlo hacia el poder.

---

[37] Miguel Moya, director de la Sociedad de la Prensa, manejaba «como un ministro *El Liberal, El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid*, y seguía dirigiendo desde ellos los destinos de España, de una manera directa si los gobiernos eran liberales y por medio de una sabia y tremenda oposición, si eran conservadores», en MORI, Arturo, *La prensa española de nuestro tiempo*, México, Ed. Mensaje, 1943, p. 43.

[38] BARK, Ernesto, *La Prensa...*, *op. cit.*, p. 77 y p. 93; *Filosofía del placer*, *op.cit.*, p. 55.

Bark discernía dos tipos de prensa de propaganda política según la periodicidad de sus publicaciones: los diarios y los semanarios. Los diarios se limitaban a una corriente en particular y sus escritores comulgaban exclusivamente con las ideas de una única tendencia ideológica. Sus redactores solían ser militantes entusiastas que recogían las voces del pueblo, como demostraban las usuales colaboraciones enviadas por periodistas espontáneos. Los semanarios y las revistas mensuales eran más útiles para la propaganda de ideales de grupos diversos, o bien, de todas las corrientes afines a un mismo partido. Eran el marco privilegiado para el diálogo y la controversia. Esta especialización, extrapolable a la prensa en general, resultaba altamente sugerente en el ámbito político ya que potenciaba la expresión razonada de las ideologías y educaba al lectorado en la polémica razonada. Bark solicitaba el anonimato de las colaboraciones para que el periódico fuese realmente el portaestandarte de un pensamiento ecléctico, tribuna de la conciencia colectiva que evitase los conflictos originados por la vanidad y el personalismo. Por consiguiente, la redacción debía tener el carácter de «una entidad moral y colectiva, para que el periódico represente verdaderamente una parte de esta entidad, que es la sociedad»[39]. El sistema alemán podía servir de modelo para la prensa española, ya que se basaba en un equipo unido de escritores que no firmaban sus artículos –aunque introdujesen algún signo que permitía reconocer los textos del mismo autor–. Por ende, la participación de colaboradores esporádicos era menos arriesgada puesto que no tenían que asumir responsabilidades sobre los artículos que se publicaban. Al mismo tiempo, se potenciaba mejor al verdadero periodista: aquel con talento y cualidades especiales que ejercía por vocación, capaz de acortar las distancias con el público lector por su exposición fácil y estilo adaptado a la estrecha columna. Empero, en 1907, atendiendo al contexto español, Bark acabó exigiendo la firma de los textos como responsabilidad pública, con el fin de evitar acusaciones

[39] BARK, Ernesto, *La Prensa...*, *op. cit.*, p. 77.

enmascaradas y polémicas sin sentido, y en especial, para salvaguardar la calidad de los artículos propagandísticos.

En España, las publicaciones periódicas de los partidos políticos conservaron la pureza del periódico de opinión; aunque los apasionamientos sectarios en los que solían incurrir acabaron despertando la desconfianza entre el lectorado. Ello se traducía en una existencia prácticamente vegetativa, sus recursos económicos se restringían a las retribuciones de un exiguo número de lectores y los adeptos a su doctrina; cuando no, a los sacrificios pecuniarios de los equipos de redacción. Como solución material y para que el periodismo incrementase su influencia histórica, Bark proponía la colaboración de la Administración y periodistas de consolidada experiencia. Esos periodistas, equiparables a altos funcionarios públicos, poseían los necesarios conocimientos en derecho para tramitar asuntos de índole pública. Una reforma legislativa en la que se reconociese la equivalencia de los servicios prestados por los funcionarios públicos con los de los periodistas (en particular, a la hora de la calificaciones para los nombramientos para altos cargos oficiales), liberaría a la prensa de la penuria económica o de mecenazgos comprometedores.

2. Prensa y literatura

Las relaciones entre prensa y literatura era uno de los aspectos privilegiados en los estudios de Bark. Pensaba que las Letras, y en especial, la prensa por su inmediatez, eran estrategias que se debían emplear para facilitar la comprensión del individuo, la esencia nacional y las aspiraciones de cada nación. Bark enaltecía el periodismo desde una perspectiva romántica, equiparándolo a la literatura, para definirlo como género de arte. Periodismo y literatura reflejaban el pensar y sentir de una época; en esencia, eran a su entender representación de la conciencia colectiva y la humanidad. Su instrumento básico, la lengua, les otorgaba un papel hegemónico en la civilización. En palabras de Bark, la lengua, «maravilla de hermosura viril, flexibilidad y riqueza de expresión... saturada del fondo del alma de nuestro sentimiento, se confunde con nuestras ideas hasta su manantial más íntimo y

no es solamente forma, sonido, color, sino la sustancia misma de nuestro pensar»[40]. Porque la influencia de la lengua sobre el pensamiento, configuraba el alma y la conciencia de sus hablantes, esgrimía el periodista, el lenguaje periodístico o literario, había de fomentar la solidaridad real y efectiva de todos los pueblos mediante el intercambio de experiencias y conocimientos.

En la estética romántica en la que se educó Bark, la literatura y la prensa estaban al servicio de la sociedad como organismos culturales y sociales. Ambas representaban el paradigma del alma popular y eran, a la vez, medio de comunicación de «masas» –o «elites»– para vehicular la ideología republicana progresista y ennoblecer el alma y la sensibilidad humanas. En tanto que fuerza política y social, Bark estaba convencido de que el periodismo y la literatura podía modificar los destinos de los pueblos introduciendo pequeñas variaciones del sentir y pensar nacionales. Los efectos revolucionarios del artículo de opinión o la obra artística, el pensamiento hondo o la belleza que impresiona, podían ser más duraderos y eficaces que la violencia. Universidades de hoy, precipitadoras del futuro, la prensa y la literatura trabajaban, al decir de Bark, en aras de la modernidad, ya que «el arte, la ciencia y el progreso son verdaderas piedras angulares del camino hacia la felicidad humana»[41].

La literatura atestigua, la prensa cataliza, solía afirmar nuestro periodista. La literatura democratizada, educando la sensibilidad, había de desarrollar la sociabilidad y elevar al individuo al altruismo de la moral social. Por ello, Bark instaba a la transmisión de ideales progresistas y valores universales en toda creación literaria. Porque la prensa estaba más actualizada, era más activa y asequible que la literatura, adquiría cierta supremacía como arte social respecto de la literatura. Era un agente activo más poderoso que cualquier otro medio artístico –al que había de servir como soporte de difusión–, aunque en tiempos de par-

[40] *Ibid.*, pp. 36-37.

[41] BARK, *Filosofía del placer*, *op. cit.*, p. 59.

lamentarismo corrompido, el ejercicio de la oposición constituía una de sus más altas funciones.

Las Letras, en general, la hoja de periódico, en particular, eran un pilar del modernismo –en el sentido lato de modernidad– por ser guías educadoras en «la revolución contra todo lo muerto, del progreso contra el estancamiento»[42]. Bark, ante la desorientación del hombre moderno, recogía el término modernista como tendencia filosófica aglutinadora que pretendía organizar científicamente la realidad. El modernismo era un estado de espíritu, una actitud que abarcaba todas las actitudes progresistas partícipes en la modernización de España. El modernismo, todavía no reducido al decadentismo estético, simbolizaba la protesta del espíritu contra la reacción, de los jóvenes contra los viejos que representaban la reacción, lo establecido, contra el materialismo, el clericalismo y el sistema de valores burgueses. Entre las banderas (*ísmos*) que el modernismo enarbolaba, descollaba el naturalismo social o realismo científico entendido como hipérbole militarista (denuncia social, determinista y feísta) que soslayaba las demás implicaciones estéticas y formales. Para llevar a cabo su proyecto reformista, Bark conciliaba el positivismo naturalista con el idealismo vitalista de Guyau. El cuadro realista sociológico del primero había de suscitar las ideas-fuerza del segundo para que la literatura generase corrientes progresistas de humanismo europeo y cosmopolita. Por consiguiente, el modernismo, todavía sin reducir al decadentismo estético, simbolizaba la protesta del espíritu contra la reacción, de los jóvenes contra los viejos que representaban la reacción, lo establecido, contra el materialismo, el clericalismo y el sistema de valores burgueses. La Gente Nueva, proletarios de levita, bohemios, artistas, publicistas... encarnaban la figura del modernista, fuese cual fuese su adscripción política, social o estética. Puesto que el modernista estaba destinado a una alta misión social, tenía que ser un carácter recto, en contacto con la sociedad y penetrado en el sacerdocio sublime del escritor y periodista. Decía Bark: «Un

[42] *Ibid*, p. 44.

verdadero carácter recto sólo puede existir donde el literato y la sociedad están igualmente penetrados del sacerdocio sublime del periodista y escritor»[43].

Bark sacralizaba la figura del publicista y la misión educativa a la que le creía destinado. Era un evangelista del vulgo indocto, porque de manera liviana y «casi juguetona» instruía con enseñanzas poco profundas, pero fácilmente aprehensibles. Bajo la impronta del exacerbado moralismo sentimental y el paternalismo característicos del pensamiento liberal, equiparaba a estos nuevos apóstoles con los del primitivo cristianismo. Los hombres de letras comprometidos con la lucha progresista, eran, a imagen de los primeros apóstoles, hombres que sacrificaban el bien y la felicidad propia por los bienes ideales de sus prójimos. Por esta razón, Bark definía el periodismo como la manifestación «más sublime de la solidaridad humana, era el distintivo más importante de las ventajas de la civilización moderna sobre la antigua»[44], representante de los intereses generales del espíritu colectivo en los acontecimientos históricos y políticos.

Cuando la bohemia modernista encarnaba todavía la disidencia y el compromiso político, los publicistas, proletarios de levita y sombrero de copa, se presentaban como los nuevos evangelistas del vulgo. Se consideraban abnegados luchadores por la solidaridad humana. Sus virtudes, sistematizadas por Bark en un esbozo de Decálogo, eran las siguientes:

> «Primero: nunca cansar a los lectores.
>
> Segundo: despreciar las preocupaciones del vulgo.
>
> Tercero: sacrificar todo delante del altar de la verdad y de la belleza.
>
> Cuarto: ser sincero, siempre sincero y nunca rechazar a nadie la justa defensa contra los abusos, injurias y calumnias.
>
> Quinto: tener el valor de desafiar a todo un mundo enemigo en defensa de los propios ideales, y sólo rendirse a la razón y a la

[43] BARK, Ernesto, *La Prensa...*, *op. cit.*, p. 25; *Filosofía del placer*, *op. cit.*, p. 83.

[44] BARK, Ernesto, *Filosofía del placer*, *op. cit.*, p. 59.

verdad; pero esto con sinceridad y sin tergiversaciones ni rodeos, como lo hace cierta gente entre mis compañeros [...]

Y por sexto y último, ser un buen amigo y nunca perder el buen humor. Mis compañeros me dirán los demás mandamientos que faltan a los diez del Decálogo»[45].

Los proletarios de levita a los que se refería Bark, eran los modernistas de *Luces de bohemia* de Valle Inclán, cuando todavía simbolizaban la «Hermandad de peregrinos de la Verdad y Justicia», el soplo rejuvenecedor, la oposición a lo establecido, al anquilosamiento de las ideas y sentimientos. Se definían, en un principio, como proletariado literario, subversivo, anticapitalista y filisteo, comprometido políticamente en la Regeneración española. Constituían una elite de genios, los apóstoles de la regeneración nacional y universal que Ernesto Bark y Alejandro Sawa reunían en un cenáculo bohemio, La Santa Bohemia, con el fin de crear una hermandad modernista, la Santa Hermandad que rindiese culto al arte, la libertad y el ideal.. La hemandad no llegó a consolidarse frustrando los proyectos de creación de una cooperativa editorial que facilitase la publicación de las obras de escritores jóvenes[46].

3. Prensa y crítica literaria

Bark parangonaba constantemente la prensa con la crítica literaria ya que compartían la misión de enjuiciadoras y guías educadoras. Desde la oposición, eran voces contestatarias frente al poder, por lo que podían ser calificadas como fuerzas poderosas del progreso. Refinamiento en el estilo, función y representatividad social, eran algunas de las características que demostraban la unión intrínseca entre periodismo y literatura.

Desde el punto de vista formal, el valor artístico del periodismo residía en su estilo breve y conciso. En el marco taxonómico de los géneros literarios, Bark le otorgaba un rango preeminente, próximo al arte dramático. Bark aplaudía la actitud aperturista de

---

[45] BARK, Ernesto, *La Prensa...*, *op. cit.*, p. 11.

[46] Bark, Ernesto, *La Santa Bohemia*, Madrid, Biblioteca Germinal, 1910.

la Real Academia Española por haber reconocido públicamente su valor y efectividad como órgano de difusión de obras literarias. A juicio de Bark, se había producido un pequeño atisbo de progresismo gracias a figuras como Fernanflor y Valera quienes habían disertado sobre la cuestión. La Real Academia había reconocido en un periodista:

> «[...] lo que en otras ocasiones ha reconocido en el poeta lírico, en el autor dramático, en el orador político, en el novelista o en alguien dedicado al estudio de esta o aquella ciencia: el esmero, el tino, el buen gusto, la inspiración y el arte con que se maneja nuestro hermoso idioma...»[47].

Para ser un buen periodista, Bark recomendaba una formación cultural sólida, un espíritu claro, profundidad de juicio y perfecto dominio del lenguaje. La escritura periodística se avezaba como un ejercicio previo de gran eficacia incluso para la creación literaria. Bark recriminaba la tendencia a la grafomanía como vicio moderno de la literatura institucionalizada, cuyos autores, en su opinión vivían acostumbrados a vender al peso sus productos intelectuales porque la facilidad de los medios modernos de reproducción tipográfica generaba abusos desconsiderados. Criticaba a Pereda y Pérez Galdós de ser pesados y presuntuosos, por no haber sido previos periodistas. Ejemplo contrario era el de Pardo Bazán, quien «conserva su gracejo y la vivacidad de su dicción en gran parte por seguir sus brillantes campañas de publicista»[48].Bark recomendaba a todos los literatos un acercamiento a la humanidad en el ejercicio del periodismo, el cual, les haría vivir en el tiempo presente y del porvenir. Era imprescindible dejar atrás los anacronismos, especialmente en el caso de Menéndez Pelayo de quien juzgaba exclusivamente su método historicista.

Bark privilegiaba la crítica literaria en la prensa como ciencia asociada a la misión social y didáctica que atribuía al arte. Al crítico, en lugar de abstraer y sancionar, le correspondía la misión de propulsar a la vida, actuar como un guía amigo, padre espiritual que

---

[47] BARK, Ernesto, *Filosofía del placer*, *op. cit.*, p. 40.

[48] *Ibid.*, p. 43.

alentaba y orientaba a los escritores para aprender a perfeccionar sus creaciones, y aconsejar, en particular a los jóvenes escritores, sin caer en el paternalismo o el apasionamiento que mermaba, a juicio de Bark, la autoridad de Clarín. Bark instaba, pues, al ejercicio crítico eficiente en la línea moral definida por Guyau (dignidad, independencia, amor a la verdad y a la justicia) como requisito indispensable a la existencia misma de la literatura.

La escasa calidad de la crítica española era producto de la ligereza, que Bark justificaba extrínsecamente por la influencia del clima y la falta de asiduidad y perseverancia que esta promovía. La crítica satírica, pasional y poco constructiva de Clarín, los elogios entre amigos, las banderas políticas o estéticas, la cortesía meliflua hacia los autores consagrados o la manipulación agresiva de la obra de los enemigos eran prácticas nocivas e improcedentes. El esfuerzo que cada individuo realizaba, por imperfecto que fuese, era una expresión del eterno querer vivir y una aspiración noble que ayudaba a conservar el alma joven.

El crítico ideal era aquel a quien la obra de arte sugería más ideas y emociones y era capaz de comunicarlas a los demás. Las sensibilidad innata del crítico, perfeccionada por la educación, aumentaba su capacidad de recepción. El crítico sabía admirar mejor lo bello y podía enseñar a admirarlo mejor. La crítica, inspirándose en Guyau, debía crear vida antes que abstracciones racionales y juicios inmutables. No debía apoyarse en nada absoluto, ninguna regla dogmática podía ayudarla puesto que no se trataba de un objeto de comprobación, sino que se hacía 'sentir, amar, admirar' y se dirigía, sobre todo, a nuestros sentimientos de simpatía y de sociabilidad.

No obstante, en la realidad, existe un desajuste entre los principios que Bark esgrimía (tolerancia, eclecticismo estético, respeto a la libertad personal) y sus propios ejercicios críticos. Sobre los criterios propiamente estéticos y literarios, prevalecían juicios apriorísticos de orden moral y político y la significación proselitista de las obras con el mismo dogmatismo que él combatía. Sus anhelos revolucionarios y propagandísticos generaban un eclecticismo variable influenciado por el romanticismo

trasnochado que caracterizaba al discurso republicano. En este sentido, rechazaba la retórica hueca y vacía, pero engrandecía a Castelar, y alguna que otra vez, el drama altisonante de Echegaray. Infligía a Pérez Galdós, Valera y Clarín opiniones de talante muy variable, las cuales oscilaban entre el reconocimiento de sus dotes artísticas y la recusación de falta de compromiso activo. Hacia la Gente Nueva, bohemia o no, daba muestras de estrecha solidaridad, participando en la difusión de su obra en España y el extranjero. Valga citar la crítica de Urbano González Serrano, Mariano de Cavia y Luis París, el teatro de Joaquín Dicenta y de Galdós, la poesía de Campoamor, Núñez de Arce, Alejandro Sawa y Antonio Palomero, la novela de Felipe Trigo y Eduardo López Bago... o de cualquier proletario de levita que encontrara cortapisas a sus balbuceos artísticos.

La contribución de la prensa a la popularización de la literatura merecía particular atención en las disertaciones de Bark. Por ser uno de los medios más favorables para el ejercicio pedagógico y social de la crítica, la prensa debía conceder mayor importancia a la sección bibliográfica, promover una crítica rigurosa que publicase reseñas con las que guiar al artista, analizase las teorías estéticas inconscientemente reveladas en las obras y preparase al público para la comprensión y el gozo en el arte. Al examinar la contribución de la prensa española a la difusión de la crítica literaria, Bark constataba su práctica ausencia en las columnas periodísticas, bajo pretextos de exigüidad de espacio e imposibilidad de realizar estudios exhaustivos. Como solución transitoria, Bark reclamaba la publicación de una verdadera crítica en la sección bibliográfica:

> «Hoy día se contentan con poner los cuernos a la luna las publicaciones de las personas que de cualquier modo logran conquistar la benevolencia de la empresa, o del crítico, o de algún colaborador, o por medio de utilidades económicas en forma de anuncio, reclamo, etc., o, sencillamente por amistad o servicios, o en fin, por un café *con media tostada*»[49]

[49] BARK, Ernesto, *España y el extranjero, op. cit.*, p. 12.

Mientras que en Alemania se citaban todas las obras enviadas a las secciones bibliográficas de un periódico, en España imperaba una absurda selección; millares de recensiones se quedaban en el cajón del olvido. La inclusión de breves columnas en las que los críticos eminentes difundían las impresiones de sus lecturas en notas breves, en lugar de los comentarios y «elogios de nulidades literarias», constituiría una gran aportación a la cultura general española.

3. Itinerario periodístico de Ernesto Bark

Los conceptos que Bark tenía de prensa y literatura constituyeron los ejes rectores de su itinerario profesional, en particular, el periodístico.

El itinerario periodístico de Bark se inauguró con colaboraciones antizaristas en San Petersburgo, y prosiguieron con *El Federalista Báltico*, editado en Suiza y distribuido clandestinamente en los Países Bálticos. *El Federalista Báltico*, escrito en lengua alemana, se consideraba el portavoz de los pueblos oprimidos en favor de la Revolución rusa. Sus comparaciones con el pueblo español son altamente sugerentes. En las páginas que se conservan de este periódico figuran ya las reseñas bibliográficas en el que el ejercicio del intelectual o del crítico difunde la cultura europea.

Desde su llegada a España, en 1884, su trabajo como corresponsal alemán estimulaba su labor como mediador entre España y Alemania. En sus colaboraciones daba cuenta de la actualidad política y cultural española desde una perspectiva pangermanista. Las posiciones críticas que mantuvo frente al poder provocaron su expulsión de España, en 1888, aunque por breve lapso de tiempo. A su regreso, trabajó como fundador y mentor de las tribunas de la Agrupación Democrática: *La Democracia social y Germinal*, como a continuación iremos desarrollando.

1. Las revistas hispano-alemanas de Ernesto Bark

El cosmopolitismo que caracterizaba el pensamiento de Bark le incitó a la creación de tribunas periodísticas supranacionales para el estrechamiento de los pueblos. *Deustche-Spanisch Revue*

(1887) y *Spanien* (1888-1899) eran revistas hispano-alemanas de literatura, política y comercio, las cuales se proyectaban en la educación para el internacionalismo y el estrechamiento de las relaciones entre sendos países: educando a los españoles para las relaciones internacionales y dando a conocer la aislada España ajena al movimiento europeo. Bark auguraba una prepotencia universal nacida de estas relaciones bilaterales; España y Alemania reunidas alcanzarían el primer puesto entre los pueblos civilizados.

1.1. Deustche-Spanisch Revue

Deustche-Spanisch Revue nació de la colaboración de Bark y el abogado bohemio, Isidoro López Lapuya. López Lapuya había solicitado los servicios de Bark como traductor para unos movimientos de emigración de judíos rusos que estaba organizando. *Deustche-Spanisch Revue* era una revista mensual, en alemán, editada en Madrid pero compuesta según los modelos y normas germánicos. Su precio era de 1,5 pesetas por número. Cada ejemplar se vendía con un suplemento en español. Isidoro López Lapuya era el director y Bark el redactor. El primer número salió a la luz el 1 de noviembre de 1887 y otros veintitrés números le sucedieron hasta 1888, ninguno de ellos localizado. En lugar de sus proyectos cosmopolitas, la revista sólo engendró innumerables intrigas. López Lapuya se vió abrumado bajo la responsabilidad de estas familias que se acogieron a la esperanza de encontrar un hogar en España. Se dijo que la *Spanisch Deustche Revue* era un órgano costeado por judíos, y se relacionó con ciertas combinaciones políticas a raíz de la calidad de corresponsal de Bark en la Gaceta de Colonia.

Deustche-Spanisch Revue fundó la Biblioteca Hispano-alemana desde la que completaba la promoción y el intercambio cultural entre Alemania y España. Bark no logró apoyos financieros para su correcto funcionamiento por lo que cabe imaginar su rápida desaparición, tal vez en relación con su expulsión política. La revista promovía la reseña; la biblioteca la traducción y distribución de cualquier tipo de obra en alemán y español. Era una

sociedad vinculada a la casa de edición berlinesa del amigo de Bark, Richard Wilhemi. Cada miembro compraba cupones de acciones a 25 fr. y recibía una parte proporcional de los beneficios sobre los libros vendidos. En ella se publicaron las obras de Bark y López Lapuya, así como las obras contemporáneas célebres de ambos países. Hasta 1890, ofertaba una bibliografía fundamentalmente alemana sobre todos los campos del saber y la cultura, aunque se publicaron variadas traducciones al español de obras filosóficas y científicas, sobre todo, del mundo de la medicina. Bark pretendía divulgar la novela alemana en España, consciente de que su estructura era la más adecuada para la divulgación de tesis y sentimientos. Alentó su publicación en forma de folletín en la propia revista o en ediciones económicas accesibles a todo el público. Para Alemania, proyectó las traducciones de Pedro A. de Alarcón, Benito Pérez Galdós, Emilio Castelar y Eduardo López Bago. Sólo las de éste último autor han sido localizadas, prologadas y traducidas por Bark. Sus sueños de creación de un patrimonio cosmopolita y europeo, tachado de utópico y visionario en su época, constituyen uno de los proyectos culturales vigentes en la actualidad. En ellos, reside parte de la originalidad y modernidad del pensamiento de Ernesto Bark.

1.2. Spanien

La sucesora inmediata de *Deustche-Spanisch Revue* fue *Spanien. Spanien*, publicada en lengua alemana, era mensual. Versaba sobre arte, literatura, ciencia, economía e industria, ofrecía información amplia sobre la actualidad española; destinaba numerosas páginas a la vida cultural y la creación literaria. El equipo de dirección estaba formado por Bark y su amigo Ungern-Sternberg y colaboraban periodistas ingleses, alemanes y españoles. Entre los últimos figuran Antonio Palomero, Miguel Sawa y Pedro Alejandro Paterno.

Spanien nació a finales de 1888 y, al parecer, pervivió hasta mayo de 1899 aunque sólo hemos podido localizar tres números del verano de 1898. Se ubicaba en la Biblioteca de la Sociedad Políglota, en las sucesivas direcciones personales de Bark. Se dis-

tribuía por suscripciones directas de un mínimo de diez números, lo cual aseguraba cierta continuidad y previsión económica. En 1898, el precio de un abono era de diez pesetas. Tipográficamente era una revista bien concebida, con una disposición semejante a la de las revistas actuales. A diferencia de los textos alemanes de entonces, *Spanien* no estaba escrita en la antigua grafía gótica, por la imposibilidad de encontrar algunos de los caracteres en las cajas de letras de las imprentas madrileñas.

Los objetivos de *Spanien* residían en: dar a conocer la actualidad española en Alemania y entre las colonias germanas en España, fomentar los intercambios, consolidar los lazos de amistad entre ambas naciones, proporcionar una formación a los alemanes aquí residentes para la comprensión de la vida y el alma españolas y estrechar las relaciones de solidaridad entre ellos. Ungern-Sternberg y Bark querían ayudar a los alemanes a sentirse menos extranjeros e integrarse a la vida española.

Los números consultados de *Spanien* recogían el problema colonial y el fin del Imperio. Los artículos que firmaba Bark esbozaban el panorama político español, bajo el prisma republicano de Bark. El estado del Partido republicano en España, las relaciones Iglesia– Estado y la política social en favor de las clases eran algunas de las cuestiones examinadas.

La creación literaria en *Spanien* es tan importante como las secciones políticas. Constaba de secciones fijas para la narrativa breve y la poesía. Las novelas extensas se seccionaban en folletines. Los textos seleccionados se traducían en la lengua distinta de los originales. En los números estudiados, destacan las narraciones en alemán de Miguel Sawa y Antonio Palomero. Se trata de descripciones líricas, cantos a la pasión amorosa, las fuerzas de la naturaleza y el ciclo de la vida (Sawa, «Regen», 3 de agosto de 1889, pp. 79-80; Palomero, «Früling», 2 de julio de 1889, pp. 54). Sawa es presentado como un talento delicado, sensible, erótico y melancólico, como el «Guy de Maupassant» español. Se reconocen sus cualidades periodísticas y se recomienda su revista *Don Quijote*. En poesía se publican composiciones de E. Heisler, se traduce poesía popular española y se presenta a las jóvenes ge-

neraciones: Félix Limendoux, Alfonso Tobar, Carlos Fernández Shaw y López Silva, de quienes se traducen algunas coplas.

En la sección de folletín figuran algunos capítulos de novela socio-política, *Dunkele Gewalte* (*Poder Oscuro)* de Ungern-Sternberg. En ella se entreteje un mundo de intrigas entre carlistas y republicanos en un escenario veneciano. Entre los discursos políticos, los ambientes románticos y las controversias ideológicas, nace una historia romántica de amor imposible entre los hijos de los líderes de ambas facciones.

Los artículos de crítica literaria presentan al lector español uno de los poetas preferidos de Bark, Henry Heine. Su figura, al igual que las de Hoffmann von Fallersleben, Freiligrath, queda envuelta de una aureola revolucionaria por su apoyo al liberalismo alemán en 1830. Es cierto que estos escritores apoyaron un Estado popular y democrático en contra del feudalismo y del clericalismo, aunque el liberalismo que estos poetas vehicularon encontró mayor eco en los ámbitos culturales y universitarios que en los políticos. Bark analiza la recepción en España de sus poesías, pese al obstáculo que la lengua alemana representaba para el lector español, ya que la poesía alemana llegaba a través de fuentes indirectas o traducciones intermediarias de procedencia francesa.

Dadas sus primeras convicciones pangermanistas, Bark denigraba el romanticismo francés por la afectación, la retórica y el sensualismo que tanta influencia tenía en España. El éxito de las novelas diseccionadas en los folletines y los melodramas románticos en el teatro, demostraba, a su juicio, hasta que punto la opinión pública española era inmadura, ignorante y superficial. No obstante, reconocía la labor de los escritores políticamente activos, como Georges Sand, que conducían la literatura a los cauces la sociedad. Precisamente, por estos mismos motivos, Larra y Espronceda eran objeto de encomio, considerados como. portavoces del progreso y portaestandartes en las huestes revolucionarias. Simbolizaban la rebeldía contra lo instaurado, la lucha por el ideal, el acercamiento de la literatura al espíritu nacional y la entrega personal al servicio de la sociedad.

En las secciones bibliográficas de *Spanien* se reseñaban exclusivamente las obras de la Gente Nueva, esencialmente la de los publicistas que participaron en *Germinal*. Por ejemplo, se anunciaba la novela de Félix Limendoux, *El perro del hortelano*; las antologías de Antonio Palomero, *Cancioneo de Gil Parrado* y *Ropa Vieja;* y las traducciones de Stecchetti realizadas por Juan Jurado de la Parra y recopiladas en su volumen de *Póstumas*. Las recomendaciones que de ellas publicaba *Spanien* evidencian su solidaridad con las nuevas generaciones a quienes se deseaba ayudar a franquear las puertas de la notoriedad copadas por los literatos consagrados.

El carácter cultural de *Spanien* no se reducía al de la letra impresa. Su modernidad gráfica se afirmaba en la difusión de la pintura contemporánea de temática social. Los lienzos divulgados representaban escenas de trabajo o de la vida cotidiana, protagonizadas por desheredados, proletarios industriales y agrícolas. Reconociendo el compromiso político de estos pintores, *Spanien* criticaba en sus creaciones la pervivencia de elementos románticos e idealistas del pasado tal y como ocurría en el mismo teatro social de Joaquín Dicenta («Modernes Kunstleben», 1 junio 1889, pp. 29-30). Según la redacción, las manifestaciones artísticas de la época no supieron romper con el romanticismo ya trasnochado. Para las mentalidades alemanas, una altanería y orgullo obsoletos, procedentes del pasado áureo español, pervivían igualmente en el arte contemporáneo.

2. Ernesto Bark en la prensa progresista española

El periodismo de Bark en lengua alemana se complementaba con sus campañas propagandísticas en favor del progreso y la regeneración social en la prensa política y cultural de entresiglos, en Madrid o en provincias como indicábamos anteriormente. Cada una de las tribunas que Ernesto Bark fomentó, pese a sus modestos recursos económicos, se basaba en el concepto de prensa y literatura desarrollado en su corpus bibliográfico.

Desde su establecimiento en España, Bark colaboró en numerosos órganos de la prensa radical: *La Dominicales del Libre-*

pensamiento, La Idea Libre, El País, El Resumen, La Justicia... con artículos de fondo de contenido político. Con las colaboraciones de esta época, Bark se granjeó la etiqueta de anarquista ruso que le acompañó durante toda su existencia. Bark no era un anarquista, como se suele afirmar, pese a sus estrechos contactos con los nihilistas rusos. Sus objetivos políticos se podrían resumir en tres puntos esenciales: la república, la democracia y el reformismo social. Eran objetivos bastante moderados que rehusaban la violencia y la revolución. Es obvio que la falta de definición de un espacio político e ideológico con límites precisos entre el republicanismo progresista y el anarquismo justifica este tipo de confusiones.

En aquellas tribunas, Bark fraternizó con la Gente Nueva, jóvenes disidentes y bohemios que al calor de los motines universitarios de Santa Isabel, en 1884, iniciaron sus primeros pasos periodísticos en tribunas de fugaz existencia, tales como *La Discusión, La Tribuna Escolar, Juventud Republicana y La Universidad.* Allí firmaban Alejandro y Miguel Sawa, Ricardo Fuente, Manuel Paso, Luis París, Rafael de Labra, etc. Esos balbuceos estudiantiles se irían consolidando en periódicos como *La Piqueta* (1888) *y El Radical* (1889), ahora ya con Ernesto Bark, uno de sus más entusiastas mentores. Fue entonces cuando Ernesto Bark, Ricardo Fuente, Isidoro López Lapuya, Joaquín Dicenta y Antonio Palomero constituyeron la Agrupación Demócrata-Socialista. Desde entonces, también bajo los nombres de Agrupación Democrática, Democracia Social y Germinal, de 1890 a 1903, podemos descubrir a la Gente Nueva, fundadora del Partido Demócrata-Socialista o Republicano-Socialista, siguiendo el marbete de su homónimo alemán y del anarquismo humanista de Proudhon.

Sin periódico no hay partido, se solía evocar a la sazón. La Agrupación Democrática fundó el diario *La Democracia Social* cuyo primer número salió a la luz el 18 de diciembre de 1890, al módico precio de cinco céntimos. Sólo se conserva un número del mismo. La nómina de la redacción estaba compuesta por Ricardo Yesares, Ernesto Bark, Mauricio von Stern, Isidoro López

Lapuya, José Pamies, Manuel Paso y Ricardo Fuente. Configuraban éstos el directorio madrileño de la Democracia Social. Bark firmaba sus colaboraciones como enviado especial desde París. En realidad, vivía exiliado por haber participado en la organización de la primera manifestación del 1 de Mayo.

Desde su llegada a la capital francesa, Bark protagonizó nuevos amagos periodísticos con su amigo Alejandro Sawa. Bajo el título de *Correspondance latinae. Chronique hebdomadaire* (agosto de 1890)[50]. Son crónicas sobre la vida parisina y estudios comparativos sobre la posición social y la profesionalización de los escritores en Europa. Bark analiza la política cultural y artística francesa. La dignificación de la labor de los intelectuales, escritores y artistas, su promoción a nivel nacional y las inversiones estatales en educación elevan a Francia como modelo y referente europeo.

2.1. El Crisol y Cartagena Nueva, periódicos de provincias

Los fundadores de la Agrupación Demócrata-Socialista mantenían relaciones personales con los republicanos de Alcoy y Alicante, con quienes organizó diversas actividades propagandísticas en dicha provincia. Ernesto Bark, de nuevo en España, se trasladó a Alicante y Cartagena. Eran ciudades de alta concentración obrera en las que él debía realizar estudios sociológicos y organizar el Partido Demócrata-Social. Para ello colaboró con los círculos librepensadores, especialmente, con la Constante Alona. En estas ciudades despertó acaloradas polémicas y en Cartagena fue incluso víctima de un atentado en el mismo juzgado de la ciudad. Desde entonces utilizaría con asiduidad el seudónimo A. de Santaclara.

Bark fundó en cada ciudad un órgano portavoz del partido: *El Crisol* (1890-1892*), y Cartagena Moderna* (1893). Asimismo, colaboró en el periódico *La voz de Murcia* (1893) del que no se

[50] *Correspondance latinae. Chronique hebdomadaire* En agosto de 1890, Sawa y Bark empezaron a trabajar en esta publicación periódica que no llegó a salir a la luz. Sus manuscritos se conservan en la Biblioteca Nacional de París.

ha localizado ningún ejemplar. Tan sólo se conservan algunos números sueltos de *El Crisol* y *Cartagena Moderna*. En ellos, nuestro periodista declaraba la adhesión de la Agrupación al republicanismo de Ruiz Zorrilla y se arengaba a la Gente Nueva a participar en la regeneración de las Letras españolas.

El Crisol

El periódico *El Crisol* nació en el seno de la agrupación de librepensadores conocida como Liga Paz y Fraternidad, hacia el 15 de agosto de 1889. Esta publicación se constituyó en su portavoz subtitulándose «Organo oficial en esta región de la Liga Paz y Fratenidad». Salía a la venta quincenalmente. Juan Cabot Cahué encabezaba la dirección como representante de la Agrupación Demócrata-Social en Alicante[51]. Era además director de *La Paz*, la asociación de librepensadores de Alicante y la junta espiritista *La Caridad*. Tal vez esto asegurara la transición de *El Crisol* entre finales de 1890 y principios de 1891. Bajo el mismo nombre se proseguiría la edición de una revista semanal ahora definida como Revista semanal literaria, política, sociológico-científica del Organo Librepensador.

Ernesto Bark se hizo públicamente responsable de la dirección de *El Crisol,* cuando se convirtió en revista semanal, a pesar de que en ella su nombre no figure como responsable de tal cargo. Por aquel entonces, los nombres de los directores y redactores de la prensa progresista no solían figurar, aunque sí debían aparecer en los volantes que acompañaban cada nuevo número y que tenían que ser depositados en el Juzgado veinte minutos antes de su venta. Esto era una obligación legal que pronto eludiría la picaresca periodística. En ese certificado de responsabilidad, solían aparecer algunos hombres de paja, contratados como meros encubridores. Era gente sin formación y sin relación con lo que en aquellas

[51] GUTIÉRREZ LLORET, Rosa Ana, *El Republicanismo en Alicante durante la Restauración*, Alicante, Ayuntamiento de Alicante, 1989, pp. 144-151; RAMOS, Vicente, Historia parlamentaria, politica y obrera de la provincia de Alicante, 1989; THION SORIANO-MOLLA, Dolores, *Ernesto Bark...., op. cit.*

hojas se sostenía: obreros, albañiles, carpinteros... firmaban como responsables y los periodistas se salvaguardaban de las persecuciones de la justicia. Gracias a ese depósito obligatorio, se han conservado algunos ejemplares de la prensa progresista.

Los artículos publicados en *El Crisol* eran eminentemente políticos, sobre todo en las dos primeras páginas. Se incluían algunas composiciones poéticas de autores desconocidos, probablemente locales. Eran extensos poemas compuestos de versos ripiosos, destinados a la propaganda política y sociológica de marcados tintes anticlericales. La crítica literaria carecía de sección fija. Ernesto Bark incluía indistintamente sus juicios críticos con los sociológicos en las columnas principales. Puesto que proponía una visión instrumental de la literatura, Bark aludía al Naturalismo literario y al escritor José Zahonero, en particular, a quien estimaba como una promesa de la novela naturalista. Bark exponía puntualmente su concepción funcional –y parcial– del naturalismo como una praxis del reformismo social, por lo cual, encontraba sus adeptos entre la juventud cada vez más consciente y comprometida que mostraba «determinismo y horror a las injusticias sociales de la época actual...» («Orientación socialista», 28, 12 de noviembre de 1897, pp. 3-5). Del naturalismo se ofrecía ya la visión «social» que se acentuaría posteriormente en *Germinal* y que conformaba sus huestes entre la Gente Nueva comprometida y luchadora en contra de las iniquidades sociales.

Las restantes páginas eran más livianas: en la tercera encontramos algunas columnas dedicadas a los *Sueltos,* breves noticias comentando incidencias alicantinas, proclamas de solidaridad con otros periódicos republicanos federalistas o, simplemente, críticas a la oposición. Finalmente, la última página era reservada a la publicidad, necesaria fuente de ingresos para cubrir los gastos de financiación. En la mayoría de los artículos se puede reconocer el estilo y el pensamiento de Bark, aunque muchos de ellos no estén firmados. Como en tantas otras ocasiones, nuestro publicista incluye dos colaboraciones, una con su nombre y otra con su seudónimo. El periódico refleja la tradicional composición de un diario finisecular sin grandes audacias gráficas.

Ernesto Bark publicó en *El Crisol* su inédito *Recuerdos de París. Impresiones íntimas*. Entre las entregas conservadas destaca «Filosofía de Revoluciones» (*El Crisol,* 5 de septiembre de 1891, p. 77), por sus reflexiones políticas e históricas. Pretendía advertir al lector español sobre los peligros de las revoluciones, juzgando los resultados de la mítica revolución francesa y la política de Napoleón y Mirabeau.

Los pocos ejemplares conservados no permiten establecer un balance definitivo sobre las relaciones entre prensa y literatura. Con todo, resulta loable la presencia de esta literatura popular –en los números desgranados–, configurando una sección en la que realmente la literatura es instrumento propagandístico, al socaire del lema que reza en su portada: «Democracia social, justicia por el pueblo y gratuita, libertad de conciencia, enseñanza laica, gratuita y obligatoria, el progreso en política, vida social, ciencias, letras y artes».

Como atestigua *El Crisol,* la Agrupación Demócrata-Socialista participó con los demás republicanos en la creación de la Agrupación de la Prensa y la Sociedad de Artistas y Escritores. Ya apuntábamos la importancia que Bark otorgaba al asociacionismo para defender los estatutos de los periodistas y escritores. Sólo porque de este modo lograrían dignificar sus actividades y concienciar a las masas de su profesionalidad. Como anécdota curiosa mencionaremos el capítulo de la *Historia del Partido Republicano* que Rodríguez Solís dedicó a la Unión Republicana de Periodistas, como obligación moral con la prensa y con Bark, a quien había prometido un homenaje a los periodistas mártires de la política[52].

Cartagena Moderna

En 1893, Ernesto Bark llegó a Cartagena, donde centró sus investigaciones sociales sobre la gran concentración obrera de la industria minera. Colaboró en *La Voz de Murcia* y fundó el periódico

[52] RODRÍGUEZ SOLÍS, Eduardo, *Historia del Partido Republicano español,* Madrid, Impr. de Fernando Cano y Donoso de Val, 1892-1893, pp. 773 y ss.

Cartagena Moderna. Sólo se conserva un ejemplar de este último, el número 56, del 12 de enero de 1895, año II. Se desconoce la longevidad de su existencia aunque Bark debió inaugurar la publicación a finales de 1893, o principios de 1894 y mantenerla hasta el primer trimestre de 1895, fecha en la que la volvió a Madrid.

Las cuatro páginas que constituían *Cartagena Moderna. Periódico independiente de la tarde* (1895) se publicaban los miércoles y los sábados. Nadie firmaba como director ni tampoco había ningún lema político que permita asegurar la continuidad de la Agrupación Demócrata-Social. Su impresión se realizaba en la imprenta de la Gaceta Minera. Los temas tratados continúan la temática de *El Crisol:* se comentan los acontecimientos políticos locales y generales, hay una sección literaria, noticias breves, avisos locales útiles y una sección de publicidad que financiaría en parte su publicación. Podemos presumir que el periódico era confeccionado por Bark y se adaptaba perfectamente al público obrero minero a quien iba destinado.

La sección literaria del ejemplar que poseemos incluye tanto la producción artística como la crítica literaria. En primer lugar, aparece un breve cuento que formaba parte de su futuro libro *Recuerdos Bohemios.* Se titula «Un rifeño bienhechor» y es una narración de viajes en la que explica algunas de las costumbres de aquella ciudad. Seguidamente, una breve columna está ocupada por una sección titulada «Cuentos rápidos», en la que se publica «El amigo del lucero», otra narración breve, firmada curiosamente por su primogénita Matilde Cabello, que entonces debería tener once años. Es un cuento infantil escrito, sin embargo, por un adulto. Ni el vocabulario ni la expresión son propias de un niño de tal edad, salvo de tratarse de un caso excepcional que con la historia hubiéramos posiblemente conocido. «Contra Pérez Galdós» es el artículo de crítica de la sección. En él, Bark presentaba la recensión del prólogo de Galdós para *Los Condenados.* Recoge las críticas contra los revisteros de toros y escuda la defensa realizada por Ricardo Fuente y Peña y Goñi ofreciendo un sentido histórico y «costumbrista» a la fiesta nacional.

Al igual que en otras publicaciones periodísticas, intentó crear una Biblioteca en torno a *Cartagena Moderna* para la divulgación y la democratización de la cultura. En el número localizado de *Cartagena Moderna* figura una entrega de un curioso ensayo que no se volvió a publicar en libro. Se titulaba *La Marea Sube. Psiquiatría literaria* (1895) y su autor era el propio Bark quien se ocultaba tras su seudónimo. *La Marea Sube* estaba dedicado al estudio de lo que él llama los casos Clarín, Giner y Galdós. Sólo se han conservado algunos capítulos virulentos en los que Bark analizaba la realidad literaria del país como baremo de la riqueza y vitalidad de la nación. En una crítica siempre regida por el utilitarismo, ensalzaba el servicio que Emilio Zola y los psiquiatras italianos habían prestado a la sociedad por denunciar el punto de «corrosión» de la humanidad, víctima del «finísimo virus de la locura en sus formas propias a nuestro fin de siglo que es la monomanía». Bark definía esta monomanía como una especie de misticismo», en el fondo sensual y exótico con alucinaciones de milenarismo y nigromancia». Este tema fue tratado por Pompeyo Gener en su libro *El caso Clarín. La monomanía maliciosa* (1894). Nuestro escritor pretendía participar en la misma contienda y denunciar «las corrientes malsanas, enfermizas y podridas» del mundo literario. Asumía un papel regenerador para que la literatura permitiese «entrever los horizontes de una sociedad moral y físicamente sana y construida sobre las sólidas bases de la libertad, la justicia y la ciencia» («La Marea Sube», 1895).

Bark rompería sus lanzas contra la literatura en el poder, un círculo estrecho de «bombos mutuos» presidido por Clarín y cuyos miembros eran evidentemente Pardo Bazán, Pereda, Pérez Galdós y otros menos importantes con «codos de bronce, influencias políticas y *last no least* pulmones de fuerza hercúlea para hacer callar a los demás mortales». Bark comparaba las formas particulares que la monomanía o locura ha desarrollado en Francia con sus saturnalias literarias; en Alemania con sus predicadores socialistas; en Rusia con el pesimismo ascético de Tolstoy y el éxtasis revolucionario de los nihilistas. La monomanía en

España se manifestaba por el oscurantismo personalista y religioso porque, lamentaba Bark, «ni nos ocupan aquí los ensueños de transformación social ni los encantos de la literatura simbolista o decadentista, somos Sancho Panza que sólo nos entusiasmamos ya por la política del presupuesto».

Finalmente, Bark realizaría un llamamiento a las nuevas generaciones para hacer frente a estos literatos institucionalizados. La literatura joven estaba llamada a combatir estos estamentos en vistas al saneamiento de la sociedad.

3. Ernesto Bark en la prensa madrileña: *La Democracia Social* y *Germinal*

3.1. La Democracia Social

De vuelta a Madrid, en 1895, Ernesto Bark potenciaba la nueva salida de *La Democracia Social.* Tras el emblemático estreno de *Juan José,* el directorio de la Agrupación proponía la dirección a Joaquín Dicenta, como figura captatoria de jóvenes rebeldes y proletarios. El liderazgo y la iniciativa política que se solían atribuir a Dicenta para la constitución del grupo quedaban menguadas en sus memorias personales. En «Idos y muertos», Dicenta parangonaba la fundación de *La Democracia Social* con un milagro. Aquella 'poderosa palanca' con la que se sentían capaces de remover el mundo, resultaba, para Dicenta, el maná caído del cielo para afrontar la subsistencia cotidiana. Rememoraba Dicenta que:

> «En la época de *La Democracia Social* estábamos en las últimas. Buena prenda de ello es que yo andaba a todas horas con sombrero de capa y chaqué. Cuando esto ocurría, era señal de que habíamos quemado el último cartucho (...).
>
> Mi trajeo era, entonces, fantástico. A más del chaqué, que fue negro y a puro uso se tornó verde, llevaba un chaleco azul con motas encarnadas y unos pantalones a cuadros ya zurzidos. Añádanse a esto unas botas de caza y el sombrero de copa y tendrán exacta idea mis lectores de cómo vestía el Director de *La Democracia Social.* Poco más o menos, mis redactores vestían y vivían por el estilo» (Dicenta, *Juan José,* s. f., p. 104).

Las dificultades económicas a las que tuvieron que hacer frente para poder publicar el periódico, sin subvenciones de partido ni mecenas, fueron importantes. Años más tarde, Bark las relataba en sus *Recuerdos bohemios:*

> «La base debían formar las cantidades que entrasen de la venta de las acciones pagaderas en plazos mensuales; y, en efecto habían colocado algunas acciones y cobrado unas cien (!!) pesetas antes de publicar el primer número. Contábamos con tres elementos importantísimos: un buen amigo y antiguo periodista nos abrió el crédito para tres meses en la papelería e imprenta dónde tiraba su propio diario. Ni siquiera era socialista, o mejor dicho sus intereses no le permitían el lujo de serlo aunque tenía simpatías por nuestros ideales y de en la vida de un diario socialista en España... Todos los redactores eran propietarios accionistas con el deber de trabajar como redactores por la participación respectiva en las ganancias de la empresa» («Recuerdos Bohemios. *La Democracia Social*», *Germinal,* 28, 12 de noviembre de 1897, pp. 6-7)

El 8 de abril de 1895, *La Democracia Social* salió de nuevo a la luz. Era el típico periódico finisecular. De formato grande, sus dos hojas se distribuían en cinco columnas con contados grabados de rudimentaria calidad. Se vendía al precio de cinco céntimos. El equipo de redacción había ampliado sus filas. Figuraban, en cabeza de lista, Joaquín Dicenta y los mentores Ricardo Yesares y Ernesto Bark. Las nuevas plumas, aparecían en el siguiente orden: Félix Limendoux (Doctor Centeno), Ricardo Fuente, Antonio Palomero (Gil Parrado), Rafael Delorme (Juan de la Encina), Manuel Paso, E. Alonso y Orera, Ricardo J. Catarineu, Silvestre Abellán, Miguel Sawa, Carlos Soler, Enrique Maldonado, Antonio G. Pineda, Eduardo Zamacois, Federico Martín Eztala, Manuel Tercero y Angel Conde.

El periódico materializaba el concepto de prensa de Bark, ya que combinaba, pese a su condición de diario, el artículo de fondo con la noticia breve y circunstancial, las columnas de actualidad nacional con las de propaganda de la Agrupación, e incluso, la creación literaria con la divulgación científica. Las secciones literarias, en las que Bark no participaba, reflejaban

perfectamente el concepto de literatura y sus relaciones con el periodismo desarrollados en la primera parte de nuestro estudio. Las contribuciones literarias eran marcadamente ideológicas, sobre todo las de poesía con una sección titulada «Romancero de la blusa» en la que salió por ver primera el emblemático poema «El Andamio» de Joaquín Dicenta o los menos conocidos, «Los tejeros» de Félix Limendoux, «La media noche» de Manuel Paso, por citar algunos. La sección en prosa era dedicada exclusivamente a cuentos inspirados en la cuestión social: «El blanquero», «Desde la imprenta» de Joaquín Dicenta; «Cristo en la tierra» de Antonio Palomero, etc. Los redactores literarios no eran forzosamente miembros activos de la Agrupación, puesto que esta abría sus puertas a los jóvenes y bohemios sin distinciones ideológicas. Valga mencionar el ejemplo de Ricardo Catarineu, publicista totalmente ajeno a las tareas políticas de la redacción, empero, sus creaciones poéticas siempre estuvieron presentes en estas tribunas. Por ello mismo, las tendencias estéticas recogidas, como ocurriría posteriormente en *Germinal*, son variadas y eclécticas. Dan cuenta de la efeverescencia creativa y la desorientación estética en momentos de crisis, que Bark recabaría bajo la bandera del Modernismo.

Por la condición de diario de *La Democracia Social*, la crítica literaria se limitaba a las crónicas teatrales centradas, salvos raras excepciones, en la actualidad de las carteleras. Enrique Alonso y Orera, responsable de la sección, realizaba sus declaraciones de fe sobre las posibilidades pedagógicas y adoctrinadoras que la escena ofertaba. Por ello, informaban puntualmente de las representaciones propuestas por los círculos y agrupaciones obreras a precios módicos y la significación de *Juan José* como drama obrero. *La Democracia Social* lamentaba el pobre éxito del teatro de ideas en España, acusando la distancia que separaba el teatro nacional del transpirenaico.

Para un republicanismo paternalista como el de la Agrupación, la instrucción de las bajas clases medias y del proletariado constituía la panacea regeneracionista de la patria y la raza latina. Del mismo modo, siguiendo a Bark, era una tribuna libre –al

igual que sus sucesoras– de circulación restringida, en la que no se «cercenan sus artículos por consideraciones económicas», «ni encuentran la oposición sistemática del público insatisfecho y rutinario que coarta cada paso» («Germinal», *Germinal*, 4, 24 de mayo de 1897, p. 1).Con el fin de proteger a los escritores, evitar personalismos y crear un espíritu comunitario en el periódico, no se solían firmar los artículos. En algunas ocasiones, Bark firmaba algunos de contenido sociológico y político bajo su nombre o su seudónimo A. de Santaclara-. Su cosmopolitismo se reflejaba en las abundantes colaboraciones sobre política internacional («El abrazo universal», «Lombroso y Bismarck», 5, 12 de abril de 1895; 6, 13 de abril de 1895). Bark anhelaba la alianza entre España, Francia y Rusia ya que los lazos de fraternidad humana que el catolicismo había implantado podrían declinar fácilmente en una Internacional Social de orden laico. Durante una temporada, Bark volvió a París, enviando sus colaboraciones para la sección internacional «Cartas de París» sobre política y sociología. El objeto de su viaje, era, según anunciaba la redacción, el de comprar los derechos de una novela política sobre *La Commune* que su primogénita Matilde debía de traducir. De dicha novela no se tuvieron mayores ecos.

La Agrupación Democrática afirmaba su compromiso político progresista, abierto a cualquier partido que anhelase participar en la regeneración social y el establecimiento de una verdadera democracia. El carácter aglutinador y tolerante que los definía requería cierta flexibilidad e imprecisión en su programa. El socialismo con el que querían renovar su republicanismo era tan utópico e idealista como su anarquismo literario. Mantuvieron importantes diatribas con el directorio del Partido Socialista, en las que Bark participó activamente. Juan José Morato dio cuenta de esa visión particular de la Agrupación reflejando pertinentemente la visión que Bark y sus compañeros poseían del socialismo reformista que proponían:

> «[...] veían en el socialismo un ideal y un empleo digno de actividad, pero encontraban repulsiva la rigidez del Partido Socialista Obrero y su disciplina férrea, y acaso les repugnaba ser recibidos

como unos afiliados más por obreros mecánicos. Digamos también que el Socialismo de esta generación, de positivo mérito, era vago, sentimental, de protesta y rebeldía, cuando no a *contrapelo,* como el *Juan José* de Dicenta; [...] Quizás los hombres del Partido Socialista pecaron de adustos y hoscos [...] el hecho es que no hubo ni asomos de cordialidad entre unos y otros. Y aquel movimiento romántico desapareció, y hoy creemos que fue benéfico»[53].

El directorio del Partido Socialista les recriminaba su paternalismo intelectualista, sus altisonantes disertaciones de escasa efectividad práctica. Bark, tras unos intentos fallidos de movilizar al sector de la construcción en Madrid, manifestó un profundo desengaño del proletariado. Acusaba el inmovilismo y la desconfianza que estos sectores demostraron hacia la Agrupación; lo cual orientó la búsqueda de nuevos receptores en las clases medias y las elites intelectuales; en particular del krausismo positivista y del regeneracionismo.

A pesar de la efímera existencia de *La Democracia Social,* todos los escritores reconocieron su significación en la consolidación interna de la Agrupación. El periódico sirvió para unificar criterios, desarrollar un programa inicial y afirmar su voluntad en un nuevo proyecto, la fundación de la revista *Germinal.* En suma, *La Democracia Social* fue 'ensayo, trabajo madurativo', como Bark recordaría en su balance:

«Nunca me arrepentiré de haber emprendido aquella publicación, que era la base de Germinal y del movimiento socialista-republicano de hoy. ¡Cuántos nobles entusiasmos encontraron un eco en aquellos doce o catorce números de *La Democracia Social!* El germen colocado entonces en las inteligencias de aquellos redactores ha fructificado en artículos, libros y dramas» «Recuerdos Bohemios. *La Democracia Social*», *Germinal,* 28, (12 de noviembre de 1897, pp. 6-7).

En 1896, Bark, Yesares y Maceín fundaron una nueva revista, *La República Social,* de la que no se conserva ningún número.

---

[53] MORATO, Juan José, *El partido socialista español,* Madrid, Aepro ed., 1918, p. 144.

Su vida fue incluso más fugaz que la de *La Democracia Social,* si bien nos queda de ella un indicio más del entusiasmo y la infatigable actividad de los mentores de la Agrupación.

3.2. Germinal

Desde la desaparición de *La Democracia Social*, los miembros de La Agrupación Democrática se reunían en la redacción de *El País,* periódico en el que se reafirmaron muchos de los propósitos inciales. *El País,* órgano del Partido Republicano-Progresista de Ruiz Zorrilla, era el típico diario político. En sus páginas colaboraron numerosos intelectuales y acogió aquellos jóvenes escritores a quienes les estaban completamente cerradas las puertas de los periódicos más prestigiosos. Fue precisamente en éste, donde entablarían amistad los miembros del futuro grupo de los «tres»: Pío Baroja, Ramiro de Maeztu y Azorín, jóvenes que convivieron con nuestros germinalistas y con quienes compartieron sus inquietudes.

Bajo el amparo de *El País,* nuestros jóvenes de la Agrupación Democrática consolidaron sus esfuerzos organizadamente para fundar de nuevo una tribuna propia bajo el portaestandarte de *Germinal,* el cual, los acompañó en sus cuatro salidas, de 1897 a 1903. Según rememoraba Bark en sus *Recuerdos Bohemios*, el título de *Germinal* fue elegido porque era «literario, radical en política y resueltamente socialista», ya que se inspiraba en el cuarto evangelio de Zola:

> «Ni Maceín ni Zamacois podían encontrar nada: *Fígaro, Dantón, Voltaire, Siglo XX, Mirabeau*...todos nos parecían cursis. *El Siglo XX* se encontraba explotado en Barcelona por una revista madrugadora que probablemente moriría antes de llegar a la nueva centuria que anuncia.
>
> Al fin tuve la inspiración: *Germinal*, eso sí es el título que lo abarca todo. Una salva de aplausos acogió mi idea. Fuente, Palomero, Del Valle, Dicenta, todos quedaron encantados del hallazgo» [«Germinal», *Germinal,* nº 1 (24 de marzo de 1899), pp. 4-5].

El carácter palingenésico de *Germinal* resultaba altamente sugerente y junto con la consigna bíblica «Levántate y anda» de

la historia de Lázaro, fueron utilizadas de manera recurrente en sus publicaciones[54]. Se proponían ser la voz misma del renacimiento, el anuncio de la fecundidad del ciclo natural de la vida, del eterno retorno nietzscheano, que habría de devolver al pueblo el entusiasmo y la valentía de la raza latina[55]. De hecho, a partir de 1903, el título de *Germinal* proliferó en toda España para designar a numerosos periódicos de ideología exclusivamente anarquista, ya distante del Republicanismo Social de Ernesto Bark y sus compañeros.

En 1897, Joaquín Dicenta prosiguió su singladura como director de *Germinal, semanario republicano científico,* hasta pasar al diario *El País* en octubre del mismo año, cuando el grupo lo utilizó como tribuna paralela. Confesó Bark, años más tarde, que la presencia y el prestigio literario de Dicenta rodeaba al periódico de una «aureola poética que contribuía singularmente al éxito inaudito de la revista»[56]. Nicolás Salmerón y García le sucedió en el cargo. El consejo de redacción estaba formado por Ernesto Bark y Francisco Maceín. Como corresponsales, figuraban Isidoro López Lapuya desde París y Carl von Werner desde Berlín. La nómina de redactores estaba configurada por la *Gente Nueva:* Rafael Delorme, Ricardo Fuente, Juan José Jurado de la Parra, Antonio Palomero, Manuel Paso, Nicolás Salmerón y García y Eduardo Zamacois. Colaboraban Maeztu, Valle-Inclán, Benavente, Trigo, Rusiñol, Verdes Montenegro, González Serrano, Picón, Dorado Montero, Miguel Sawa, Blasco Ibáñez, Cavia, Caterineu, Eusebio Blasco, Arturo Reyes, etc. Esta heterogénea lista confería a *Germinal* un carácter ecléctico, uno de los atributos junto con el aperturismo, que izaron como bandera.

---

[54] Véase igualmente en *Don Quijote,* nº 31 (12 de agosto de 1898), p. 4; Zamacois, Eduardo, «Germinal», *Germinal,* nº 1 (30 de abril de 1897), p. 2; Bark, Ernesto (A. de Santaclara), «Germinal», *Germinal,* nº 1 (24 de marzo de 1899), pp. 4-6; «¿A dónde vamos?, *Germinal,* nº 1 (24 de marzo de 1897), p. 1.

[55] «Germinal, ¡Levántate y anda!» fueron membretes y títulos muy utilizados en la época para todo tipo de texto. Véase por ejemplo en *Don Quijote,* nº 31 (12 de agosto de 1898), p. 4.

[56] BARK, Ernesto, «La Democracia Social», *op. cit.*

Los germinalistas se presentaban como los nuevos hombres, la gente joven, fuerte, pensadora, revolucionaria y honrada que había sido ultrajada y escarnecida, que no se había dejado comprar ni sobornar. Sacrificada y abnegadamente, al menos de palabra, estaba dispuesta a :

> «sufrir privaciones materiales y morales, afrentas por no perder su honradez y su independencia y su integridad de corazón y de pensamiento; esta juventud ha tenido, tiene valor suficiente para aguantar a pie firme las injusticias de que es víctima, las injurias de que es objeto, las calumnias con que se quería deshonrar su vida y el silencio cobarde con que se trata de apagar su voz» («Germinal», *Germinal,* 4, 24 de mayo de 1897, p. 1)

Desde esas posiciones –y poses– como víctimas afrontaban el ostracismo, la corrupción y el despotismo en política y filosofía, ciencias y artes:

> «Esa juventud que quiere en política la República como punto de arranque, la República Social como fin inmediato y el progreso indefinido como ideal supremo; que rechaza toda religión positiva como atentadora de la conciencia humana; que reclama libertad para el pensamiento en el libro, en la tribuna, en el teatro, en el arte, en todo, no quiere, no debe, no puede guardar silencio, reclama un punto desde el que puede ser oída y nosotros se lo ofrecemos, modesto pero noble y honrado con *Germinal*» («Germinal», *Germinal,* 4, 24 de mayo de 1897, p. 1).

Su programa era de consuno político, artístico y científico, en la línea de *La Democracia Social,* la cual podía englobar tanto el reformismo (socialismo positivo) de Bark y Maceín, como el socialismo colectivista de inspiración marxista que Delorme. Bark invitaba a la controversia y la polémica como ejercicios esenciales en el aprendizaje de la Democracia. *Germinal* deseaba ser une espacio de intercambio y discusión para lograr establecer unos mínimos sincréticos en los que todas las facciones progresistas se identificaran, con el fin de crear un gran frente de oposición de efectivo impacto[57]. La originalidad de la revista residía en esa apertura, en la ambición de «lo moderno» sin banderas,

etiquetas ni *–ismos,* en la que el compromiso socio-político y estético caminaban a la par.

Germinal, vendido por quince céntimos, apareció semanalmente todos los viernes. Aunque pretendía ser un órgano defensor del pueblo, el contraste de su precio con los niveles de vida de la época, el tipo de anuncios publicitarios y los precios de la revista en provincias ilustran el carácter mesocrático de la misma. Constaba al principio de ocho páginas. Tras un mes de existencia y fortalecimiento material se subtituló «Revista semanal ilustrada», aumentando su número de páginas a doce. Las primeras eran ocupadas por los artículos doctrinales y socio-políticos; en las siguientes predominaban los culturales y artísticos, críticos y científicos. Incorporó igualmente reseñas bibliográficas y teatrales. Las semblanzas, siluetas, pequeños ensayos, crónicas, croniquillas, apuntes, rápidas, breves relatos, autógrafos y escenas de teatro constituyen el elenco de géneros que *Germinal* introduce junto a sus habituales secciones de cuentos y poemas. La riqueza tipográfica y las copiosas ilustraciones y grabados proporcionaban un aspecto moderno a la revista[58].

Las relaciones de *Germinal* con otras publicaciones periódicas se confirman por las reseñas de otras tribunas y las recomendaciones de lectura propuestas en las secciones bibliográficas. Asimismo, se comentaban las noticias de periódicos extranjeros, proporcionando una visión muy actualizada y cosmopolita de los

---

[57] Eduardo Mendaro en sus *Recuerdos de un periodista de fin de siglo,* Madrid, Ed. Prensa Española, pág. 23. Tuñón de Lara precisa que la prensa española en el período comprendido entre 1895- 1910 marcó la ruta a seguir al gobierno e influyó en sus decisiones en la crisis militar de 1895, las elecciones de 1905, para la Ley de Jurisdicciones, durante la Semana Trágica, etc., Tuñón de Lara, Manuel et alii. *Prensa y sociedad en España*, Madrid, Edicusa, 1975, p. 32

[58] Desconocemos las tiradas de *Germinal,* pero sí podemos suponer una expansión por las regiones más desarrolladas de la Península, coincidente con las zonas más activas políticamente. El análisis de la sección «Correspondencia Administrativa» elucida un alcance mayor en Cataluña, Valencia y Andalucía. En el extranjero, garantizaba su distribución en Burdeos, París y Londres. Para la organización de su red informativa, *Germinal* se anunciaba en otros periódicos de semejante ideología y reproducía artículos y cuentos que intercambiaba con ellos.

acontecimientos mundiales. En cierta medida, ellas perfilan es escorzo la imagen aperturista, moderna y progresista como atributo de la revista y su equipo mentor.

Ernesto Bark fue una de la pocas figuras que permaneció durante toda la trayectoria de *Germinal,* hasta 1903. Los germinalistas que se trasladaron a la redacción del diario *El País,* junto con Dicenta y Fuente, fueron disminuyendo sus colaboraciones en *Germinal,* la cual quedó prácticamente en manos de Salmerón, Bark y Maceín. El equipo de colaboradores se renovó con la pluma de intelectuales y catedráticos de tendencia liberal y krausista, pero de menor experiencia periodística: Salas Antón, Odón de Buen, Palmiro de Lidia, Santiago Valentí Camp, Julio Poveda, etc.

Bajo el nuevo subtítulo de semanario republicano sociológico, *Germinal,* el 15 de octubre de 1897, se convirtió en exclusiva tribuna del Socialismo positivo de Bark y Maceín. Firmaban con sus respectivos nombres y seudónimos (A. de Santaclara y Julio Thermidor) al menos dos artículos de fondo cada uno, con lo cual, la revista estaba en gran parte redactada por ellos. Del tono combativo y la calidad que la caracterizaba en primavera de 1897, iremos asistiendo paulatinamente a una baja en ambos aspectos, ello hasta su desaparición en diciembre del mismo año por falta de liquidez.

Los mejores periodistas, que se habían traslado de *Germinal* a *El País*, no conocieron mejor suerte. Pese a su condición de diario, *El País* perdió el carácter teórico y conceptual que Bark y Delorme habían logrado imprimir a su republicanismo socialista en la revista, completando su debate con las colaboraciones de Maeztu, González Serrano, Maceín, etc. Cabría apuntar que la muerte, cercenadora del inframundo bohemio, se llevó a prematuramente a Delorme (1897), responsable como Bark y Maceín de los artículos de contenido ideológico del grupo. Las diatribas de las que fue objeto el diario y el fracaso de la huelga de ultramarinos, preparada desde *Germinal*, supusieron al pérdida del control del periódico en enero de 1898.

Los fracasos del grupo Germinal fueron achacados a su ignorancia ideológica e incapacidad para sistematizar, a los cual añadía Bark el excesivo personalismo de algunos de sus miembros, en particular de Dicenta, y sus dificultades para trabajar en equipo. Recordaba Bark:

> «[...] tras pocos meses de labor desesperada, tuvo que darse por vencido el atrevido publicista que había contado muy mucho con el prestigio de su nombre y tal vez con la virtualidad de la idea socialista. El fracaso en el diario *republicano socialista revolucionario*, demuestra el error de la teoría personalista que todo quería reducir al esfuerzo de poderosos individuos y la verdad de la teoría opuesta que cree en la virtualidad de los esfuerzos colectivos. La democracia venga también en este terreno a las pretensiones del personalismo exagerado» («*Germinal*. Recuerdos bohemios», *Germinal*, 24 de marzo de 1899).

Otras causas del fracaso fueron, en opinión de Bark, la falta de cohesión y organización entre *Germinal* y *El País*. Sus consecuencias tuvieron desagradables repercusiones sobre los miembros del grupo que tuvo que hacer frente a las aceradas críticas de Unamuno, Clarín y Azorín. Las disensiones internas fueron aprovechadas por la oposición. Con su natural apasionamiento, declaraba Bark al respecto:

> «A los detractores de la gente nueva que tiene el derecho de decir que su quo ego a los asustados defensores de lo rancio y trasnochado ha demostrado *Germinal* que hay quienes saben trabajar meses y años desinteresadamente sin cobrar honorarios algunos, sabiendo perfectamente bien que su campaña les cierra muchas puertas y les proporciona infinidad de enemigos rencorosos que nunca les perdonarán haber levantado atrevidamente la bandera del porvenir, señalando con el dedo a los chirimbolos del pasado y a los idiotas que aún pretenden representar la vida» («*Germinal*. Recuerdos bohemios», *Germinal*, 24 de marzo de 1899).

Con cierta amargura López Lapuya lamentaba, con cierta ira, que aquellos esfuerzos se redujeran al beneficio de:

> «[...] ver a Dicenta tronando en la cima de la redacción como el hombre más talento, de más dinero y de más etcéteras: a Be-

navente, a Jurado de la Parra o a no sé quienes, llorando como unas magdalenas porque calificaban como anarquistas; a Orera y a otros huyendo rapidísimo por temor a desconocidos yangueses; a Ricardo Fuente acobardado por sus necesidades apremiantes... En vano el bueno de Zamacois cuidaba de la Administración de *Germinal* para que éste tuviese con la seguridad de los tesoros la certeza de la larga y exuberante vida: una mano oculta desvalijaba los cajones que él cerrados tenía. Y en vano también el bueno de Ernesto Bark llevaba la batuta en aquel famoso desconcierto. ¡Adelante! ¡Adelante! *Germinal* ha concluido en punta. Es decir, ha concluido en Salmerón, zarza donde dejó prendida poca lana socialista, quedándose con pelo de sociología cursi, venenoso y rapado» («Negro Mayorem», *La Campaña,* 30 abril 1898)

Las numerosas colaboraciones de Bark (con su seudónimo habitual A. de Santaclara) conservan cierta unidad respecto de las de *La Democracia Social* y su prolija bibliografía, donde gran número de ellas fueron integradas. Además de los artículos políticos y sociales de fondo sobre los que no nos detendremos en esta ocasión, son de especial interés los que versan en cultura, periodismo y literatura. Si los primeros podemos descubrirlos todavía en el resto de su obra impresa[59], los de crítica literaria conservan su prístina originalidad ya que no todos los volúmenes en los cuales debieron quedar fundidos han sido localizados.

Los artículos que dedica al proletariado de levita y sombrero de copa, se reúnen en torno a dos grandes temas, la misión social de la prensa y la función del publicista. La mayor parte de esos textos fueron la base de los refritos de *Estadística Social.* Son pocas, pues, las novedades que podemos añadir a lo ya expuesto.

Por ser la pericia periodística de Bark la que fundamentó sus textos teóricos y propagandísticos, *Germinal* se ofrece como ejemplo práctico los mismos. Se acentúa, no obstante, el carácter mesiánico de la prensa y los publicistas que «predican el

[59] Bark integró textualmente los artículos socio-políticos que vieron la luz en *Germinal* en sus libros. Por ello, dejamos de lado ahora esta cuestión a la que ya dedicamos nuestra atención en *Ernesto Bark, un propagandista de la Modernidad.., op. cit.*

nuevo evangelio». En el ambiente combativo de *Germinal,* los proletarios de levita imploran la confianza de su lectorado. Su abnegación y altruismo adquieren tonos patéticos susceptibles de avivar la piedad, porque su labor de predicación, citando a Bark, «expone a nuestros apóstoles en la prensa a ser perseguidos por los poderes monárquicos y tras de largos y molestos procesos verse encarcelados...». La prensa, hiperbólica salvaguarda de la justicia, se asimila a lo sagrados y religioso; es el «Cristo crucificado que se sacrifica por todos los demás» («Los proletarios de levita», 26, 29 octubre 1897, p. 6). Entre sus correligionarios, Bark rindió homenaje a Francisco Maceín, Ernesto López (Claudio Frollo) y José Riquelme como representantes de la juventud revolucionaria y luchadora por sus vigorosas plumas («Un bohemio socialista», 33, 17 de diciembre de 1897, pp. 5-6). Estos periodistas eran sus hermanos correligionarios:

> «[...] las canongias escasísimas del periodismo madrileño, para luchar por el progreso infinito con las armas del amor, de la caridad que anima a todo filósofo, y de las lágrimas del poeta que sufre con los desgraciados y se siente humillado con los desheredados»[60].

La actividad redentora de *Germinal* se concretizó en el apoyo a los presos de Montjuich, la promoción del asociacionismo en los gremios de dependientes de comercio y otros empleados-, la emancipación de la mujer, la reforma educativa, etc. Todas estos proyectos regeneracionistas exigían la colaboración estrecha de la prensa en sus campañas.

Otro de los objetivos de *Germinal*, animado por Bark, fue la descentralización de la prensa y su fortalecimiento en provincias (paralelo a una independencia política, administrativa, intelectual y artística) como órgano de control del poder. La prensa local podía aniquilar el libre albedrío de caciques y explotadores, «pequeños sátrapas y rajás de las aldeas (quienes) se atreven a mayores cautelas que los sultanes de Madrid refrenados por la

[60] BARK, Ernesto, *Modernismo, op. cit.*, p. 65.

prensa de la capital» («Madrid y sus provincias», 25, 22 de octubre de 1897, p. 7). Los artículos de Bark en *Germinal* versarán igualmente sobre la función de la prensa como tribuna de crítica literaria y soporte de la literatura: tenía que recoger las filosofías e ideologías del momento siendo ineludible el compromiso y el utilitarismo político, escindiendo la literatura crítica de la crítica literaria, las cuales debían mejorar su difusión y calidad. Por último, potenciar la calidad de las revistas literarias, de la crítica literaria y científica y el uso de seudónimos como garantía de la independencia de criterio, fueron los aspectos que Bark divulgó desde *Germinal.*

Las colaboraciones de crítica literaria que Bark escribió para *Germinal* son altamente sugerentes. Recordemos que, desde 1890, la rebeldía política de la Gente Nueva se materializó estéticamente en el rechazo del arte burgués y en una concepción utilitaria del arte, al servicio de la Revolución Social. Frente a las obsoletas etiquetas generacionistas o la esquemática periodización de la historia literaria en torno a 1898, cabría recordar, siguiendo a Bark, que el malestar social de fines del siglo XIX no surgió por generación espontánea:

> «Los desastres coloniales no han creado este anhelo de salir del marasmo, sólo han dado mayor empuje a las tendencias reformistas, extendiendo su acción de la literatura a las anchas esferas sociales y haciendo de una corriente determinada a determinados círculos intelectuales, un movimiento ampliamente nacional»[61].

En ese afán de disidencia y reformismo, Bark arremetió contra el Naturalismo español de corte espiritual, proponiendo un Naturalismo Social o Radical, un naturalismo dreyfusiano, contestatario y socialista. Merced a su metodología científica, Bark proclamaba que el Naturalismo era un arte grandioso, puro y eterno; el «arte del buen sentido», el verdadero documento histórico del siglo XIX, esencial para los estudios de Estadística Social. Reducía parte de la literatura a estudio sociológico con el que de-

[61] *Ibid.*, p. 99.

nunciar las lacras sociales y la degeneración nacional, amparándose en las declaraciones de Zola como voz de autoridad («Naturalismo español», *Germinal,* 19, 10 de septiembre de 1897, p. 5). Para Bark y sus compañeros era fundamental el presentar al hombre en su contexto, bajo el peso del determinismo social y ambiental. Eligieron a los desheredados, en unos ambientes tétricos, paupérrimos, bajo las convulsiones del dolor, la miseria y la inmundicia, sin que hubiese lugar para la resignación y compasión religiosa. Para garantizar un estilo vigoroso, Bark aconsejaba la adecuación del lenguaje y las descripciones exhaustivas. Aquellos dramáticos cuadros o «estudios sociales», exigían un lenguaje valiente que tenía que convertirse en el grito arrollador de la Revolución Social («El renacimiento literario», *Germinal,* 16, 20 de agosto de 1897, pp. 9-10). Se trataba, como él sintetizaba, de un naturalismo ateo-determinista y socialista-revolucionario. La profunda admiración que los germinalistas sentían por Zola –como crítico y hombre político especialmente– y los escritores progresistas europeos se tradujo inevitablemente en una imitación de sus escritos y una defensa ciega de los principios ideológicos que transmitían: se imitó a Ibsen, Hauptmann y Björnson en el teatro; Coppée, D'Annunzio, Leopardi, Longfellow, Shelley, Sully Proudhomme y Heine, en poesía; Zola, Daudet, Flaubert, Tolstoi.... en novela. Por otra parte, anclados en la tradición española, no por ello suprimieron muchos de los rasgos inherentes a la tradición literaria nacional.

Desde *Germinal* se eligió a Joaquín Dicenta como pionero en el Naturalismo social merced a sus dramas sociales, a imagen, en opinión de Bark, de los dramas naturalistas y el teatro de ideas en Europa. En *Juan José,* emblema del arte social, «la pluma se convierte en piqueta y la escena en tribuna» («Naturalismo español», 19, 10 de septiembre de 1897, p. 6). Esta obra permitió ganar muchos adeptos a la causa germinalista que la tomó como portaestandarte. Bark pensaba que sería la única obra que sobreviviría a la muerte de su autor, el cual, indolentemente, había dedicado gran parte de su vida a ganar desinteresadamente «la moneda de cobre de los artículos de periódico»[62]. En 1913, Bark

realizará un balance sobre su producción literaria, según el cual, la crítica había hecho justicia a Dicenta como autor dramático y cronista: «[...] por su vigor, conceptos originales y profundos, y estilo brillante y sugestivo». Pero, en lo que respecta a sus novelas, Bark piensa que se equivoca Dicenta al fragmentar sus últimas ficciones, quitándoles hondura en la traza de los personajes y en la presentación.

En novela, el Naturalismo social no había logrado suficiente madurez, salvo en algunas de las obras de Alejandro Sawa. Si bien demostró todo su vigor en *Crimen Legal,* el «grito de desesperación» del luchador que se asfixia en *Declaraciones de un vencido,* y el cuadro lúgubre de una sociedad sumergida «en tinieblas seculares» en *Noche,* éste no era lo suficientemente desgarrador y frío como el Naturalismo Social requería. El alma latina de Sawa, un tanto diletante y laxista, estaba abocada a ser «profundamente poética», por lo que sus novelas quedaban impregnadas de tintes románticos, costumbristas y populares que distaban de la misión sociológica que Bark proyectaba. Por su parte, Dicenta fragmentaba sobremanera la ficción en sus novelas, de modo que restaba consistencia a la psicología de sus personajes y la presentación de los problemas sociales[63].

Con el mismo sentido aperturista que en política, *Germinal* acogía cualquier estética que implicase reacción contra la novela imperante, habitualmente tachada de anacrónica e inferior respecto de la europea. La literatura consagrada se convirtió en frente de oposición por representar lo viejo, lo burgués, lo católico. Bark contrasta la vitalidad de los polígrafos germinalistas con el estado «antidiluviano y momificado de los escritores españoles con renombre, que se traduce en una literatura pobre» de espíritu. Aun reconociendo la capacidad creativa de aquellas «generacio-

---

[62] BARK, Ernesto, *Modernismo, op. cit.*, p. 65.

[63] La estrecha amistad que unía a Bark y Sawa motiva juicios de orden contrario a los citados, cuando la crítica atacaba al poeta., como ocurre en Naturalismo español, *op. cit.* Sobre Dicenta, completaría la información posteriormente en («Dicenta el novelista», *El Radical*, 2 abril 1913).

nes de gomosos», egoístas, conservadores y clericales[64]; o sea, de Pereda, Pérez Galdós, Palacio Valdés, Picón, Valera, Pardo Bazán, Munilla y Oller, Bark menospreciaba sus novelas por falta de implicación social y un realismo desvirtuado:

> «Nadie negará que los citados son artistas dotados de un finísimo sentido poético, que perciben las formas y los colores como cualquier Alejandro Panzani, describen con maravillosa plasticidad los detalles y penetran en la intuición artística del latino en la poesía de la realidad más insignificante, viendo bellezas hasta en el montón de basuras» («Decadencia crítica», 12, 23 de julio de 1897 pp. 2-3; «Decadentismo puro», 31, 4 de diciembre de 1897, pp. 3-4).

El espiritualismo defendido por Emilia Pardo Bazán en su concepción del naturalismo constituía uno de los blancos preferidos de Bark, quien censuraba ese modo hispánico de conciliar el positivismo con los preceptos religiosos y la moral católica. El naturalismo de Pardo Bazán era, recogiendo sus propias palabras, «naturalismo desnaturalizado».

En la concepción reduccionista que Bark divulgaba desde la prensa, la novela era arte sociológico, sin por ello estar reñido con el arte «verdadero», el arte defensor de ideas y sentimientos sublimes propio de las estéticas románticas, porque le otorgaba asimismo una misión educadora y vulgarizadora:

> «No es que las novelas deban ser tratados de ciencia como los del inmortal Zola. Tienen gran encanto las coloristas de Alarcón, de las que Bark tradujo *Final de Norma* y *El capitán Veneno* (...) los cuadros de Pereda, la sencillez de Valera, los paisajes dignos de pincel de *Los Pazos de Ulloa*... ¡Pero cuán pequeños son estos

[64] «[...] a los cuales deben ofrecer pleito homenaje inteligencias privilegiadas, como Menéndez Pelayo, esterilizando sus libros, convirtiéndolos en nomenclaturas sin valor trascendental científico. Otros, como Leopoldo Alas, se ven precisados a escribir novelas místicas para que cualquier obispo no les excomulgue y les quite el pan, de sus hijos, y novelistas como Pérez Galdós, Palacio Valdés y otros, se dejan arrastrar siempre por el misticismo clerical que dispone de los asientos de la Academia, de la prensa leída por la gente admirada que compra libros y de la red de intrigantes que convierten el confesionario en una pila difamatoria de toda persona liberal e independiente de la clericalla». («La juventud de hoy», *Germinal*, 33, 17 de diciembre de 1897, pp. 8-9).

mismos autores cuando exponene ideas, cuando quieren interpretar los latidos de su época! Son ciegos para todo lo grande, su vista miope sólo percibe el pasado y en el pasado aplauden únicamente los valores negros» («Decadencia crítica», 12, 23 de julio de 1897 pp. 2-3)[65].

Toda literatura podía ser palanca propagadora de ideas progresistas. Goethe y Victor Hugo son propuestos como modelos porque supieron «propagar sus sentimiento sublimes envueltos en brillantes concepciones artísticas, cautivando la fantasía para elevar el alma a las alturas de eterna belleza y virtud» («Orientación socialista», 28, 12 de diciembre de 1897, pp. 3-5).

El teatro mereció particular atención de Bark como medio propagandístico y de educación de masas. Bark vislumbraba en el teatro por horas un instrumento eficaz para educar al vulgo con sencillez dada su capacidad de convocatoria. Este tipo de representaciones podía distraer al obrero que disponía de poco tiempo y dinero. Una vez más, distinguía entre el arte sociológico y el arte sublime o verdadero. Como solución sociológica, el teatro podía ser una panacea social que alejase «a millares de gente sencilla de las tabernas» e «hiciese penetrar las bendiciones del arte hasta las aldeas más recónditas del país, educando estéticamente al pueblo para que pudiese aprender y gozar las sublimes revelaciones del arte»[66].

Las críticas más aceradas de Bark se dirigían contra las «sesudas notabilidades» que ostentaban el poder de las tribunas de la crítica: Clarín, Pardo Bazán, Menéndez Pelayo..... Todos ellos eran polígrafos, compartían la actividad crítica literaria con la periodística, la cual les aseguraba el sustento. En general, Bark les inculpaba del estado anacrónico en que se encontraba la literatura consagrada, por no explicar las causas de «su pobreza de espíritu» y complacerse «en grotescos elogios, ditirambos trasnochados de compadrazgo acérrimo, limitándose a discutir

---

[65] Asimismo en: «Decadentismo puro», *Germinal*, 31, 4 de diciembre de 1897, pp. 3-4, «La juventud de hoy», *Germinal*, 33, 17 de diciembre de 1897, p. 8.

[66] BARK, Ernesto, *Estadística Social, op. cit.*, 1903, pp. 37-38; *La España Contemporánea*, 15 de mayo de 1891, pp. 64-74).

nimiedades y puntos olvidados» («Decadencia crítica», 12, 23 de julio de 1897 pp. 2-3).

Clarín fue el más polémico pues ostentaba dictatorialmente, según Bark, todo el poder de la crítica; «su Majestad Don Leopoldo Alas Clarín» como a veces le llamaban:

> «[...] desde su 'Tusculum' de Oviedo abruma la conciencia literaria de sus deudos, obligados a alabar sus novelas y novelistas, que por delicadeza hubiera– podido dejar publicar bajo cualquier pseudónimo para dejar libre a la crítica independiente» («El renacimiento literario», *Germinal,* 16, 20 de agosto de 1897, pp. 9-10).

Aunque Clarín fuese el continuador de la tradición crítica satírica española, Bark piensa que no alcanza la talla de Larra por carecer de un espíritu revolucionario. Es más, Bark lo denigraba por dejarse «influir por las picaduras del amor propio herido» y el misticismo; por lo que proponía un ejercicio crítico inferior que circulaba por Europa. Lessing era el modelo de crítico, aquel que ennoblecía la literatura con su sacerdocio. Un carácter de esa talla, creía Bark, es el que haría falta en España:

> «El puesto está aún vacante; que venga el crítico que reúna aquella erudición, originalidad de pensamiento, virilidad de expresión y carácter, y que tenga los horizontes inmensos intelectuales, pero que no se deje guiar por rencores y rivalidades nimios, sino que sepa admirar el talento en el adversario y enemigo. Sin duda estas calidades de carácter, inteligencia y moralidad elevada, sólo se adquieren en los grandes combates por grandes ideales, y nunca pueden desarrollarse donde la crítica es un juego de compadres, y donde las luchas entre sabios, pensadores y políticos, sólo son torneos cuyo fin es deslumbrar a los espectadores, obtener aplausos de las damas y llamarse mutuamente "sublime, fenomenal, piramidal". Donde todo es valor entendido, falta de sinceridad y honradez verdadera, no pueden surgir grandes críticos: un Gulliver luchando contra liliputenses, sería una figura ridícula» («Decadencia crítica», 12, 23 de julio de 1897 pp. 2-3).

Bark atribuía al crítico literario el papel de docente y guía. Tenía que poseer gran erudición «originalidad de pensamiento, virilidad de expresión y carácter, grandes horizontes», para no

dejarse «guiar por rencores y rivalidades nimios». Estas cualidades de carácter, inteligencia y moralidad eran imprescindibles en una crítica ecuánime sobre la que proyectaba funciones mesiánicas. A tenor de ello, solicitaba a Revilla y Clarín que proporcionasen mayor aliento a los escritores jóvenes, cierta moderación en su tono polémico y mejores explicaciones de sus intenciones. En última instancia, atribuía a la crítica la responsabilidad de difundir la literatura en el extranjero, obligándole a perder su «sabor *prononcé* de puchero casero» e incorporándola a las tendencias europeas («El renacimiento literario», *Germinal,* 16, 20 de agosto de 1897, pp. 9-10)

Aunque desde estas tribunas, Bark no desarrolló el concepto de Modernismo como en su bibliografía posterior, en las páginas de *Germinal* se manejaba tácitamente como cualquier tendencia que significase protesta contra los viejos, «del espíritu contra la forma, del progreso contra la reacción», como ya citamos. Puesto que la transformación de la sociedad es la misión fundamental del arte, cualquier tendencia estética que respetase ese precepto era aceptada en *Germinal.* En estos momentos incipientes, y como bien plantearía Bark en su homónimo libro, *Modernismo* significa, pues, modernización. Era el sueño anhelado por esta Gente Nueva (germinalista o no) para España, o como escribía Manuel Machado:

> «Modernista. La palabreja es deliciosa. Representa sencillamente el último gruñido de la rutina contra los pobres y desmedrados innovadores. De modo que aquí no hay nada moderno, pero hay **modernismo**. Y por modernismo se entiende ... todo lo que entiende. Toda la evolución artística que de diez años, y aún más, a esta parte ha realizado Europa y de la cual empezamos a tener vagamente noticias» («El modernismo y la ropa vieja», *Juventud,* I ,1901).

Machado resumía acertadamente los rasgos esenciales de ese modernismo germinalista: eclecticismo, heterogeneidad, ambigüedad, aperturismo, regeneración y europeización. Fue la reacción incluso por parte de los que vivían en la instaurada rutina ante un fenómeno tal vez engrandecido. Ello justificaba la

presencia de escritores con estéticas tan variadas en estas hojas de la prensa. De hecho, los germinalistas exploraron las vías de la introspección, el conocimiento sensible, el vitalismo e idealismo como mecanismos de compensación a la insatisfacción que el naturalismo radical acabó generando. Igualmente Bark, en los albores de siglo, propuso una estética de corte idealista de resabios románticos basada en la *Filosofía del placer.*

Tras los fracasos de *El País* y *Germinal*, la Gente Nueva se escinde en dos grupos, uno de talante más conservador en el periódico *Vida Nueva* que dirigirán Nicolás Salmerón y Eusebio Blasco sucesivamente; y otro que persevera en la línea progresista, animado por Maceín y Bark con un nuevo intento fundacional. *Germinal,* ahora semanario socialista, salió fugazmente a la luz en 1899. En la homónima revista siguen colaborando la mayoría de los periodistas mencionados anteriormente. Se observan en esta serie algunas mejoras tipográficas. Las secciones y los contenidos abundan en el antiguo diseño. A diferencia de los anteriores, aumentan traducciones de textos franceses relativas al socialismo humanista francés. Aunque el reformismo social se convierte en su portaestandarte, conservan el aperturismo y sincretismo anteriores con idénticos proyectos unionistas, salvo frente a Eusebio Blasco que intentaba orientar *Vida Nueva* hacia el socialismo-cristiano y con quien rivalizarían[67]. Las posiciones moderadas de Maceín y Bark se acentúan en esta breve salida, alejándose definitivamente del obrerismo y del proletariado.

La creación literaria desaparece prácticamente en esta serie de *Germinal*[68], compensando este desequilibrio con las publicaciones de novelas por entregas. Algunos capítulos de la novela de

---

[67] Es cierto que Eusebio Blasco había sido un personaje de tendencia conservadora. Había pertenecido al partido de Cánovas, si bien al final de su vida se ubicó en posiciones más liberales: «[...] llamarse órgano del modernismo y pretender seguir las huellas de *Germinal* y después propagar la monarquía y servir de gancho para llevar a la gente nueva a las Instituciones, es sencillamente una estafa como lo es si un comerciante vende por oro de ley una pulsera de dublé», *Germinal*, 1, 1 de abril de 1899, p. 2).

[68] En narración figura, por ejemplo, un cuento breve de Isidoro López Lapuya titulado «Desde el barrio Latino», en el que revive entre la realidad y la ficción algunos momentos de sus tertulias en los cafés parisinos». (*Germinal,* 2, 7 abril 1899, p. 6).

Zola, *Germinal,* al parecer traducción directa del francés, fueron las únicas páginas que vieron la luz. Tradujo una breve narración de Tourgeneff, «El Umbral», en el que una doncella corre el riesgo de penetrar en las tinieblas, símbolo de la lucha revolucionaria (*Germinal,* 3, 14 de abril de 1899, p. 5).

La escisión dos bandos de los miembros de Germinal se agudizó en años venideros. En 1901 reanudaron sus itinerarios de modo independiente. Salmerón y García en tanto que líder de «Germinal. Agrupación republicano-socialista» certifica la independencia frente a las empresas progenitoras, las cuales, en su opinión, «no podían ser renovadas con acierto». Frente a ellos, perseveraron de nuevo Bark, Maceín y López Lapuya en un nuevo semanario *Germinal* en noviembre de 1901, que tan sólo Pérez de la Dehesa pudo consultar. Como director figuraba Eduardo Barriobero y Herrán, que posteriormente se orientó hacia el anarquismo. Entre los nuevos colaboradores destacaban Villaespesa y Ciges Aparicio. A ellos se unió igualmente Pedro Vallina, por lo que ideológicamente, la revista fue adquiriendo ribetes anarquistas.

Por fin, la cuarta y última etapa de *Germinal* data de septiembre de 1903, primero semanal y rápidamente diario, bajo la iniciativa de su incondicional mentor Bark, pues el óbito de Maceín, de treinta y un año de edad, se produjo prematuramente entonces. El periódico fue dirigido por Eduardo Barriobero y Herrán en una primera parte, debiendo abandonar su cargo a partir del número 23 por cuestiones de salud. Le sustituyó el abogado Daniel García Albertos, sin que ello evitase la desaparición a la que estaba abocado el periódico. Este expiró el 11 de noviembre con tan sólo veinticinco números.

En *Germinal* aparecieron de nuevo las voces de Ricardo Yesares y Alejandro Sawa. Se incorporaron algunos bohemios más jóvenes, como Pedro Barrantes, Emilio Carrere, Francisco Lombardía, Hernández Cata, Camilo Bargiela, Dionisio de las Heras, Rafael Urbano, Ramón Asensio Mas y Alberto Lozano. Esta nómina definía su alcance en el «Socialismo, arte, literatura y política». A tales criterios respondían sus secciones fijas distri-

buidas en un periódico de gran formato que recordaba a su antecesor *La Democracia Social.* Sin grabados, fotografías ni fotograbados, la riqueza artística de las otras revistas se pierde por completo. La pintura, la escultura y demás manifestaciones plásticas desaparecerán por completo. Ahora, algún que otro artículo de crítica, sobre todo teatral, y unas cuantas composiciones narrativas y poéticas circunstanciales conformarán las secciones artísticas de estas últimas salidas. La creación literaria, empobrecida especialmente en octubre, cuando *Germinal* se convierte en diario, conserva la línea ideológica de *Germinal* en 1897 pese a los cambios de nómina y el creciente silencio de Bark en estas secciones. La crítica literaria se ocupará principalmente de la cartelera teatral, como ocurría en *La Democracia Social.*

Joaquín Dicenta volvió a alistarse entres las filas germinalistas, en las columnas de la prensa y en sus mítines. Participaron en el Congreso de Librepensadores y en las campañas electorales muncipales. El grupo sufrió severas persecuciones policiales y algunos de sus miembros fueron encarcelados, lo cual pudo intervenir en su breve duración. Los artículos de Bark en esta serie eran coyunturales ya que versaban, en general, sobre política electoral.

Los reiterados esfuerzos de Bark y sus compañeros germinalistas para crear tribunas libres y modernas dieron vida a la visión mesiánica y altruista del proletario de levita, el escritor y publicista para la reforma y modernización de España. En sus campañas, el trabajo del publicista llegó a convertirse en amenaza constante porque la «predicación expone a nuestros apóstoles en la prensa a ser perseguidos por los poderes monárquicos y tras largos y molestos procesos verse encarcelados» o físicamente agredidos, como le ocurrió a Bark en reiteradas ocasiones («Orientación socialista», 28, 12 de noviembre de 1897, pp. 3-5).

Bark reivindicó constantemente la importancia de la descentralización y el fortalecimiento de la prensa en provincias; su función como tribuna para la crítica literaria y soporte de la literatura, como cada una de sus publicaciones demuestra. Igualmente, pretendió que cada una de las revistas en las que participó

mejorase la calidad de sus contenidos, en particular, de crítica literaria y científica y recogiese las filosofías e ideologías del momento, de ahí su incondicional apoyo a toda la juventud.

De toda los órganos portavoces de la Agrupación Republicano-Socialista, la revista *Germinal* de 1897 es la publicación más completa, especialmente en el ámbito de la teoría y creación literaria. Respecto de la primera, hemos observado esa confluencia de tendencias disidentes respecto de los cánones estéticos del «buen gusto» burgués. Disidencia que, se identifica como la manifestación del Modernismo, en el sentido de Modernidad, y, que abarca, desde la expresión «racionalista» de un exacerbado Naturalismo social, hasta la nueva expresión de la emoción y el sentimiento del ya incipiente modernismo literario español. Puesto que Bark fue uno de los principales mentores de *Germinal* (aunque no fuese creador literario en estas páginas), cabría subrayar que las creaciones poéticas y la narraciones breves de la revista afirman su carácter moderno por abrir sus columnas a las más variadas tendencias. Por más que concibieran la literatura como pedagogía social y pregonaran la ruptura con los cánones tradicionales, el análisis exhaustivo de aquellas composiciones demuestra que tal ruptura quedó en muchas ocasiones en palabrería huera, ya que en términos generales, no lograron asentar una estética literaria totalmente innovadora, sin duda por carecer de genialidad creativa. Sin embargo, se ha de reconocer que modernizaron las temáticas y motivos literarios: el erotismo, el cientificismo, el anticlericalismo, la cuestión social, el exotismo y orientalismo.... fueron los temas predilectos de sus composiciones. El obrero, el pobre campesino, la miseria, la prostituta, la adúltera y el huérfano fueron algunos de sus personajes. A pesar de ello, no siempre encontraron nuevos cauces de expresión. Salvo algunos atisbos innovadores en métrica, las descripciones radicalmente naturalistas y un lenguaje tomado «del natural», la mayoría de las veces recurrieron a los moldes técnicos de la literatura considerada tradicionalmente de «buen gusto» que paradójicamente pretendían aniquilar.

En conclusión, podemos afirmar que Bark y la Gente Nueva germinalista fueron conscientes de la caducidad de la estética literaria en vigor y abonaron el terreno para las innovaciones del siglo XX, con la denuncia y algunos ensayos que no lograron ser suficientemente divulgados y revolucionarios desde el punto de vista creativo. Llevaron a sus últimas instancias la estética naturalista exacerbando sus criterios ideológicos para ejercer la función social que atribuían a la literatura hasta caer en el hastío de sus propias limitaciones. Por ello, simultáneamente, empezaron a interesarse por la subjetividad y los poderes de la evocación y el símbolo como estrategias literarias que nunca llegaron a dominar. Si tomamos el ejemplo del teatro naturalista del que se consideraban legítimos representantes, observaremos que son contadas las obras originales en que se siguen sus cánones, porque, cuando quisieron enriquecer la escena madrileña con una producción innovadora y comprometida, lo hicieron mediante la traducción y la adaptación. A parte de las razones materiales y contextuales que pudiesen soslayar o justificar la inconsecuencia de nuestros polígrafos que ahora no nos interesan, es obvio que sus producciones teatrales buscaron la facilidad, el aplauso del gran público burgués al que teóricamente despreciaron, así como las fáciles retribuciones económicas.

Apresados en el círculo vicioso del mercado editorial y del consumo literario, estos jóvenes polígrafos merecen, no obstante, el reconocimiento de la historia cultural, literaria y periodística por haber cuestionado y abierto algunas brechas estéticas, pero en especial, por haber modernizado el mundo de la prensa ideológica y cultural, proporcionando a la literatura nuevos medios de expresión y difusión democrática. Desde la prensa, Bark y los demás soñadores germinalistas ejercieron la misión proselitista y educadora con la que intentaron regenerar España.

4. Otros proyectos y colaboraciones

En 1901, durante la reorganización de Germinal, Ernesto Bark participó en una nueva revista republicana titulada *El Pandemonium*. Era una revista sociológica que tuvo corta existencia.

Tan sólo veintidós números salieron a la luz entre mayo y septiembre de 1901. Las colaboraciones de Bark fueron variadas. Desde esta tribuna arengaba a la Gente Nueva para que se uniese a las filas de Lerroux, definía la literatura modernista como literatura rebelde, social y políticamente revolucionaria, en suma, como expresión misma de la República Social. El colectivismo, el desarrollo de la sociabilidad a través de las Casas del Pueblo, la Unión Republicano-Socialista, la defensa de los intelectuales, periodistas y artistas de aspiraciones grandes y generosas fueron los principales aspectos tratados según las mismas perspectivas que prevalecieron en *Germinal.*

En *Pandemonium* se confirmó la ruptura con el proletariado a través de la figura de Ernesto López (Claudio Frollo), quien había fracasado en la fundación *La Protesta,* una tribuna destinada al proletariado. En opinión de Bark, Ernesto López podía volver a reunir las huestes germinalistas en un nuevo órgano de voz para la intelectualidad, ocupando el espacio que Dicenta había dejado vacante en *Germinal* («La Protesta», *El Pandemonium,* 15, 10 de agosto de 1901, pp. 2-3). En *Pandemonium*, Bark volvió a la zaga de los críticos y la calidad de sus ejercicios en la prensa española, para denunciar las valoraciones injustas que recibieron el naturalista Felipe Trigo y los premodernistas Arturo Reyes y Salvador Rueda. Las antologías críticas *París al Día,* de Luis Bonafoux, y *España contemporánea,* de Rubén Darío, por ser una miscelánea de artículos periodísticos sin unidad de construcción y pensamiento no satisfacían las carencias que el sector crítico acusaba en España. Ni los talentos jóvenes gozaban de un ambiente preparado por la crítica imbuida de los ideales de su tiempo presente, ni el público ni los autores disponían de intermediarios críticos decorosos que orientasen sus selecciones y lecturas, sino «chistes para hablar de asuntos serios» de críticos que desconocen las obras que reseñan y venden sus artículos al mejor postor («Madrid. Bancarrota crítica», *El Pandemonium,* 1, 4 de mayo de 1901, pp. 6-7).

A partir de 1903, tras la desaparición de *Germinal,* la trayectoria periodística de Bark en calidad de fundador prosiguió

en *La República Social,* revista que no ha sido localizada hasta la fecha. Según indicaba Ernesto Bark en el folleto *A la Barra, La República Social*, lanzado en 1896 por breve espacio de tiempo, reapareció, en 1904, como órgano de voz de la nueva agrupación que Bark fundó, Acción Democrática, entre las filas del republicanismo progresista al servicio de Alejandro Lerroux. Desde *La República Social* se organizó la campaña en contra de Salmerón por su ineficacia política en la Unión Republicana.

Vida Moderna fue un efímero periódico que Bark sacó a la luz en octubre de 1901. Disponemos de breves y puntuales noticias proporcionadas por *El Pandemonium* y algunas declaraciones de Bark recogidas en *Filosofía del placer*. *Vida Moderna* nació como tribuna independiente abierta a todos los correligionarios, para que las corrientes modernistas pudiesen canalizar su pensamiento y presentar sus manifestaciones ya que los grandes rotativos mantenían vetadas sus puertas a la cultura al margen de la institución. Desde el óbito de *Germinal*, Bark quiso que *Vida Moderna* se erigiese en frente de oposición a aquellos germinalistas que habían seguido a Eusebio Blasco en *Vida Nueva.* Los detalles sobre su fundación recuerdan a los de *La Democracia Social*: veinticinco publicistas-accionistas subvencionaron los fondos económicos iniciales cuyo objetivo era publicar una revista moderna. Su objetivo principal consistía en el ennoblecimiento de la prensa como vehículo masivo y popular de expresión. De nuevo, rezumaba el carácter altruista y moralista de Bark, quien seguía confiando pacientemente en una «prensa honrada, independiente, eco de todas las aspiraciones nobles y no empresas menguadas de empresarios cuya alma se confunde con su bolsillo»[69].

Vida Moderna volvió a ser lanzada en 1910, editada merced al mecenazgo del abogado y publicista Luis Valero Díaz. El único ejemplar conservado data de 1910. Su talante era totalmente distinto de *Germinal,* salvo en su ecléctica definición como palenque de la juventud intelectual, sin distinciones de edad, escuela ni

[69] BARK, Ernesto, *Filosofía..., op. cit.*, p. 95.

partido. A diferencia de sus antecesoras, la revista *Vida Moderna* se alejaba de cualquier activismo práctico y restringía su participación a la política de ideas. Tales orientaciones abundaron en la reforma pedagógica y la creación de una universidad laica en Madrid, en la línea de los proyectos que Bark animó en esos años. Resurgió asimismo el proyecto de la Federación Iberoamericana, la hermandad de los pueblos latinos e incluso el rejuvenecimiento de España merced a su fraternal colaboración.

En noviembre de 1911, Bark sacó su último proyecto fundacional, *Economía Social,* una revista de ambiciones internacionalistas en el que reaparecieron algunos de las firmas del último *Germinal.* El subtítulo rezaba: *Revista económica y financiera de la producción mundial, defensor de reformas sociales y órgano de la Universidad Libre.* Desde esta nueva tribuna, Bark prosiguió la acción social a favor de la regeneración de España, apelando a todos los sectores de la intelectualidad, y como en *Vida Moderna,* se evitó todo apasionamiento de partido. La proclama que se hacía en la redacción mantenía el tono sentimental con el que Bark expresaba sus proyectos de regeneración, tan idealistas como ambiguos:

> «Atraeremos todos los elementos de valía a esta obra de paz y de justicia, y nuestros representantes en provincias se harán apóstoles abnegados y celosos de esta institución que concentrará las energías de cada localidad y concluirá lógicamente con la creación de los Tribunales arbitrales que armonicen los intereses, igualmente nobles y justos, del capital y del trabajo y que pondrán fin a las crueles luchas, funestas para todos, llamadas huelgas»[70].

Los derroteros que tomaron las huelgas a principios de siglo y la ineficacia como palanca para la revolución social en la que soñaba Bark perfilan ya un personaje desengañado. Sus programas reformistas de vastos horizontes habían quedado insatisfechos dentro de las minorías políticas a las que se asoció, por lo que los canaliza ahora en el seno de un místico Cenácu-

[70] BARK, Ernesto, *Modernismo, op. cit.*, p. 25.

lo Bohemio. Se trataba del cenáculo de La Santa Bohemia, que Bark fundó con su amigo Alejandro Sawa en 1898, emulando las reuniones del Club de Medán en París. Con ello, se reanudaron algunas de las polémicas germinalistas en torno al modernismo y la bohemia. Eran de gran interés puesto que documentan la ebullición cultural finisecular y la circulación de ideas entre la Gente Nueva y la Gente Vieja.

Eran frecuentes los testimonios en los que la Gente Vieja repudiaba a los modernistas por su tipo de vida y aspecto físico. Un modernista era un melenudo bohemio, un decadente, entre ellos algunos agitadores altruistas, todos inadaptados y marginales. Su denominador común era siempre el inconformismo y la agresión a la sociedad burguesa, en particular a sus dos pilares básicos: la religión y el orden político-social. Para Bark, el bohemio revolucionario era como el escritor romántico, un hombre combativo, de bronce, vigoroso y potente. Los harapos, sombreros y melenas no eran más que signos externos de su rebeldía, sin correlato con las últimas tendencias de la golfemia. Bark sacralizaba la imagen del bohemio revolucionario por ser la promesa del renacimiento de un nuevo espíritu y encarnar al profeta. «Amar, compartir los sufrimientos y aliviarlos era el constante anhelo de Heine, Leopardi, Espronceda, Pushkin, Espronceda y Longfellow», proponía Bark como referente[71]. Así pues, la bohemia progresista constituía una «tribu sagrada de los peregrinos de la Verdad, la Belleza y la libertad» que canta «nobles rebeldías» convirtiéndose en paladín de la Revolución Social. Como se puede observar, Gente Nueva, bohemia, modernistas o publicistas comprometidos, todos constituían un único frente, el del cenáculo La Santa Bohemia, cuyo Manifiesto «A los poetas y poetisas de la vida» (*El Radical*, 10 de marzo de 1913) se publicó tardíamente.

A efectos prácticos, la Santa Bohemia pretendía ayudar a los nuevos escritores que llegaban a Madrid y fundar una Sociedad Cooperativa Editorial que protegiese a los jóvenes modernistas y mejorase las condiciones de vida de publicistas y escritores,

[71] *Ibid.*, p. 13.

luchando por su reconocimiento profesional. La acción práctica del cenáculo se orientó igualmente hacia la venta de productos de arte, especialmente de pintura (con los que Bark deseaba ayudar a su hijo Otelo), la defensa del feminismo y la creación de Oficinas Estadísticas en colaboración con *Economía Social,* que Bark soñó en convertir en portavoz del cenáculo.

La regeneración de la sociedad planteada en *Economía Social* propulsaba la revolución desde arriba, patrocinada intelectuales médicos, ingenieros y educadores. Los puntos esenciales de su programa eran la colectivización de los servicios públicos, la creación de cooperativas de producción y de consumos, «la paz social entre el capital y el trabajo por la participación de los beneficios, que acaba con las huelgas», la organización del parlamento mundial con comisiones permanentes en la Haya para dirigir los estudios de estadística social, y por fin, la concesión de la igualdad jurídica y económica a la mujer. Previamente, *Economía social* tenía que estudiar la psicología nacional y determinar los particularismos de las clases y grupos sociales. Las corrientes religiosas y filosóficas dominantes eran integradas al programa, porque, en el fondo, todo problema económico era, en opinión de Bark, un problema moral.

Prácticamente hasta la fecha de su muerte, en 1922, Bark colaboró en numerosos órganos de prensa, tales como *La Lucha* (1898, 1901 y 1904), *El Progreso* (1899), *Fuerza* (1893), *El Mundo* (1907-1908), *El Radical* (1910-16), *Nuestro tiempo* (1906-1922), *España Nueva* (1920) con artículos de índole política y sociológica. En todos estos periódicos reaparecían los temas comunes del republicanismo progresista que ya presentamos en el caso de *Germinal.* La avezada crítica a los ostentadores del poder, la disidencia respecto de la Unión Republicana, la defensa del proletariado y los fundamentos de una sociedad nueva según los principios librepensadores configuraron estas páginas con directrices sustancialmente próximas a las de *Germinal.* A partir de 1910, los artículos son el reflejo de su última trayectoria biográfica: el compromiso en el Partido Radical de Lerroux, las nuevas inquietudes suscitadas por la revolución rusa, el activismo

en la creación de cooperativas de diversa índole, el proselitismo en los Casinos Republicanos y la dirección de la Asociación de padres para la reforma pedagógica sintetizan sus últimos centros de interés. Sus escritos se van distanciando paulatinamente de la problemática profesionalización del periodismo y sus relaciones con la creación y crítica literaria como fuerzas sociales que instaurarían un real y eficaz cuarto poder. Desde los albores de siglo, la eclosión de revistas y periódicos que agitaron el mundo político y cultural, la consolidación de un público lector, los avances técnicos editoriales habían transmutado el universo de las Letras. Tras el óbito de la mayoría de sus correligionarios republicanos y bohemios, la existencia de Bark fue discurriendo en el retiro, aunque su proselitismo no cesó merced a la publicación de breves folletos políticos que él mismo, en su Biblioteca Germinal, editaba.

4. Los Vencidos, novela autobiográfica

Los Vencidos, novela política contemporánea de Ernesto Bark fue publicada por primera vez como folletín del periódico alicantino *El Liberal,* en las entregas de julio y agosto de 1891[72]. Ese año y en la misma imprenta, aquellas páginas volvieron a ver la luz en forma definitiva de libro. Hacía ya unos cinco años que Bark residía en España, por lo que se sentía con las fuerzas suficientes para lanzarse en la aventura de la creación literaria. Poseía ya cierto dominio del idioma, pero, en particular, gozaba de la tranquilidad de la vida en provincias, según refería el mismo Bark en el prólogo de la novela:

> «La calma momentánea que me brindaron las playas hospitalarias de Alicante me recordaba aquella deuda gratísima, y en efecto, en ninguna parte pude hallar un ambiente más a propósito para soñar en dichas pasadas... Admirando la incomparable hermosura del mar alicantino, reconstruía poco a poco los hechos casi olvidados y las olas que salpicaban contra las piedras blancas del

[72] Exactamente, en los números comprendidos entre el 1585 y 1607, de julio y agosto de 1881.

muelle, ayudaron poderosamente a la perezosa memoria, porque el mar habla y sordo es quien no entiende este dulce y a la vez sublime lenguaje»[73].

Los pequeños círculos intelectuales y librepensadores de la ciudad, con alto índice de participación en los movimientos progresistas; acogieron con curiosidad la actividad propagandística de Bark. Acostumbrados a ser satélites de la capital, dichos círculos se sentirían importantes receptores y partícipes directos en la evolución de la literatura[74]. Por lo demás, tales condiciones favorecerían la integración del escritor en la vida de la ciudad y una exitosa acogida de su novela. El periódico *El Crisol,* por ejemplo, recomendaba la lectura de esta novela política con reclamos que enfatizaban la dimensión histórica y moderna del pensamiento que vehiculaba, a imagen de que así reza:«*Los Vencidos.* Novela política contemporánea... Los escritores de *El Crisol* que deseen adquirir esta importante obra que es un verdadero resumen del socialismo internacional y una verídica historia del movimiento revolucionario en Rusia...» *(El Crisol,* 19 de julio de 1891).

Como estudiaremos a continuación, tales alabanzas resultaban un tanto desmesuradas para una novela que no es resumen histórico de los núcleos generadores de la Revolución rusa, por mucho que por su temática resultase original e innovadora para el lectorado alicantino y a pesar de que la presencia del referente que la inspiró, el propio Ernesto Bark, fuese inmediata para los lectores alicantinos y su singladura vital fácil de trasladar a la ficción. De hecho, el apego a la propia biografía facilitó la composición de *Los Vencidos* porque, sin duda, los cauces de la autobiografía eran más sencillos a la hora de escribir, tanto más en cuanto que las consideraciones ya expuestas sobre la misión poselitista del escritor y papel de la literatura en la sociedad abundan en este sentido.

Los Vencidos es, por lo tanto, una versión novelada del activismo político de un idealista propagandista; o sea, del pro-

[73] *Los Vencidos*, p. 127.

[74] RÍOS, Juan Antonio, *Ibid..*, p. 559.

pio Bark quien se propone como modelo social. Ahora bien, las dotes artísticas de Bark eran bastante limitadas por lo que se vio constreñido a verter su historia personal en unos modelos y tópicos literarios de factura conocida que facilitaran su composición y favoreciesen el reconocimiento por parte del lectorado. A fin de cuentas no deseaba sorprender desde el punto de vista estético sino emotiva e ideológicamente. Por consiguiente, en *Los Vencidos,* Bark combinaba el relato autobiográfico con la novela de educación (*Bildusnsgroman*), y recogía numerosas estrategias tanto de la novela romántica histórica como de la de aventuras.

En el siglo XIX, el relato de naturaleza autobiográfica formaba parte de la tradición alemana, inglesa y francesa. Estaba muy presente en los medios protestantes en los que se estimulaba la escritura autobiográfica como ejercicio de educación moral, sobre todo femenina, fundamentada en examen de conciencia y la confesión. En España, sostenía Emilia Pardo Bazán, la biografía era contraria a los gustos patrios, sea por modestia real o por orgullo:

> «[...] los autores españoles miran con prevención hasta los prólogos, exceptos los de ajena mano; y son tan parcos en hablar de sí, sobre todo claramente y al pormenor, que des pués de su muerte el más concienzudo biógrafo no consigue hacer revivir su personalidad, y el historiador literario ve dificultada su tarea si aspira a descubrir la íntima conexión que siempre existe entre *el hombre y la obra*»[75].

Ortega y Gasset significaba la importante presencia de estos géneros en Francia frente a su escasa vigencia en España, aduciendo al temple de la raza española y su falta de voluptuosidad ante la vida[76].

---

[75] PARDO BAZÁN, Emilia, *Apuntes autobiográficos OOCC,* III, Recopilación a cargo de Jr. Harry L. Kirby, Madrid, Aguilar, 1973, p. 725.

[76] ORTEGA Y GASSET, José, *La deshumanización en el arte* e *Ideas sobre la novela,* Madrid, Revista de Occidente, 1925.

La naturaleza autobiográfica de *Los Vencidos* tiende a ser encubierta por Bark, quien se escuda tras el disfraz del revolucionario propagandista ruso, Erico Orloff. El escritor no asume su propio yo de protagonista, por lo que introduce una voz omnipresente, la de un narrador omnisciente que no es autodiegético.

El autor encubre asimismo el carácter autobiográfico de la novela merced a la tradicional estrategia del copista. Como en el *Quijote* y en la novela romántica de aventuras, el narrador transcribe fielmente una historia que se le ha confiado, cumpliendo su «compromiso formal de escribir la siguiente novela según me la contaban los propios protagonistas», aceptado «hace muchos años»[77]. Nos recuerda a Cide Hamete y a otros tantos personajes literarios cuando concluye el prólogo a la obra con las palabras siguientes:

> «Todo lo que estas páginas refieren es eco fiel de la realidad y el empeño mío ha sido ser narrador exacto de lo que me comunicaron, y para que la rectitud no sufra menoscabo ha desistido de los pequeños artificios de novelista obligado por el mal gusto del vulgo a las exageraciones y romanticismos reñidos con la realidad»[78].

Más que el vetusto intento de eludir fictíciamente la responsabilidad de la obra o el daño que ésta pudiese ocasionarle por su condición de extranjero, el artilugio retórico del cronista sincero, objetivo e imparcial garantiza la veracidad e historicidad del texto. Es más, al ser una obra al servicio de los grandes ideales, le confiere el prestigio tradicionalmente reconocido de las fuentes de la historia consignadas por la tradición escrita.

A diferencia de la novela histórica romántica, *Los Vencidos* no bucea más que en el pasado todavía reciente, sueña «en dichas pasadas», «la realidad de un pasado remoto»[79]. El relato se funda en una breve anacronía que le permite al narrador recrear su propia retrospectiva, y a la vez, como instancia narrativa, asumir sus

---

[77] (*Los Vencidos*, p. 127).

[78] *Íbid.*

[79] *Íbid*

funciones; o sea, enjuiciar, argumentar y explicar, puntualizando paso a paso las reflexiones su personaje. Aunque la distancia entre el tiempo de ficción y el real sea irrelevante, cabe pensar que en los seis años transcurridos por Bark en España se operó un proceso de transformación personal que, sin embargo, acabó erosionado la validez y universalidad de lo que fueron «sueños de la juventud, de ideales del porvenir lejano».

Pese al carácter ficticio de Erico Orloff, Bark lo reviste con sus propios atributos e indaga sobre su propia personalidad con suma fidelidad. Tanto Ernesto como Erico habían nacido en Kaava (Estonia), en 1858, en el seno de una familia perteneciente a la pequeña aristocracia balto-germana, habían recibido una esmerada educación, y se habían entregado pronto a los movimientos nacionalistas de su país. En las prosopografías y demás descripciones físicas, aquellos lectores alicantinos descubrirían fácilmente los modelos fuentes de inspiración:

> «El era alto, delgado, con bigote rojizo y pelo del mismo color encrespado y ojos azules de felino; ella era baja, algo gruesa, graciosa de aspecto. Cuando salían los dos a pasear cogidos del brazo se extrañaba la gente del contraste de la pareja....»[80].

Erico Orloff era como su creador, joven, alto y rubio. Era su viva fotografía: «su cabellera daba a su cabeza el aspecto de un Neptuno encolerizado, pareciendo los rojos rizos cual manchas de llamas enardecidas...»[81], ya que ésta la imagen con la que se le reconocía en semblanzas y memorias. Los testimonios de sus coetáneos subrayan su configuración física: «alto, rubio y con aire alucinado, extraño», según Pío Baroja[82], y «el rebelde de la melena encendida, roja como un penacho de fuego», en palabras de Emilio Carrere[83]. Alejandro Sawa perfilaba un retrato más completo en los siguientes términos:

---

[80] VALLINA, Pedro, *op. cit.*, p. 63.

[81] *Los Vencidos, op. cit.*, p. 150.

[82] BAROJA, Pío, *Desde la última vuelta del camino, OOCC*,I, Madrid, 1945, p. 762; y en *Memorias,* Madrid, Ed. Minotaurio, 1955, pp. 612-613.

[83] CARRERE, Emilio, *Retablillo grotesco y sentimental,* Madrid, Ed. Mundo latino, [s.a], p. 125.

«[...] Ernesto Bark, que lleva una llama por pelos en la cabeza, y cuyos ojos árticos lanzan miradas de fuego que ignoran las más ardientes pupilas meridionales, me produce, por efecto puramente material, por sensación física, el efecto de un hombre de los trópicos, que con el cerebro en fuego viniera a comunicarnos sus ígneas impresiones arreboladamente. Yo afirmo su sinceridad estética y filosófica; pero me deslumbra la llama de ese terrible penacho de pelo rojo que arde en su frente.

Nació en Riga o en Dorpart, allá por las vecindades del polo y a mí se me antoja, por su perenne fantasear, un ciudadano de nuestras tierras soleares del mediodía.»[84]

La etopeya de Bark es inmortalizada también literariamente, sus rasgos psicológicos y morales, el temperamento «impulsivo y fibroso»[85], adepto a todo tipo de ataques y polémicas como terapia regeneradora, son rasgos compartidos entre el escritor y su criatura. Que duda cabe de que entre realidad y ficción siempre hay un espacio que el autor manipula según sus intereses, sus intenciones y sus objetivos. El joven Orloff es ante todo el héroe aventurero de la causa socio-política rusa, capaz de sacrificarlo todo por sus ideales nihilistas. Orloff, a imagen de Bark, había conocido a Matilde, la niña virgen idealizada según los modelos de Murillo y Ticiano; la mujer con quien se casaría en el feliz desenlace de la novela. La sublime misión a la que está predestinado le obliga a abandonar a su novia andaluza, justificando su decisión por unos motivos misticistas y sociales así explicados:

«Borrar el rayo de luz que había caído en su alma iluminándola como de magia divina no quería, ni podía el joven nihilista, al revés, sentía profunda gratitud a la suerte pero también creía tener el sagrado deber de no comprender más de lo que había hecho la vida de aquella tierna flor de Andalucía uniéndola con su existencia agitada de revolución boreal»[86].

---

[84] SAWA, Alejandro, *op. cit.*, p. 35.

[85] MACEIN, Francisco, *op. cit.*, p. 3.

[86] *Los Vencidos, op. cit.*, p. 138.

La fidelidad del personaje literario al escritor es prácticamente absoluta. Los eventos y datos que constituyen la vida de Bark son trasladados a la ficción con riguroso orden cronológico y espacial. Los familiares (padres y hermanos), los amigos (Andrés Tiido conocido como Dido), los personajes benefactores (Olga Ivanovna, Enrique de Reschauer, Ugo Sogliani, Ginard de la Rosa, etc.) fueron personalidades reales que en cada país prestaron ayuda a Bark; los escenarios y la historia afloran en una relación de causalidad que imita el fluir de la vida. Con todo, la búsqueda de concordancias y disparidades entre ellos se convierte en tarea irrelevante y prosaica. Mayor interés merece *Los Vencidos*, no obstante, en la medida en que todo ese acervo de datos se plantean como un proceso de maduración. Bark, a imagen de la novela de aprendizaje alemana (*Bildungsroman*)[87], inicia su relato en una época clave de la vida de un hombre en el problemático paso de la vida juvenil a adulta. Son años todavía de formación en los que el personaje tiene que personalizar las enseñanzas recibidas; tomar decisiones vitales cuyas repercusiones incidirán en el curso de su existencia adulta. Por ello, el desarrollo de la personalidad del protagonista se construye de manera simbólica a través del viaje.

El viaje propicia la modelación del carácter, permite que el individuo construya su propia concepción del mundo y su destino en contacto con la vida. El itinerario se inicia en España con el encuentro amoroso y tras un amplio vagar por Europa, se concluye en su punto de partida, cerrando de manera circular la trayectoria del protagonista. Los desplazamientos físicos desde que abandonase a su amada en Málaga hasta Suiza, Rusia, Austria y de nuevo a España establecen las etapas del viaje interior que ha de realizar Erico Orloff. Como en el modelo de novela de educación alemana, tales escenarios sirven de marco escénico y suscitan nuevos aprendizajes a través de las más diversas experiencias políticas, profesionales y sentimentales.

---

[87] Entre las novelas de aprendizaje más célebres destaca *Wilhem Meister* de Goethe y *Emile* de Rousseau.

Orloff busca las vías de aplicación de su ideario social y de su felicidad personal superando dificultades y riesgos que ponen a prueba su personalidad y sus virtudes. Encarna el activista político, bohemio y apasionado aventurero ante todo, cuyo prurito es:

> «[...] llevar una vida tal que resultase en conjunto tan artística y bella como una hermosa obra de arte, una novela de verdad que tuviese páginas sentimentales y trágicas y siempre variedades interesantes...También había esperado un desenlace artístico novelesco de sus amores con la bella andaluza, pero la realidad no suele tener aquellas conclusiones de una pieza de música o de un drama; sino al contrario, los grandes rios se confunden con el mar muy paulatinamente...»[88].

Por consiguiente, Bark hace hincapié en la narración y descripción de la vida privada y el desenvolvimiento de su personalidad en el proceso de maduración. En ese itinerario existencial podemos determinar tres etapas enmarcadas en espacios concretos. Cada etapa está determinada por la solución de obstáculos y dificultades, los cuales, constituyen hitos importantes en esa carrera de aprendizaje y desarrollo del héroe. Para la determinación de dichos obstáculos, Bark recoge simplemente la tradición romántica e introduce los elementos propios de la novela de folletín. Erico Orloff, en cada una de las etapas que jalonan su trayectoria descubre el amor, corre riesgos y arrostra obstáculos; en numerosas situaciones el personaje vivirá estados de crisis en la más completa soledad, aunque también el azar le depararán encuentros benefactores con personajes auxiliares y maestros, etc. Las pruebas e intrigas dificultan tanto el proyecto de vida incial de Erico como la posterior unión entre los amantes. La intriga queda sazonada con las célebres profecías, persecuciones, venganzas, orígenes aristocráticos sin reconocimiento simbólico, hijos ilegítimos, mediums, falsas identidades, robos e incendios.

En una primera etapa, se perfila ya el itinerario global del protagonista, aunque de momento en sentido inverso. La novela

[88] *Ibid.*, p. 262.

se inaugura asentando los componentes narrativos básicos que establecen un pacto de ficción realista: en Málaga, el 6 de junio de 1882, Erico Orloff ha conocido ya a su amada Matilde. Ambos protagonistas obedecen a los tipos literarios folletinescos. Erico es el «joven extranjero, alto, enjuto de carnes y muy rubio, con un sombrero de paja de jipijapa en forma de casco prusiano, última moda inglesa de entonces»[89]. Esta predestinado a Matilde, «la encantadora niña de dieciseis años... una risa inocente y un pañuelo blanco en manos de una niña hermosa[...] los pechos apenas formados, ya las caderas admirablemente encorvadas y el talle etéreo que debía romperse por el sólo contacto de mi brazo amoroso»[90]. Ella es, obviamente, la joven «más guapa» y bastó un entrecruzamiento de miradas para que el protagonista quedase cautivo del mítico amor:

> «La niña risueña le pareció la personificación de la feliz Andalucía; del país de sus ensueños cuya poesía admiran más quizás que los mismos hijos del país, los pueblos del Norte con las brumas sombrías que le hacen soñar la Arabia y el Mediodía»[91].

Los personajes secundarios que puntualizan la primera parte giran en torno al mundo de la amada: la familia y su comercio. En él trabaja Primitivo, el hombre de confianza, calculador, que aspira también al matrimonio con Matilde. Desde las primeras páginas quedarán asentados los elementos trágicos que precipitan el desenlace aunque son meramente anunciados y el narrador oculta la información necesaria para mantener viva la intriga:

> «En Rusia aún está muy lejos la victoria. La vida del revolucionario ruso, o sea, del nihilista como le llamaron los interesados defensores del despotismo para desprestigiarle, es una cadena de sacrificios continuos y amarguras cuyo fin suele ser la triste emigración al extranjero, la más triste y desconsoladora abdicación de los ideales o la muerte en los calabozos, en Siberia o en el cadalso.

---

[89] *Ibid.*, p.129.

[90] *Ibid.*, p. 140.

[91] *Ibid.*, p. 130.

> Erico lo sabía muy bien, y por esto le entristecía la idea de tener que renunciar a la dicha que le brindaba la encantadora andaluza, porque renunciar a sus ideales no podía por no hacerse traición a sí mismo y ¿cómo combinar el amor con estos ideales?»[92].

La abnegación altruista de Erico encontrará sus fallas ante el misterio del amor, de modo que toda la novela girará en torno a la resolución de este conflicto interior en los términos planteados en la cita arriba reproducida. Aunque el ideal político se sobrepone en un prinicpio al ideal amoroso, las solucion final modificará el cuso de los acontecimientos.

El joven Orloff, vive inmerso en el movimiento revolucionario, preocupado por la causa antizarista en un constante vagar por Europa. Desde España, se traslada a Ginebra, centro del nihilismo ruso, donde funda la revista *El Federalista Báltico* con el fin de propagar el socialismo internacional y luchar por el derrocamiento del zar. La celebridad de la revista hace que las persecuciones oficiales impidan su difusión, pero dejan aislado al escritor:

> «Amigos y parientes riñeron con el joven revolucionario por miedo a ser encarcelados y deportados a Siberia, y sus más queridos compañeros de la infancia le rogaron que interrumpiera sus relaciones»[93].

Tales desventuras conducen irremisiblemente al dolor y la soledad como prueba iniciática decisiva:

> «¡Ah!, el corazón joven y entusiasta de Erico se conmovía dolorosamente, cuando veía perder para muchos años, quizá para siempre, todo aquel mundo querido de los años juveniles y cuando se veía en pocos meses solo, absolutamente solo, lejos de la patria querida y separado de ella por un abismo; ¡solitario en tierra extraña!... «¿Qué hacer pues? se preguntaba con desesperación el intrépido publicista...»[94];

---

[92] *Ibid.*, p. 142.
[93] *Ibid.*, p. 150.
[94] *Ibid.*, p. 150.

lo cual amplifica las dificultades a las que tiene que hacer frente al protagonista.

Viena es la próxima etapa de su viaje donde aparecen dos personajes secundarios femeninos, Leopoldina y Olga. Ambos tipos de mujeres, aunque radicalmente opuestos, no pueden competir con Matilde en amores... Leopoldina simboliza los fútiles amores, la bella e inteligente Olga Ivanova, metáfora de lo que sería en un futuro la madre Rusia, encarna el tipo de mujer moderna, libre y revolucionaria por quien sentirá admiración. Orloff la acompaña de incógnito en su viaje a Rusia, como fingido matrimonio, para participar en los movimientos sociopolíticos que se avecinan con los futuros atentados contra el zar.. Pero las amenazas de muerte que sobre él se ciernen le obligan a regresar de nuevo a Viena. Olga es uno de los personajes benefactores que ayudan a Orloff a toma sus propias decisiones y reorientar su existencia en cada una las etapas del viaje:

> «Adiós Erico, lo envidio por su idealismo, usted será feliz y no nos olvidará porque usted ama de verdad a mi desgraciada nación y a Rusia, pero no está llamado a sacrificarse por ella, porque tiene usted otra misión que cumplir. Llamar y despertar a los pueblos libres de Europa y América para que acaben su obra de redención, resolviendo el gran problema social, esto es, su deber y esto es la única salvación de Rusia, porque el absolutismo solo caerá bajo la presión de la libre Europa, y, entonces, será redimido nuestro pobre campesino y mi nación renacerá a otra vida. Quizás esté llamada la bella España a ponerse otra vez al frente de este gran movimiento civilizador; tras largo sueño ha despertado a nuevos ideales y puede guiar a la vieja Europa al nuevo mundo de la idea social del porvenir, como ya una vez le abrió los horizontes de otro mundo nuevo ignorado»[95].

Es la primera vez que Bak va a reaccionar por voluntad propia puesto que, en esta primera parte, Bark se considera irremisiblemente condicionado por la fuera inexorable del destino (*fatum*), el cual, ordena su existencia y le dicta interiormente la

[95] *Ibid.*, p. 169.

obligación de redimir al pueblo ruso. El pensamiento de Lessing y de Schopenhauer, como se observará en el capítulo tercero, respaldan tales convicciones, afirmando la voluntad de vivir de Erico y su aceptación abnegada del sufrimiento y el sacrificio. La frustración que los fracasos como revolucionario producen en el joven protagonista rompen el difícil equilibrio entre el sacrificio ante la causa política y la voluntaria privación de sus necesidades afectivas personales. Cuando las esperanzas se desvanecen, la voluntad de vivir que otorga a Erico la fuerza titánica para luchar contra la oligaquía zarista y residir continuamente en el exilio bajo la condición de emigrado peligroso, pierde su propia vigencia, por lo que el personaje sucumbe en el malestar y la insatisfacción. Por ello, Olga Ivanovna es el personaje benefactor que abre nuevos horizontes: «¿Por qué no me voy también a España para tomar parte en aquella humanitaria tarea? se preguntaba el joven»[96]. Y, aunque en un principio Orloff no vea más que «dificultades eran insuperables» le convencerá para que reoriente su existencia, como la cita arriba reproducida significa. Ahora bien, el personaje todavía no está preparado para ello:

> «Si bien se reconoció vencido y todo el movimiento revolucionario en Rusia por ahora y para muchos años quizás esté vencido por el despotismo y la ignorancia, no tuvo el valor de romper tan radicalmente con sueños queridos, su pasado y su patria, a la cual quería tanto más entrañablemente cuanto más abatida la veía»[97].

Tras los aprendizajes adquiridos en esas primeras experiencias revolucionarias, se inaugura la segunda parte del itinerario existencial de Erico Orloff. Bark que conoce perfectamente lo últimos recovecos del alma de su personaje, prefiere saldar sus conflictos interiores de manera rápida, para lo cual, utilizará estrategias literarias tradicionales. Como en la novela romántica son los agentes externos, la llegada de una carta lacónica de Matilde y la de un nuevo benefactor, los que cambian el signo

---

[96] *Ibid.*, p. 171.

[97] *Ibid.*, p. 171.

de la existencia. Orloff, hombre se decisiones rápidas, aprovecha las propuestas de trabajo en el periódico *Deutsche Zeitung,* para imprimir un nuevo giro a su existencia, ahora en los escenarios de la capital austriaca: «La plaza de redactor, tan galantemente ofrecida al joven literato, parecía resolver de un golpe todas las dificultades»[98].

La fuerza de las emociones de Orloff, prototipo romántico, se sobrepone a su racionalidad, por lo que con urgencia, imprime inesperados giros copernicanos en vistas a obtener resultados rápidos; hasta tal punto que el narrador siente la necesidad de justificarlos:

> «Un hecho concreto determina frecuentemente nuestros actos en sentido contrario a nuestra verdadera intención, y la habilidad de los que quieren inducir a otras personas a seguir determinadas direcciones consiste en llevarlas casi inconscientemente a ciertos hechos, o sea, compromisos que prejuzgan una serie de actos posteriores»[99].

Las intenciones de Bark de crear una novela psicológica, que ofreciese al lector el fresco de los «acontecimientos interiores, revoluciones de carácter y de ideas», no corresponden con la talla de su pericia artística. Bark tiende a volcar esas interioridades en especulaciones generales (la mayoría de la veces de orden filosófico) que restan vivacidad y dinamismo a sus personajes y al relato en general.

En Viena, pues, como redactor de *Deutsche Zeitung* se inicia el nuevo destino social y humanitario de Bark, coincidente con el desarrollo de un pangermanismo a ultranza, fruto de su protagonismo en la configuración de las nacionalidades del siglo XIX. Desde allí, Orloff concilia su nuevo compromiso histórico con su trabajo personal. El personaje ahora puede sastisfacer de manera inmediata sus deseos. Logra rápidamente una pequeña fortuna, «con la impaciencia propia de su temperamento nervioso y apasionado» realiza todos los preparativos para acoger a su futura

---

[98] *Ibid.*, p. 172.

[99] *Ibid.*, p. 172.

esposa, establece «la casa, cuya reina debía ser su hermosa prometida de Andalucía»[100]; casa que comparte con una familia judía arruinada, guiado por su «socialismo de corazón».

La tranquilidad y estabilidad económicas alcanzada por el periodista le orientan hacia posiciones más moderadas; un activismo reformista y proyectos internacionalistas, los cuales, se sustentan en enjundiosas retrospectivas sobre la configuración de los grandes imperios europeos. Mas en realidad, su activismo en Viena se reduce al de la crítica literaria en la tribuna periodística, tarea que pronto desmitificará al darse cuenta de que su porvenir se limitaba a interpretar el pensamiento de los demás. Orloff empieza su autoanálisis:

> «¡Adiós ilusiones de escritor, adiós sueños de poeta, adiós ambiciones nobles de tribuno!... ¡Ah, no! él no poseía esta virtud del mártir literato que sacrifica su propia vida intelectual por hacer justicia a los demás...sintió con terror que se le helaba el alma. ¡Oh, fuera, fuera de este calabozo, me muero! quería gritar»[101].

Por lo que un nuevo proceso de insatisfacción y crisis se inaugura. El benefactor es ahora otro periodista real, Blecschtein, el cual, ayuda a Bark a fundar la *Wiener Revue.* Con sus propia tribuna, Orloff recupera la libertad de expresión necesaria para llevar a cabo campañas activas: «Quien nunca ha sentido latir en su pecho el santo fuego del entusiasmo por el apostolado de una idea, no puede comprender el goce que experimentaba el convencido socialista en trabajar desde su publicación quincenal por la realización de sus ideales»[102].

La sucesión rápida de altibajos que caracterizan el itinerario de Orloff en ese proceso de aprendizaje y búsqueda de la felicidad se enriquece de tonos románticos, cuando Bark devuelve a su personaje a la naturaleza. La insatisfacción se manifiesta a través de la melancolía en paisajes otoñales en los que el joven prota-

---

[100] *Ibid.*, p. 176.
[101] *Ibid.*, p. 184.
[102] *Ibid.*, p. 193.

gonista percibe la falta de armonía y comunión de sus ser con su entorno. Así Bark empieza a cerrar este ciclo austriaco con sus correspondientes especulaciones filosóficas y divagaciones amorosas en los brazos de Leopoldina, mientras el verdadero amor se perfila ya como única fuente de esperanza:

> «Pero entonces aparecía ante su mirada la angelical figura de su prometida saludándole con el pañuelo desde la azotea de la casita rosa del Castillo; y Málaga, la bella, con su esplendor meridional, sus flores y sus huertas, sus mujeres y su ardiente sol, parecía llamarle. El hijo del Norte sentía la nostalgia de las playas del Mediterráneo y Andalucía le parecía su verdadera patria»[103].

La voluntad de vivir del joven Orloff encuentra ahora sus fallas definitivas. Erico Orloff atravesará una profunda crisis de ideas y valores por la inadecuación de los mismos a sus necesidades vitales. La filosofía de Schopenhauer, la importancia que concedía al dolor y las recomendaciones contemplativas de su pensamiento ascético no encajaban de manera natural en un hombre de acción sumamente independiente. Todo ello le sirve de pretexto para ir introduciendo, por sucintas citas, las grandes corrientes del pensamiento filosófico occidental. Su personaje, se debate entre el idealismo y el positivismo, el espiritualismo metafísico y materialismo. Erico Orloff especula como un verdadero filósofo que ha convertido las ciencias filosóficas en modelos de vida con las que suplanta a las religiones. El fiel de la balanza se orientará siempre hacia los componentes espirituales del hombre, sus ideales y felicidad todavía insatisfechos: «¡Si la libertad, el progreso, no es la felicidad!... ¡Ah, difícil problema, secreto eterno! ¿Qué es la felicidad?»[104]. El idealismo metafísico en el que se había educado favorecerá la independencia de sus criterios, y el que definitivamente abandone la polvorienta metafísica en un «domingo de resurrección» para concluir en un panteísmo tolerante y conciliador.

---

[103] *Ibid.*, p. 185.

[104] *Ibid.*, p. 198.

Como en la literatura de folletín, la truculencia de un evento exterior determinará el cierre del ciclo con cierto dramatismo. Para ello, Bark inventará un nuevo obstáculo, el robo del judío Epner, quien confrontará al joven protagonista a nuevas dificultades. Ahora bien, una nueva carta de Olga impulsará nuevas y vertiginosas resoluciones:

> «Una voz interna le decía que la bella nihilista tenía razón, que estaban vencidos, que no había esperanza alguna sino la que les anunciaba la alborada del nuevo sol de la humanidad en los horizontes de la revolución social que el conocedor de toda aquella Europa del Norte petrificada en preocupaciones de castas y razas no vio levantarse ni desde Alemania, ni desde Francia, sino desde las crispadas peñas de las sierras de España, como lo había visto también con profética claridad Olga Ivanovna en aquel momento solemne cuando Erico huyó de Moscú»[105].

La tercera etapa del viaje de Erico Orloff se reanuda con el regreso a España para cerrar el ciclo. Es la etapa más aventuresca. Es la primera vez que el narrador omnisciente alterna los centros de interés desdoblando la focalización en torno a Matilde en Málaga y a Erico en su trayecto e integración a la vida española. Al igual que en las anteriores etapas, Orloff requiere un impulso externo que le obligue súbitamente a reaccionar de modo más compulsivo que racional:

> «Nuestro protagonista se encontraba en la situación en que nos encontramos frecuentemente cuando deseamos una cosa contra la cual se oponen algunas razones de prudencia y aprovechamos el primer pretexto que se nos ofrece para burlarnos de aquellas razones y seguir nuestros deseos. Abandonar repentinamente Viena donde tenía dos medios de vivir asegurados para trasladarse sin preparación alguna a Madrid, en una atmósfera extraña para él por completo, debía parecer una precipitación y se alegraba de que Matilde le hubiera dado en su carta aquel pretexto deseado para justificar su resolución.

---

[105] *Ibid.*, p. 214.

–Haré un sacrificio por la hermosa niña, pensaba, engañándose quizás conscientemente»[106].

Efectivamente, ése fue el curso que Bark imprimió a su existencia, orientando su lucha política hacia «el sublime ideal del socialismo internacional». Las adversidades que tiene que arrostrar en un principio son tanto materiales como afectivas. Nunca había conocido la malaventura y la miseria económica: «hasta para saber vivir pobre es preciso pasar un aprendizaje... y este aprendizaje es muy doloroso»; y una vez más, se encuentra solo, sumergido en la desesperación hasta que nuevos benefactores intercedan por él: en Milán, el periodista Hugo Sogliani y en Barcelona, Mauricio Vidal, quienes la ayudan a recoger dinero para llegar a Madrid. Orloff imaginaba que en España encontraría la dicha y podría llevar a cabo la consecución de sus ideales políticos, y en particular, «el desenlace artístico novelesco de sus amores con la bella andaluza»[107]. En realidad, no encuentra sino un medio hostil, una España dominada por un caciquismo y un clericalismo infiltrados en cualquier aspecto de la vida nacional. Por una parte, analiza Erico:

> «Declararse vencido también aquí, hubiera sido el suicidio intelectual y moral. Erico protestaba con toda la energía de su alma contra esta muerte, porque había venido a España huyendo de la petrificación que le amenazaba convirtiéndole en una rueda de máquina de la prensa de Viena y buscando un punto de apoyo para continuar su lucha por la libertad en Rusia y la redención social de su patria y Europa entera»[108].

Empero, el personaje ha alcanzado ya la suficiente madurez y ha consolidado su experiencia profesional como periodista para salir airoso en un contexto tan poco favorable. No obstante, todavía no podrá conciliar su vida profesional y afectiva hasta el punto que la segunda sufrirá durante su estancia en Madrid la crisis más profunda. Nadie comprende su larga e infructuosa

---

[106] *Ibid.*, p. 221.

[107] *Ibid.*, p. 262.

[108] *Ibid.*, p. 231.

lucha en la Corte, centro de «vicio, dinero y cálculo»[109]. Porque a pesar de sus ideas anarquizantes y socialistas, él es un periodista burgués; su objetivo es lograr dinero, la posición social y económica que su amada merecía. De estos obstáculos, de nuevo saldrá engrandecido porque, tomando prestadas las palabras del narrador: «La desgracia enaltece y purifica a los buenos y fuertes, a los débiles arroja al fango o les hace desalmados y crueles, y los malos se pierden en el abismo del crimen. Erico era fuerte y aprovechaba para sus ideales aquellas dolorosas experiencias de la desgraciada»[110].

En la capital realizaría unos profundos estudios «sociológicos» sobre la decadencia e intolerancia en España. Las esperanzas del joven Erico no quedaron frustradas ya que encontró a la Gente Nueva, «que dirigía su mirada al porvenir y que como el emigrado ruso en su país, era un extraño en su propia patria, porque no le comprendieron y quizás se burlaban del soñador»[111]; y también a aquel pueblo idealizado subyacente a la putrefacta sociedad madrileña, que, sin embargo, Bark creía inocentemente que era:

> «[...] sano y vigoroso, que protesta de todos modos contra la atmósfera asfixiante en que le obligan a vivirlas clases directorias. él obrero, el campesino, el artesano; intactos aún del veneno de arriba, conservaban su independencia y su libertad de pensar y sentir»[112].

Los problemas familiares de Matilde provocan nuevas dificultades, introduciendo un rival en el amor. Orloff, antes de triunfar, ha de derrocar a su contrincante en lides amorosas. Se trata de don Carlos, el usurero que pretendía comprar a Matilde. Deseaba consumar la unión con la joven malagueña, a cambio de los favores ofrecidos a su padre arruinado. El antagonista encarna el prototipo de la degeneración humana, «un vicioso de mirada

---

[109] *Ibid.*, p. 237.
[110] *Ibid.*, p. 238.
[111] *Ibid.*, p. 232.
[112] *Ibid.*, p. 154.

lasciva»[113] y con una existencia moralmente dudosa que no podrá competir con excelsas virtudes y cualidades de Erico:

> «[...] muy calavera, muy aficionado al género flamenco y tertuliano, constante a las tabernas de la Caleta [...] sabían que había tratado muy mal a su mujer hacía pocos años y que estaba buscando otra esposa para que su hija y la casa no se encontrasen abandonadas a los criados, pero también sabían que tenía relaciones amorosas con una tabernera de bastante mala reputación»[114].

Las peripecias que tenía que afrontar nuestro romántico protagonista no podían concluir sin el célebre e inevitable reto por la amada en un duelo que no llega a celebrarse. Para Erico, la trágica y única solución era vencer o morir y si hasta entonces se había burlado de aquel infantil juego, ahora comprende «lo conveniente que en ciertos casos poder impunemente matar a su adversario bajo la forma grotesca de un combate en toda regla»[115]. El vencido político será el vencedor en amores; o también vencido por los encantos de Matilde hasta tal punto que se convierte al catolicismo para legalizar su amor con la casta, pura e inocente Matilde mediante el sagrado sacramento cristiano del matrimonio. La unión con Matilde, su comunión en el amor, tiene como escenario la voz de fondo de las fuerzas de la naturaleza. En el momento culminante, se manifiestan en fenómenos excepcionales, semejantes a los narrados en el Nuevo Testamento en los instantes de la muerte de Jesús. El símbolo del triunfo sobre los hombres de Erico adquiere tintes mesiánicos:

> «[...] toda la familia estaba reunida en la sala de la casita rosa del Castillo, cuando repentinamente se apercibieron que se movía la casa cayendo los espejos y cuadros al suelo y sintiéndose un ruido formidable [...] el terremoto que en tal noche llenó a toda Andalucía de espanto: un grandioso saludo de las fuerzas elementales de la naturaleza» ;

---

[113] *Ibid.*, p. 218.

[114] *Ibid.*, p. 217.

[115] *Ibid.*, p. 251.

cuadro que se completa con la nieve caída en su noche de novios: «...un fenómeno que desde la guerra de Africa, no se había visto en Málaga[116]. Bark, influido por el reformismo religioso y el romanticismo alemán, armoniza cristianismo y panteísmo; o sea voluntad divina y naturaleza, ésta vista como un gran organismo libre y salvaje.

> «[...] aspiración profundamente humana, innata en el corazón humano y que las religiones positivas sólo sustituyen en la sublime religión de la solidaridad de toda la humanidad este lazo, y la palabra religión significa lazo...»[117].

Ernesto y Erico no son originales, la equiparación del éxtasis alcanzado por la admiración de la belleza con el éxtasis místico, son experiencias que por tradición y literariamente se consideran semejantes. En ellas, Erico cree haber descubierto las claves de la felicidad:

> «Toda filosofía y sabiduría, consiste en saber llenar el alma, en saber de tal manera identificarnos con el mundo exterior que puede llenar el vacío de nuestro corazón. La simpatía a todo lo que nos rodea nos trae infinidad de sensaciones de agrado, más lejos que extendernos el círculo de nuestros intereses, de nuestros afectos... Quien más ama –más feliz será– es la filosofía más refinada de la felicidad, del egoísmo subjetivo que se confunde con el humanitarismo más sublime, con la filosofía del amor. Abrazad con vuestro cariño a cuantas personas podáis, a cuantas naciones os den la hospitalidad; haced vuestra causa a cuantas causas nobles luchan por la victoria contra las ignorancias e injusticias; entusiasmaos por todo lo bello y grande[...] y seréis los más felices, os confundiréis siempre más con el universo entero, el macrocosmos....»[118].

---

[116] *Ibid.*, p. 265. El esfuerzo y el sacrificio quedan recompensados con su enriquecimiento y el amor de Matilde. Bark se convirtió al catolicismo y contrajo matrimonio religioso con Matilde Cabello el 15 de enero de 1885 en la Iglesia del Sagrario de Málaga. Archivo Histórico Diocesano, Obispado de Málaga, Leg. 520, Libr. 21 de matrimonio, folio 140.

[117] *Ibid.*, p. 258.

[118] *Ibid.*, p. 199.

Ernesto Bark deseaba que su novela ofreciese un fresco *in vivo* de proceso de maduración, por lo que presentaba *Los Vencidos* como novela psicológica, aun a sabiendas la dificultad que planteaba el desarrollo de un carácter y un modelo de mundo desprovisto de una intriga aventuresca, en el sentido tradicional del término. Bark pergeña en la construcción de una intriga interior en la que la acción es escasa para focalizar en mayor grado el problema del individuo, sus conflictos interiores con finalidades puramente propagandísticas y didácticas. No obstante, carece de la maestría necesaria para bucear en su personaje, para penetrar en los recovecos del alma humana a través de la introspección. Por ello, el modelo de novela de educación y la estrategia del viaje basándose en la superación de obstáculos y conflictos. Con todo, Bark no logró crear un personaje en el que el lector pudiese vivir esa «revolución de carácter y espíritu». Erico Orloff, a pesar de sus apasionamientos políticos y amorosos, no deja de ser un personaje hierático literariamente hablando, a lo que contribuye en gran medida el tono discursivo del narrador omnisciente continuamente interrumpiendo el desarrollo del argumento, así como la casi total ausencia de diálogos. El protagonista suele quedar solapado entre las extensas incursiones ensayísticas del escritor, quien, cuando no interrumpe el discurso novelístico, actúa como autor omnipresente que reproduce fielmente las reflexiones de Erico. A título de ejemplo, Bark no es capaz de transmitir las situaciones de angustia que hace vivir a sus criaturas por lo que se ve obligado a somatizarlas o expresarlas orgánicamente: «Erico leyó... después palideció y tuvo que agarrarse a la mesa para que el vértigo que le sobrecogió no le hiciera caer al suelo. La sangre se le subía a la cabeza...ya no sabía donde estaba, poco faltaba para que se hubiera desmayado...»[119]. En un momento tan trágico como el del adiós tras el incidente del fallido duelo, el apasionamiento de los enamorados se reduce a la reproducción de una estampa de adoración a la

[119] *Ibid.*, p. 158.

Virgen, semejante a las de Murillo y Ticiano con cuyas vírgenes siempre identifica a Matilde:

> «La pequeña y blanca mano que aún temblaba del susto sobrellevado estrechaba suavemente la derecha del joven y así arrodillado ante su ideal, permanecía como absorto en una plegaria a lo eterno femenino. Unos rizos oscuros caían sobre la radiante frente, una frente de las mujeres de Ticiano, llena de luz e inteligencia...»[120]

Es evidente que Bark quiere escribir una novela en la que además de proporcionar un supuesto y dudoso deleite, adoctrine al vulgo lector. A esta función subordina incluso la creación de personajes, los cuales quedan sobremanera determinados por el medio social y el entorno político e histórico. En este sentido, *Los Vencidos* difiere de la autobiografía en la intencionalidad pragmática de hacer públicos lo secretos de su vida «de exiliados demonio sospechoso» con un propósito de ejemplaridad, didactismo y propagandismo. El azaroso itineario de Bark o Erico Orloff queda envuelto en los ropajes ampulosos del discurso apasionado del proselitismo. La palabra, el discurso, la oratoria no logran sobrepasar su realidad inmaterial, su estado de teórico proyecto para construir una realidad, llámese revolución, república o novela, en armonía con los presupuestos que se propugnan. De lo particular, los avatares de la vida de Orloff o de sus ideas personales, asistimos a un continuo proceso de generalización en boca del narrador que funciona como garantía de veracidad del relato y sus numerosas digresiones propagandísticas.

Desde las primeras páginas, la imagen de su «yo», en su pasado, infancia y adolescencia; en su presente y en su previsible futuro, deja constancia de su postura ante la sociedad, como ilustra la cita que a continuación reproducimos a pesar de su extensión:

> «Hijo de una familia hacendada en Livonia, provincia situada al extremo del Norte de Rusia, había heredado Erico algunos miles

[120] *Ibid.*, p. 140.

de duros, suficientes para emprender cualquier negocio y asegurarse de este modo el porvenir. Muy joven ya se había arrojado a la política y sus extraordinarios éxitos de escritor le habían inclinado a dejar los estudios universitarios y a dedicarse por completo a la literatura política y al periodismo. La única dificultad era su carácter de emigrado y la imposibilidad por consiguiente de dedicarse a su profesión en su propio país; sólo allí podía darle resultados positivos su actividad, porque sólo allí tenía raíces, familia numerosa, amigos de juventud, en una palabra, la base, necesaria para todo escritor y publicista político»[121].

Al describir una personalidad problemática está ofreciendo al mismo tiempo el retrato o imagen de la sociedad de la época. El discurso narrativo se estructura bajo la alternancia de los patéticos o exaltados monólogos de Erico con la voz omniscente del autor. De esta manera, queda reducido a un simple conjunto de reflexiones continuas aprovechadas para perfilar a este héroe de la causa revolucionaria, así como para realizar la consabida propaganda filosófico-política. En la misma línea, los sucesos individuales se enmarcan en relación con otras vidas, las de Matilde y sus benefactores en el acontecer político y cultural internacionales:

Nunca había mirado Erico tan profundamente en los horribles abismos de nuestra sociedad, en este caos de anomalías absurdas, injusticias irritantes y abandonos criminales. Al experimentar en su propia desgracia los defectos del orden social presente, se afirmaba más aún en sus entusiasmos por los ideales del porvenir y más resuelto estaba a cumplir su deber y la misión que la bella nihilista le había dado aquel día, al despedirse Erico de ella, en Moscú.

Sufrir y padecer por la sublime causa del pueblo abandonado y de la humanidad entera sumergida en la oscura noche de injusticias y un orden social absurdo, parecía al antiguo nihilista hermoso; y más fácil le hubiera sido soportarlo todo con la resignación del filósofo, si en esa noche oscura le hubiese cogido el rayo consolador del cariño de su adorada, pero ¡ay! estos rayos

[121] *Ibid.*, p. 137.

> no podían llegar hacia el pobre mártir por la causa y por su amor, porque espesas nubes de intrigas y ruindades debían separar a los dos amantes[122].

Los quiméricos proyectos de Ernesto Bark emanan pues del concurso de circunstancias personales y la coyuntura histórica que fue marco de su existencia, de las ideas y valores que la enriquecieron en los diferentes escenarios desde las provincias estonias de la Antigua Rusia imperial hasta España, su patria de adopción. Así, el narrador Bark sobrepasa los límites de la individualidad personal puesto que el contexto pasa a ocupar un lugar relevante en la vida privada; en ello, *Los Vencidos* se asemejan a las memorias. En efecto, los acontecimientos que Bark narra son los más relevantes de la vida de Orloff durante prácticamente los dos años que transcurren desde su primer viaje a España hasta su regreso. Los eventos personales quedan desdibujados porque están esencialmente determinados o son consecuencia de unas situaciones y condicionantes socio-políticos que se explicitan en importantes exégesis. Bark se obstina en divulgar una serie de conocimientos históricos y filosóficos que suponen una amplia enciclopedia cultural, como se podrá observar en las numerosas y variadas notas que acompañan la presente edición. Tales digresiones actúan en menoscabo del texto literario. La omnipresencia del narrador, los numerosos intertextos, presupuestos e implícitos desvirtuan el equilibrio anunciado por Bark entre la realidad objetiva, la ficción y el ideal. Obvio es que los motivos no eran otros que los pedagógicos y propagandísticos.

La contextualización de los eventos es la base de reflexión con la que Orloff analiza los particularismo históricos de los diferentes hechos que marcaron la historia de Europa. Se ubicaba, por encima de las fronteras geográficas o políticas, en un espacio de experiencia personal que se proyectaba en un principio en un cosmopolitismo, herencia de la Ilustración francesa y de la lectura que de dicho concepto ofrecieran filósofos como Kant o

---

[122] *Ibid.*, p. 239.

sus literatos predilectos como Goethe o Heine. Ahora bien, ser cosmopolita, se traduce en el lenguaje actual como ser europeo; o sea, miembro de todos los lugares que configuran el «Viejo Continente» desde el punto de vista ideológico y cultural. El pasado se convierte en referente para comprender su presente y anidar nuevos proyectos de índole internacional. Las dotes diplomáticas de Bismarck, la formación de las nacionalidades, la eclosión de movimientos internacionalistas potencian los sueños universalistas de Bark, quien augurará al final de la novela la construcción de una europa social-demócrata moderna.

En este periodo pangermanista, Bark analiza cada uno de los aspectos de la psicología y de la política germana susceptibles de estrechar las relaciones entre las principales naciones europeas. Las circunstancias históricas orientan sus juicios frente a Francia. A la política internacional se sobrepone la idea de raza, que escinde Europa entre germanos y latinos. Aunque prevalece la creencia en la supremacía del «genio alemán» frente la decadente raza latina, Bark pronostica el equilibrio en los caracteres por la naturaleza complementaria de ambas razas, atendiendo sobre todo a italianos y españoles. La sal «ática», la pasión, la acción se conjugan perfectamente con la profundidad, serenidad y el rigor germano, por citar un ejemplo[123].

La hegemonía política, espiritual y cultural del Imperio alemán contrasta con la incompleta y tendenciosa influencia internacional de las demás potencias europeas. Para Bark, Francia representa la arrogancia, superficialidad y decadencia, simbolizadas todavía con la imagen de la monarquía de Luis XIV. La he-

[123] Los franceses son conscientes, según Bark, de la falta de originalidad creadora, de su decadencia cultural, cuyo reflejo más inmediato es la vida depravada de París, capital de la latinidad. Bark, construye una imagen destructiva de la misma como lugar de perdición, inmersa en un materialismo corrompido. París es una Babel moderna, el «templo de Venus» del mundo civilizado que ejerce una atracción irresistible en todos los pueblos del universo. París ha dejado de ser la capital del ser poético y creador ya que en ella dominan la crítica negativa y la ironía. Ambas ejercen influencias nefastas sobre los individuos que no salvaguardan su independencia espiritual, cuya existencia mundana y superficial se rige por intereses pecuniarios y placenteros; en *Deutschlands Weltstellung und Aufgabe des Deutschen im Auslande,* Zurich,Verl. Magazin, 1890, pp. 69-74.

gemonía italiana es específicamente artística por carecer de una política de talla. Sobre los ingleses pesa un acendrado materialismo mercantilista. Por último, los españoles viven anclados en un pasado civilizador que no han sabido actualizar. Por consiguiente, el equilibrio de los tres esferas hegemónicas –política, espiritual y cultural– erigen el Imperio alemán en árbitro de la política mundial y pionero de la construcción de la fraternidad. Recordando a Fichte, Bark considera al pueblo alemán –individualista, cosmopolita, culto, sereno-- especialmente apto para la lucha por la libertad y el progreso, lo cual refuerza su papel de guía internacional. En suma, Alemania ha de encaminar a los pueblos hacia la fraternidad propuesta como internacional o universal.

Todo ello potenciará en Erico Orloff un sentimiento supranacional en el marco de una Europa unitaria, occidental y oriental a la vez. Esta condición personal, como se podrá observar en la novela, fue uno de los prolegómenos para la superación de su inicial pangermanismo puesto que fue sedimentando un intenso cosmopolitismo que concluyó en internacionalismo social-demócrata. Todo ello determina el amplio elenco de doctrinas y mensajes prodigados por Erico Orloff en la novela como a propósito del socialismo internacional, la defensa del pensamiento libre, el anticlericalismo, el panteísmo, el espiritismo, la reforma política y social, la moral social, la educación, la sociabilidad, la condición femenina, la profesionalización de la prensa, la función social del arte, la crítica literaria, entre tantos otros temas. En suma, el conjunto de teorías que el lector descubrirá en su propia figura literaria, Erico Orloff porque constituyeron el fundamento socio-político y cultural de esta novela que el propio autor subtituló de «política».

Si la figura de Bark encarna al hombre europeo es porque supera los límites y fronteras políticas de Europa para adscribirse en el espacio abstracto, conceptual e impreciso del cosmopolitismo e internacionalismo. Es un espacio, no obstante, operativo en el paradigma socio-político y cultural en los años gozne entre los siglos XIX y XX porque aúna y a la vez trasciende el concepto de nación, estado e imperio. En ese espacio de representación se asocian y desarrollan fuerzas o centros de interés afines entre los

diferentes pueblos europeos. Las corrientes internacionalistas nacen de la analogía –en el respeto de la diversidad– y constituyen fuerzas de cohesión que participan en la creación del concepto de identidad europea actual.

Por último, a nivel nacional, añadiremos que Erico es un testimonio de la intelectualidad preocupada por España. A su llegada a Madrid estudia la «patología» de la sociedad española, sus vicios, «sombras negras» que como buen naturalista descubre por medio de la observación:

> «[...] con su mirada penetrante: sobre todo aquella sociedad ficticia, vacía, apercibía pronto una espesa red que todo lo envolvía y desde Madrid se extendía sobre el desgraciado país, impidiendo todo desarrollo libre e independiente y empozoñado toda la vida nueva y honrada que pudiera brotar»[124].

Los Vencidos nos puede servir como testimonio de los aires de inconformismo y de anhelo regeneracionista que se respiraban. Los llamados modernistas eran aquellas gentes nuevas, generalmente jóvenes que «afluían a la Corte, de todas las partes de la Península en busca de horizontes nuevos, de ideales modernos, llenos de fe en el progreso y amor a la ciencia y libertad»[125]. Pronto se distinguieron como « soñadores idealistas entre el tropel del vulgo que llena las redacciones, los cafés y las tertulias literarias y políticas de Madrid...»[126]. Entre estos jóvenes artistas y poetas, muchos se sentían nuevos mesías:

> «[...] grandes bienhechores de la humanidad, enseñándonos en los abismos del dolor, tesoros de poesía, los suspiros inmortales de Dante por su etérea Beatriz, han dado sin duda alguna mayor dicha y consuelo a humanidad que han dado inventos más portentosos»[127].

---

[124] *Ibid.*, p. 229.
[125] *Ibid.*, pp. 233-234.
[126] *Ibid.*, p. 233.
[127] *Ibid.*, p. 257.

Porque el motor esencial de la novela es el tema del amor, no faltarán las digresiones en las que se den a conocer las ideas de Bark sobre el papel de la mujer en la familia y en la sociedad. Si en sus estudios sociológicos, abogaba por la imprescindible necesidad de programar una correcta educación para la mujer, para facilitar su emancipación y su incorporación al mundo del trabajo, en *Los Vencidos,* no encontramos más que la sólida defensa de los valores tradicionales de la mujer idealizada siguiendo los modelos de las musas literarias; mujeres objeto de veneración por su ingenuidad y emotividad, aunque todo ello no sea más que el resultado de la supina ignorancia y falsos misticismos que le reducen a ser un mero organismo reproductor, sometida a los deseos del hombre:

> «Las mujeres del Mediodía, cuya educación intelectual es algo deficiente y que por esto casi sólo viven la vida de los sentidos y los sentimientos...»[128]
>
> «Cuantas veces bendecía al defensor de la emancipación de la mujer aquel pretendido atraso de la educación femenina en España. ¡Ay de la ilustración cuando quita de la mujer el encanto de la inocencia que es lo mismo que quitar el aroma a las flores!»[129]

Precisamente, por estar enamorado de esa criatura ingenua, la mujer constituirá uno de los objetivos regeneracionistas de Orloff a nivel personal, pero siempre dentro de los límites acomodaticios que al hombre interesaron:

> «[...] es preciso que en fondas, cafés y comercios de comestibles sirvan mujeres en vez de hombres porque la mujer se presta mejor para esta clase de trabajos que degradan al hombre, haciendo de él un presunto y verdadero lacayo [...] las esposas e hijas deben considerar como una verdadera dicha el servir a su marido y a sus hijos y hermanos...»[130]

---

[128] *Ibid.*, p. 177.

[129] *Ibid.*, p. 219.

[130] *Ibid.*, pp. 181-182.

Otros temas objeto de sus digresiones serán la condición del periodista, la religiosidad en España, la psicología de los pueblos, las grandes corrientes filosóficas etc. El modelo de «novela política contemporánea» con el que concibe *Los Vencidos* se enmarca en el contexto español como novela regeneracionista, difiere de la estética realista en el que nacieron la mayoría de ese tipo de novela por la importancia que concede a la consecución de una belleza moralizadora, entendida ésta como «el sentimiento íntimo, dulce y espiritual que produce la contemplación abstracta de algo que nos arranca de la realidad para dar rienda suelta a la fantasía, sustraerse al convencionalismo vulgar y dejar libre el corazón para que latir pueda...»[131]. No obstante, participa en la novela de propaganda de la época porque la vida de Bark es de por si un ejemplo de proselitismo al servicio de la reforma de la sociedad.

Recordemos que Bark exalta la literatura «espejo del yo intelectual de un pueblo»[132] y conservadora de su acervo idiosincrásico; manifestación del sentimiento individual frente al racionalismo puro. Por ello, la literatura es un organismo vivo en el proceso dialéctico de la historia, recoge el pasado e impulsa el presente hacia el futuro. Es un medio de expresión social y popular y puede ser utilizada como pedagogía social. Estos presupuestos románticos se combinan con el vitalismo de Fouillée y Guyau, ya que Bark preconiza la difusión de la literatura para que las ideas fuerza se filtren en las conciencias»[133] y transformen al público receptor de manera abstracta y placentera: «Una obra artística que impresiona, produce efectos revolucionarios a veces más duraderos que barricadas y batallas en las calles. La pluma es más poderosa que todos los cañones»[134]. Ahora bien, en opinión de Bark, el progreso se construye no sólo a partir de los avances técnicos y científicos, sino también a través del poder de

[131] Maceín, *op. cit.*, pp. 11-12.

[132] BARK, Ernesto, *El nihilismo...*, *op. cit.*, p. 14.

[133] BARK, Ernesto, Modernismo, *op. cit.*, pp. 70-71.

[134] BARK, Ernesto, *Filosofía...*, *op. cit.*, p. 196.

las ideas y el ennoblecimiento moral de la sociedad. Para Bark, Revolución social y Revolución moral caminan a la par. Por ello, manteniendo el tríptico tomista Belleza-Verdad-Bondad, entroniza el valor del arte como fuente de trascendencia e idealismo inherente a la naturaleza especulativa del hombre:

> «Erico había alimentado su alma con la poesía de todo lo grande que Europa ha producido y cual cuerda de una arpa resonaban los sentimientos poéticos en el movimiento más suave como en aquellas arpas de la leyenda griega....
>
> El arte y la poesía, al parecer tan fútiles e inútiles son en realidad el mayor tesoro de la humanidad, porque sin ellos sería nuestra vida árida y sin encanto y quizás se explica la decadencia del mundo clásico que sumergía en los fantasmas del mundo cristiano por la pobreza poética de los antiguos que no sabían satisfacer nuestro anhelo hacia los ideales, hacia aquel mundo fantástico que encontramos hoy en nuestras riquísimas artes las obras inmortales de los grandes poetas y que entonces tenían que buscar en vano en las leyendas del cristianismo y en el éxtasis religioso»[135].

La elevación de la poesía a los altares más sublimes de la humanidad nos recuerda a la antigua actitud romántica precedente. Sin embargo, son los primeros síntomas del idealismo y esteticismo de aquellas corrientes poéticas que se consolidaron a finales del siglo XIX y principios del XX. Bark ensalza precisamente el esteticismo, como punto de encuentro de las tres unidades fundamentales: panteísmo, verdad y belleza.

Con la democratización de la literatura, se podría despertar emociones y pasiones, educar la sensibilidad, elevar y adoctrinar al individuo. Para ellas, Bark reclama con insistencia la presencia de los ideales progresistas y los valores universales. *Los Vencidos* son, pues, un ejemplo más del utilitarismo literario que caracterizó al republicano español, el cual, que supo presentar nuevas ideas en los ordres ya viejos, pero no caducos por eficaces, del romanticismo popular. Su importancia no radica en su calidad estética, a medio camino entre el realismo y el melodrama de

---

[135] *Ibid.*, p. 257.

folletín, sino en su valor de documento histórico y de retrato vivo de las voluntariosas pero soñadoras conciencias de fin de siglo.

Incansable luchador en política y en periodismo radical, la vida de Ernesto Bark fue la de un continuo exilio aceptado como el sacrificio de aquellos que se sienten predestinados a luchar por la verdad. Immortalizado en las obras de Valle Inclán y de Eduardo Zamacois, espíritu catalizador del grupo Germinal y del Republicanismo Social, luchador infatigable por el regeneracionismo de España, Bark fue uno de los variopintos personajes de la bohemia intelectual, personaje no sólo de su novela, sino también, de su propia existencia.

Fue un romántico por pasión y rebeldía, un realista por método. Quiso dominar la realidad, poseerla para al mismo tiempo enjuiciarla y repudiarla, por rebeldía e idealismo. Su naturalismo científico y su utópica Revolución Social, a imagen de los disidentes románticos, surgieron más para afrontar a las élites dominantes y acabar con las desigualdades sociales que como fugaces y quiméricos sueños de juventud.

Bark propagandista, Bark divulgador, es el fruto de su época, «el hijo de fin de siglo y eso no peca de modestia...» como solía argumentar. Bark, «apóstol de los tiempos modernos, se presenta como el propagandista del cosmopolitismo y el internacionalismo, los cuales van actualizándose en el marco de la experiencia personal, el desarrollo y la difusión de las ideas para participar en la construcción de lo que entonces fue un quimérico o visionario paradigma europeo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Bibliografía de Ernesto Bark:

Ruslands Culturbedeutung. Betrachtugen eines Deutsch-Livlanders, Berlín, B. Behrs Verlag, traducido el mismo año como *El Nihilismo y la política rusa,* Barcelona, Luis Tasso Serra Impresor, 1882.

Wanderungen in Spanien und Portugal (1881-1882), Berlín, Richard Wilhemi, 1883.

Der Spanish-Deutsche Konflict um die Karolinen und die Revolution in Spanien, Madrid-Hagen, 1885.

In Banne Andalusiens, Madrid, ¿Biblioteca Spanisch-Deutsche Revue?, 1886.

Der *Cölibat,* prólogo y traducción de la obra de Eduardo López Bago; *El cura*, Hagen i. w., Druck und Verlag, 1886.

El crimen de la calle Fuencarral, Suelto Monográfico de Spanien, Madrid, Spanische– Deutsche Revue, 1887.

España y el extranjero. Estudio comparaciones y fragmentos literarios de un cosmopolita, Madrid, Imprenta La Publicidad, 1888.

La intolerancia en España, Madrid, Biblioteca Hispano-Alemana, 1888.

Las relaciones exteriores de España, Madrid, Biblioteca de la Spanisch-Deutsche, 1888.

El Hambre Social, bajo el seudónimo A. de Santaclara. Madrid, Biblioteca El Radical, ¿1889?.

La prensa española. Estudio Comparativo de un cosmopolita, Madrid, Biblioteca Hispano-Alemana, 1889.

Nuestros prohombres ante el socialismo y la Revolución, bajo el seudónimo A. de Santaclara, Madrid, Biblioteca Republicana, ¿1890?.

Deutschlands Weltstellung und Stellung und Aufgabe des Deutschen im Auslande, Zurich, Verl.-Magazin, 1890.

El programa del Republicanismo, Madrid, Spanish-Deustche Revue, 1889, reeditado como *El Programa Común del Republicanismo Ibérico*, Spanish-Deustche Revue, 1892.

Ein Andalusisches Idyll, Madrid, Spanish-Deustche Revue, 1889 reeditado en Berlín en 1890.

Correspondance Latine, Chronique hebdomadaire. Cartas de Alejandro Sawa, Span Franz Feuilletons Von E. Bark, Paris, 26, Pue Lebrun, 1 de agosto de 1890.

Pi, Zorrilla y Salmerón, su significación en la democracia y su porvenir, Madrid, Biblioteca El Radical, 1890 bajo el seudónimo de A. de Santaclara.

El problema social en España, Madrid, Biblioteca hispano-alemana y Biblioteca El Radical, Madrid, 1890.

La próxima revolución y el capitalismo en España, Madrid, Imprenta de Waldo Montegrifo, 1890.

Weltpolitik, eine kosmopolitische Welterfassung auf moderner social-ethischer Grundlage (manuscrito), ¿1890-1891?.

Los Vencidos, novela política contemporánea, Madrid, Tip. El Liberal, 1891.

Alborada, Novela Internacionalista Contemporánea, Madrid, Tip. El Liberal, 1893.

Literaturas Universales, s.d.,1895; reeditado en Madrid, Biblioteca Germinal, ¿1901?.

La marea sube. Psiquiatría literaria (Clarín-Giner-Galdós), Cartagena, Biblioteca de Cartagena Moderna, Imprenta de la Gaceta Minera, 1895.

Nicolás Salmerón, Madrid, Biblioteca Republicana, 1894, reeditado por la Biblioteca Germinal en la serie Biografías Contemporáneas, Impr. Valero Diaz, 1903.

Desenmascarados. Revelaciones respecto al partido obrero, Madrid, Biblioteca Germinal, 1897.

Política Social. Soluciones positivas de la sociología contemporánea: Los problemas de la Sociología, El Socialismo Positivo, La Cuestión Social en España, La Alemania Socialista, La República Social en Francia, Naciones cosmopolitas, El Internacionalismo, Pueblos precursores, La Hacienda del porvenir, El Ministerio del Trabajo, Estadística Social, La Revolución y el Arte, La Filosofía del placer, Madrid, Biblioteca Germinal, 1897. Este volumen fue después ampliado en una colección cuya edición definitiva se realizó entre 1900 y 1907.

La República Social, Madrid, Biblioteca Germinal, 1897.

El germinalismo y la Unión Socialista, Madrid, Biblioteca Germinal, ¿1900?.

Modernismo, Madrid, Biblioteca Germinal, Imprenta de Pérez y Compañía, 1901.

Recuerdos Bohemios (1878 a 1900), bajo el seudónimo A. de Santaclara, Madrid, Biblioteca Germinal, 1901 y 1903.

Reorganización Republicana, Madrid, (s.e.) 1901.

Política Pedagógica, Madrid, La Unión de Padres de Familia, 1902,

El alma española, Madrid, Biblioteca Spanisch-Deutsche Revue, 1903.

La convención española, Madrid, Biblioteca Germinal, ¿1904?.

Vicente Blasco Ibañez, Serie Biografías Contemporáneas, Madrid, Biblioteca Germinal, ¿1903-1906?.

A la barra, acusación pública contra Salmerón, bajo el seudónimo A. de Santaclara, Madrid, Biblioteca Germinal, 1905

El general Luque y el problema de España, Serie Biografías Contemporáneas, Madrid, Biblioteca Germinal, Libr. de Escritores y Artistas, 1906.

La invisible, Novela contemporánea político-social, Madrid, Libr. de Escritores y Artistas, 1907.

*La Santa Bohemia: recuerdos bohemio*s, Madrid, Biblioteca Germinal, Ed. Cooperativa de la Sociedad de Autores, 1910 y 1913.

Alejandro Lerroux, Serie Biografías Contemporáneas, Madrid, Biblioteca Germinal, 1910.

Joaquín Dicenta, Serie Biografías Contemporáneas, Madrid, Biblioteca Germinal, ¿1910-1913?.

Al murmullo de la selva, (Recuerdos Bohemios), Madrid, Biblioteca Germinal, ¿1910-1913?.

La sed de amar, (Recuerdos Bohemios), Madrid Biblioteca Germinal, ¿1910-1913?.

Alborada, La Invisible y Aurora Boreal. Trilogía de Novelas Internacionalistas Contemporáneas, Madrid, Tip. El Liberal (1913). Posteriormente reapareció bajo el seudónimo A. de Santaclara, como una tetralogía cuyo título general era *Alborada* y comprendía: *Los vencidos, La invisible, La ciudad negra y Alborada*, Madrid, Biblioteca Germinal, (s. a.).

La Fórmula Social. Las soluciones sociales radicales y los socialistas, anarquistas y sindicalistas, Madrid, Biblioteca Germinal, 1913.

La crisis mundial..., Madrid, Spanisch – Deustche Revue, Impr. de Felipe Peña Cruz, 1917. Constaba de los siguientes folletos:

1 –La supremacia Universal,
2 –Ideales Ibéricos,
3 –La hora de España,
4 –La paz honrosa,
5 –Después del triunfo,

6 –*El mundo por venir,*

El bolcheviquismo en España: la verdad sobre Rusia y el sindicalismo y la democracia sindical, Madrid, Librería pedagógica, [s. a.], 2ª ed., 1919.

Ante la batalla, folleto, [s. d.]

La ciudad negra, Novela política contemporánea, Madrid, Tip. El liberal, [s. a.]

La religiosidad en España, Madrid, Spanish-Deustche Revue, [s. a.]

Siluetas del Natural, con Silueta del autor por Alejandro Sawa, Biblioteca Germinal, Madrid, [s. a.]

Soluciones literarias y una contestación a varias preguntas y a algunos ataques, folleto, [s.d.]

La Santa Bohemia y otros artículos, selección de algunos textos de Bark a cargo de Gonzalo Santonja, Madrid, Ed. Celeste, 1999

2. Bibliografia General:

ALONSO, Cecilio, *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1905-1911)*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1985.

ALTAMIRA, Rafael, *Estudios de crítica literaria y artística*, T. LXIII, OOCC, Madrid, Arte y Ciencia, 1925.

AUBERT, Paul, «La presse et le pouvoir en Espagne sous la Restauration (1875-1923) en *Les moyens d'information en Espagne,* Bordeaux, Maison des Pays Ibériques, Université de Pau, Presses Universitaires de Bordeaux, 1986, pp. 1-65.

– «Madrid, polo de atracción de la intelectualidad a principios de siglo», en BAHAMONDE, Angel y OTERO, Luis E. (Eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931,* Madrid, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, 1989, p. 115 [102-137].

AZNAR SOLER, Manuel, «Bohemia y burguesía en la literatura finisecular» en *Historia contemporánea de la literatura española*, por Francisco Rico, vol. VI, Barcelona, Ed. Crítica, 1979, pp. 75-82.

– «Modernismo y Bohemia» en Piñero, Pedro, Reyes Cano, Rogelio, *Bohemia y literatura. De Bécquer al Modernismo*, Sevilla, Universidad, 1993.

BAROJA, Pío, «Desde la última vuelta del camino» en *Final del s. XIX y principios del XX,* OOCC, VII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1945, pp. 657-800.

BAROJA, Ricardo, «Valle Inclán en el café», *La Pluma*, Madrid (Enero 1923,) pp. 46-59.

BLEIBERG, German, «Algunas revistas literarias hacia 1898», en *Arbor*, nº 36 (1948), pp. 465-480.

BOTREL, Jean François y DESVOIS, Jean Michel., «Les conditions de la production culturelle» en SERRANO, Carlos y SALAÜN, Serge (Eds.), *1900 en Espagne*, Bordeaux, Presses Universitaries de Bordeaux, 1988, pp. 23-46.

CANSINOS ASSENS, Rafael, *La novela de un literato*, Madrid, Alianza, 1982.

– «Periódicos madrileños de principios de siglo» en *Gaceta de la Prensa Española,* 152 (febrero 1964), pp. 42-43.

CARRERE, Emilio, «La casa de la bohemia» en *Retablillo grotesco y sentimental,* Madrid, Ed. Mundo Latino, (s.a).

CIGES APARICIO, M., *El libro de la decadencia. Del periódico y la política,* Edición de Cecilio Alonso, Alicante, Instituto de estudios Juan Gil-Albert, Excma. Diputación de Alicante, *1986.*

DARDE MORALES, Carlos, «Los republicanos en España durante el siglo XIX» en *Canalobre*, nº 22 (Otoño, 1991), pp. 15-21.

DESVOIS, Jean Michel, *La prensa en España,* Ed. Siglo XXI, Madrid 1977.

– «El progreso técnico y la vida económica de la prensa en España de 1898 a 1936» en *España, 1898-1936: estructuras y cambio*, Madrid, Universidad Complutense, pp. 91-114, 1984.

DICENTA, Jose Fernando, *La Santa Bohemia,* Madrid, Ediciones del Centro, 1976.

ESTEBAN, José y ZAHAREAS, Anthony (1988) *Los proletarios del arte,* Madrid, Ed. Celeste.

FRESSARD, Jacques, «De Ernesto Bark a Basilio Soulinake: retour et métamorphose d'un personnage de Valle-Inclán», *Iris*, nº 2 (1985), pp. 41-52.

– «Un episodio olvidado de La guerra carlista», en *Cuadernos Hispanoamericanos,* nº 199-200 (1966), pp. 347-367.

GONZALEZ SERRANO, Urbano, «Los enfermos del ideal» en *Vida Literaria,* nº 10 (marzo de 1899), p. 171.

GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, (1988), «Un nihilista ruso en la España de la Restauración: Isaac pavolovsky y sus realciones con Galdós, Oller, Pardo Bazán, Pereda», *Anales Galdosianos,* XXIII, pp. 83-105.

GONZÁLEZ MARTEL, Juan Manuel, «Ernest von Bark, un publicista radical rusohispano ante el Basilio Soulinake *de Luces de bohemia de Ramón del Valle Inclán*», *Homenaje a Alonso Zamora Vicente,* Universidad de Alicante, 2003, pp. 693-708.

GÓMEZ APARICIO, Pedro, *Historia del periodismo español*, Madrid, Editora Nacional, 1967 y 1971.

GRANJEL, Luis, «Juventud Literaria» en *Panorama de la generación del 98*, Madrid, Ed. Guadarrama, 1952, pp. 63-92.

GUEREÑA, José Luis, Las estadísticas oficiales de la prensa (1867-1927)» en *Metodología de la historia y de la prensa española*, Madrid, Siglo XXI, 1982, pp. 81-118.

GUTIÉRREZ LLORET, Rosa Ana, *Republicanos y liberales: la revolución de 1868 y la Primera República en Alicante*, Alicante, Ayuntamiento de Alicante, 1989.

LITVAK, Lily, España 1900, *Modernismo, Anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Ed. Anthropos, 1990.

MACEIN, Francisco, *Ernesto Bark,* Madrid, Biblioteca Germinal, 1904

MACHADO, Manuel, «El modernismo y la ropa vieja» en *Juventud,* I, (enero de 1901), s. p.

– *La guerra literaria,* Madrid, Imprenta Hispano-Alemana, 1913; Madrid, Ed. Narcea, 1981.

MAINER, Jose Carlos, *La Edad de Plata (1902-1931),* Madrid, Ed. Libros de la Frontera, 19812 y Cátedra, 1983.

MENDARO, Eduardo, *Recuerdos de un periodista de fin de siglo,* Madrid, Ed. Prensa Española, s.f.

MOLINA, Cesar Antonio, *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950),* Madrid, Ed. Endymion, 1990.

MORATO, Juan José, *El Partido Socialista*, Madrid, Aepro Ed., 1918.

MORI, Arturo, *La prensa española de nuestro tiempo*, México, Ed. Mensaje, 1943.

NUÑEZ, Diego, *La mentalidad positiva en España*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Túcar Ed., 1975.

– y PESET, J. L., *De la Alquimia al Panteísmo. Marginados españoles de los siglos XVIII y XIX,* Madrid, Ed. Nacional, 1983.

OSSORIO Y BERNARD, Manuel, *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles en el siglo XIX,* Madrid, Ed. Moreno y Rojas, 1903.

OLLER, Narcís, *Memòries literàries. Història dels meus llivres*, Barcelona, Ed. Aedos, 1962

PANIAGUA, Domingo, *Revistas culturales contemporáneas,* I, Madrid, Ed. Punta Europa, 1964.

PARIS, Luis, *Gente Nueva,* Madrid [s. a.]

PEREZ DE LA DEHESA, Rafael, *El grupo Germinal, una clave del 98, M*adrid, Taurus, 1970.

– «Editoriales e ingresos literarios a principios de siglo» en *Revista de Occidente*, nº 71 (febrero 1969), pp. 217-228.

– «Zola y la literatura finisecular» en *Hispanic Review*, nº 39 (enero, 1971), pp. 49-60.

PHILLIPS, Allen W., *Alejandro Sawa, mito y realidad*, Madrid, Ed. Turner, 1977.

– «Algo más sobre la bohemia madrileña: testigos y testimonios» en *Anales de Literatura de la Univesidad de Alicante,* nº 4 (1986), pp. 327-368.

– «Apuntes para el estudio de la bohemia en algunas novelas modernas (1880-1930) en *Anales de Literatura de la Univesidad de Alicante,* nº 6 (1988), pp. 391-433.

– «Un personaje de Valle Inclán en tres tiempos», *Homenaje a Alonso Zamora Vic*ente, Vol. IV, Madrid, Castalia, 1994, pp. 309-327.

– *En torno a la bohemia madrileña,* Madrid, Ed. Celeste,1989.

RAMOS GASCON, Antonio, «La revista *Germinal* y los planteamientos estéticos de la Gente Nueva» en Abellán et alii., *La crisis de fin de siglo, ideología y literatura*, Madrid, Castalia, 1974, pp. 125-142.

RAMOS, Vicente, *Historia parlamentaria, política y obrera de la provincia de Alicante*, Alicante, Edición del autor, 1989.

RÍOS CARRATALA, Juan Antonio, «La novela de un radical, Ernesto Bark», *Homenaje a Antonio Vilanova,* Barcelona Universidad, 1989, pp. 557-566.

ROBLES EGEA, Antonio, «Republicanismo y socialismo reformista en la crisis del 98: las ideas del grupo Germinal» en *Estudios de Historia Social,* nº 22-23 (1992), pp. 379-410.

RODRÍGUEZ SOLIS, Eduardo, *Historia del partido Republicano,* Madrid, Fernando Cano, Vol. II, 1893.

ROMERO TOBAR, Leonardo y ETREROS, Mercedes, *Estudios sobre la novela popular española del siglo XIX,* Madrid, CSIC, 1977.

SAWA, Alejandro, 1910 y 1977, *Iluminaciones en la sombra,* Madrid, Alhambra.

SEOANE, M.ª Cruz, *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX,* Fundación Juan March y Ed. Castalia, Valencia, 1977.

– *Historia del periodismo en España,* S. XIX, vol. II, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

TALVET, Jüri, «Ernesto Bark y su visión de España» en *Teekond Hispaniasee* (Un viaje a España), Tallinn, Ed. Loomingu Raamatukogu, 1985, pp. 48-63 y en *Hispaaniast Amerikasse* (De España a Portugal), Tallinn, 1992, pp. 55-70.

– «La dinámica cultural entre Francia y Estonia», *Revista de Occidente*, nº 197, 1997, pp. 63-75.

THION SORIANO-MOLLÁ, Dolores, *Ernesto Bark, un propagandista de la Modernidad*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1998.

– «Ernesto Bark, un romántico revolucionario» *en Del Romanticismo al Realismo en España,* Madrid, Castalia, 1998, pp. 497-513.

– «Gente Nueva *versus* Gente Vieja: José Martínez Ruiz, un hijo del siglo del Modernismo», en *Azorín y la Generación de 98*, Murcia, Universidad de Murcia, 1988, pp. 147-168.

– «La Gente Nueva del fin de siglo», *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Castalia, 2000, pp. 425-433.

– «La Réforme Sociale: la femme, l'éducation et la morale sociale dans la pensée républicaine d'Ernest Bark», *Femme, famille et éducation*, Université de Tours, 2002, pp. 325-342.

– «Emilia Pardo Bazán e Isaac Pavlovsky: amistades literarias», *La Tribuna,* I, 2004, pp. 97-148.

– «Ernest Bark, un visionario europeo», *Interlitteraria,* nº 10 (2005), (edición en curso).

– «*Les vaincus*, roman politique d'un vainqueur méconnu», *Paroles de vainqueurs, paroles de vaincus,* Univ. Nantes, CRINI, 2005, (edición en curso).

TORRE, Guillermo de, «El 98 y el modernismo en sus revistas» en *Del 98 al Barroco,* Madrid, Gredos, 1968, pp. 12-70.

– «La generación española de 1898 en las revistas del tiempo» en *Nosotros, Buenos Aires,* nº 67 (Octubre de 1941), pp. 3-38.

ZAMORA VICENTE, Alonso, «Nuevas precisiones sobre Luces de Bohemia», *Bohemia y literatura*, Sevilla, 1992, pp. 11-26.

ZAVALA, Iris M.ª, *Fin de siglo: Modernismo, 98 y Bohemia*, Madrid, Edicusa, 1974, refundido en Introducción de *Iluminaciones en la sombra de Alejandro Sawa*, Madrid, Alhambra, 1977.

LOS VENCIDOS

Novela Política Contemporánea

POR

ERNESTO BARK

Hace muchos años acepté el compromiso formal de escribir la siguiente novela según me la contaban los mismos protagonistas y sólo las tareas absorbentes del periodismo diario que nos impide reflexionar sobre los problemas psicológicos de la vida, estos misterios internos cuyo estudio nos abriría frecuentemente los ojos respecto a los más importantes problemas políticos y sociales, me hicieron imposible pagar aquella deuda de respeto y gratitud. La calma momentánea que me brindaron las playas hospitalarias de Alicante me recordaba aquella deuda gratísima, y en efecto, en ninguna parte pude hallar un ambiente más a propósito para soñar en dichas pasadas, sueños de la juventud, de ideales del porvenir lejano, y en ninguna parte del mundo encontré mayor transparencia del mar y mayor hermosura de tintes y colores para estimular la fantasía a volver a la realidad de un pasado remoto.

Admirando la incomparable hermosura del mar alicantino, reconstruía poco a poco los hechos casi olvidados y las olas que salpicaban contra las piedras blancas del muelle, ayudaron poderosamente a la perezosa memoria, porque *el mar habla* y sordo es quien no entiende este dulce y a la vez sublime lenguaje.

Todo lo que estas páginas refieren es eco fiel de la realidad y el empeño mío ha sido ser narrador exacto de lo que me comunicaron; y para que la rectitud no sufra menoscabo he desistido de los pequeños artificios de novelista obligado por el mal gusto del vulgo a exageraciones y romanticismos reñidos con la verdad.

I

Era el 6 de junio de 1882; el sol se escondía tras las montañas que ciñen el valle de Málaga hacia el Oeste, y una brisa fresca invitaba a las mujeres hermosas escondidas en la sombra de las habitaciones cerradas, a abrir los balcones en que cual mariposas después de una lluvia, se presentaron con sus vestidos claros ante las miradas de sus admiradores.

Y el muelle de la ciudad más risueña de Andalucía, estuvo aquel día lleno de aquellos admiradores ociosos; los unos habían venido como todas las tardes a tomar el fresco sentados en las piedras del paseo; y los otros eran atraídos por el buque que acababa de fondear y cuyos viajeros se confundieron pronto con la alegre muchedumbre.

Entre aquellos últimos, despertaba la sonrisa de algunas señoritas cuya hermosura admiraba, un joven extranjero, alto, enjuto de carnes y muy rubio, con un sombrero de paja de jipijapa en forma de casco prusiano, última moda inglesa de entonces. El pantalón claro y la levita, le daban algo de extraño y muy difícil hubiera sido adivinar su nacionalidad, porque en efecto no tenía ninguna, su madre era alemana y su padre ruso y había pasado los últimos años en Italia, Francia e Inglaterra, por lo cual se explicaba en el estilo raro de su vestir un *potpurrí* cosmopolita como se observa en las personas despreocupadas cuando viajan.

Las miradas curiosas fijadas en él le molestaron visiblemente y se apresuró a llegar al pie de la montaña que hacia la derecha lleva al llamado Castillo, resto de unas torres de los tiempos de los árabes y de unas murallas de fortificaciones.

Subiendo el camino llamado la Coracha[1], apercibió el joven que su figura exótica había provocado la hilaridad de algunas jóvenes que desde una azotea dominaron todo el magnífico panorama: el muelle, el paseo y la subida al Castillo por donde iba el extranjero.

Una de las jóvenes –y la más guapa– hasta le estuvo mirando con un largo anteojo como se mira a un bicho raro desde la platea del teatro.

¡Claro, un *inglés* del cual se burlaban! ¡En esto no podía haber nada de malo! Si el joven hubiera sido un español, bien se hubiera cuidado la preciosa niña de la azotea de no manifestarle de esta manera su alegría burlona.

Sin embargo, al *inglés* le encantaba esta carcajada y la niña risueña le pareció la personificación de la feliz Andalucía; del país de sus ensueños cuya poesía admiran más quizás que los mismos hijos del país, los pueblos del Norte con las brumas sombrías que le hacen soñar la Arabia y el Mediodía[2].

Erico Orloff[3] había llegado a la edad de veinticuatro años sin haber tenido otras relaciones amorosas que «amores de epidermis»[4], aquí una viuda cansada de la soledad, allá una joven vecina de su *chambre garnie*[5] en París, o en fin una artista a la cual más le importaban los regalos que la había hecho que otra cosa.

Muy joven y ya absorbido por completo por el movimiento revolucionario que justamente entonces convirtió Rusia en un mar embravecido de odios terribles, Erico se hubiera considerado un traidor de la gran causa de la libertad, si la imagen de una mujer le hubiese podido presentar las dulzuras del hogar de tal manera que olvidase las asperezas de la lucha y las amarguras de la vida errante del revolucionario.

Aquella joven le impresionó extrañamente. ¿Era su belleza árabe la que le encantaba? ¿O le cautivaba la alegría de su risa? ¿O era que, en fin, los sueños de su juventud se encarnaron en aquella hermosa andaluza?

No queremos penetrar en el insondable misterio del amor. Ciego es el que no reconoce la existencia de aquel misterio y quien duda de la eternidad de aquellos amores nacidos de una

sola mirada. Los amores hijos del trato y desprovistos de aquella concepción momentánea y misteriosa, siempre me han parecido vulgares, prosaicos y hasta los hijos de estos amores carecen del genio y de aquel algo poético que distingue a las naturalezas privilegiadas. Ni Garnier[6], ni Paolo Mantegazza[7] en sus obras sobre la fisiología amorosa, han dado la importancia debida a este misterio del amor.

La sonrisa de una mujer bella tiene mayor poder que la inteligencia de los sabios. El joven revolucionario olvidaba todos los compromisos adquiridos. ¡Qué le importaba la próxima coronación del zar en Moscú! ¡Qué le importaba que Alejandro II[8] hubiera perecido hacía pocos meses por las bombas mortíferas de sus amigos de conspiraciones y que contra la vida del tercer Alejandro se tramaran, conspiraciones más terribles aún! A Erico le esperaban en Ginebra para una reunión, en el mismo mes de junio, de los jefes del movimiento nihilista de todas las partes del inmenso imperio moscovita. El joven conspirador había dado su promesa de asistir, en Moscú, a la solemne ceremonia que aplazaron cinco veces por temor a la terrible venganza de los conjurados, los cuales, tenían que vengar la noble vida de los Sheliabof y Kibaltchich y ante todo el asesinato cobarde de la bella Sofía Perovskaia, la heroica virgen que ejecutó la sentencia contra el criminal déspota Alejandro II[9].

Sin darse cuenta del peligro que le amenazaba –y pocos hombres comprenden que el peligro mayor es una mujer guapa– saludaba el joven a la bella niña y ésta le contestó el saludo ruborizándose y quizás comprendiendo que la broma pudiera acabar en un asedio amoroso en toda regla.

En efecto, al bajar del Castillo encontró la joven en una de las ventanas de la casa un papelito que decía: «Estrella de Andalucía, ¡te adoro! ¿Cuándo puedo verte?»

Matilde, la encantadora niña de dieciséis años, no contestó a esta pregunta; sin embargo, medio en broma, medio por el interés que le despertaba el extranjero, le respondió desde la azotea con el pañuelo cuando éste, ya lejos en el muelle, la saludaba.

Una risa inocente y un pañuelo blanco en manos de una niña hermosa... ¡Cuán peligrosos son para la tranquilidad de un joven de veinticuatro años!

II

Una semana después de lo referido celebraron su reunión los espiritistas[10] de la ciudad y entre ellos también se hallaba el padre de la hermosa niña del Castillo, don Francisco, comerciante de quincallería y lampistería que por entonces tenía su almacén en la calle de Torrijos[11], una calle muy estrecha y sucia, pero muy céntrica donde se había enriquecido en veinte años el simpático andaluz.

D. Francisco era el tipo del comerciante de Andalucía: nunca llevaba libros; todo lo confiaba a su memoria y a la honradez de sus dependientes, jóvenes asturianos o montañeses que por regla general llegaron con pantalones rotos y al salir del almacén al poco tiempo establecieron su propia tienda.

Pero que nadie se crea con el derecho de llamarle a D. Francisco, ciego, nada de esto. Como buen andaluz y malagueño por demás, tenía mucha travesura y la exigía también de sus dependientes. Si estos después empleaban la travesura aprendida del maestro en contra de éste, ¡qué hacer! El papá de Matilde lo juzgaba inevitable y tomaba además las cosas como son sin pensar en enmendarlas, porque siempre dijo, a su mujer Frasquita, que sólo había habido un redentor en el mundo y a éste le crucificaron.

Uno de los dependientes, Primitivo, había sabido cautivar extraordinariamente las simpatías de su amo. Diez años le tenía éste consigo y el niño, que llegó de la montaña con sólo trece años, ya era un mozalbete guapo, muy rubio y elegantito, siempre muy atento con doña Frasquista y la hija de sus amos, a la cual trataba

con respetuosa admiración sin permitirse nunca dirigirle piropos o galanterías, sabiendo quizás que tanto la hija como los padres no se lo hubieran tolerado.

Como de costumbre el dependiente acompañaba a D. Francisco a la reunión espiritista. Un corro de diez personas rodeaba al *medium*, un ciego que se ganaba la vida vendiendo billetes de la lotería y no despreciando las pequeñas propinas que los espiritistas le daban por servirles de interventor entre los espíritus y los demás mortales.

El padre de Matilde se acercaba al grupo. Hacía tres años le había preguntado al mismo ciego: ¿Quién se casará con mi hija? Y entonces recibió la contestación: «Su hija se casará con uno de lejanas tierras», una respuesta que nunca pudo olvidar el buen hombre. El lector puede figurarse la impresión que después de esta profecía causaba en el ánimo del padre al ver a su hija en relaciones con un extranjero y más aún de tierras tan lejanas como Rusia.

El joven ruso había hablado algunos días por la reja con la hija, después se marchó a Granada bajo el pretexto de visitar la Alhambra, prometiendo volver dentro de diez días.

–Gracias a Dios, pensaba D. Francisco, este peligro ya pasó, el joven ya no volverá ¡cosas de la juventud!

La profecía del ciego le sonaba, sin embargo, constantemente en el oído. No era supersticioso y no creía en profecías, pero esto del novio de «*lejanas tierras*» ya tomaba viso de seriedad. ¡Cuánto daría por saber lo que el ciego le dijera ahora respecto del particular!

–D. Francisco, usted viene a preguntarme por el novio de su hija, le dijo el espiritista ciego, y continuó sin poder observar el efecto extraordinario que produjeron estas palabras en el semblante del pobre padre.

–Ya le dije que su hija se casará con uno de lejanas tierras, y ahora le digo que este hombre está aquí y en este mismo momento está hablando con ella.

Intensamente pálido, balbuceó el padre de Matilde algunas palabras indicando que el extranjero se había despedido para

ocho días, pero maquinalmente cogió el sombrero y se precipitó hacia la casa, a la subida del Castillo donde pasaba los veranos su familia, según el consejo del médico.

Con una mirada comprendió el astuto montañés la situación: por delante de sí, había aún dos o tres años porque Matilde era muy joven para casarla y estos dos o tres años debían dar la victoria completa al dependiente de D. Francisco. El abandono de su amo le hizo dueño de la situación. Si no conseguía la voluntad de los padres y de la hija, entonces... sí, entonces había otro medio... llevar a la familia a la ruina... un incendio fortuito sería suficiente para conseguirlo, porque Primitivo era el encargado de pagar las mensualidades a la compañía de seguros y con no satisfacer los últimos pagos ya perdía la casa todo derecho a la indemnización[12].

Claro está, antes de hacerlo hubiera salvado del incendio todo lo posible en géneros, para presentarse después como el salvador de la familia... y entonces, pensaba, no le podía faltar el consentimiento de los padres para que la hermosa Matilde le diera la mano.

Sin darse cuenta de ello se sintieron los dos como aliados contra el común enemigo; instintivamente se acercaron al subir la cuesta de la Coracha que lleva al Castillo.

–¿A qué hora llega el tren de Granada? preguntaba D. Francisco a su dependiente.

–Hace una hora que ha llegado, respondió éste.

Al fin estaban en casa. Apenas vio el padre de Matilde a su esposa cuando la preguntó: ¿Y la niña dónde está? mirando con ansiosa expectación a su mujer cual si quisiera adivinar la respuesta en su semblante.

–Está arriba en la ventanilla hablando con el joven extranjero, respondió doña Frasquita, extrañada de ver a su marido tan visiblemente agitado.

–¡Pues, es verdad! suspiró el desgraciado padre y se dejó caer en una silla...

Mientras los padres lloraban, charlaban los dos novios en la ventanilla, los ojos se miraban y los labios balbuceaban juramentos de amor eterno.

Erico no había podido permanecer más que dos días en la Alhambra de Granada, la fuerza irresistible del amor le obligaba a volver. El arte, ya sólo lo veía él, en la cabeza angelical de su amada y en sus grandes ojos rasgados comprendía el encanto de la feliz Andalucía, por la cual habían luchado ocho siglos los árabes hasta que al fin tuvieron que abandonar el Alcázar y el Generalife[13]. Los dulces ojos pardos de la niña del castillo de Málaga, habían penetrado profundamente en el alma del hijo del Norte.

Largo tiempo hablaron los dos enamorados en la poética ventanilla y cuando el sol ya se sumergía por completo en el mar cubriendo la noche la ciudad y la montaña, se dijeron ¡adiós! Sus almas ya eran una y se habían prometido fidelidad eterna, llenos de esa santa fe de la juventud para la cual no existen ni el tiempo con su olvido, ni las contrariedades de la vida con su amargura.

Embriagado de la poesía que respiraba todo el ser de la hermosa andaluza, el joven descendió al mar y sentado en una de las piedras de la orilla escuchaba el murmullo de las olas que parecían decirle al oído: ¡Matilde te ama, es tuya! Y mil veces resonaba el eco de esta buena nueva en el alma del enamorado y sólo la noche y las olas eran testigos de las promesas y juramentos que aquel hijo del Norte profería por aquella flor de Andalucía que le había embriagado por su dulce aroma.

III

Los ignorantes se imaginan dirigir la vida, los sabios comprenden muy bien que casi todo en ella es la suerte, la casualidad, el destino. Erico era fatalista o mejor dicho creía en su estrella. No hay mal que por bien no venga, era el refrán que más le gustaba y nunca se alarmaba de nada porque creía que cumplía su deber, pero no dudaba ni vacilaba un momento siquiera en marchar por la dirección que el destino le indicaba. Era fatalista como Napoleón, a la musulmana, sin creer ni en la providencia, ni en Dios. Sus maestros habían sido el librepensador Lessing y el filósofo del pesimismo Arturo Schopenhauer[14].

¿Qué culpa tenía él de la broma de las muchachas en la azotea y del pañuelo blanco que le saludaba?

Hijo de una familia hacendada en Livonia, provincia situada al extremo del Norte de Rusia, había heredado Erico algunos miles de duros, suficientes para emprender cualquier negocio y asegurarse de este modo el porvenir[15]. Muy joven ya se había arrojado a la política y sus extraordinarios éxitos de escritor le habían inclinado a dejar los estudios universitarios y a dedicarse por completo a la literatura política y al periodismo. La única dificultad era su carácter de emigrado y la imposibilidad por consiguiente de dedicarse a su profesión en su propio país; sólo allí podía darle resultados positivos su actividad, porque sólo allí tenía raíces, familia numerosa, amigos de juventud, en una palabra, la base, necesaria para todo escritor y publicista político.

La dificultad era en realidad más grande de lo que al joven le parecía a primera vista. No pudiendo ejercer su hermosa y noble

profesión en Rusia, le quedaba el único recurso de escribir en alemán, pero bien sabía él que los doce mil escritores y publicistas alemanes viven una vida muy precaria de proletarios intelectuales por la terrible competencia que se hacen los unos a los otros, en la cual perecen los mejores talentos si no los coadyuva una suerte extraordinaria.

Borrar el rayo de luz que había caído en su alma iluminándola como de magia divina no quería, ni podía el joven nihilista; al revés, sentía profunda gratitud a la suerte, pero también creía tener el sagrado deber de no comprometer más de lo que había hecho la vida de aquella tierna flor de Andalucía, uniéndola con su existencia agitada de revolucionario boreal. Aunque las aventuras de la política, quizás la próxima coronación del zar en Moscú, le sepultaran para años, acaso para siempre, en los calabozos o en las minas de Siberia, al menos no debía alterarse por esto la feliz y tranquila existencia de esta inocente criatura.

Hasta que pasado aquel terrible acontecimiento y hasta que Erico se desligara de todos los compromisos contraídos con el partido revolucionario, no quería que Matilde adquiriese, ante el mundo y ante sus parientes, compromiso alguno con él.

Los dos enamorados habían convenido, por consiguiente, en no decir nada de sus relaciones a los padres sino continuarlas por escrito y cuando Erico volviera de Moscú libre ya de todo compromiso y peligro, pedir el consentimiento paternal.

Todos estos propósitos y combinaciones hicieron honor a la formalidad del joven enamorado, y probaron, que se daba cuenta de la responsabilidad moral de sus actos. El destino lo quiso de otro modo y su instrumento debía ser el mismo Primitivo que tanto empeño tenía en que Matilde quedara libre de todo compromiso con el extranjero.

Hábilmente supo el montañés impulsar a uno de los jóvenes de la localidad enamorado de la muchacha a que intentara impedirle al extranjero las relaciones con ella. El joven Picazón, estudiante de derecho, había querido repetidas veces entrar en relaciones con la joven, pero ésta se había burlado del galán devolviéndole las flores y las cartas amorosas.

Había que sacar partido de la vanidad de Picazón, y, en efecto, Primitivo lo sabía arreglar de tal modo que el estudiante recibía conocimiento de la hora exacta en que Matilde esperaba en la ventanilla la visita de despedida de su novio, que era la tarde del diecinueve de junio, un espléndido domingo pocas horas antes de la salida del vapor con el cual debía Erico abandonar Málaga.

Gozando de su propia obra observaba el pérfido montañés que Picazón le estuvo esperando a su rival en la cuesta del Castillo cerca de la casa, cuyo color de rosa parecía indicar a Erico que debía ser el nido de su adorada. El fatuo estudiante se complacía en dejar ver en el bolsillo la culata de un revólver, con la intención de parecer ante los ojos de Matilde un adversario terrible dispuesto a dar la muerte a su rival. El papel de matón ejerce mucho atractivo en Andalucía y sobre todo en jóvenes imberbes y vanidosos.

Pronto se llenaba la Coracha de gente deseosa de ver lo que allá ocurría. Las mujeres comentaban el asunto a su modo y manera y la mayoría aprobaba que el estudiante atacara al extranjero desconocido que, de la mañana a la noche, se había hecho novio de la hermosa joven.

La aparición de Erico produjo sensación entre la muchedumbre como la produce el toro cuando entra en la plaza; y un silencio expectativo siguió al vocerío anterior.

Reluciendo en el ojal de la levita un clavel encarnado y en la izquierda una magnífica gardenia, subía el feliz enamorado la cuesta arriba hacia la casita rosa donde le esperaba la sonrisa amorosa de su adorada. Fijó su atención en la azotea, desde la cual tantas veces había saludado a la hermosa niña, no apercibió siquiera que era objeto de la atención de todo aquel gentío aglomerado ante la casa.

En este momento vio acercarse hacia sí al joven Picazón, en cuya derecha resplandecía el revólver. A la vez vio Erico en el balcón de la casita la linda silueta de su novia desmayarse y caer en los brazos de la madre profiriendo un grito de indecible angustia.

Sin darse cuenta de lo que ocurría y sin fijar su atención en el estudiante desarmado por lo visto por aquel grito de desesperación de la joven, Erico quiso precipitarse hacia la casa cuando ya vio ante sí al padre de Matilde también armado con una gran pistola, y éste le dijo profundamente emocionado: «Venga usted, ya le contaremos todo lo que ha sucedido».

Picazón se quedó visiblemente contrariado y no supo hacer nada más que darle a su rival la mano añadiendo:

–Ha sido usted más feliz que yo.

Seguido por el padre de Matilde entró Erico en la casa de su prometida. Ya le esperaba la dulce niña. Inclinada la artística cabeza en una mano y sentada en una butaca, le recibió con una mirada larga y amorosa como si le quisiera pedir perdón por haberle asustado.

Cual devoto ante la imagen de la Virgen, se arrodilló el joven revolucionario ante esta Virgen vestida en una bata blanca que permitía a la mirada curiosa penetrar en los encantadores misterios del cuerpo virginal, los pechos apenas formados, ya las caderas admirablemente encorvadas y el talle tan etéreo que debía romperse por el solo contacto de un brazo amoroso.

La pequeña y blanca mano que aún temblaba del susto sobrellevado, estrechaba suavemente la derecha del joven y, así, arrodillado ante su ideal, permanecía como absorto en una plegaria a lo eterno femenino. Unos rizos oscuros caían sobre la radiante frente, una frente de las mujeres de Ticiano[16], llena de luz e inteligencia, y los grandes ojos cubiertos por largas y sedosas pestañas le hablaron cual poemas de dulce poesía.

A los pies de esta virgen de Murillo vio a una de aquellas célebres cabecitas de ángel del divino pintor sevillano[17]. Y era el hermanito de Matilde, un niño de seis años, el retrato de su hermana tan sólo que no tenía aquella expresión soñadora de mujer que ama. ¡Ah! Ahora comprendió Erico el encanto mágico que esta niña había ejercido sobre él: era la personificación del ideal de la mujer que en sus sueños se había forjado y para el cual le habían servido de modelo las vírgenes de Murillo y Ticiano, de aquél la expresión divina, de éste el color y la forma acabada; y,

en efecto, allá en las orillas del Mediterráneo, bañado por las esmeraldas olas del clásico lago, ¡debía encontrar al fin su ideal!...

Pocas horas más tarde salió el buque y Matilde mandaba mil saludos con el pañuelo desde la azotea a Erico que se alejaba, y cuando ya le perdió de vista cayó en brazos de su madre, y la niña prorrumpió el doloroso llanto de mujer que se separa del primer hombre que ha amado...

IV

La pasión política no es como muchos opinan un vicio, un juego de azar pernicioso; sino al contrario, una noble virtud, el amor a la justicia y a los conciudadanos; la lucha desesperada por un ideal lejano contra injusticias inveteradas y omnipotentes que sólo emprenden caracteres nobles y desinteresados. Las ambiciones y vanidades personales llegan, sin embargo, más tarde a confundirse con estos hombres elegidos, cuando la victoria se aproxima y cuando ya pueden esperar el cercano reparto del botín.

En Rusia aún está muy lejos la victoria. La vida del revolucionario ruso, o sea, del nihilista como le llamaron los interesados defensores del despotismo para desprestigiarle, es una cadena de sacrificios continuos y amarguras cuyo fin suele ser la triste emigración al extranjero, la más triste y desconsoladora abdicación de los ideales o la muerte en los calabozos, en Siberia o en el cadalso.

Erico lo sabía muy bien, y por esto le entristecía la idea de tener que renunciar a la dicha que le brindaba la encantadora andaluza, porque renunciar a sus ideales no podía por no hacerse traición a sí mismo y ¿cómo combinar el amor con estos ideales?

Aún no había llegado el vapor a Marsella, cuando el joven ya había encontrado una solución para todo, y esta era en efecto sencilla y práctica.

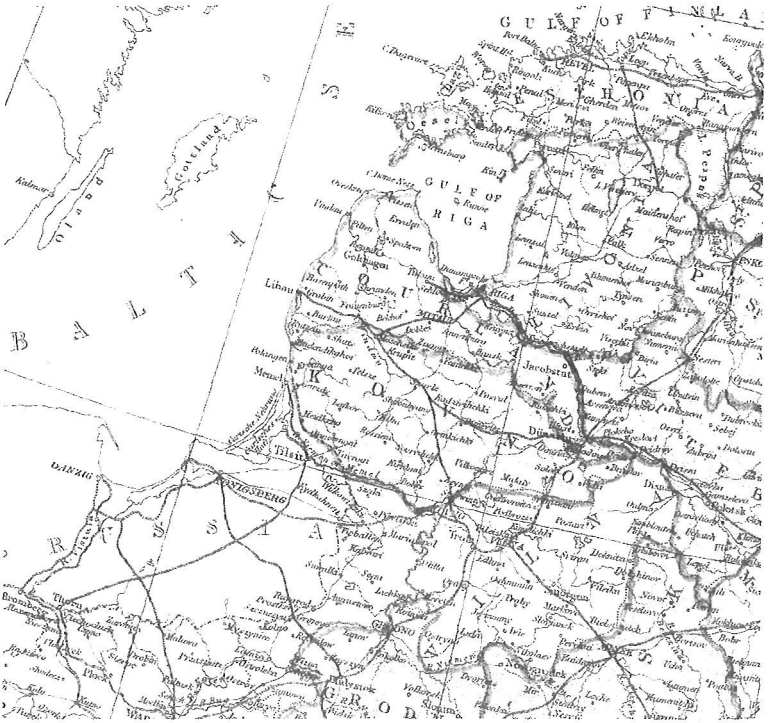
Hacía tiempo pensaba ya en publicar, en Suiza, una revista dedicada a la propaganda de la revolución en las provincias bál-

ticas y en Rusia en general[18]. Sabido es que estas provincias del Norte del imperio moscovita pertenecían desde el siglo XII hasta el XVI al imperio alemán y aún conservan las costumbres, leyes, la lengua y la religión de la madre patria[19]. Así, pues, son estas provincias, que contienen cerca de tres millones de habitantes, otra Polonia que amenaza separarse del imperio ruso. Regidos hasta ahora por sus propias leyes y alejados del todo del resto del imperio, Livonia, Estonia y Curonia[20], no habían tomado parte en el movimiento revolucionario nihilista, sino al contrario, prestaron su apoyo al absolutismo para sofocar la conspiración, y en esto obraron movidos por el interés político propio porque sus privilegios y autonomía provincial les fueron concedidos por los zares a costa de aquellos servicios de polizontes en el resto del imperio. Como todos los déspotas, los zares rusos necesitaron a esos *mamelukos*[21] porque sin ellos estarían perdidos.

Quitar al absolutismo este último baluarte era el plan atrevido de Erico y de sus amigos en Livonia, y dada la desconfianza y el misterio que todo lo oculta en las sombras del despotismo, no era imposible hacer aparentar al gobierno de Petersburgo que el nihilismo también había contagiado a los fieles livoneses, el último baluarte de los zares absolutos.

Nada más fácil que esto en un país donde nadie se atreve a hablar; basta que una docena de personas atrevidas se agiten para que parezca como si toda la nación estuviera en una agitación febril, porque nadie les contradice quedándose todos como espectadores pasivos del duelo entre los agitadores y el gobierno. Una revista publicada por un livonés en Suiza y repartida profusamente en las provincias bálticas y en las capitales de Rusia, debía tener un efecto asombroso sobre el ánimo del zar y hacerle desconfiar de la fidelidad de sus *mamelucos* bálticos; y una vez perdida la confianza, no podían faltar intrigas cortesanas que pronto obligasen a todos aquellos aristócratas bálticos a alejare del zar y engrosar las filas de los descontentos o quizás de los revolucionarios.

¡Ah!, en el pecho de Erico ardía la llama de la venganza, del odio contra aquella hipócrita aristocracia de su país, de la



Países Bálticos, 1852

cual había renunciado su padre y a la cual pertenecían todos sus parientes[22]. Descendiente de una de las más antiguas familias que habían conquistado hacía siete siglos con el fuego y la espada estas comarcas al orden teutónico; el abuelo de Erico se casó contra la voluntad de los padres con una hermosa aristócrata; el matrimonio quedó ilegal hasta la muerte de aquéllos y el hijo de estos amores ilícitos. Tenía ya más de veinte años cuando obtenía el derecho a llevar el apellido y los títulos de su padre; pero Enrique había respirado el aire libre de las obras de Shakespeare y Rousseau y rechazaba despreciativamente los pergaminos y el aristocrático nombre de su familia[23]. El odio contra las preocupa-

ciones aristocráticas lo heredó su hijo Erico, y este odio fue aumentado aún por los rencores de familia que existieron entre sus padres y los parientes de su madre[24], aristócratas de nuevo cuño que aborrecieron en el padre de Erico al demócrata-republicano y al discípulo de Rousseau y el *Contrato social*[25].

No sólo contra el odioso zarismo iba pues dirigido el golpe mortal del joven revolucionario, sino que a la vez se trataba para él de una venganza de familia contra la aristocracia de su país, cuyas preocupaciones tanto habían hecho sufrir a su padre, su pobre madre y su abuelo. Ante Erico se erigió la noble figura de su difunta madre, una figura majestuosa, con un cabello abundante y sedoso de color de oro que era la maravilla de todos. No la había conocido nunca porque murió un año después de haberle dado la vida, pero le habían dicho que era muy bella y muy artista, tocaba el piano con sublimidad, pintaba con perfección y escribía versos que Erico nunca podía leer sin profunda emoción. Se llamaba simbólicamente *Corinna,* según la célebre obra de la señora de Stael-Holstein[26] sobre Germania y en verdad era la idealización de la mujer alemana como la describen Tácito y los antiguos autores romanos[27]. ¿Cuántas lágrimas habría llorado esta noble mujer por aquellas necias preocupaciones?, y después se acordaba Erico de su padre cuando éste ya se había refugiado en la soledad de un gran bosque donde vivía acompañado de sus hijos y de un viejo sirviente, dedicado únicamente a leer sus obras predilectas de Rousseau, Shakespeare y Goethe; a cantar acompañándose al viejo piano las canciones populares de su país y a ocuparse de las faenas del campo, siguiendo fielmente los consejos de Rousseau en su obra *Emile*[28].

Un plan vasto se elaboraba en el cerebro del joven ruso, y en medio de las gigantescas concepciones políticas siempre se le representaba la angelical cabecita de la niña de Andalucía. ¡Odio, venganza, amor! ésta era la extraña combinación de los sentimientos que dictaron sus determinaciones[29].

En realidad, la revista revolucionaria debía al mismo tiempo ser la base de una empresa periodística que facilitase los medios para la existencia de los dos enamorados. También el famoso pu-

blicista Rochefort[30] había ganado grandes cantidades al publicar sus folletos *La Lanterne*[31] desde Londres, folletos que contribuyeron poderosamente a la caída del tercer Napoleón. De igual modo se publicaban varias revistas rusas y polacas desde la emigración ¿por qué no debía de tener éxito una empresa parecida en alemán dedicada a las provincias bálticas de Rusia?

V

Cuando el fanatismo sectario de Calvino[32] hizo de Ginebra la tumba del noble y austero heterodoxo Miguel Servet[33], ya era Suiza el refugio de los perseguidos por el despotismo político y religioso, y hasta nuestros días cumplen las montañas libres helvéticas esta gloriosa misión[34]. Mazzini y Garibaldi[35] se refugiaron en ellas y más tarde hospedaron esos mismos valles a Castelar[36] y Bakunin[37], al poeta revolucionario alemán Herwegh[38] y al poeta ruso Alejandro Hertzen[39]. Hace poco vivieron en Ginebra Ruiz Zorrilla y otros emigrados españoles, al lado de numerosos alemanes, italianos, franceses y rusos, todos emigrados de sus patrias respectivas[40].

El emigrado de Livonia[41] llegó a la hospitalaria ciudad del lago Leman cuando ésta se había convertido en un verdadero estado mayor del nihilismo ruso. Entre las celebridades del imperio moscovita destacaba la graciosa figura de la señorita Vera Zasulich[42], la heroica doncella que en 1878 descargó el revólver contra el cruel y cobarde jefe de la policía de Petersburgo, el general Trepov; y bajo nombres supuestos se vieron entonces los más famosos tipos de la «Rusia subterránea», tipos bizarros, los unos, extremadamente simpáticos y tímidos al parecer, los otros, que mayores pruebas de valor y arrojo habían dado. La mayor parte de todos aquellos jóvenes, pues pocos tenían más de cuarenta años, ya han sucumbido ahora en la lucha terrible contra el zarismo o yacen en lúgubres calabozos o en las minas de Siberia.

Difícil era la misión del joven livonés en esta reunión y en la gigantesca lucha cuyo eco fiel era aquella asamblea nihilista. Re-

presentante de las provincias menos revolucionarias del imperio y por temperamento y educación lejos del radicalismo intransigente de los demás, no podía sino despertar las desconfianzas de los elementos más avanzados, los cuales, se distinguieron por un socialismo rojo o el anarquismo más extremado sin querer saber nada de tácticas revolucionarias, ni de las consideraciones dictadas por las circunstancias del momento.

A propuesta de Erico, se redactó un programa *mínimum*, al que se pudieran adherir todas las agrupaciones revolucionarias del vasto imperio para conseguir de este modo una concentración de fuerzas, sin la cual, nunca sería posible dar la batalla decisiva al despotismo de los zares[43]. Las reformas sociales ocuparon naturalmente el lugar principal en este programa y el principio de autonomía regional era de tal modo reconocido que debía satisfacer las legítimas aspiraciones del cuarenta por cien de los habitantes de la Rusia actual, que son pueblos conquistados y no hablan ruso sino polaco, alemán, estoniano, lituano, letón, ucraniano, grusiano, tártaro, fino, armenio[44], etc., etc.; un programa, en fin, que hoy aún sirve de base a las aspiraciones del llamado nihilismo[45], sin que por esto desistieran los ultras de sus descabelladas exageraciones que tanto han desacreditado al heroico y noble movimiento.

Obtenido este resultado que daba ante la opinión pública al movimiento cierta unidad y homogeneidad, salió en el mes de agosto el primer número de la revista *El Federalista Báltico*[46]. Entusiasta de la simpática figura de Camille Desmoulins[47], imitaba Erico en el tamaño y en la parte tipográfica al célebre *Vieux Cordélier* que tanto influyó en la gran revolución francesa, y más aún, le imitaba quizás en su manera entusiasta y a la vez templada de presentar las cosas. Nada de amenazas crudas, palabras gruesas y frases de relumbrón; la revista revelaba el gusto del literato y la prudencia del publicista de la oposición, que nunca olvida que el día de mañana tendrá que sostener desde el poder cada palabra escrita. Sin entrar en polémicas con las tendencias radical-socialistas y anarquistas entre los revolucionarios rusos, oponía el joven publicista a las exageraciones de todo género su criterio templado y siempre basado en lo realizable en la actuali-

dad. Ponía de este modo el fundamento a una nueva escuela del socialismo internacional, al cual, sin duda alguna, pertenece el porvenir y que concede particular atención, en cuanto a las soluciones sociales, al peculiar carácter de cada nación respectiva y que por esta circunstancia también encontró más tarde en España tan lisonjero éxito.

Difícil sería describir el efecto que esta revista produjo en Livonia y sobre las relaciones de las provincias bálticas con el gobierno del zar. Los cálculos del joven diplomático resultaron grandemente superados por la realidad. El golpe fue terrible. La aristocracia báltica protestaba públicamente y afirmaba no tener nada que ver con ese hijo pródigo entre sus filas que en Suiza había hecho causa común con los odiosos nihilistas. Pero todas estas protestas eran en balde, porque los hechos menos esperados parecían justificar y afirmar la participación de las provincias más adictas hasta entonces al zar en la tenebrosa conspiración nihilista. Por extraña coincidencia, o, mejor dicho, por el contagio y la relación íntima de ciertas ideas y fenómenos entre sí, estallaron por todas partes motines agrarios; los aldeanos se negaron a pagar la renta a los dueños de las propiedades y varios ricos hacendados de Livonia tuvieron que huir ante las masas amotinadas. En algunas partes incendiaron los palacios aristocráticos y en todo el país se extendía el rumor, ávidamente acogido y propagado por las masas, de que la tierra de los aristócratas sería repartida entre los campesinos, quienes de este modo quedarían dueños del campo que labraban sin tener que pagar renta alguna[48].

La inesperadísima aparición de *El Federalista Báltico* resultaba en este conjunto como la síntesis y la demostración innegable de un poderosísimo movimiento revolucionario, que ya había echado profundas raíces en el país hasta lograr contagiar a las capas más difíciles de conmoverse que son el proletariado agrícola y el pobre e ignorante campesino. Numerosos encarcelamientos tuvieron lugar y trajeron el espanto a millares de familias, y para que todas las apariencias confirmasen la realidad de la tremenda red revolucionaria extendida sobre el pacífico País Báltico, fueron encontrados por todas partes ejemplares del pavoroso órgano de Ginebra.

Entre los injustamente presos y procesados, se hallaron varios amigos de la infancia del hábil director de la revista que tanto ruido había levantado y tanto había intimidado a las clases privilegiadas de Livonia, y por primera vez, debía comprender el joven entusiasta de la libertad y de la justicia, que la política paga a sus hijos más afortunados con un sinfín de sinsabores, amarguras y tristezas.

¿Qué culpa tenía Erico de que le encontraran en casa de Andrés Dido que una carta suya de Ginebra junto a un poema en estonio, festejando la libertad de Estonia y la destrucción del zarismo? ¿Qué culpa tenía Erico de que este mismo admirador suyo hubiera recibido de él algunas cantidades para acabar sus estudios universitarios, cantidades que ahora parecían como fondos revolucionarios enviados desde la libre Suiza para amotinar a Livonia? ¿Qué culpa tenía Erico de que, por todo esto, le condenaran al pobre Dido a cuatro largos años de prisión?[49]

Amigos y parientes riñeron con el joven revolucionario por miedo a ser encarcelados y deportados a Siberia, y sus más queridos compañeros de la infancia le rogaron que interrumpiera sus relaciones. ¡Ah!, el corazón joven y entusiasta de Erico se conmovía dolorosamente, cuando veía perder para muchos años, quizá para siempre, todo aquel mundo querido de los años juveniles y cuando se veía en pocos meses solo, absolutamente solo, lejos de la patria querida y separado de ella por un abismo; ¡solitario en tierra extraña!...

¡Oh, no, ya no estaba solo! La imagen de su hermosa novia de Málaga le consolaba en estas tristezas y le animaba a perseverar en la desigual y titánica lucha.

El hijo del Norte sacudió resueltamente la cabellera que daba a su cabeza el aspecto de un Neptuno encolerizado, pareciendo los rojos rizos cual mechas de llamas de enardecidas. ¡Adelante, adelante! ¡Abajo con esa aristocracia hipócrita que presta servicios de lacayo y verdugo a los déspotas moscovitas! Su mirada perdióse hacia las montañas como si buscara una imagen querida y casi olvidada en los lejanos horizontes de su patria y con voz baja murmuraba entre dientes: «¡Padre, te he vengado!»

VI

Con mano audaz había arrojado el joven director de *El Federalista Báltico* los tres millones de paisanos suyos al torbellino del movimiento nihilista. Retroceder ya no era posible, su nombre era traído y llevado por la prensa de Rusia e igualmente por la de Austria y Alemania; la primera íntimamente interesada en la cuestión polaca por las cosas rusas, y la segunda como presunta heredera cuando el coloso ruso se disgregara, por faltarle la fuerza de cohesión que hoy representa la burocracia centralista y absolutista. Sin embargo, el éxito político era demasiado decisivo, el ruido era demasiado grande, la revista había adquirido demasiada importancia.

Por una parte, había verdadero terror en despertar la sospecha de tener relaciones con aquel foco en Suiza, y por otra parte, hizo la policía imposible todo reparto regular de la publicación. Varios marineros fueron cogidos *in fraganti* con paquetes de la revista perseguida, y nadie quería exponerse más a las iras policíacas. Por correo tampoco era posible despachar el periódico, porque las cartas cerradas eran abiertas. Ni siquiera podía Erico contar con los millares de viajeros que cada mes volviesen por Berlín a Rusia y que entonces encontrasen en la capital alemana los interesantes folletos, porque una orden del gobierno prusiano lo prohibió para todo el territorio de Prusia, porque al príncipe de Bismarck le importaba que el zar no creyese que Alemania apoyaría la revolución en las provincias bálticas, y, además, eran notorias las relaciones de amistad personal entre el príncipe y la aristocracia livonesa, para comprender el afán con que los poli-

zontes prusianos perseguían al enemigo de los aristócratas del Báltico[50].

¿Qué hacer pues? se preguntaba con desesperación el intrépido publicista. La empresa no era pecuniariamente sostenible en estas condiciones. Los sacrificios enormes resultaron pérdidas inútiles bajo el punto de vista de negocio, de empresa publicística, que debía ser la base de la existencia de Erico y su prometida.

Antes de gastar el resto del capital que aún le quedaba, tomó una rápida decisión. En enero de 1883, pocos meses antes de la coronación del zar en Moscú, que debía efectuarse en mayo del mismo año, suspendió su revista y se trasladó a Viena, donde entonces justamente se manifestaba mucha animosidad contra la Rusia oficial y donde se apoyaba, o al menos, dejaba agitarse la propaganda revolucionaria, particularmente, la agitación polaca y ucraniana cuyas tendencias separatistas han encontrado siempre la aprobación y el apoyo secreto de los políticos y del gobierno de Austria[51].

No se trataba sólo de la continuación de la propaganda revolucionaria, sino más aún, le importaba a Erico crearse una situación material y para esto ofrecía la opulenta capital austríaca al hábil publicista ancho campo. Entre todos los grandes centros alemanes, tiene Viena sin disputa el espíritu más amplio, comunicativo y cosmopolita; representa una felicísima combinación del espíritu alemán, siempre algo pedantesco y pesado, con el carácter expansivo eslavo y el sentido artístico y alegre latino, gracias a los elementos eslavos o italianos que componen la monarquía de los Habsburgos[52]. Los alemanes de las provincias bálticas de Rusia han ganado mucho por el contacto con los eslavos y sienten por esto cierta repulsión contra la pedantería prusiana y el formalismo militar de Alemania del Norte, mientras que simpatizan grandemente con el carácter de los alemanes de Austria que es, como el de ellos, algo reformado por el espíritu eslavo.

Erico había pasado algunos años en las universidades de Berlín, Leipzig y Munich. Aún sentía como un escalofrío al pensar que tuviera que vivir constantemente entre aquellos filistinos insoportables, y comprendía que sería para su novia andaluza

la muerte segura el desterrarla entre aquellas momias humanas. Viena ya tenía mucho de Italia, del espíritu sociable y la belleza de forma de los latinos. Allí quizás hubiera podido aclimatarse la hija de la feliz y sonriente Andalucía.

En efecto, Viena es ahora quizá la más alegre de las capitales del universo. París, sin la corte de los Borbones o Napoleones ha perdido gran parte de su anterior esplendor, quizás se ha convertido, de fastuosa y elegante cortesana real, en una Babilonia de bajo vuelo, un punto de cita para la plutocracia moderna: los americanos enriquecidos en «negocios» de toda clase y los lores ingleses hartos de los vicios secretos de la desmoralizada e hipócrita capital de Inglaterra. Berlín ha sido siempre un cuartel donde todo el mundo tiene forzosamente que formar parte de la gran parada militar, sea como activo soldado, sea como espectador en traje de paisano. Roma no ha salido aún de la categoría de gran museo de antigüedades, que despierta la mayor curiosidad del universo, a fines del siglo XIX, con el Papa infalible, conservado como ruina vetusta y respetable de siglos pasados entre los antiguos monumentos de la ciudad eterna.

Pronto debía convencerse el joven enamorado del carácter alegre de su nueva residencia, porque de dos partes se acercaron las tentaciones en forma de dos hermosas mujeres que cada una encerraba en sí para el novio de Matilde, un mundo de recuerdos y de poesía: la primera se llamaba Leopoldina, el tipo de la alemana soñadora y sentimental, *Gretchen,* o sea Margarita[53]; y la otra, la mujer rusa, apasionada, inteligente y nerviosa, la nihilista Olga, hija de un general retirado que vivía en una hacienda suya cerca de Kazan a orillas del Volga[54].

VII

Al leer las novelas del día y al escuchar las aventuras amorosas que los amigos se cuentan en la mesa del café, parece que los mortales sólo se enamoran de bellas condesas y princesas y cuando se pregunta a las sacerdotisas de la Venus por su iniciador en el templo de la diosa del amor, seguro es que os cuentan una romántica historia cuyo protagonista es, por lo menos, un riquísimo marqués, sino lo es quizás un príncipe más o menos *in pártibus*[55].

Dada esta circunstancia, casi me avergüenzo de decir al lector que el célebre publicista revolucionario fue cautivado en Viena por una sencilla y pobre hija de un empleado que vivía de su mezquino sueldo de retirado. Más aún, la madre de Leopoldina tenía que ayudarse para poder vivir decentemente, trabajando sin descanso ella y su hija para los almacenes de lujo y teniendo que alquilar una salita de su pequeña casa a un caballero o señora que quisiera vivir con ellos en familia.

Por casualidad, le gustaba a Erico la pequeña habitación. Se quedó con ella como huésped, sin haberse fijado siquiera en la graciosa Leopoldina que le saludaba con la curiosidad de la niña soltera que a todo hombre que ve parece preguntar instintivamente: ¿Soy guapa, te gusto?

Nuestro joven estaba pensando en su novia andaluza y en los problemas políticos y sociales, y no había apercibido en los hermosos ojos azules, con la expresión de languidez, aquella natural pregunta porque gustoso le hubiera contestado, aunque no hubiera sido más que por pura cortesía, que sí, que era guapa y que le gustaba.

Realmente era la muchacha hermosa, pero de esa hermosura lánguida, sentimental que es característica en los países del Norte. El cutis era blanco como la nieve y la carne suave y blanda, pero no por esto sin inspirar excitación nerviosa. El poder magnético de la mujer no era en Leopoldina tan inmediato y avasallador como en las hermosuras meridionales, pero quizá por descuidarse el hombre incauto, resultaba acaso más peligroso, porque se imponía muy paulatina, casi imperceptiblemente, y antes de darse cuenta de lo ocurrido, ya estaba conquistado y cautivo.

¿Qué mujer de veinte años no comprende por instinto la fuerza y tácticas peculiares suyas para subyugar al hombre a quien desea agradar?

Leopoldina era alemana por excelencia, el tipo de Margarita que representó Goethe con tan fino entendimiento psicológico, cuidando a su pequeña hermana y cumpliendo para con ella los deberes de una madre. La mujer alemana nace para sacrificarse a otros, sean los hermanos, los hijos o el marido. Su encanto, fuerza y virtud consisten en esto.

La soledad del emigrado inspiraba compasión a la joven. Ella le preguntaba por sus trabajos políticos y literarios, parecía comprender el alcance y la importancia de aquellos y poco a poco supo toda la historia del revolucionario y también las relaciones que éste mantenía con la niña del Castillo de Málaga.

Así pasaron algunos meses y los dos jóvenes se trataron como antiguos amigos sin que Erico hubiera pensado en que Leopoldina se podía haber enamorado de él. La trataba como a su hermana y hasta le comunicaba sus dudas respecto a su novia en España, cuyas cartas revelaban cada vez más, una excitación nerviosa que él no supo explicarse entonces y que le parecía impaciencia y falta de fe en él y su promesa.

Matilde insistía en que su prometido volviera y dejase la política; sus cartas eran tan apremiantes que extrañaron al joven, quien no sabía las intrigas y los enredos que en Málaga se pusieron en juego contra él, y, menos aún, podía conocer la situación siempre más crítica en que había caído el padre de la muchacha por descuido propio y por una serie de adversidades del negocio.

D. Francisco se acercaba rápidamente a la ruina completa. Matilde que lo comprendía todo no tuvo el valor de decirlo a su novio, por la repugnancia natural de todas las personas enamoradas de hablar de asuntos de dinero al objeto de sus amores, por temor de que pareciera esperar para sí y su familia alguna ventaja del hombre a quien amaba. Éste debía pues achacar a la falta de cariño, la zozobra y la angustia que se percibía entre líneas en las cartas de la bella andaluza.

Una noche volvió Erico más tarde que de costumbre. La madre ya estaba acostada y la hija, según costumbre en aquel país, había esperado para abrir la puerta a su joven huésped. En la oscuridad se dieron como de costumbre la mano afectuosamente, como todas las noches; sin que el joven pudiera darse cuenta de lo ocurrido, sentía a la simpática niña en sus brazos y no podía resistir el estrechar fuertemente contra su pecho el cuerpo palpitante y excitado de la mujer amorosa. Un largo y apretado beso unió a los dos en un solo ser. Para ambos no existía ya otra realidad que la del mundo de los sentidos apasionados que les invadieron cual torrente que rompe irresistiblemente los diques...

Otra vez se hallaba el joven revolucionario a despecho suyo gravemente comprometido con una mujer que estimaba y quería; no con aquel amor apasionado y entusiasta con que amaba a la bella andaluza, sino con aquel amor suave mezclado quizás de compasión como se quiere a un ser débil y tierno.

Leopoldina era un ángel; ni una palabra de reproche, ni un acento de queja; ni siquiera pretendía que Erico se casara con ella. Lo único que le pedía era que le dejase cuidarle, que estuviese al lado suyo, que la acariciara amorosamente.

Con lágrimas en los ojos veía la pobre muchacha la impaciencia con que Erico recibía y abría las cartas de su novia «la española», como la llamaba la joven alemana y sólo una vez le dijo sollozando: «¡Erico, la española te hará sufrir mucho!», a lo cual éste le respondió:

–Leopoldina, mi destino lo exige, tu sabes que ya no puedo retroceder, he dado mi promesa, he dado mi juramento...

¡El destino! y dijo bien, porque aquel amor de la suave Leopoldina no podía satisfacer al enamorado de la belleza árabe y la joven lo comprendía por instinto. Sólo le dijo que cuando volviese una vez en su vida a Austria que la buscara aunque estuviera casada, como lo exigían desde hacía tiempo sus padres, los cuales, la habían prometido a un joven propietario de la aldea cuyos terrenos lindaban con los de la familia de Leopoldina. Y lo dijo tan en baja voz, entre sollozos y llantos, que Erico sólo le respondió besándola en la frente como a una hermana que sufre y que quería consolar.

Sin embargo, así no podían continuar las cosas. Erico estaba resuelto costase lo que costase a salir de ellas porque nada temía tanto como el abandonarse al azar, o sea, al capricho de las circunstancias, único norte de la generalidad de la gente. Bien que fatalista en cuanto a la estrella suya tenía un horror verdadero a aquel marasmo que suele ser la consecuencia inevitable de la inercia y pasividad humanas. Este marasmo es realmente el principal causante de casi todas las desgracias y miserias que nos rodean, que degradan al hombre haciendo de él un ser sin voluntad e iniciativa, una mísera planta que vegeta donde la ciega suerte lo quiere y que marchita y muere si sobre ella no caen los rayos del sol o si la tierra que cubre sus raíces no es fértil. ¿Para qué nos dio la naturaleza la inteligencia humana si no nos servimos de ella para determinar nuestro destino y buscar el rincón de la tierra que más nos plazca y donde más felices podamos ser? Cuanto más se eleva el individuo del común origen de la animalidad, más claro y distinto percibe ante sí el fin de su vida y el camino que le lleva hacia él. Del pobre aldeano, que cual planta sujeta al terruño no deja nunca su aldea, al cosmopolita que labra conscientemente su dicha, hay casi un abismo como de la planta al hombre.

Las pequeñas consideraciones son la tumba de toda gran resolución, dijo bien Voltaire, porque esas pequeñas consideraciones nos hacen fácilmente esclavos y nos llevan al marasmo, donde ya no obedecemos a los impulsos de nuestro carácter, a la voz de nuestra conciencia que nos empuja a cumplir nuestra

misión, sino sólo y únicamente a las sordas imposiciones de las circunstancias y del ambiente que nos rodea[56].

¿Qué hacer pues? pensaba el revolucionario. En pocos días le esperaban los compañeros en Moscú para tomar parte en los acontecimientos, en el caso posible y probable de que uno de los varios atentados que se preparaban contra la vida del zar fuera coronado por el éxito. Erico no se hizo ilusiones; mucho dudaba de este éxito dadas las precauciones extraordinarias que en todo el imperio ruso habíanse tomado. Hasta los aldeanos del campo, los porteros de las casas de las ciudades y los sencillos soldados eran convertidos en agentes de policía e intimidados con castigos y amenazas bárbaros si no querían desempeñar este innoble oficio en todo país absolutista.

Tampoco le parecía mucho terreno ganado si el zar Alejandro III[57] caía mortalmente herido, porque le sucedería su hermano en calidad de regente y no le parecía a Erico tan probable, como a otros nihilistas, que una regencia significara la guerra intestina entre los diversos partidos cortesanos. Apoderarse los nihilistas del poder en un momento de zozobra general, era menos probable aún que lo anterior. Sin embargo, todos los campeones de la libertad tenían el deber de estar en su puesto para todas las contingencias que hubieran podido ocurrir y Erico no podía faltar a este, tan solemne como peligroso, compromiso...

VIII

El viaje a Moscú fue el pretexto empleado para abandonar a Leopoldina y obligarla a pasar el verano con su madre en Sievering[58], cerca de Viena, donde poseían su pequeña propiedad.

Muy difícil resultaba al nihilista el procurarse un pasaporte falso para asistir sin peligro a la solemne ceremonia, a despecho del lujo de policía desplegado con el fin de intimidar y alejar a los terroristas, dispuestos como todo el mundo sabía a sentenciar a Alejandro III como lo habían hecho dos años antes con su padre Alejandro II.

Después de muchas tentativas infructuosas, tuvo Erico al fin la suerte inesperada de encontrar un publicista húngaro, rusófobo y republicano acérrimo, antiguo compañero de Kossuth[59] en las batallas contra los rusos en 1849, quien le cedió sus documentos como representante de un periódico alemán muy importante en Pest[60].

–Pero, dijo el bravo republicano, usted adquiere a la vez el compromiso de acompañar a una dama rusa, a la cual he prometido llevar conmigo a Moscú.

La señora era naturalmente también nihilista y debía acompañar al publicista como esposa suya.

–Es la hija del general... la célebre Olga Ivanovna[61], dijo el húngaro en voz baja, y le envidio a usted por ésta, su compañía... es muy hermosa. La bella Olga Ivanovna era una de los tipos más atractivos del movimiento nihilista para un entusiasta y artista como Erico. Severa de costumbres con todo el mundo profano, sostenía relaciones de amor libre con George... uno de los más

valientes e inteligentes propagandistas y el verdadero organizador de la propaganda socialista entre los campesinos.

En Ginebra, la conocía el director de *El Federalista Báltico* y la había tratado con bastante intimidad por el parecido extraordinario en lo físico que existía entre ella y su novia Matilde. Como una hermana bromeaba Olga con el joven enamorado al cual llevaba dos o tres años.

La idea de viajar con esta inteligente mujer llenaba de alegría al entusiasta revolucionario, aunque no se le ocultaba lo peligroso que era, porque la policía moscovita la perseguía hacía años y la esperaba sin duda alguna en la coronación sabiendo su arrojo y audacia...

Preocupado en estos peligros policíacos que amenazaban el viaje no pensaba el enamorado revolucionario en el peligro mayor aún que le podía resultar su reciente amor con la andaluza, porque siempre es peligroso para dos jóvenes de diferente sexo viajar solos por esos mundos de Dios y mucho más peligroso viajando como un matrimonio con el fin de despistar a la policía. Los escollos se presentaron al matrimonio improvisado muy pronto.

El viaje de Viena a Moscú era magnífico, Olga dormía tranquilamente en el vagón y también Erico pudo al fin conciliar el sueño. La voz del conductor les despertó.

¡Habían llegado a Moscú!

Inmediatamente cerca del Oremell[62] donde debía efectuarse la ceremonia había, y hay aún, la «fonda inglesa» llamada *Anglieski Dvor* y los dos conspiradores se dejaron conducir a ella.

Apenas podía el coche abrirse paso entre la apiñada muchedumbre, que invadía las calles y las plazas de la antigua corte de los zares.

Olga estaba intensamente pálida de emoción ante aquel inmenso gentío, que al día siguiente, quizás, se arrojaría contra todos los que llevaran vestidos europeos para vengar la muerte de su idolatrado zar, del cual aún esperaba todo el bien terrestre. También Erico se sentía profundamente conmovido ante la imponente fuerza bruta que representaban aquellos millares de *mus-*

hiks[63], con sus largos abrigos de campesinos y con largas barbas que les llegaban hasta el vientre.

¡Ah! ¡Cuánto tardaremos aún en conseguir que estas masas comprendan que somos sus únicos verdaderos amigos y que el zar y sus empleados sólo les explotan! ¡Qué hermoso es hacer la felicidad de este honrado y sencillo pueblo! pensaron para sí los dos entusiastas viajeros.

En la fonda había sólo una habitación para una persona, lo demás estaba todo ocupado, y el cochero les aconsejaba que la tomaran porque en todas partes estaba todo lleno:

–Como se trata de un matrimonio, dijo el mayordomo, se podrán arreglar en una cama estrecha.

–Bueno, contestó Erico en último caso siempre habrá en la sala un diván, si acaso no cupiéramos en la cama; y los dos viajeros subieron a su habitación.

Ambos celebraban mucho el papel que tenían que desempeñar, y como ya era tarde y el viaje había sido pesado, resolvieron acostarse. Olga se acostó medio vestida en la cama y Erico se arregló lo mejor que pudo en el viejo e incómodo diván.

Fatigado del viaje y emocionado por las impresiones que recibiera en la inmensa ciudad, Erico no pudo conciliar el sueño con tranquilidad. Fantasías de escenas de terrible lucha con polizontes, de fuga azarosa y disputas acaloradas atormentaron al joven revolucionario. Se vio otra vez rodeado por los conjurados de Ginebra y otra vez le lanzaron flechas de odio los ojos de basilisco de aquella anarquista fanatizada con la dinamita y el revólver, quien le acusaba de amigo disfrazado de la reacción por sus opiniones templadas[64]. A su lado apercibió la figura sucia y abandonada del furibundo director la *Campana de Alarma* (*Nabat*), el famoso polaco-ruso Tursky[65], verdadero rival de Marat[66] con el lenguaje desenfrenado y cínico, y hasta con su exterior flaco y medio jorobado y sus vestidos siempre mugrientos de grasa y tinta.

Tursky había iniciado en 1875, en teoría, el periodo terrorífico del movimiento nihilista; y quizás había inspirado siempre indirectamente el acto de venganza de la heroica señorita Vera

Zasulich[67], el 21 de enero de 1878, para que se desencadenase el más terrible duelo entre la inteligencia de una nación subyugada y su tirano, cuyas víctimas eran cada año cerca de diez mil jóvenes revolucionarios desterrados a Siberia, aprisionados o ahorcados; y por parte del absolutismo, el mismo zar Alejandro II, varios generales de policía y un millar de policías subalternos. Comparado con Tursky, era el famoso anarquista el príncipe Pedro Kropotkin, un visionario y un soñador[68].

Curioso a la vez con la figura tétrica del inspirador terrorista, vio Erico en el sueño a la esposa de Kropotkin, una rusa-judía tosca y fanática con horizontes tan estrechos como su frente. Elpidine[69], el Barbarroja de los nihilistas, el legendario librero ruso de Ginebra, antiguo estudiante de medicina y emigrado desde 1866, le explicaba en un francés muy malo, como educaba a lo anarquista a sus dos hijos, producto de su matrimonio con una bella italiana, una robusta *madona* de Rafael[70], la cual escuchaba sonriente lo que los demás decían sin perturbarse en lo más mínimo, porque al lado del radicalismo de su rojo esposo, todo parecía pálido.

Repentinamente cambiaba la situación; la escena ya era otra, allá veía el joven la Perspectiva de Nevsky de Petersburgo[71] llena de gendarmes a caballo. En vano se escondía y Tursky miraba por una ventana y una carcajada salía de su boca.

La carcajada le hizo despertar del penoso sueño, y en efecto, aún oía voces y una carcajada conocida en el corredor. Sí, era verdad, este era el amigo Hrestoforof de Ginebra[72].

Llamaron a la puerta y Erico abrió. Dos aldeanos con largos *caftanes*[73] y con largas barbas blancas apretaron cariñosamente la mano del extrañado joven. ¡Los dos nihilistas más antiguos de la colonia suiza se habían convertido en representantes campesinos que traían de su aldea a las propias manos del zar el pan y la sal en señal de fieles súbditos!

Hrestoforoff era redactor jefe del periódico *Obcheje Delo* (*Causa común*) que Elpidine publicaba desde Ginebra en ruso y que debía ser la verdadera continuación de la célebre *Campana* (*Kolokol*) de Alejandro Hertzen y Bakunin. De origen tártaro, era

este simpático publicista el que más amistad demostraba al joven livonés y éste estuvo muy contento de poderle saludar allí en el mismo centro del poder zarista.

–Estoy aquí en mi calidad de polizonte, dijo el aldeano disfrazado, ya sabéis que conozco a todos los agentes secretos y os advierto que habéis despertado ya la atención. Os sigue uno de los más astutos oficiales de la gendarmería... conque ¡muchísimo ojo!

–¿Será el miserable, Tabulevich?[74] preguntó Olga Ivanovna con mal contenida rabia.

–Justamente el mismo, replicó el disfrazado.

Erico supo entonces que este oficial de marina se había hecho agente secreto para vengarse del amante de Olga, el célebre George...y que por este motivo, existía un odio a muerte entre los dos rivales.

IX

Grande fue la sorpresa de Erico al encontrar en el comedor de la fonda al oficial indicado y al reconocer en él al mismo sujeto a quien había visto con el cónsul ruso, Sr. Lachsmann, en Lisboa, en 1881[75]. Entonces se presentaba el agente bajo otro nombre y supo captarse las simpatías del joven revolucionario acompañándole como paisano por todas partes. Erico había sido militar y entre él y el joven oficial de marina se establecieron pronto relaciones de compañerismo.

Ahora, al saber el papel equívoco del miserable, se acordaba Erico de aquel incidente ruidoso y del cual hablaron los periódicos lusitanos una semana entera. El cónsul ruso Lachsmann quiso entonces ganarse algunos títulos y condecoraciones entregando a las autoridades rusas al célebre Hartsmann[76], asesino del zar Alejandro II quien se había fugado al extranjero. Hartsmann era, como Erico, de origen germánico y se le parecía mucho. Con tanta insistencia exigía el cónsul la extradición del emigrado que el débil gobierno de Portugal se vio obligado, para deshacerse de las complicaciones diplomáticas, a mandar a Erico que saliera dentro de cuarenta y ocho horas del territorio portugués. El señor Vasconselhos[77] comisario general de la policía portuguesa y persona muy fina, en cuya presencia se propinaban los dos rusos ofensas tremendas, naturalmente en su idioma sin que les entendiera el portugués, dijo, sin embargo, confidencialmente al revolucionario que podía quedarse tranquilamente en el país con tal que no se manifestara ante el público.

Tabulevich se acercó cínicamente a la mesa donde almorzaban Olga y Erico. El miserable creía que ambos no sabían el indigno papel que desempeñaba y los saludaba con afectado cariño como antiguos conocidos y amigos.

La nihilista demostraba un tacto de mujer y un talento diplomático admirables. Las insinuantes atenciones de su adorador despreciado hizo como si no las oyera porque sabía que la vida o la libertad, al menos suya y de sus amigos, dependía de aquel miserable.

Erico no supo fingir tanto; trataba al ex-oficial de marina con marcada frialdad, de modo que éste se vio obligado a despedirse pronto anunciando su visita para otro día.

Ni Olga, ni Erico, ni tampoco el mismo agente secreto de la tristemente célebre sección tercera de la cancillería del zar, podían observar que eran el objeto de las continuas miradas de un anciano sentado en una de las mesas algo alejadas, que parecía un comerciante griego o armenio. A la vez que Tabulevich, se levantó el misterioso personaje y le siguió a la calle perdiéndose ambos en la inmensa muchedumbre que invadía la plaza, esperando el séquito de la ceremonia que debía pasar a las pocas horas.

Olga cogió el brazo de Erico y ambos iban a asistir a la célebre ceremonia, en la cual se concentraba entonces la atención de todo el orbe civilizado. Los mismos conjurados no sabían cuál sería el fin de este día, y en el semblante de los dos se podía apercibir una profunda emoción.

El peligro común parecía hacerles estrecharse más íntimamente, y Erico sentía con agrado el fuerte apretón del brazo de su hermosa compañera.

Al fin no podían avanzar más; la aglomeración de gente era tal, que no pudieron acercarse a la iglesia, resignándose gustosos a esperar la comitiva y asistir al acto de la coronación desde lejos. La ostentación del lujo asiático sólo, les hubiera ofendido.

Habían hecho bien... el espectáculo era indescriptiblemente triste para los dos entusiastas de la libertad y amigos de la nación rusa: cual si pasara Moloch[78] ante los esclavos indios, se arrodi-

llaban todos estos millares de personas al ver de lejos acercarse la gigantesca figura del zar adornado con la corona y la magnífica capa de hermelín blanca[79].

–No puedo verlo, vámonos, me mareo, balbuceaba la pobre nihilista y tuvo que apretar fuertemente el brazo de Erico para no caer.

–Éste era aquel pueblo que los revolucionarios querían redimir de la esclavitud económica. ¡Un pueblo esclavo aún, y que ni siquiera sentía el deseo instintivo de la libertad! Antes de ser libre es preciso sentir la vergüenza de las cadenas, y antes de redimirle socialmente, es menester que tenga conciencia del horrible mal social que le impide pensar, desarrollarse y ser feliz.

Olga Ivanovna y Erico sintieron entonces toda la abrumadora verdad de esta lógica de las cosas. ¡Oh! ¡Sí!, la educación de los pueblos, la libertad y la felicidad social no pueden precipitarse, si no va a pasos contados el lento camino de la evolución y lo más que pueden hacer los impacientes vates del porvenir es abrir el camino a esta evolución quitando los estorbos que pudieran detenerle momentáneamente.

–Aquí ya nada tenemos que hacer, Olga, murmuraba el nihilista, comprendo la imposibilidad de nuestra obra de redención... tenemos que esperar la generación futura...

–¿Y nosotros? Si no podemos presenciar todo esto sin protestar... nuestra protesta continua y terrible despertará finalmente a este desgraciado pueblo, replicó Olga con desesperación.

–¡Lástima de tantas víctimas! En vez de perder vuestra joven existencia en luchas sin victoria posible, ocupaos en el desarrollo sucesivo y lento del país, así al menos, estaréis preparando el terreno para el porvenir. La vida nos llama, dijo, cogiendo suavemente la mano de su compañera; la vida es tan hermosa, hay tanta luz y felicidad que aún no conocemos. Procuraremos ser felices y si no podemos serlo en nuestra patria, busquémoslo en tierras extrañas.

La joven sonreía dolorosamente, con voz clara y casi profética respondió:

–Nacimos cada uno en la nación cuyos dolores debemos compartir, porque seríamos ingratos con la madre tierra que nos dio la vida. Erico, sois germano, usted tiene un ancho campo para su actividad, su patria es donde se habla el idioma alemán, Suiza, Austria, la vasta Alemania y hasta la gigantesca América del Norte es en parte alemana...[80] pero yo soy rusa y debo vivir y morir con el pueblo ruso...¡Ah, sí! exclamó, quisiera ser feliz un breve momento sólo, saber lo que es esa dicha, sobre la cual, cantan tanto vuestros poetas y que no conocemos nosotros, porque vuestros ideales no son los nuestros. Vosotros soñáis con las ruinas del pasado y encontráis aquellos restos de la esclavitud a orillas del Rhin hermosos y románticos; nosotros nos estremecemos de indignación ante estas abominables huellas de la barbarie de Edad Media. Nos falta vuestro idealismo, vuestro romanticismo, vuestra poesía, vuestros ideales.

Así, hablando, habían tomado un coche para huir más pronto del tristísimo espectáculo de un gran pueblo arrodillado ante su emperador. La joven rusa hablaba con calor, con pasión, por su voz se sentía que la sed de ideales la atormentaba; era la mujer que busca algo superior, algo para adorar, para amar. Parecía que la terrible decepción, al ver imposible la gran obra de la redención de su patria, había despertado en su alma aquel idealismo femenino detenido hasta ahora por las pasiones y los ideales políticos. La mujer había despertado en ella y tan arrebatadora era la pasión de esta bella revolucionaria, que Erico se vio arrastrado en aquel mar, apasionado y la tempestad de los sentimientos les llevó por los abismos de la vida sensual, y embriagándose mutuamente por sus apasionamientos largamente detenidos, olvidaron todo el mundo que les rodeaba sólo pensando en gozar y ser felices como si presintieran la brevedad de aquel sueño.

X

Olga Ivanovna era bella cuando hablaba, cuando discutía calurosamente, pero más encantadora aún era como mujer amante y apasionada. No se abandonaba con la dulzura inconsciente de Leopoldina, no, la mujer rusa era la sensualidad consciente, la Eva después de haber comido del árbol prohibido. Era una ráfaga de pasiones desencadenadas, algo exagerado como si quisiera olvidar el gran vacío de su alma por redobladas caricias.

Erico comprendió lo que pasaba a esta desgraciada mujer cuyo amante, el nihilista George, no le podía dar los ideales de los que él mismo carecía. Le tenía compasión y al mismo tiempo sentía como terror ante aquel abismo de alma humana que le parecía ser el verdadero reflejo de la Rusia moderna, sin amor a su pasado y sin fe en su presente y porvenir.

Los dos no tenían tiempo para seguir al otro día por el mismo camino, porque bien temprano les despertó el fiel amigo Hrestoforoff con una noticia que les dejó aterrorizados. Los periódicos de la mañana traían el anuncio del asesinato misterioso cometido en la noche pasada contra un joven oficial de la marina que ejercía de agente secreto de la policía política. Se le había encontrado muerto en la habitación de la fonda atravesado por un puñal. La sospecha recaía en los nihilistas y se creía que el asesino se había disfrazado de comerciante de Levante porque se había visto entrar un hombre de este carácter, pero no existían otras pruebas.

A la vez que pronunciaba estas palabras entregaba Hrestoforoff a Olga un billete que sólo decía: «Salid inmediatamente, hay peligro, George».

La nihilista palideció, ella lo comprendió todo: el muerto, era el traidor Tabulevich y el asesino... no quería pensar más, se sentía fría, esto era horrible. Sin decir una palabra, entregó el papel a Erico y también éste lo comprendió todo.

–Vámonos, exclamó el joven, este es el país del terror, volvamos a Viena...

Olga meneaba tristemente la cabeza: No, querido amigo, usted debe irse si no quiere usted comprometernos a todos; pero yo me quedo aquí en Rusia... iré con mi pobre viejo padre, añadió para no dar lugar a objeciones a su amigo Hrestoforoff.

No había otra solución posible; quedarse más tiempo hubiera sido temeridad culpable, porque traería la pérdida de varios conjurados. Erico se despidió de Olga, quien le miraba absorta como si buscara palabras que tradujeran su pensamiento:

–Adiós Erico, lo envidio por su idealismo, usted será feliz y no nos olvidará porque usted ama de verdad a mi desgraciada nación y a Rusia, pero no está llamado a sacrificarse por ella, porque tiene usted otra misión que cumplir. Llamar y despertar a los pueblos libres de Europa y América para que acaben su obra de redención, resolviendo el gran problema social, esto es, su deber y esto es la única salvación de Rusia, porque el absolutismo solo caerá bajo la presión de la libre Europa, y, entonces, será redimido nuestro pobre campesino y mi nación renacerá a otra vida. Quizás esté llamada la bella España a ponerse otra vez al frente de este gran movimiento civilizador; tras largo sueño ha despertado a nuevos ideales y puede guiar a la vieja Europa al nuevo mundo de la idea social del porvenir, como ya una vez le abrió los horizontes de otro mundo nuevo ignorado.

Las palabras de la nihilista sonaron en el oído de Erico como una confesión solemne y la bella revolucionaria le parecía como la personificación de Rusia. Sí, ella tenía razón, la nación rusa no tiene las energías revolucionarias para romper las cadenas forjadas durante largos siglos de barbarie y despotismo. Cuando los

pueblos de Europa se hayan unido en una hermosa fraternidad, con los Estados-Unidos Europeos[81], entonces, también obligará al despotismo ruso a aceptar las conquistas de la civilización moderna y dar al pueblo ruso la libertad.

¿Y España?... En efecto, bien lo había juzgado el profeta, esta gran y noble nación de sesenta millones de ciudadanos repartidos en Europa, Asia, África y América y dueña de los parajes más hermosos y fértiles del mundo, está buscando los nuevos ideales que pueden volverle el entusiasmo y su anterior actividad por el progreso de la humanidad. Por no haber aún encontrado este verbo del nuevo evangelio está absorbiéndose a sí misma en luchas intestinas, como si las energías latentes del heroico pueblo buscaran un desahogo.

La sublime idea de fraternidad universal que late en el cristianismo encontraba en España un campeón incansable. Esta idea se ha encarnado en la actualidad en la humanitaria aspiración del socialismo internacional que también desea la fraternidad y la dicha del género humano, enviando sus apóstoles a todos los países civilizados, como lo hizo el cristianismo cuando supo llevar la bandera de los ideales del progreso y cuando aún no se había purificado en dogmas estacionarios y un ritualismo muerto.

En ninguna nación ha penetrado el verdadero espíritu democrático del cristianismo tan profundamente como en España, borrando las odiosas fronteras entre las clases sociales. En ningún país de Europa han sido reconocidas las verdades del internacionalismo socialista con tanta espontaneidad por todos y hasta los mismos representantes de las autoridades civiles y religiosas, por su carácter conservador e involuntariamente desconfiados respecto a todos los ideales nuevos, los han aclamado con entusiasmo; desde los obispos en las pastorales hasta Cánovas, Moret, Salmerón y Pi y Margall en las Cortes reconocen la necesidad de una profunda reforma social. Todos, en conjunto, están trabajando para encontrar la solución del arduo problema porque a todos mueve el sagrado amor a la patria y todos comprenden que la nación española tiene que cumplir una noble y sublime misión

al devolver la paz social a los pueblos civilizados, dando un gran ejemplo de virtud y amor a la justicia[82].

Aquellas palabras proféticas de Olga Ivanovna, habían abierto nuevos horizontes al enamorado de la niña de la casita roja del Castillo de Málaga.

¿Por qué no me voy también a España para tomar parte en aquella humanitaria tarea? se preguntaba el joven; pero pronto comprendió que las dificultades eran insuperables. Hubiera tenido que vivir muchos años en el país hasta que dominara el idioma lo suficiente para escribir en español. El deseo de unirse pronto con su adorada Matilde le obligaba a buscar el campo de actividad en Viena donde ya era conocido y encontraría fácil colocación en cualquiera de las muchas publicaciones de la capital.

Además, influía en su ánimo el amor a su desgraciada patria, por cuya redención siempre podía trabajar mejor en Viena que en la lejana España. Si bien se reconoció vencido y todo el movimiento revolucionario en Rusia por ahora y para muchos años quizás esté vencido por el despotismo y la ignorancia, no tuvo el valor de romper tan radicalmente con sueños queridos, su pasado y su patria, a la cual quería tanto más entrañablemente cuanto más abatida la veía.

XI

Dos cartas que esperaban a Erico al llegar a Viena, le obligaron a tomar una determinación rápida. Matilde le escribió lacónicamente que su madre había caído enferma del mal que le aquejaba hacía algunos años; que el médico daba muy pocas esperanzas de vida; y consecuencia de la enfermedad, su padre se veía precisado a abandonar por completo el almacén, en el cual, el negocio iba cada día peor amenazando una próxima y completa ruina.

Mejores noticias traía la otra carta y era el ofrecimiento del director del importantísimo diario vienés *Deutsche Zeitung*[83]. Le invitaba a encargarse de la redacción de la política extranjera, ofreciéndole desde luego el sueldo de doscientos florines al mes, o sea, quinientas pesetas.

Un hecho concreto determina frecuentemente nuestros actos en sentido contrario a nuestra verdadera intención, y la habilidad de los que quieren inducir a otras personas a seguir determinadas direcciones consiste en llevarlas casi inconscientemente a ciertos hechos, o sea, compromisos que prejuzgan una serie de actos posteriores. El secreto de la asombrosa diplomacia de Talleyrand[84], Metternich[85] y Bismarck[86], estriba en la habilidad de preparar tales actos y en aprovecharse después de tales hechos consumados de donde se derivan los famosos *faits accomplis*[87].

La plaza de redactor, tan galantemente ofrecida al joven literato, parecía resolver de un golpe todas las dificultades. El *Deutsche Zeitung* es el diario del partido del germanismo radical de Austria; defiende con entusiasmo y talento la unión de todos los

países alemanes, o sea del Imperio alemán, de Suiza, de Austria y hasta de la Alemania *irridente*[88] que son las provincias alemanas conquistadas por Rusia, Livonia, Estonia y Curonia, la patria de Erico. Sin hacer alardes de republicanismo, ven los defensores de este hermoso ideal esencialmente germánico, en la República Federal, la única solución definitiva. Porque nunca podrá haber avenencia en las rivalidades por la corona imperial entre la casa de Hohenzollern[89] y Habsburgo[90] y si hoy el Antiguo Imperio alemán, el famoso *Imperio romano de la lengua germana*[91], esta creación de Carlos el Grande en sustitución del caduco imperio de la antigua Roma, está dividido en dos imperios, es sólo por esta rivalidad. La gran idea del príncipe de Bismarck era justamente la de crear el dualismo que existe hoy y que hace íntimos aliados a estos dos rivales a muerte, dominando la Prusia en la Alemania del Norte y sobre Baden, Wurtemberg y Baviera, dejando todo el Oriente y los Balcanes a la influencia de los Habsburgos y apoyando de todos modos el poder de éstos en Hungría, Rumanía y hasta Serbia, Bulgaria, Polonia y Constantinopla[92].

El lector recordará que a principios de 1883 principiaban aquellos acontecimientos en la Península Balcánica que llevaron a los disturbios en Serbia y Herzegovina, y, poco más tarde, a la guerra servio-búlgara[93], que en realidad no era nada más que una escaramuza entre la influencia de Austria en los Balcanes contra Rusia.

Erico vio abrirse un horizonte vasto a su actividad. Empujar a Austria desde las columnas del importante diario hacia el Oriente para llevarla al choque con el imperio moscovita, he ahí su misión[94]. En este plan encontraba por todas partes aliados secretos y públicos porque en esto mismo cifran los polacos todas sus esperanzas y la poderosísima corriente republicana, en todos los países alemanes, comprende perfectamente bien que la gran «República Federal de todas las Alemanias» sólo podrá fundarse sobre las ruinas del despotismo en Europa, cuyo sostén y baluarte más fuerte es la Rusia de los zares de Romanoff[95].

En efecto, Enrique de Reschauer[96], diputado del Reichsrat austríaco[97] y director del *Deutsche Zeitung,* confirmó las espe-

ranzas del livonés. Le encarecía tratar con especial cuidado estas relaciones austro-rusas, indicando con mucha habilidad a las inteligencias del partido polaco en el parlamento cuya esperanza estriba en el restablecimiento del glorioso reino de Polonia de los Jagellones[98] bajo la protección de Austria, la coronación del Habsburgo en Cracovia, capital de la inmensa Polonia del pasado cuando ésta se extendió del mar Báltico hasta el mar Negro, del mar al mar según la canción patriótica polaca[99].

¡Oh, misterioso poder el de la idea de Patria y Libertad! La historia secreta de los últimos cincuenta años de Europa demostrará cuán inmenso ha sido el influjo de los patriotas italianos y polacos en la política europea. Cuando los italianos realizaron al fin su hermoso ideal de unidad nacional y libertad, les sustituía el elemento revolucionario ruso. Conspiradores italianos iniciaron al joven Napoleón III en el carbonarismo y conspiradores rusos están mezclados por doquiera en el carbonarismo de hoy, el socialismo internacionalista[100]. No hay periódico de alguna importancia en París o Roma en cuya redacción no esté un hábil conspirador ruso más o menos relacionado con el internacionalismo, y los anarquistas de todo el mundo reconocen al nihilista, el famoso príncipe Kropotkin, pariente del zar, como su jefe intelectual. Los conspiradores polacos han sabido de igual modo influir poderosísimamente en la prensa francesa e italiana y sobre todo en la prensa de Austria.

Erico aceptó las proposiciones del periódico y principiaba la campaña periodística con el ardor del sectario y las ilusiones de la juventud. Aún no sabía cuánta paciencia y satánica intención se necesita para apoyar desde la prensa vastos planes diplomáticos de esta índole, porque hay que trabajar en el secreto y hay que valerse de todo el arte del maquiavelismo.

Como una rueda se pierde en el laberinto de una complicada máquina, se pierden los esfuerzos individuales en aquella inmensa maquinaria política que representa un gran diario de Berlín, Viena, Londres, París o Petersburgo. Desde las siete de la mañana hasta la media noche era Erico esclavo del trabajo, pues el periódico salía, como varios otros en Viena y Berlín, en tres

distintas ediciones diarias, para que los lectores obtuvieran tres veces al día las últimas noticias. Cada edición tenía que llevar también una sección de política extranjera tan interesante para el público austríaco, y especialmente, en aquella época de agitación en los Balcanes. A las siete de la mañana, a las dos de la tarde y a las nueve de la noche, se repartían aquellas ediciones. No era rara la noche en que Erico era llamado a las dos de la madrugada para escribir a toda prisa un artículo de fondo sobre un importante acontecimiento comunicado por el telégrafo. Había días en que el pobre publicista tenía hasta que comer en la redacción para esperar algunos despachos que debían ser incluidos en la edición, porque la lucha entre los diarios rivales es terrible y el público preferirá siempre aquél que primero le dé las noticias de importancia. Leer durante el día un centenar de periódicos franceses, ingleses, rusos, polacos, alemanes, italianos y hasta españoles y portugueses; estar al dedillo de todos los detalles personales de la política del mundo y al mismo tiempo escribir artículos de fondo inspirados por grandes conceptos sintéticos en lenguaje literario y elevado... para esto se necesita ser un Hércules[101] y el más fuerte sentirá pronto un cansancio de espíritu, una nerviosidad enfermiza, poco a poco observará como se agota la originalidad de pensar y acaba convirtiéndose en una máquina automática de escribir.

XII

El nuevo redactor del *Deutsche Zeitung* sintió algo de la satisfacción que experimenta un marino tras larga y peligrosa navegación, cuando vuelve al puerto seguro y puede dedicarse algún tiempo a las dulzuras del hogar. Las naturalezas más inquietas y aventureras se hastían de la vida errante y desean la tranquilidad de una existencia arreglada, fija y constante.

Erico tenía siempre una natural inclinación hacia la vida de familia y el destino en la redacción de aquel diario, le permitía la realización inmediata de sus deseos. Con la impaciencia propia de su temperamento nervioso y apasionado, iba a establecer la casa, cuya reina debía ser su hermosa prometida de Andalucía. Era un piso principal en la Bergstrasse muy cerca del célebre Schottenring, la Rambla de Viena[102]. El enamorado periodista adornaba con mil pequeños detalles la reducida, pero muy bonita vivienda, en la que tan feliz había de vivir con su graciosa Matilde.

No faltaba nada, hasta había comprado el ajuar de la cocina, con su correspondiente máquina de coser, indispensable ya a toda familia acomodada. Los tres balcones que daban a la calle, estaban llenos de flores, porque Erico sabía cuánto le gustaban a su prometida. Nada le debía faltar en aquel país extranjero ya que no podía cambiar las turbias olas del Danubio por el cristalino mar que bañaba el pie del Castillo de Málaga, y mucho menos llevar un pedazo del cielo azul de Andalucía para extenderlo sobre la capital del brumoso Norte.

Iremos al teatro y a la ópera, pensaba el joven, ya se distraerá y cuando haya aprendido un poco alemán olvidará su país. ¡Ah!

¿Y si la cogiera aquella invencible nostalgia de los habitantes del Mediodía, cuando se encuentran entre las lluvias continuas de los países septentrionales? ¿Será posible que pueda ser feliz? Es tan joven que las impresiones tristes de nuestro cielo gris y frío, unidas al dolor de verse separada por primera vez de sus padres y su familia, pudieran quizás hacer enmudecer su encantadora carcajada y llenar aquellos ojos alegres de lágrimas de melancolía...

Las mujeres en general son más impresionables por el ambiente que les rodea porque están en contacto misterioso con la naturaleza, y, más aún, las mujeres del Mediodía cuya educación intelectual es algo deficiente y que por esto casi sólo viven la vida de los sentidos y los sentimientos. Quitadles todo aquello que forma su reducido mundo, las habréis arrojado en un desierto y sentirán en su alma un doloroso vacío. Erico se acordaba entonces de una joven italiana que con su padre, un músico muy notable, había ido a Berlín, y murió allí de melancolía, de nostalgia de su país[103].

Preocupado con estas dudas, había hecho nuestro protagonista conocimiento con otro periodista víctima de la lucha por la existencia, que en Viena tiene un carácter encarnizado y cruel. Epner, que así se llamaba, era judío como casi todos los publicistas austríacos. Se vanagloriaba de proceder de aquellos judíos que abandonaron España por la vil codicia de los reyes y de la iglesia, que hicieron de la religión el pretexto para el infame despojo de los bienes materiales de aquellos opulentos industriales, comerciantes y sabios. Los judíos españoles son, en general, por todas partes, los verdaderos aristócratas de la judería de Europa y Asia; desprecian a los judíos, más numerosos, que hace siglos vegetaron en Alemania y Polonia; todos sin embargo consideran a España, la ingrata para ellos, cual paraíso perdido, cual Edén de sus ensueños. Así no podía extrañar el entusiasmo que el pobre Epner manifestaba por el país del amor de Erico, y éste encontraba íntima satisfacción al hablarle de Madrid, la vida y el clima del país, y sobre todo, la incomparable Andalucía.

Epner era uno de estos chiquitines que saben colgarse a las orejas del primero que se presenta y que poco a poco se hacen

sus dueños. Cuando Erico iba al café para descansar del hercúleo trabajo de la redacción, infaliblemente encontraba esperándole, como un perrito a su amo, al pequeño Epner. Éste tenía el tacto de saber cuando su protector quería que se callara, y cuando le era agradable oír su charla discreta, siempre atenta y respetuosa.

Era el tal sujeto delgado, seco, con la nariz tremenda y el aspecto tan vulgar y humilde que de igual modo podía tener treinta o cuarenta años. Sabía acomodarse a todo y tenía la habilidad de hacerse continuamente útil a su nuevo amigo, sin parecer servil; poseía el arte de prestarse para ciertos recados y servicios de criado guardando siempre la apariencia de solícita amistad. Para una persona tan despreocupada por los detalles como lo era el nihilista, debió adquirir el microscópico judío un valor extraordinario, acabando por ser realmente el suplemento suyo, algo que pronto se hizo casi tan indispensable como el aire.

Pocas semanas habían sido suficientes para que los dos estuvieran siempre juntos, o, mejor dicho, el judío había adquirido el derecho, por todos tácitamente reconocido y aceptado, a acompañar por todas partes al redactor del importante diario vienés. Nadie se extrañaba de ello porque todos le trataban con el cariño y la confianza que se dispensa al perro del amo a quien se estima. En realidad era Epner, el fiel can de Erico, y tan verdad era esto, que ambos consideraban como la cosa más justa, el que el perro fuera también sostenido por el amo. Al principio sólo tomaba Epner el café con su protector, después cenaba con él y, al final, comía y cenaba en su compañía como la cosa más natural y corriente del mundo. Tampoco le sorprendió a Erico cuando su fámulo le dijo un día que le diera algunos florines para que su mujer y sus dos hijos tuvieran que comer, y sin que le fuera preciso decírselo otra vez, le daba todos los días cierta cantidad con este objeto.

Gustoso había accedido Erico a visitar el domicilio de su protegido y amigo. El espectáculo que se ofreció entonces a su vista le conmovió profundamente. Ya no poseía la pobre familia absolutamente nada, hasta los pocos muebles estaban empeñados al dueño de la casa por el alquiler devengado hacía tres meses. La miseria más desnuda y espantosa reinaba en aquel hogar, que por

cierto, podía ser el paraíso de la felicidad conyugal. Los dos hijos de Epner eran dos preciosos ángeles; el mayor tenía apenas tres años y trataba a Erico con la confianza de un antiguo conocido, el menor aún mamaba.

La esposa del desgraciado periodista era una simpática rubia de carácter dulce y maneras finas, extremadamente corteses y amables. Con lágrimas en los ojos y en sencillas y sentidas palabras, agradecía la pobre mujer lo que el extranjero había hecho por ellos, suplicándole si era posible proporcionar alguna colocación u ocupar de cualquier modo a su infortunado esposo.

Esta familia merecía simpatía y profundo respeto. ¿Qué culpa tenía el pobre periodista de que todas las redacciones estuvieran repletas de redactores, y que la raquítica figura de Epner le hiciera casi difícil aún encontrar un destino?, porque siempre prefiere un periódico tener noticieros que ostenten buena figura y elegante presencia. La sociedad moderna que tanto alardea de su cultura deja que se mueran de miseria y hambre millares de infelices que no encuentran trabajo. Esta misma sociedad hipócrita persigue y calumnia a los socialistas cuyo ideal es organizar el trabajo, de tal modo que todos puedan ser útiles ganando su sustento y trabajando en provecho de todos. ¡Ah! problema dificilísimo es éste, porque supone una reorganización completa del complicadísimo engranaje de la producción moderna, y sólo realizable por una serie de reformas paulatinas como: la creación de centros del trabajo que faciliten ocupación a los desocupados, granjas y talleres nacionales que proporcionen fácilmente la satisfacción de las primeras necesidades a las masas populares, participación equitativa a los operarios en los beneficios de la producción, cámaras sindicales entre patronos y obreros que restablezcan la justicia y eviten la explotación del indefenso trabajador, débil por su miseria e ignorancia frente al capital implacable y egoísta por naturaleza y omnipotente por vituperable culpa de nuestro orden social presente, donde la riqueza está concentrada en pocas familias unidas entre sí, para acaparar toda la influencia haciéndose dueños absolutos de los bienes, la vida y la honra de los demás.

Convencido del terrible fatalismo de orden social actual que condena a muerte a los débiles en la lucha por la existencia, le dolía a Erico ver abandonada a esta pobre familia. Erico era socialista de verdad; la doctrina humanitaria le había penetrado del cerebro al alma; las miserias sociales le desgarraban el corazón; cada desgraciado que le alargaba la mano en la calle y cada niño abandonado que le pedía una limosna, le recordaba el problema social y le era un constante aguijón para que no desistiera de luchar por esta sublime causa; la causa de los desgraciados y los desheredados.

–Señora, dijo, haré lo que pueda; pero veo muy difícil encontrar trabajo para su marido. Sin embargo, os hago un ofrecimiento que podéis aceptar: pueden vivir conmigo en mi casa y cuando traiga a mi prometida, serán ustedes sus amigos y la ayudarán en los quehaceres domésticos. Ella no sabe ni la lengua ni las costumbres del país, vuestra amistad le agradará mucho. Mientras que pueda yo ir a España por ella, me cuidaréis la casa y comeremos juntos porque ya estoy cansado de la monótona cocina de las fondas.

XIII

Con los preciosos niños y la simpática, señora de Epner, siempre risueña, parecía que había entrado la alegría en la solitaria morada del novio de Matilde y éste experimentaba una íntima satisfacción por haber sacado de la miseria a aquella pobre familia.

En realidad no había hecho sacrificio alguno, sino al contrario, había ganado hasta pecuniariamente porque ahora preparaba la comida la esposa de su amigo, mejor y más barato para todos, de lo que antes le había costado a Erico solo en los carísimos restaurantes, porque las casas de las comidas económicas no las podía frecuentar el redactor del afamado diario por consideración a la empresa del mismo. Marta tenía el talento de hacer de poco mucho y quizás exquisitamente. Siempre cariñosa y risueña, sabía comunicar la armonía de su carácter a todos cuantos trataba y combinar también con estas hermosas prendas una severa dignidad desprovista de toda pretensión aparatosa, que imponía al más atrevido un profundísimo respeto.

Una de las ideas socialistas de Erico exigía la reducción de los criados y sirvientes a lo más indispensable porque decía que nada degrada tanto como profesión de lacayo. Los lacayos suelen tener los defectos del pobre y a la vez los vicios de los ricos. Hay tantos servicios en establecimientos públicos y domésticos que debieran ser desempeñados por máquinas automáticas. En todo caso, es preciso que en fondas, cafés y comercios de comestibles sirvan mujeres en vez de hombres, porque la mujer se presta mejor para esta clase de trabajos que degradan al hombre haciendo

de él un presunto y verdadero lacayo[104]. Así era el ideal socialista, la casa particular sin criados, donde los servicios se desempeñaran por las hijas o parientas de la familia. En efecto, influye muy mal en el carácter de los niños mandar a personas mayores. Además, resulta con el sistema de criados establecido ahora, que las interioridades de las familias están divulgadas en la plaza pública, porque una criada las cuenta a la otra, o, al cambiar casi cada mes de colocación, las cuenta a su nueva ama. La familia debe conservar una vida íntima y las esposas e hijas deben considerar como una dicha el servir a su marido, hijos y hermanos.

Con la presencia de Marta se resolvieron, pues, varios problemas pequeños en apariencia, pero importantísimos en el fondo, porque ciertos detalles influyen poderosísimamente en nuestra vida y la mayoría de los disgustos y mal entendidos provienen de no prestarles la debida atención. La pobre niña, trasladada de Andalucía a un clima frío donde pasan meses enteros sin que se vea el sol, necesitaba una amiga con la cual cambiar sus impresiones respecto a las trivialidades de la casa y la cocina, porque las mujeres comprenden por instinto cuanto cansan al esposo más indulgente estas cosas muy importantes, sin embargo, para ellas. Y además pensaba Erico con tristeza, que los trabajos absorbentes de la redacción, le impedirían dedicarle a ella más que unas dos o tres horas al día.

Esta última reflexión hacía que el joven tomase poco a poco una verdadera antipatía al periódico donde trabajaba y en realidad en el fondo tenía razón. Cual esclavos blancos tenían que estar los veintitantos redactores del *Deutsche Zeitung,* desde las nueve de la mañana hasta la medianoche, a disposición de la empresa o mejor dicho de la curiosidad del público. Peor aún, más sensible y doloroso para el literato era la absorción completa intelectual. Quien una vez se arroja en los brazos del pólipo llamado periodismo en aquellas grandes capitales como las citadas Viena, Berlín, París, Londres y Petersburgo, está incapacitado para toda creación literaria original, la cual, supone concentración de ideas. Ese trabajo de ideas y sentimientos es sólo realizable en la soledad del gabinete de estudio. La redacción de aquellos periódicos

precisamente célebres es la tumba de innumerables talentos que por un pedazo de pan venden sus fuerzas intelectuales y su vida como artista.

Entre los compañeros de redacción observaba Erico aquella muerte civil como ciudadano de la gran república de las letras de tantos literatos privilegiados: aquel simpático idealista Friedjung[105], ex-profesor de la Universidad politécnica de Viena y autor de varias obras muy celebradas sobre economía política, perdía inútilmente su juventud en criticar las sandeces de los hombres públicos porque suponía que les faltaba el saber mientras que sus aparentes errores eran hijos de su afán de lucro. Friedjung es ahora diputado del parlamento austríaco, su inmenso talento lo gastó en moneda menuda apoyando a medianías encumbradas... el periódico es el que le ha llevado a este abismo. Más triste es el calvario del poeta Johannes Richter[106] condenado a leer los manuscritos remitidos para el folletín literario. *¡Lasciate ogni speranza!*[107] En España todo el mundo quiere ser literato, por fortuna se quedan con la laudable intención gracias a la pasividad del carácter español. En Francia todo el mundo sabe serlo, pero como el francés tiene aspiraciones y por regla general dinero, no se mete en el *diletantismo* de la prensa, sino que aspira a ser un autor y escribir libros; y hace bien, porque da trabajo a la imprenta y no molesta redacción alguna aunque nadie lea su libro. En Alemania y los países alemanes, todo el mundo es real y efectivamente literato en el concepto más atrevido de la palabra, o sea, un hombre que vive emborronando cuartillas. Allí no hay salvación alguna, es un diluvio de papel emborronado y cada año se cristaliza éste en diez mil libros y folletos sin contar los siete mil periódicos que existen en alemán, e incalculables son las resmas[108] de papel que yacen en sueño eterno en el escritorio de los autores o en cestas de papeles inútiles de las redacciones.

Durante ocho años que el desgraciado poeta Johannes Richter estaba desempeñando el cargo de redactor del folletín en la *Deutsche Zeitung*, no había publicado nada más que un pequeño tomito de versos. Era un héroe, porque es un heroísmo poder hacer una poesía buena después de leer todo el día, los ensayos

insípidos y pretenciosos del *diletantismo* poetastro. Sin embargo, en desagravio de los amables *diletantes*, confieso que había para nuestro poeta algo más horripilante aún, y era el deber de cantar una oda para festejar el nacimiento de un archiduque imperial.

En la misma mesa que Erico, trabajaba el redactor encargado de la crítica literaria. Todos los días observaba con qué atención leía el concienzudo Antón Bettelheim[109], el fardo de libros que por las mañanas se amontonaba en su mesa. Los alemanes lo hacen todo con conciencia y método; Bettelheim tenía entonces unos treinta años y ya gozaba de merecida fama de crítico por unas obras que había publicado sobre el teatro francés y la literatura francesa en general. Cuando Erico le conoció, trabajaba en un estudio referente a la influencia de la literatura española sobre la francesa, y este trabajo era el motivo de que ambos admiradores de España estrecharan íntima amistad.

Un abismo parecía haberse abierto ante los ojos horrorizados del inexperto literato, y en el ejemplo de estos tres escritores célebres encadenados cual Prometeo[110] a la roca al periódico que les comía la víscera, vio su propio porvenir. ¡Adiós ilusiones de escritor, adiós sueños de poeta, adiós ambiciones nobles de tribuno! y la mirada entristecida de Erico se fijaba en el semblante pensativo de su amigo, absorto en hacerse cargo de los pensamientos de otros para revelarlos al mundo y servirles de intérprete para el necio e ingrato vulgo. ¡Ah, no! él no poseía esta virtud del mártir literato que sacrifica su propia vida intelectual por hacer justicia a los demás. Después fijó su atención en aquellas ruinas literarias, los dos redactores más viejos de la *Deutsche Zeitung*; lastre del buque, ancianos venerables: el «Sublime» encargado de escribir los artículos de bombo mayúsculo con ocasión de fiestas nacionales, «faustos» acontecimientos en la familia imperial y cosas por el estilo, un diccionario de hiperbólicas frases cortesanas, hojarasca periodística; y el otro, también un diccionario andante, pero de curiosísimos datos y detalles referentes a cosas y personas de las provincias del Imperio, un prodigio de memoria y por esto inapreciable como redactor de asuntos de provincias. El viejecito era la mano derecha del director y le llamaban el

«Terrible» por su continuo malhumor y por el afán que tenía de borrar de un tirón los artículos que no lo gustaban.

A su alrededor oía el ruido de las plumas y le parecía que todas estas plumas no hacían nada más que escribir la sentencia, que le condenaba también como habían condenado a aquellas pobres víctimas, y sintió con terror que se le helaba el alma. ¡Oh, fuera, fuera de este calabozo, me muero! quería gritar. Pero entonces aparecía ante su mirada la angelical figura de su prometida saludándole con el pañuelo desde la azotea de la casita rosa del Castillo; y Málaga, la bella, con su esplendor meridional, sus flores y sus huertas, sus mujeres y su ardiente sol, parecía llamarle. El hijo del Norte sentía la nostalgia de las playas del Mediterráneo y Andalucía le parecía su verdadera patria.

XIV

Tampoco encontraba el inexperto publicista en el diario, en cuya redacción ocupaba uno de los principales puestos, ni la tribuna para sus ideales políticos desde la cual pudiera apoyar a sus compañeros de revolución en Rusia, ni menos aún podía manifestar su peculiar individualidad como literato y pensador. La tendencia política imponía a todos una avasalladora uniformidad y hasta se suprimían las firmas de los autores de los escritos para que desapareciera toda nota individual.

El doctor Reschauer[111], el director y uno de los accionistas, tenía muy buenas cualidades para dirigir la vasta empresa. Como antiguo y experto publicista, gozaba general respeto y simpatía donde no hay nadie tan difícil de contentar como la gente de la prensa dotada de un fino espíritu crítico, de mucha maliciosidad y deseosa de encontrar objetos para aniquilarlos por sus ataques o su sátira. Reschauer supo combinar habilísimamente al literato compañero y al político con su carácter de empresario; pero le faltaba el talento del director por excelencia, que consiste en saber encaminar hacia el mismo fin a los talentos más encontrados sacando provecho para los ideales y la empresa, la cual, los defiende del talento particular de cada redactor y colaborador. Reschauer no conocía el difícil arte de los grandes tácticos de dejar libertad o aparente independencia a los generales encargados de realizar determinada parte del plan de la campaña, y, más de lo preciso, se dejaba atar las manos por consideraciones puramente materiales, olvidando que para un periódico vale lo

mismo que para un Estado hacer buena política para que esté sana la hacienda.

Entre los numerosos compañeros de la prensa que pronto intimaron con Erico, pues los periodistas forman una verdadera masonería internacionalista que ya hoy es más poderosa quizás que la internacional del oro, la jesuita, la masónica y la socialista todas juntas, le interesaba peculiarmente uno que a la sazón desempeñaba el cargo de reportero local del *Fremdenblatt*[112]. Era un señor de más de cincuenta años, de estatura imponente, con larga barba casi blanca y grandes ojos de color de acero que eran el enigma y encanto de un psicólogo, pues indicaban astucia, mucha inteligencia y a la vez algo del idealismo de un soñador. Su pasaporte literario era una novela titulada *Un luchador de 1848*[113]. Era en realidad una autobiografía en la que pintaba la revolución democrática-republicana de aquel año en Viena, como luchó en las barricadas y como tuvo que vagar durante largos años en la emigración hasta que al fin le abrió las puertas de la patria la amnistía de 1862[114]. Ninguna de sus numerosas novelas pudo igualarse a aquel sentimiento y realismo que encantan por su sencillez, y que al mismo tiempo nos enseñan los misterios del mundo y del corazón humano, vistos a través del prisma de una inteligencia superior y un alma de poeta.

Hay personas que vemos por primera vez y sin embargo nos parecen ya antiguos amigos. Algo de esto le ocurrió a Erico con el señor Blechstein cuyos ojos le recordaron muchísimo a los de su hermano Germán[115] y quizás a los de sí mismo, porque, aunque de color azul, tenían una expresión parecida. Ambos se sintieron atraídos mutuamente; también el redactor del *Fremdenblatt* sufrió como Erico la esclavitud de la empresa cortesana y sus mejillas se encendían de vergüenza ante sí mismo, al verse obligado a decir venales lisonjas a cualquier archiduque o a cualquier grande de la corte, pero ¿qué hacer? Su pobre mujer y su hijo habían sufrido mucho por los azares de la vida de bohemio del padre, desde que el terrible *Krach* de 1873[116] le había arruinado, en pocas horas convirtiéndole de millonario en el más pobre de los literatos. Blechstein era uno de los afortunados publicistas

que supieron enriquecerse en aquellos años de juego en una bolsa desenfrenada, los cuales tuvieron después aquel trágico fin, la gran quiebra universal de 1873; cuando centenares de banqueros, comerciantes e industriales se suicidaron; y cuando Viena y Austria cayeron en el abismo de la miseria tras años de fantástica especulación. Entonces era cuando el talento del hábil amigo de Erico, relució con todo su brillo. No pudiendo impedir aquellas especulaciones locas y culpables por su exageración, supo obligar a los interesados jugadores de la Bolsa a participar con él en las enormes ganancias, imponiéndoles el freno de la crítica, apoderándose de la confianza de la opinión pública y los poseedores de pequeñas rentas que leyeron como un oráculo la modesta revista financiera que Blechstein por aquel entonces publicaba.

El vulgo de los hombres públicos y gente de negocios suele calumniar a la prensa cuando ésta se impone en las relaciones de aquéllos con las grandes masas explotadas, exigiendo su justa participación en los beneficios, sin considerar que la prensa es hoy un poder regulador quizás más indispensable y útil que los mismos tribunales. Porque siempre es fácil para un explotador despiadado y un estafador público al por mayor eludir conflictos con leyes escritas, mientras que la prensa les hace responsables ante la conciencia honrada de la nación entera. Cuando los tribunales le absuelven o ni siquiera se atreven a procesarle, ya le ha juzgado y sentenciado a muerte civil este severo juez, la prensa, este eco autorizado de la conciencia nacional.

–Aquella casa me pertenecía, dijo Blechstein al pasar una vez con Erico ante un inmenso edificio, y créame usted, la había ganado bien honradamente por mi pluma, salvando a millares de familias de una ruina segura con mis consejos desinteresados. Si me pagaban cantidades fabulosas para que me callara, aceptaba el dinero sólo en la condición honrosa de que desistieran del engaño, y que al menos, no extendieran sus criminales redes a estos pequeños propietarios cuyos modestos ahorros representan una vida de trabajo y encierran en sí el porvenir de una familia.

–¿Y cómo no podía usted prever el terrible desenlace de aquel torbellino de locas especulaciones? preguntaba Erico, si

usted lo debía haber previsto todo y tenía tiempo para poner en seguro su fortuna adquirida.

Una sonrisa amarga se reflejó en el semblante del experto jugador de bolsa y con voz nerviosa le contestó:

–¿Usted no ha sido nunca jugador?

–No, ni de la bolsa, ni del monte, mi juego de azar es la literatura y la política que únicamente pueden hacerme ganar el premio gordo.

–Contacto íntimo tienen todas estas pasiones, dijo pensativo Blechstein, y nos llevan al abismo de la ruina material si no sabemos dominarnos. Si nuestra impaciencia quiere obligar la suerte y precipitar las cosas que siguen su marcha natural e invariable. Mire, nada puede usted hacer para adelantar los acontecimientos en Rusia; si lo intentara se estrellaría contra la resistencia pasiva de la indiferencia del pueblo... Yo quería forzar la suerte, la pasión del juego me cegó; quería aprovechar la gran ruina que yo preveía para ganarme millones... ¡ah!, una fatal casualidad, una coincidencia inesperada me hizo perder todo.

El pequeño Epner había escuchado silenciosamente aquella conversación; también él era jugador apasionado, pero su perdición era la lotería, un vicio muy extendido en Austria y explotado ignominiosamente por el gobierno austríaco. Ya una vez había hecho a Erico la proposición de jugar con el resto del dinero que le quedaba, sin embargo el prometido de Matilde le había contestado que nunca jugaría, que había apartado cinco mil francos para ir a España a por su novia y que con el resto emprendería alguna empresa literaria o cosa parecida. ¡Guardar cinco mil francos tan inútilmente en el escritorio cuando en pocas semanas podían ganarse con ellos muchos millones en la lotería! Epner no podía comprenderlo, la ganancia le parecía tan segura que hasta le pasaba por la mente si no debía apoderarse del dinero sin que Erico lo supiera.

Esta idea no le dejaba reposo; de un golpe salía de todas las dificultades y después devolvería el dinero con creces; esto no era abuso de confianza, ingratitud negra, un robo ordinario castigado por el código.

Siempre que se le iban los pensamientos al desgraciado publicista al paquete con los tentadores billetes de Banco, se acordaba exactamente donde lo puso su amigo y cuando éste le dijo: mira en este papel está la dicha mía, con estos cinco mil francos me llevaré a mi Matilde, no tocaré este dinero hasta el día del viaje.

¡Ah! dijo para sí el joven judío, ni siquiera se apercibiría si yo le tomara el dinero y pusiera el paquete como estaba. Sin que se entere de nada me hago rico, le devuelvo lo prestado y cuando en octubre o noviembre se vaya a Málaga, encontrará los cinco mil francos como los dejó. No tendrá ni la más mínima sospecha... Además sería sólo una sencilla operación de préstamo entre dos amigos, y en cuanto a mí, se lo agradeceré por haberse portado tan bien conmigo.

Epner había tomado su resolución, sólo esperaba un momento favorable para que Erico le diera las llaves del escritorio, porque le repugnaba servirse de una llave falsa. ¡Si él no era un ladrón! Comprendía que el mundo quiere que le engañen y a despecho suyo se haga la felicidad de la gente; comprendía que al infeliz idealista Erico era preciso guiar para que supiera sacar partido de la fortuna que él mismo no sabía apreciar. Así discurriendo ya se veía Epner rodeado de riquezas, propietario de un gran periódico cuya dirección confiaría a su amigo Erico, al cual, le pagaría de este modo el favor de haberle prestado aunque inconscientemente el dinero.

XV

En efecto, en Blechstein, había Erico hallado la persona que necesitaba, un publicista de mucha experiencia y con relaciones extensas en la localidad, y al mismo tiempo dispuesto a emprender una campaña difícil y hermosa en contra de las inmoralidades imperantes, personificadas en una aristocracia relajada y un alto mundo financiero, íntimamente relacionado con la corte y los cortesanos y omnipotente, gracias al arma poderosísima de una prensa desmoralizada del todo por el oro.

Cada día podía el joven escritor observar en la redacción de la *Deutsche Zeitung* el contagio emponzoñado de aquella podredumbre de alto vuelo: los detalles más escandalosos de damas de la corte, los amoríos del Emperador, las orgías de los archiduques, el príncipe heredero Rodolfo, quien más tarde fue muerto por el guardabosque en venganza de haber seducido a su novia, tenía entonces unos veinte años y ya daba mucho que hablar de sí[117]; todo aquel fango fue removido en la redacción y comentado con cinismo repugnante. De las redacciones se infiltraba este veneno fino en las conciencias de las masas que leían las veladas alusiones de aquellas infamias de las clases «directoras» y se acostumbraban a burlarse de la virtud de la esposa honrada, del hombre digno y probo. Siguiendo su costumbre, pasaba Erico los domingos en los pueblos cercanos a Viena para oír y observar al obrero campesino y artesano, y se horrorizaba de la influencia desmoralizadora que ejercían aquellas clases «directoras» sobre las costumbres de esta gente sencilla.

Blechstein aceptaba gustoso el ofrecimiento de publicar con el amigo ruso una revista para combatir desde los salones mismos aquel veneno cortesano. También él sintió hacía años el deseo de hablar a sus anchas sin ser cohibido a cada paso por consideraciones de partido o de carácter material financiero, como lo desea todo publicista que tiene que decir algo, tiene su peculiar manera de ver y siente la misión de dirigir la opinión pública cuando la ve extraviada. Los dos formaron una redacción soberbia para una revista de esta clase; el uno dominaba completamente la localidad y el otro la política exterior; y el pequeño Epner se encargaba de la administración y de las noticias y asuntos de menor importancia.

La *Wiener Revue* (*Revista de Viena*) salió el primero de agosto e hizo muy buena impresión; era quincenal, en un grueso tomo de octavo mayor. El primer número estaba adornado con un artístico fotograbado del fundador del socialismo científico, el gran sabio Carlos Marx que hacía pocos meses había muerto y en cuya necrología había Erico rendido justicia al mérito inmortal del profundo pensador, señalando sin embargo los defectos de su talento y las insuficiencias económicas científicas de su sistema[118].

El artículo firmado por la redacción levantó una polvareda de indignación, porque con Carlos Marx ocurría y ocurre aún lo que ocurre siempre con las personas y las ideas extraordinarias: los unos las adoran incondicionalmente sin permitir la menor crítica; mientras que los adversarios, les niegan todo valor y las quieren aniquilar por su desprecio y su odio. Una inteligencia imparcial e independiente, que reconoce su justo valor, encontrará en unos y otros adversarios igualmente apasionados, y muchas veces, la mayor enemistad en los mismos admiradores del pensador al cual rinde justicia. Erico comprendió entonces el verdadero carácter del socialismo alemán marxista cuya fuerza consiste en su ciego sectarismo, en aquel fanatismo que hace de la doctrina socialista en los países alemanes una nueva religión de las masas proletarias, pero también comprendió los peligros de esta corriente empujada adelante más por fuerzas instintivas y elementales que

guiado por inteligencias superiores y los dictados de la ciencia. Este socialismo trae en sí gérmenes peligrosos del más degradante de los despotismos que es el de la demagogia y amenaza con sepultar bajo el diluvio del Estado socialista autoritario las conquistas de la libertad, el fruto de cuatro siglos de luchas contra el despotismo religioso y político. Esta misma tendencia autoritaria inherente al carácter germano, había hecho del protestantismo de Lutero más tarde un instrumento contra la libertad de pensar, a pesar de que esta misma libertad de conciencias había sido el gran móvil de aquella titánica protesta de la idea contra el absolutismo intelectual de Roma[119]. El revolucionario internacionalista se creía en el deber de combatir esta tendencia perniciosa del socialismo alemán cuya influencia había observado tanto en Rusia y Francia como en Italia y hasta en España.

Quien nunca ha sentido latir en su pecho el santo fuego del entusiasmo por el apostolado de una idea, no puede comprender el goce que experimentaba el convencido socialista en trabajar desde su publicación quincenal por la realización de sus ideales. No era una vana satisfacción del amor propio la que le animaba al ver ensancharse el círculo de los lectores de la *Wiener Revue,* sino el orgullo del campeón de una noble causa que ve su bandera avanzar y ganar terreno en el campo enemigo. Erico sabía que toda nuestra sociedad moderna está inspirada en el ideal socialista; y que los más genuinos representantes de esta sociedad, los poetas sabios y literatos, están casi todos en principio conformes con las aspiraciones fundamentales del socialismo científico y que sólo observan una neutralidad expectante en el duelo entre el porvenir y el pasado por no ver aún concretamente ante sí el fin, ni trazado clara e inequívocamente el camino que nos pudiera llevar hacia ese fin. Los mismos portaestandartes en Alemania, Bebel[120] y Liebknecht[121] tenían que reconocer que su teoría es hoy por hoy esencialmente crítica destructora, una negación de las injusticias del presente y que el porvenir sólo se destacaba cual tenue luz en el horizonte, anunciando la alborada del nuevo día de la humanidad.

El hijo del Norte fijaba atentamente su mirada en esta alborada; su misión era anunciarla como Juan Bautista anunció la llegada del Mesías[122]. Entonces pudo soportar el ambiente asfixiante de la redacción de la *Deutsche-Zeitung* porque en el cercano porvenir se vio independiente y desligado de todo compromiso con este diario. Sólo dedicado a su propia empresa que con cada número adquiría mayor círculo de lectores, hubiera llegado al ideal de todo literato y político: tener una tribuna donde hablar a sus anchas y desde la cual le oyen las masas populares y las llamadas clases directoras, influyendo así en la opinión pública y el gobierno del país.

Idealista en los fines y realista en los medios, en los procedimientos comprendió el experto publicista lo indispensable que eran para toda empresa de esta índole aquellos pequeños recursos del periodismo moderno que el necio vulgo critica, pero cuya legitimidad no puede negarse en buena ley. Si un médico, un abogado, hasta un juez recibe y acepta regalos de valor por servicios prestados, si todos ellos se dejan pagar las consultas facultativas ¿por qué no debe hacer lo mismo el publicista cuya autoridad en muchos asuntos por lo menos es tan importante como pueden serlo las profesiones citadas? ¿No vale un regalo costosísimo o un puñado de oro la crítica autorizada de un literato para un joven poeta que por primera vez ensaya su talento en el arte? Si el crítico teme perder su tiempo que equivale al dinero en leer y estudiar una obra ¿por qué no sanciona la costumbre que el autor que tiene empeño en que su obra sea leída y juzgada por determinada autoridad literaria, remita a la vez con el libro una indemnización pecuniaria por el tiempo empleado en esta faena, como la costumbre lo exige del litigante quien presenta su pleito al celebrado defensor de su derecho pagándole a veces miles de pesetas por un trabajo de pocas horas?

Con el tacto de hombre de mundo, se callaba el director de la *Wiener Revue* cuando el pequeño Epner le trajo radiante de alegría una cantidad respetable, pagada por una renombrada droguería para que la revista se callara, como dicen en el término técnico del periodismo. Era una de las pequeñas prebendas sin

las cuales no puede quizás hacerse propaganda literaria y política con toda la eficacia necesaria, porque los anuncios y suscripciones apenas costean los gastos materiales de papel, imprenta y administración. La figura seria y respetable de Blechstein facilitaba mucho el éxito de aquellas aventuras indispensables para la empresa y cuya moralidad es tan discutible como cierta clase de curas secretas del médico. El campeón de las barricadas de 1848 solía presentarse al comerciante o industrial respectivo y le enseñaba una carta escrita a la dirección de la revista en la cual le remitía un químico experto el análisis escrupuloso de un artículo del almacén respectivo, suplicando al periódico que se hiciera eco de este escandaloso engaño del público que cree comprar chocolate y sólo compra harina o leche condensada y le dan polvos de arroz. Como «llamados defensores de los intereses del público y cumpliendo un sacrosanto deber» solía decir el astuto redactor, estamos obligados a publicar esta carta... sin embargo, si usted nos da garantías, que desde ahora cesará la adulteración en los artículos de su almacén, intervendré en favor del crédito y la merecida reputación de su casa con el remitente de la carta y mediante una insignificante cantidad, se dejará convencer de la inconveniencia de su publicación.

Estas razones tenían por regla general el efecto deseado y raras veces era preciso llegar a la publicidad con revelaciones escandalosas de esta clase, porque los industriales ya están acostumbrados a pagar la contribución debida a la prensa para que ésta haga la vista gorda como los polizontes hacen como si no apercibieran ciertas casas de juego o de otro carácter con tal que el escándalo no vaya más allá de lo permitido por una tolerancia prudente.

Sin este *chantaje* permitido, no hubiera podido servir la revista del joven livonés a los sublimes ideales de solidaridad y justicia. Sin tomar el mundo como es con sus impurezas y fealdades, nunca podrán realizar los campeones del socialismo sus nobles aspiraciones; el hombre es un aborto de fango y espíritu, hace decir Goethe al Mefistófeles[123], para gozar este mundo terrestre y conquistar a Margarita debía Fausto vender su alma al diablo.

XVI

En estos trabajos pasaban los meses y se aproximaba el otoño, la estación más poética en los países del Norte donde las hojas de los árboles se marchitan y caen cual ilusiones perdidas del árbol de la vida del hombre. Una melancolía suave nos llena el alma al perdernos por aquellos bosques, cuando el pie tropieza con las hojas amarillas que marchitas cubren el suelo y el viento fresco anuncia la proximidad del invierno.

Educado en su juventud en medio de un bosque espeso por un padre admirador de Rousseau y de la naturaleza, Erico había comprendido desde muy joven el contacto misterioso que existe entre el mundo exterior y nuestros sentimientos e ideas. Más tarde había estudiado a los panteístas Lessing, Goethe y al gran filósofo judío Espinosa[124]. Comprendió la profunda verdad que encierra la filosofía de la India al considerar todo el universo como una manifestación del gran *pan*[125]; *tat wan asi*, «esto eres tú»[126], nos dice cada planta, cada árbol, cada ser viviente y hasta cada piedra en el campo. ¡Polvo eres y polvo serás! dice la filosofía cristiana, sin darse cuenta quizás que comulga en la sublime religión panteísta que une realmente a todos los seres entre sí y con el universo como átomos, moléculas, manifestaciones del gran todo, del macrocosmo, del universo, del *pan*.

Las tardes que el prometido de Matilde podía sustraerse bajo cualquier pretexto de los absorbentes trabajos de la redacción de la *Deutsche Zeitung* daba largos paseos por los alrededores de Viena. Muchas veces volvía a media noche perdiéndose en los solitarios bosques que cubren las montañas, cuya hermosa silueta

parece adornar la inmensa capital de Austria cual guirnalda de triunfo.

Una de estas tardes del mes de octubre, Erico como de costumbre, sin saber dónde y sin preguntar el nombre del pueblo, se paseaba pensativo subiendo un estrecho camino tras espesos árboles hacia una montaña, desde la cual se le presentaba una magnífica vista sobre la hermosa capital del Danubio. Cuando llegó a arriba, apercibió que el pueblo que se hallaba a sus pies debía ser Sievering, la misma aldea donde vivieron los padres de Leopoldina y donde la simpática joven debía encontrarse ahora.

–Quizás piensa aún en mí, dijo el joven para sí. Su fantasía le alejaba siempre de la realidad que le rodeaba, abriéndole los horizontes del pasado y el porvenir.

Sentía algo como el cansancio y el hastío que solemos sentir después de largos meses de agitaciones y zozobras. Ya muchos años había llevado la vida errante del turista y en el alma sentía ahora un gran vacío, porque todos los ideales del mundo y todo lo grande y bello de nuestro continente, no podían satisfacer el anhelo del corazón a amar o ser amado. Toda la gloria y grandeza del mundo no vale tanto como un alma que nos quiere. Al joven cosmopolita le hubiera parecido árido y sin atractivo toda aquella vieja y hermosa Europa si no le unieran lazos de amistad con numerosos amigos en los países que había visitado durante largos años de su peregrinación de emigrado.

¡Oh, el corazón humano! este triángulo misterioso y simbólico, parece que la esfera del cosmos nunca podrá llenarlo por completo porque siempre queda un vacío... Los límites de la inteligencia humana para comprender la esencia de las cosas, le hacen soñar en lo ilimitado, lo incomprensible, lo eterno, lo misterioso; y feliz es solo aquél quien aún desea algo, para el cual aún hay ideales, aspiraciones, ilusiones... ¡Ah, ilusiones, este velo piadoso que cubre la terrible faz de la verdad en el templo egipcio! Si nuestros más dichosos sueños son ilusiones, si el amor mismo que embellece nuestra existencia haciendo soportable nuestra vida, no es más que una piadosa ilusión, el velo que cubre el terrible abismo del corazón humano, aquel secreto que

los sacerdotes egipcios del templo de la verdad se confiaron el uno al otro en voz baja para que el vulgo no se apoderara de él: el egoísmo, el egoísmo que es el único móvil de todo ser viviente y que mueve al universo[127].

Una brisa fresca hacía estremecer a Erico; se sentaba en un banco dejando vagar su mirada encantadora sobre el espléndido panorama que tenía ante sí. Allá se extendía el mar de casas, torres e iglesias de la soberbia Viena y en medio de este mar se levantaba la majestuosa cúpula de la vetusta catedral de San Esteban, cuya torre gótica ya resistía siete siglos a los vientos boreales que desde las escarpadas montañas de los Cárpatos[128] luchaban contra aquel sublime monumento del arte cristiano, cual Viena mismo luchaba hacía mil años contra la invasión de la civilización europea por los hunos, tártaros y ahora por el despotismo bárbaro de los zares de Moscú. Más allá aún estaba su amada Livonia y más hacia la derecha se extendía la inmensa llanura sarmática[129] donde yacen ciento diez millones bajo el yugo del absolutismo ruso. Le parecía que de lejos veía una imagen de mujer altiva y bella que le tendía los brazos blancos y desnudos como aquella mañana en Moscú, y el joven reconoció a Olga que para él ya no era mas que un símbolo de la Rusia libre, la Rusia del porvenir y se acordó como de un sueño pasado de aquellas escenas de conspiradores que había visto en Petersburgo, Moscú y otras ciudades rusas.

–¡Ilusiones, ilusiones! exclamó, ¡si la libertad, el progreso, no es la felicidad!... ¡Ah, difícil problema, secreto eterno! ¿Qué es la felicidad?

El joven sonreía como si una impresión muy grata hubiera cruzado por su mente. ¡Ja, ja! reía en alta voz y se repetía las graciosas palabras de su novia de Andalucía, a la cual, explicaba que las mujeres de los países del Norte tenían mucha mayor libertad que las de España y que él le daría más libertad aún porque luchaba por la emancipación de la mujer.

–¿Para qué quiero yo esa libertad? le había preguntado Matilde, si yo quiero estar siempre contigo, al lado tuyo, quiero ser tu sombra, quiero ser tuya, ¿comprendes Erico?

¡Cuánta profunda sabiduría encerraban aquellas palabras de la inocente niña; eran todo un libro entero, un sistema filosófico completo!

Tiene mucha razón, decía Erico para sí, cual rayo que rompe las oscuras nubes iluminando con mágica claridad los valles y las montañas, semejando aquellas sencillas palabras una vivísima y ancha luz que se proyecta sobre infinidad de problemas hasta entonces encerrados en espesas sombras para el admirador de los filósofos modernos, los Herbert Spencer, Augusto Comte, Federico Strauss, Arturo Schopenhauer, Eduardo Hartmann y John Stuart Mill[130]. Lo que todos aquellos sabios no supieron explicarle, vino a resolverlo la clara inteligencia de la niña de Andalucía.

Que no busquemos la felicidad fuera de nosotros sino en nosotros mismos; ni la libertad, ni el progreso pueden traérnosla si no la encontramos en la armonía de nuestra alma. Toda filosofía y sabiduría consiste en saber llenar el alma, en saber de tal manera identificarnos con el mundo exterior que puede llenar el vacío de nuestro corazón. La simpatía a todo lo que nos rodea nos trae infinidad de sensaciones de agrado, cuanto más extendamos el círculo de nuestros intereses, de nuestros afectos, más seguros estaremos de que queda llenado el vacío interior y que ante nuestra vista intelectual no acabe nunca la serie de objetos de nuestra simpatía. Quien más ama más feliz será, es la filosofía más refinada de la felicidad, del egoísmo subjetivo que se confunde con el humanitarismo más sublime, con la filosofía del amor. Abrazad con vuestro cariño a cuantas personas podáis, a cuantas naciones os den la hospitalidad; haced vuestra causa a cuantas causas nobles luchan por la victoria contra las ignorancias e injusticias; entusiasmaos por todo lo bello y grande... y seréis los más felices, os confundiréis cada vez más con el universo entero, el gran macrocosmo, el misterioso *pan* y comprenderéis entonces el estado de felicidad de los filósofos de la India que hace tres mil años enseñaron que la mayor felicidad consiste en sumergir el yo en el nirvana[131], extender el yo en el gran todo, aniquilar el mezquino yo para unirse con el gran *pan*.

¡Ah!, la filosofía panteísta había llevado a Erico al abismo de la negación de todos los ideales, de todos los dioses, de todas las esperanzas, pero en el fondo de este abismo se encontraba el joven filósofo con la realidad y mirándola sin el velo de las ilusiones, vio maravillado bellezas y atractivos que antes había ignorado absorto en la contemplación del infinito. Los mundos imaginarios que había buscado con los grandes maestros de la filosofía y que los sueños de la juventud le hicieron ver en un fantástico paraíso de la leyenda cristiana, desaparecieron para siempre. En lugar suyo, quedó desde entonces la realidad y cuanto la realidad nos encierra de hermoso y grande, cual Fausto sepultado bajo el polvo de la metafísica, comprendió aquella mañana de domingo de resurrección la hermosura de este mundo en que vivimos que él había también olvidado frente aquel mundo imaginario en lo infinito[132].

Hacer la felicidad de su patria, de los ciento diez millones de hermanos suyos de Rusia, ¡qué hermoso sueño! Sin embargo, este gran amor abstracto no pudo llenar su alma deseosa de algo más concreto, más cerca... el joven sintió por primera vez quizás en los cinco años de emigración que había vagado por Europa ese sentimiento doloroso que se llama nostalgia. Las impresiones siempre variadas de su agitada vida habían acallado esa voz interna, y ahora, al verse en relativa calma, cual marino en seguro puerto tras tempestuosa navegación, se hacían oír desde el fondo de su alma como suspiros dolorosos y llantos por largo tiempo contenidos. Los bosques de Livonia le llamaban, el suave murmullo del río a cuya orilla jugaba como un niño, sonaba en su oído y vio abierta la puerta hospitalaria de su casa paterna...

¡Oh, no, todo esto ya ha pasado para siempre! exclamó Erico instintivamente como si quisiera rechazar aquellas imágenes y aquellos sentimientos melancólicos. ¡Vencido y expulsado de la patria me crearé un nuevo mundo aquí en tierra extraña, Viena, hermosa metrópoli del Oriente europeo, serás mi segunda patria, serás testigo de mi dicha con la hija de Andalucía y tú serás la cuna de mis hijos que vengarán a su padre de la barbarie moscovita como yo he vengado a mis padres!

Ya se había hecho tarde; los últimos rayos del sol iluminaban la cúpula de San Esteban[133] y la inmensa capital se perdía en un mar de suaves tintas azules y encarnadas; un silencio solemne rodeaba al joven, absorto por la melancólica hermosura de esta ciudad gigantesca envuelta ya casi por completo en las sombras de la noche, cuando Erico sintió tras de sí pasos y al volverse reconoció a una antigua amiga, la simpática Leopoldina, la Margarita austríaca[134].

XVII

Soy yo Erico, no te asustes, dijo Leopoldina y dio la mano al joven. ¿Por qué no nos has visitado al venir a Sievering?, preguntó después.

–Leopoldina, te lo digo con sinceridad; al subir aquí no sabía que era Sievering y sólo desde esta altura he comprendido que allá abajo debía ser éste el pueblo vuestro, pero como ya era tarde... no quería molestaros... ¿Y tu mamá, cómo está?

Así hablando, se sentaron ambos en el banco. La conversación no pudo adelantar porque había algo entre los dos que nadie parecía querer tocar y que, sin embargo, a ambos preocupaba.

Tras frases convencionales sobre el tiempo, la vida del campo y la salud de la madre de la joven, dijo ésta al fin con voz incierta:

–¿Y de España, hay buenas noticias?

–Buenas... y al mismo tiempo malas, replicó Erico y se alegró de tener ocasión de hablar del asunto con su amante; asuntos de familia de Matilde, me obligan a traerla muy pronto aquí, quizás en pocas semanas partiré a Málaga.

–Ya he sabido por una amiga que habéis puesto casa, os deseo que seáis muy felices.

La pobre muchacha lo dijo con voz trémula y algunas lágrimas cayeron de sus ojos. Erico le cogió la mano suavemente y con el brazo derecho la acercó hacia su pecho acariciándola como a un niño al cual se quiere consolar.

–¿Me puedes perdonar? preguntó después en baja voz, mirándola con cariño y besándola; mira, Leopoldina, la vida nos

arrastra, nosotros seguimos a donde nos lleva, ya sabes, contra nuestro destino no podemos luchar.

–No hago reproches, Erico, lo sé todo, me lo dijiste todo, si me resigno, sólo quisiera que no te precipitaras.

–Leopoldina, si no soy dueño de mis actos, si el destino, la fatalidad, llámalo como quieras, me obliga a casarme con la andaluza. No hay tal libre albedrío, decía el joven con calor, es una de las ridículas ilusiones que nos inculcan para hacernos responsables de nuestros actos[135]. Todo en el mundo obedece a leyes invariables, cada idea que cruza nuestro cerebro es consecuencia necesaria e inevitable de otras ideas y circunstancias. Ni siquiera somos libres de amar a ésta o aquella mujer, porque nuestro gusto se ha formado necesariamente por circunstancias anteriores.

La joven le escuchaba absorta y Erico se acaloraba cada vez más, explicándole lo absurdo del pretendido libre albedrío. Estas cuestiones filosóficas le apasionaban y siempre iba a su verdadero origen relacionado con el interés que pueden tener ciertas clases en hacer que los errores subsistan.

–Es una infamia de nuestra filosofía pagada por una sociedad donde unos pocos viven de la explotación de los demás y donde estos privilegiados necesitan justificar el abandono culpable en que los demás yacen, porque el absurdo del libre albedrío les hace responsables a los infelices que mueren de hambre, de miseria y da el derecho a castigar al desgraciado que roba un pedazo de pan para no morirse. ¡El derecho a la vida, a la mísera existencia es más sagrado que todos los derechos creados a la sombra de las injusticias![136]

Erico se había levantado del banco y gesticulando enérgicamente, prosiguió con voz apasionada:

–Sí, todo es una mentira criminal para que el pueblo siga callando, y creyéndose libre, no exija que la sociedad se encargue de cuidar o proteger al débil, al pobre que sucumbe en la lucha por la existencia.

– Tranquilízate, Erico, dijo la joven cogiendo al socialista por el brazo, no entiendo nada de esto, pero creo que tengo la culpa de mi desgracia.

– Es un error, ni tú, ni yo la tenemos, replicó Erico con cierta impaciencia, como se afirma una verdad negada por los demás y siempre de nuevo defendida por uno; mira, hasta puedo darme cuenta de por qué me he enamorado de Matilde. Necesaria, fatalmente, sé cuanto influyeron las circunstancias especiales del día cuando la vi por primera vez, su carácter alegre, su figura y hasta su cara y sus ojos. La primera mujer que me impresionó cuando era muy joven ha sido una muchacha cuyo tipo se parecía mucho al de la andaluza y parece que este tipo se me ha clavado para siempre en el alma... Ya no soy libre; aquella impresión de la juventud determinaba mi amor y si supiéramos el origen de todas nuestras simpatías y antipatías, no nos creeríamos tan libres como la estupidez presuntuosa del vulgo lo pretende. ¡Ah, qué triste suerte tuvo aquella pobre muchacha! Se casó con un amigo de su padre para saldar de este modo algunas cuentas corrientes, y después de dos o tres años la vi por casualidad antes de salir de Petersburgo. Apenas pude reconocerla, llevaba la existencia como un fardo pesado, sin ilusiones ni esperanzas.

Leopoldina suspiraba, también ella sentía instintivamente que el destino le había reservado una existencia parecida.

–También yo tengo mala suerte, dijo resignadamente, viviré sin ilusiones ni esperanzas, dices bien, todo es el destino, la fatalidad. ¿Por qué te había de conocer y por qué no habríamos podido ser felices? Tienes razón, el destino lo es todo.

–Erico la miró pensativo y tras largo silencio dijo: Quizás así serás más feliz que conmigo hubieses sido. Mi vida me llevará por aventuras muy agitadas y tu carácter no se presta para ellas. Tú quieres las dulzuras de la vida de familia, tú eres alemana, mientras a mí me atrae la lucha, me seduce el peligro. No hay nada que me desespere tanto como la monotonía que llena la vida de los hombres de hoy y que les enerva y los imposibilita para toda obra que requiere originalidad de pensamiento y energía de carácter. Hay tantos problemas difíciles de resolver, ves allí esa

inmensa capital, cuanta desgracia inmerecida exige pronto remedio y contra cuantas injusticias hay que protestar. La vida del escritor es una lucha continua y sólo podrá vivir feliz con él una mujer que tome parte en esta lucha, que se entusiasme por la causa de la justicia y que sea capaz de sacrificarse por el bien de los que sufren[137].

– Las mujeres no servimos para la lucha, dijo la joven, para qué quieres exponerte, si nadie te lo agradece.

Erico sonrió, esta respuesta no le extrañaba en la suave alemana. Se acordaba de que como otro luchador con la pluma a quien admiraba mucho, Enrique Heine[138], tuvo la desgracia de no encontrar en su Matilde ni la menor inteligencia de sus vastos ideales literarios y políticos; al ver el homenaje que rindieron Francia y Alemania a la tumba del gran difunto, decía admirada que no sabía que su Enrique era tan célebre. La pobre mujer sólo se cuidaba de la cocina, de los vestidos y de lo que ganaba el poeta, y dormía muy tranquila cuando éste se ponía a leerle sus poesías. Lo que llenaba toda la existencia de Heine era para su Matilde objeto de censuras continuas porque siempre le reprochaba el hacer versos en vez de ponerse detrás de cualquier mostrador y vender ultramarinos. La famosa Xantippe de Sócrates tiró a su marido un cubo de agua cuando le vio sumergido en reflexiones filosóficas[139].

–La historia de España abunda en mujeres que combatieron heroicamente al lado de sus esposos, continuó el enamorado de la andaluza, y allí es dónde yo encontraré una compañera que me animará en las luchas y estimulará los ardores guerreros. Créeme Leopoldina, lo necesito para realizar los inmensos planes a cuya realización he dedicado mi vida. Sin este apoyo que me alienta, sin esta voz que me entusiasma, sin esta conciencia que me confirma en mi camino, no podré cumplir mi misión y sería más desgraciado que nadie porque llevaría una existencia sin fin, ni objeto, una existencia imposible para mí porque el hastío me llevaría infaliblemente al suicidio.

–Pero Erico, no te entiendo, replicó la joven alemana, ¿por qué no vives como los demás? Mi padre ha estado toda su larga

vida empleado y ahora vive tan feliz y dichoso sin hacer nada dedicado a sus flores y sus pájaros.

–Tú llamas a esto vivir, yo apenas lo llamo vegetar como las plantas, prefiero la muerte a esta vida muerta.

La oscuridad recordaba a la joven que su madre la esperaba. Adiós Erico, dijo, no nos entendemos en cuanto a esto, mira que feliz sería si vinieras cada semana a verme como hoy, ya ves que no soy exigente.

Los dos se despidieron y Leopoldina bajó rápidamente desapareciendo entre las casas del pueblo.

¡Ah!, ¡no! esto no era el ideal del propagandista, del agitador. Erico sabía perfectamente bien que al lado de esta mujer no podía ser feliz. Le faltaba lo que el hombre busca en la mujer y que únicamente justifica el matrimonio en la sociedad actual que es el complemento suyo, un apoyo, un estímulo, una conciencia que vele constantemente para que no se pierda en direcciones equivocadas y que sea fiel a sí mismo, su carácter, su temperamento y sus ideales.

En efecto, el amante de la joven comprendió con mayor claridad que nunca la diferencia de gustos y de manera de pensar que le separaba de ella. Hasta le parecía ahora un deber el no impedir más la dicha tranquila y reposada de aquella naturaleza sencilla y bien equilibrada, cuyas aspiraciones no iban más allá de lo que le brindaba aquel joven campesino, cuyos terrenos lindaban con los de sus padres.

Se casará, pensaba Erico, y en pocos años será la madre cuidadosa de numerosa prole y cuando entonces se acuerde de mí y de nuestros fugitivos amores, quizá se ruborizará... quizá pensará en ellos como en una poesía de la juventud, como yo pensaré en ella. Viviendo conmigo en las dificultades y zozobras de la vida de un revolucionario internacionalista, quizás se convirtiese la dulce y suave Leopoldina en una severa Xantippe que vierte el agua fría de su prosa sobre los ideales ardientes de su Sócrates.

Además, decía el livonés para sí, el carácter germano no me es congenial, es muy *filistino*[140], basta ver lo árido y seco de su religión para comprender que les falta arte y entusiasmo. Su pro-

testantismo es una mezcolanza de metafísica y escolástica sin poesía, ni encanto alguno para los sentimientos, y hasta sus revoluciones obedecen menos a entusiasmos idealistas que al mandato del imperativo categórico del metafísico Kant[141].

El entusiasta del mediodía se sentía en medio de aquel mundo germano como un extraño y se preguntaba a sí mismo ¿por qué no abandonaba aquellos países áridos y fríos que helaban su alma? ¿No tiene el hombre libertad? ¿Por qué le quieren obligar a pertenecer a una nación con la cual no puede simpatizar?

¡Ah! Erico vio ante sí un nuevo mundo del porvenir. La oscuridad de la noche que le rodeaba, parecía haber concentrado sus facultades intelectuales y los horizontes del porvenir humano se le presentaban con mágica claridad: allí vio a la vieja Europa convertida en una gran nación de hermanos sin fronteras ni barreras de ninguna clase[142]. Sobre aquel paraíso flotaba el espíritu de la libertad que era la inteligencia humana, dueña completa de los destinos de la humanidad, aplicando las inmutables leyes de la ciega naturaleza; esa fuerza ciega, que hoy nos aniquila con su peso abrumador en provecho del género humano, el *fatum*, el horror del pensador, la implacable lógica de las cosas y su forzoso encadenamiento es convertido, desde luego, en ordenada consecuencia de las leyes naturales por la inteligencia, por el entendimiento superior humano, que sabe aprovechar toda la abrumadora maquinaria del universo para la dicha de la colectividad humana y la felicidad de cada individuo[143].

En aquellas noches, en las alturas frondosas del Sievering que dominan la metrópoli austríaca, encontró el filósofo socialista la solución del problema de la libertad del hombre, el libre albedrío, ese enigma de todos los pensadores y moralistas. El saber, la ciencia eleva al individuo hacia los serenos horizontes de la libertad y desde aquella altura se apercibe debajo de sí todo el caos de la naturaleza; caos, cuyo desorden trae el orden, la organización, la armonía. El mundo principia en la ignorancia y el caos, a medida que el espíritu humano se emancipa, va organizándose la sociedad humana según las leyes de la sociología hasta que lleguemos un día hacia el glorioso ideal del perfeccionamiento de

la humanidad, del socialismo moderno donde ya acaba la lucha en sus formas primitivas y groseras de lucha por la existencia, tomando el aspecto de una rivalidad que estimula la ciencia y las artes. Si antes, en los siglos de la barbarie, cada individuo nacía y moría en un estado, en una profesión determinada, en el porvenir se levantará hasta sobre las fronteras de la nacionalidad porque formará parte de aquella nación que más simpatías y admiración le inspire, llegando de este modo a la mayor libertad y determinando por su propia voluntad el lugar que quiera ocupar sin imposición alguna del ciego azar del nacimiento.

Este sublime ideal quería el cosmopolita ver realizado en sí mismo. La naturaleza le había dado la nacionalidad alemana y rusa... él protestaba contra esta imposición de la ciega naturaleza, de ese *fatum*, de ese destino y más que nunca sentía el deseo vehemente de confundirse con aquella gran nación latina cuyos entusiasmos conquistaron el Nuevo Mundo y cuyo carácter caballeresco, apasionado y enamorado de las grandes aventuras, le habían siempre cautivado. El amor a la hija de Andalucía ya no era sólo un azar de los amores, sino le parecía como la fatal consecuencia de una inclinación de su carácter y de todo su ser y más que nunca estaba convencido de que únicamente allá, en el lejano país meridional, podía encontrar la dicha y el mundo de los ideales que él buscaba.

XVIII

La novela moderna es ante todo psicológica; pinta acontecimientos interiores, revoluciones de carácter y de ideas, y se distingue en esto esencialmente de la novela de nuestros padres que leían con vivísimo interés las aventuras de Montecristo[144]. Sin embargo, más difícil es para el lector seguir y comprender el desarrollo de un carácter y el concepto de mundo de uno o varios protagonistas que seguirles por las aventuras en países extraños o en conflictos horripilantes con asesinos y piratas. No sólo exige el novelista moderno mayor atención de sus lectores, sino más aún, una ilustración poco común y entendimiento de los fenómenos psicológicos.

Aquel paseo nocturno por las selvas del vecino Sievering, no encerraba en sí al parecer nada que pudiera despertar el interés novelesco. Sin embargo, era una revolución completa que confirmaba el plan que Erico se había trazado y le empujaba hacia nuevos ideales extraños y atrevidos que hacía pocos días le hubieran parecido al mismo un sueño extravagante, una locura de la soberbia humana.

Protestar contra la imposición de la ciega naturaleza, del universo con sus leyes implacables, levantarse por su voluntad contra aquellas leyes eligiendo libremente la nación, de la cual quería desde luego formar parte, era tan nuevo y atrevido que Erico vacilaba si debía emprender o no la obra gigantesca. El destino le había hecho nacer en Livonia, él protestaba contra esta imposición fatalista. ¿Por qué tiene el hombre la inteligencia, sino para

elegir él mismo su destino sin imposiciones ni del *fatum,* ni de la llamada providencia, ni de ningún Dios?

¡Atrevida rebeldía!

Si el arte nació del deseo de un enamorado de ver reproducida la imagen de su amante, también se vio llevado Erico hacia aquella protesta del hombre libre contra el fatalismo por el amor, por el entusiasmo, por la hermosa andaluza. Identificarse con el pensar y sentir del país de su ideal; hacerse español por amor a aquella bella española, ésta era su resolución y tanto más le gustaba la idea cuanto mayores dificultades presentaba su realización, porque el joven livonés pertenecía a los caracteres indómitos a los cuales seducen las dificultades y que con tanto más ardor y perseverancia persiguen un ideal cuanto mayores dificultades se le ofrecen y a los cuales les gusta la lucha por sí y no como medio para llegar al fin.

Ya hemos visto porqué el éxito de la revista *Wiener Revue* no podía satisfacer todas las esperanzas que Erico cifraba en ella de modo que ante el literato se presentaba un porvenir indefinido de mortificaciones intelectuales en la redacción del diario aliado del *Sublime* y el *Terrible,* y en presencia de las víctimas del *moloch*[145] de la prensa, Bettelheim, Friedjung, Richter; y esta perspectiva llenaba su alma de tristeza.

Aún le quedaban los cinco mil francos depositados en el fondo del escritorio para el viaje a España. El desgraciado amante de Matilde no sabía que Epner se había apoderado de ellos, con el loable propósito de labrar las fortunas suya y de su amigo ruso jugando en la lotería con aquella cantidad «prestada».

Varias veces había ido Epner a buscar a Erico a la redacción de la *Deutsche Zeitung* con el fin de que le diera manuscritos para la revista. Éste le había dado las llaves del escritorio donde los podía sacar, sin verse él mismo obligado a dejar el trabajo periodístico urgente porque estaban esperando los chiquillos de la imprenta y la máquina no podía esperar. Una de estas ocasiones aprovechó el pequeño judío para sustraerle a su bienhechor el paquete con los billetes del Banco, sustituyéndolo por papel blanco para que Erico no se apercibiera de nada.

Confiado por su carácter, porque aún no había sufrido desengaños crueles que hacen desconfiar del mejor amigo ofendiendo a veces a las personas más nobles y dignas, contaba Erico con aquellos cinco mil francos y se arrojaba a empresas en las cuales hubieran sucumbido hombres mejor preparados para la lucha por la existencia que este hijo de opulenta familia, mimado por la suerte hasta entonces, y a dificultades que nos obligan a abandonar por algún tiempo nuestros ideales más queridos para sólo luchar a brazo partido contra el tétrico enemigo, la miseria y el hambre... Erico se hubiera estremecido de poder apercibir ante sí el abismo lúgubre que ante el inexperto se abría; él, que siempre disponía de un puñado de oro, se vería obligado por el hambre a buscar una miserable moneda de cobre y no encontrarla.

Nada vio el joven idealista de la gigantesca sombra lúgubre que se ponía entre él y su dicha, entre él y Matilde, la hija del sol de Andalucía. El sólo vio aquel rayo de luz que brillaba en sus ojos y ya le había alcanzado la sombra terrible que acompaña la humanidad desde su crepúsculo, allá en los siglos de la barbarie hasta hoy, y que se llama la miseria, el espectro horrible, ante el cual parece que huyen en atropellada fuga todos aquellos que buscan fortuna, riqueza, y cuya tétrica faz arroja al más virtuoso al crimen y a la sociedad entera en un caos de luchas y desgracias.

–Quizás hubiera sido Viena la tumba de mi Matilde, decía Erico para sí; apenas diez y siete años, es aún demasiado joven para soportar el traslado a este clima frío y bajo este cielo siempre melancólico; más adelante, cuando ya sepa alemán la traeré aquí, ahora es mejor que me vaya a España.

También le afirmaba en este propósito una carta de Olga Ivanovna, llena de desesperación, un verdadero grito de dolor de la mujer deseosa de ideales y de la patriota que sufre al ver la desgracia de su nación.

La carta hablaba solamente de la política revolucionaria, pintaba en colores negros el embrutecimiento del pobre aldeano ruso, la explotación despiadada de este aldeano por una especie de clase media compuesta de usureros, taberneros, *chinovnikcs*[146] o sea empleados y pocos letrados representados por el médico

y el cura. La ignorancia del pueblo hacía casi imposible toda propaganda socialista-revolucionaria, porque aquellos mismos explotadores hacían voluntaria y espontáneamente servicios de polizontes para que las masas populares no se rebelaran contra su explotación e impidieran todo lo que pudiera contribuir a la ilustración del pueblo. Así cerraron por orden gubernativa el colegio que Olga había abierto para los niños de la aldea donde su padre poseía su hacienda, a pesar de las influencias del viejo general en la capital Kazan y en Petersburgo.

Mejores esperanzas se presentaron a la nihilista en los grandes centros, las grandes ciudades con las masas obreras de las fábricas. En Moscú y en Petersburgo había organizado su amante George una vasta asociación secreta y en esta red revolucionaria había sabido coger numerosos militares entre soldados y oficiales. Sin embargo, Olga no se hacía ilusiones respecto al alcance de esta conspiración, porque sólo tenía y podía tener carácter estrechamente sectario, socialista por una circunstancia especial que no escapaba a la penetración de la profunda conocedora del alma y de las aspiraciones de su nación: aunque cosmopolita y sin preocupaciones contra otras nacionalidades, tiene el ruso un entrañable amor a su país, a su patria, en el fondo de su alma. El patriotismo ruso hizo sepultar los ejércitos de Napoleón el Grande[147] en las nieves de Rusia muertos de frío y de hambre, porque el pueblo ruso prefería destruir sus chozas antes de albergar en ellas al enemigo de la patria. Moscú entero fue sepultado en las llamas para que el enemigo extranjero no encontrase reposo en el recinto de la ciudad santa, objeto de veneración del pueblo al lado de Kiev y Bizancio[148].

Aquel bizarro patriotismo, ¡oh, extraña anomalía!, se oponía ahora a la obra patriótica de los revolucionarios rusos, ¡extraño encadenamiento de las cosas humanas! ¡El santo calor del patriotismo, aquel amor colectivo que es la multiplicación al infinito del individuo aislado, la victoria más hermosa del salvador principio colectivista que es la base del socialismo internacional, se oponía a la regeneración de la nación desgraciada! Y sin embargo, esta anomalía se comprende muy sencillamente. La fuerza

de cohesión del Imperio moscovita es aquel absolutismo apoyado en la burocracia omnipotente centralizada y en las bayonetas. El día que la libertad destruya esa fuerza de cohesión, será muy inminente el peligro de que el vasto imperio se disgregue y que los cuarenta y cinco millones de polacos, ucranianos, armenios, letones, bálticos, finos y otros muchos pueblos diferentes, busquen una existencia independiente de la nación rusa. El ejército ruso, los oficiales jóvenes ardientes de deseos de ver libre a su patria y en su inmensa totalidad simpatizando o cooperando a la obra de los revolucionarios, se encuentran sin embargo, por su no menos ardiente patriotismo, en el deber de oponerse a una revolución para no ver su querida patria desmembrada y aniquilada

–Nuestra situación me inspira horror, terminaba la carta de Olga, nos movemos en un círculo vicioso, sin salida. Nuestro pueblo se muere en la tumba cuyo epitafio dice zarismo y el amor patrio de nuestro bravo ejército impide destruir aquella losa de plomo. La obra de vosotros, los federalistas bálticos, ucranianos y polacos, hubiera podido tranquilizar los ánimos temerosos de que la Rusia quedara desmembrada por la libertad, pero por desgracia trababan en contra de vuestros generosos esfuerzos toda la prensa de la reacción, los Katkof[149], Aksakof[150] y otros cuyos nombres serán la maldición eterna de mi desgraciado pueblo. Estos miserables gritan a diario en sus periódicos del separatismo vuestro y nuestros liberales mismos son bastante cándidos para dejarse engañar con este falso juego. Así los vemos todos haciendo consciente o inconscientemente la causa de la reacción, de la más inicua explotación de nuestro pueblo, y los órganos liberales *Golos* y *Novoje Wriema* quizás son más perniciosos para nuestra santa causa que los reaccionarios *Russkiye y Moskvovokia Wiedomosti*[151], porque luchan con las armas poderosas del liberalismo que también aquí se ha hecho dueño de todos los ánimos.

–Compadézcanos, Erico, eran las últimas palabras de la carta, sólo de un conflicto internacional que traerá tras sí la gran revolución social en toda Europa, podemos esperar la salvación. ¡Estamos vencidos!

Erico estaba profundamente conmovido por estas líneas desconsoladoras. Luchar sin esperanzas en la próxima victoria, esto es terrible. ¿Y él, para qué continuaba entonces en Viena y para qué publicaba su revista?

Una voz interna le decía que la bella nihilista tenía razón, que estaban vencidos, que no había esperanza alguna sino la que les anunciaba la alborada del nuevo sol de la humanidad en los horizontes de la revolución social que el conocedor de toda aquella Europa del Norte petrificada en preocupaciones de castas y razas no vio levantarse ni desde Alemania, ni desde Francia, sino desde las crispadas peñas de las sierras de España, como lo había visto también con profética claridad Olga Ivanovna en aquel momento solemne cuando Erico huyó de Moscú.

XIX

Si Matilde hubiera podido adivinar el abismo que se abría ante los pies de su futuro le hubiera detenido, en vez de precipitarle a él sin tener la más mínima culpa. La pobre muchacha se hallaba en una situación bien difícil ante su familia y la ruina consumada de su padre D. Francisco.

La larga enfermedad de la esposa del comerciante ya hubiera sido suficiente para facilitar a su dependiente, el montañés Primitivo, el logro de sus innobles fines, porque D. Francisco era ante todo fiel esposo y cariñosísimo padre para el cual la familia lo era todo. Si su Frasquita estaba mala o si uno de sus tres hijos se sentía enfermo, no podía parar en el almacén; él mismo les quería dar los medicamentos y les arropaba, y noches enteras velaba a su cabecera. No tenía vicios, ni siquiera fumaba, la única distracción eran los bichos que llenaban su casa y las flores; y entre los bichos había perros, gatos, conejos, gallinas, pájaros y hasta un caballo para entretenimiento de los niños, porque para el almacén no era indispensable.

Durante los largos meses que D. Francisco apenas se dejaba ver en la tienda cuidando a su esposa, manejaba Primitivo a su gusto las cosas; y en efecto, apenas la madre de Matilde ya había salido fuera de todo peligro y que por un susto ya no había que temer mortales consecuencias, ocurrió la desgracia que debía arruinar al almacenista y a la vez borrar para siempre las huellas de los desfalcos en género y dinero ocasionados durante la ausencia del amo.

Una noche cuando los tres dependientes, entre ellos Primitivo, estaban durmiendo encima del almacén, donde tenían una habitación para ellos, mientras que el amo vivía desde la enfermedad de su esposa en la casita rosa del Castillo, se prendió fuego la tienda y con tanta rapidez se extendió el incendio que no se pudo salvar nada.

Gente maliciosa murmuraba que el fuego no podía ser fortuito y había quien afirmaba haber visto despachar en la tienda pocos días antes numerosas cajas llenas de géneros, pero nadie podía afirmar nada seguro sobre el asunto y todas las pesquisas del desgraciado D. Francisco resultaron infructuosas. Él tampoco podía explicarse cómo era posible que el fuego se extendiera con tan extraordinaria rapidez y se quedaba con la terrible sospecha de que una mano criminal había ocasionado su ruina.

Sin embargo, su rectitud no le permitía el formular la acusación contra nadie y tampoco podía inculpar de mal intencionado a su dependiente Primitivo, por haber éste olvidado pagar con regularidad las pólizas del seguro de la tienda, y, según el contrato con la compañía, había perdido todo derecho a una indemnización.

Parece que el padre de Matilde comprendió el íntimo enlace entre el incendio y su hija, pues dijo con severa mirada al dependiente abandonado: tú ya tendrás tu resolución tomada, vete con Dios y que seas feliz; y cuando Primitivo quería despedirse de la familia, le mandaba decir su antiguo amo que no podían recibirle.

En pocas horas había quedado la familia de Matilde completamente pobre, y un comerciante sin capital es un jinete sin caballo. Eran semanas y meses de prueba para el desgraciado D. Francisco y el eco de aquellas angustias había llegado a Erico por las cartas de su novia, sin que el literato adivinara que la ruina había sido tan completa y que la miseria estaba amenazando a la familia de su adorada.

La habilidad del andaluz pronto encontró remedio para todas estas dificultades. D. Francisco había sido uno de los primeros que hacía unos treinta años supieron explotar el entonces nuevo

comercio de petróleo, comprando grandes cantidades del líquido americano y vendiéndolas después a precios crecidos. Quien una vez ha sabido hacerse rico de la nada no se asusta tan fácilmente, aunque con cincuenta años no se encuentre con tantas energías como con veinte.

Para poner otro establecimiento aceptaba los ofrecimientos de un procurador cuyo cuñado tenía la representación de varias importantes fábricas alemanas de quincallería y lampistería, y en efecto, el curial mencionado D. Carlos, hijo de un antiguo alcalde de Málaga víctima de la demagogia durante la revolución, supo ganar tan pronto las simpatías del bondadoso comerciante que éste se vio precisado a invitarle de cuando en cuando a comer con su familia en la casita del Castillo.

Poquísimo gustaban estas visitas tan frecuentes a los hermanos de doña Frasquita, gente de formalidad extraordinaria que conocían al tal Carlos como muy calavera, muy aficionado al género flamenco y tertuliano constante en las tabernas de la Caleta, o sea, del camino hacia el llamado Palo a orillas del mar[152]. Sabían que había tratado muy mal a su mujer, muerta hacía pocos años, y que estaba buscando otra esposa para que su hija y la casa no se encontrasen abandonadas a los criados, pero también sabían que tenía relaciones amorosas con una tabernera de bastante mala reputación.

Frasquita, la mujer más santa e inocente del mundo, escuchaba con intranquilidad lo que sus hermanos le decían; en ellos tenía una fe ciega y por cierto que estos la merecían: habían sido cinco hermanos todos capitanes de buque, dos, Juan y Guillermo ejercían su profesión; uno, Julián, había muerto en América hacía pocos meses, y los demás, se dedicaban al comercio y a la agricultura. Juan y Guillermo eran los hermanos más queridos de la madre de Matilde y se le parecían también en lo físico; eran altos y de buena estatura, ojos grandes y negros de la misma expresión de bondad e inteligencia que los de D.ª Frasquita, y en sus maneras tan modestos, reservados y prudentes como ésta.

Sin embargo, la esposa de D. Francisco comprendió, de otra parte, que su marido necesitaba a la curial calavera para el ne-

gocio y no le podía echar fuera cuando venía. Lo único que se prometió hacer era tener buen cuidado de que no entrara en contacto con su hija, porque la mirada lasciva de aquel vicioso hubiera debido ofender la pureza inmaculada de aquella virgen. Esta misma actitud le aconsejaba su anciana madre, Mamá Currita, como la llamaban, una señora de extraordinario talento que había quedado muy joven viuda, y que sola había sabido dar carrera a sus cinco hijos y educar esmeradamente a las dos hijas Frasquita y Catalina, también a la sazón casadas y con dos hijos.

Mamá Currita era el oráculo de sus hijos; esta digna señora tenía especial cariño a su primera nieta que era la novia del «nihilista», como llamaban a Erico en la familia de Matilde. Su extraordinaria belleza había despertado en su juventud los instintos sensuales de un clérigo, el cual, se permitió dirigirle en el confesionario tales preguntas lascivas que la púdica señora desde entonces dejó de confesarse, y, más tarde, abrazó con todo el fervor de un alma poética que busca lo infinito, las creencias espiritualistas de una existencia en el porvenir y la comunicación entre los espíritus de los vivos y los muertos, doctrina religiosa altamente consoladora y poética[153].

En su abuela Mamá Currita encontraba Matilde una fiel aliada para defender sus relaciones con el joven revolucionario. Con ella leía sus cartas llenas de consideraciones políticas, filosóficas y literarias que la niña no comprendía, pero cuyo mérito sabía apreciar bien la digna anciana.

Al morir su hijo Julián en América, le había comunicado su espíritu que se encarnaría en la hija de Matilde y la buena mujer, cuyo pedazo de alma había sido el regraciado Julián, estaba siempre pensando en aquella hija. Muchas veces estuvieron hablando ella y Frasquita de aquel ángel que esperaban y que debía de tener los cabellos tan rubios y rizados como los tenía Matilde cuando era pequeña y como los tenía su novio Erico.

Quizás habría influido la impaciencia de estas dos mujeres en ver realizado su sueño en el ánimo de Matilde, inspirándole inconscientemente las frases que para Erico en Viena debían tener otro sentido. Esto era tanto más fácil, cuanto menos sabe la

mujer amorosa, menos que todas quizás la española, disimular en sus cartas sus sentimientos más íntimos, sus temores y ansias, sus esperanzas y su júbilo.

Erico veía en las cartas de su novia, como en un espejo, el estado de ánimo de la inocente criatura. Sus frases sencillas le parecían lo más acabado y artístico, porque resolvían el difícil problema de decir mucho con la menor cantidad de palabras posibles. Había en ellas esta poesía y un aroma de flores naturales, de gracia ingenua que encantaban y entusiasmaban al refinado literato, acostumbrado al perfume artificial de las cartas amorosas que había recibido de alemanas, rusas o francesas. Cuántas veces bendecía el defensor de la emancipación de la mujer aquel pretendido atraso de la educación femenina en España y las numerosas faltas de ortografía y estilo en las diminutas y lacónicas, pero sentidas y poéticas cartas. ¡Ay de la ilustración cuando quita de la mujer el encanto de la inocencia que es lo mismo que quitar el aroma a las flores![154]

Siempre al leer estas cartas se acordaba Erico de aquella vendedora de claveles que en Málaga le preguntaba si quería un clavel francés o español; y a la pregunta extraña del joven contestaba la finísima observadora que las francesas no tenían olor, pero relucían más que las olorosas españolas.

El efecto de aquellas palabras no se borraban de la memoria del joven; así era, la española tiene ante todo aquel aroma que sólo se conserva cuando la mujer está raras veces expuesta a las miradas codiciosas de la gente de la calle, porque es una flor que pierde el olor cuando muchos la huelen. Parece hasta que el color de los ojos pierde lo intenso y profundo cuando la mujer se pasea mucho por las calles y los teatros, y aquel cutis blanco y al mismo tiempo algo amarillento, *foncé*[155] como dicen los franceses indicando el color de las mujeres de Ticiano y Murillo[156], sólo se observa en toda su perfección en aquellas españolas que viven la vida de un idilio en casa en la sombra de las rejas y de las flores. Una mujer dedicada al *sport* era el tipo más insoportable para el joven cosmopolita. Al ver a las sonrosadas y saludables inglesas y francesas por las calles de París, se acordaba de aquella ven-

dedora de flores de Málaga y se felicitaba de haber preferido un clavel español.

XX

Realmente había comprendido Erico bien que su novia quería que se fuera a Málaga y que se estableciera en España para que sus padres no tuvieran que separarse de ella. También había dicho bien Matilde, de su parte, que ni ella ni su familia veían en la religión protestante del extranjero inconveniente alguno; pero que esto sin embargo significaba una dificultad difícil de vencer, porque hacía necesaria la dispensa del Papa para que el matrimonio se efectuara y bien sabido es, añadía Erico para sí, que aquella dispensa papal costaba mucho dinero y tardaba mucho tiempo en conseguirse.

Nuestro protagonista se encontraba en la situación en que nos encontramos frecuentemente cuando deseamos una cosa contra la cual se oponen algunas razones de prudencia y aprovechamos el primer pretexto que se nos ofrece para burlarnos de aquellas razones y seguir nuestros deseos. Abandonar repentinamente Viena donde tenía dos medios de vivir asegurados para trasladarse sin preparación alguna a Madrid, en una atmósfera extraña para él por completo, debía parecer una precipitación y se alegraba de que Matilde le hubiera dado en su carta aquel pretexto deseado para justificar su resolución.

–Haré un sacrificio por la hermosa niña, pensaba, engañándose quizás conscientemente. Me estableceré en Madrid como corresponsal de periódicos extranjeros, profesor de idiomas y publicaré desde allí la revista con el título de *Spanien*[157], o sea *España*, que será la continuación de la propaganda iniciada en la *Wiener Revue* enriquecida por una nota cosmopolita muy her-

mosa que consistirá en acercar las naciones española y alemana para que se unan, para realizar el sublime ideal del socialismo internacional.

Sin duda alguna era éste un plan muy hermoso. Prometía resultados prácticos siempre que para la revista no faltasen los fondos materiales indispensables hasta que se sostuviera por sí misma; y el cálculo del literato estaba basado en aquellos cinco mil francos que Epner ya hacía semanas había perdido en el juego.

Acostumbrado a realizar sin vacilaciones la resolución una vez tomada, se puso Erico inmediatamente a la obra. Poco tenía que arreglar porque en el *Deutsche Zeitung* ya sabían que se marchaba en otoño a España y sólo le extrañaba a Reschauer la determinación del literato de no volver más; también Blechstein recibió una sorpresa desagradable para él, porque solo no le era posible continuar la *Wiener Revue.*

Más le extrañaba a Erico el modo cómo el pequeño Epner acogió la, para él, gravísima noticia: palideció y pronto se despidió de su amigo pretextando la necesidad de avisar la partida de su protector a su esposa.

La misma noche debía el literato salir de Viena para Milán y directamente a Málaga. Con verdadera impaciencia se despidió Erico de los pocos amigos de confianza que tenía y arreglado todo, fue a su domicilio para dar las últimas instrucciones a Epner respecto a la casa y la empresa publicista.

Anochecía cuando el desgraciado literato llegó y le extrañó mucho encontrar a la esposa de Epner sola y llorando.

–¿Y su marido? preguntó el joven, ¿ya está dispuesto a acompañarme al ferrocarril?

–¡Oh!, ¿no sabéis? aquí tenéis esta carta que os dirá todo ¡ah, que desgracia! exclamó la pobre mujer entregándole una carta escrita por su marido.

Erico leyó... después palideció y tuvo que agarrarse a la mesa para que el vértigo que le sobrecogió no le hiciera caer al suelo. La sangre se le subía a la cabeza... ya no sabía donde estaba, poco faltó para que se hubiera desmayado.

En la carta le decía el ingrato Epner la desgracia que había tenido al jugar los cinco mil francos; le suplicaba por las canas venerables de su anciano padre y por sus inocentes criaturas que no le persiguiera por los tribunales porque le devolvería todo el dinero que pudiera. Epner, reconocía que le había pagado muy mal los beneficios dispensados y que merecía su desprecio, pero, más aún, su compasión porque era desgraciado en todo.

Al volver en sí se fijó la mirada del joven sobre la pobre mujer que tenía ante él; era la imagen del dolor, de la desesperación. En el semblante de la esposa se reflejaba la vergüenza por la villanía cometida por su marido.

Erico sintió profunda lástima por la mujer y la tranquilizó con algunas palabras entrecortadas porque aún no podía coordinar los pensamientos.

Después fue al escritorio y cogió con mano nerviosa el paquete donde debía estar la cantidad y lo arrojó despedazado al suelo.

Largo rato estuvo sentado en el sillón y sus ideas parecían clavadas en aquel malhadado paquete que resultaba papel en blanco. No encontró solución alguna, todo lo veía como envuelto en una nube y sólo comprendía que todo estaba perdido para él. Sonaban las nueve.

–¡Ah!, gritó Erico repentinamente como si el reloj le hubiera despertado, en una hora ya va el tren a Italia, me voy, aquí no me quedo más, fuera, fuera de aquí ¡aún me quedan medios para llegar a la frontera de España!

–Adiós señora, por usted perdono a su esposo, salgo hoy mismo; usted ya cuidará mis libros...–ya le escribiré... ¡Adiós!

El joven cogió la maleta de mano y salió rápidamente a la calle. En pocos minutos tomó el billete hasta Milán y sin darse cuenta de su situación desesperada, se sentó en el vagón cual náufrago en un débil bote, sabiendo bien lo poco seguro de este refugio. Así permaneció hasta que el tren se puso en movimiento y sólo cuando la silueta de Viena ya había desaparecido, se sintió algo mejor como si una pesadilla se le hubiera caído del pecho. Ya pudo pensar tranquilo, reflexionar con la claridad y rapidez

de siempre y forjar mil planes diferentes sin que obtuviera otro resultado que un suspiro de desesperación.

Unos miserables mil francos le hubieran salvado, le hubieran llevado a Málaga y le hubiera quedado lo suficiente para vivir las primeras semanas en Madrid hasta que encontrara trabajo literario o algunas lecciones de idiomas. ¡Ah, por primera vez comprendió Erico ahora lo que valía una cantidad relativamente insignificante en la vida de un hombre en momentos determinados! Una miseria decide a veces la suerte de una familia entera, y alguna moneda de plata salva tal vez una persona del suicidio.

Habían llegado a la altura del Brenner[158], el sitio más alto de aquellos Alpes donde el ferrocarril baja a lo fértiles valles de Italia y ya indicaba una tenue luz en el horizonte la aproximación del nuevo día. Algunas horas más tarde ya habían pasado la frontera italiana y Erico se sintió otra vez en un país meridional, lejos de la pedantería y de las sombras del Norte. Se sentía aliviado; nuevas esperanzas alentaban su pecho; su carácter de aventurero indómito exigía sus derechos y la virtud de los jóvenes de no ver la dificultad de las cosas a través del velo de sus ilusiones juveniles, le devolvía la fuerza y energía para emprender valerosamente la lucha contra las adversidades de la suerte, que parecía haberse opuesto a su dicha con la belleza andaluza.

Aún tenía valor: no hay mal que por bien no venga, se dijo sonriendo amargamente al pensar en este supremo recurso de la filosofía fatalista, así sabré si Matilde me querrá también pobre y desgraciado.

Sin embargo, creía deber suyo aprovechar en el camino las ocasiones que se le ofrecieran para facilitarse el viaje. En Milán conocía justamente algunos amigos entre los publicistas que le podían ser útiles para celebrar algunas conferencias públicas sobre el tema tan grato, para esta clase de conferencias, del movimiento revolucionario ruso.

XXI

Los italianos son gente admirable. Encantan a los extranjeros que visitan su país, saben sacar provecho de ellos y al mismo tiempo se sirven de los mismos para dar esplendor y gloria a su patria. La Roma de los Césares ha encontrado en los papas dignos sucesores, y, ahora, ante las ruinas de la iglesia católica romana, cuando el mundo ya se ha emancipado de la tutela clerical, se despierta la bella Italia a la nueva vida nacional; aprovecha con maquiavélica diplomacia la vanidad francesa para conseguir romper el yugo de Austria y el Papado; hace de Bismarck y Alemania sus fuertes aliados y en pocas décadas llega a ser la nación más culta, ilustrada, libre y mejor gobernada de Europa, cuyas letras y artes despiertan la admiración del mundo y cuyos hombres de Estado dirigen la política del vetusto concierto europeo[159].

Tampoco Erico pudo sustraerse a esta fascinación que ejerce Italia en el ánimo de los que la visitan; su amigo Hugo Sogliano[160], redactor en jefe del celebrado *Il Pungolo*[161], le recibió con los brazos abiertos, con la cortesía afable y atenta propia de los italianos y en pocos días sabía todo Milán que había *llegado il celebre conferenciere* ruso quien hablaría acerca del movimiento revolucionario nihilista. Toda la prensa milanesa se hizo eco espontáneamente de aquel reclamo amistoso. Sonzogno[162], el conocido editor de *Il Secolo*, puso de igual modo la influencia suya a disposición del joven nihilista y hasta los periódicos conservadores *Corriere de la Sera* y *Perseveranza*[163] apoyaron galantemente al compañero extranjero, publicando en extensos artículos de

fondo *interviews* celebrados con el joven político referentes a la situación social de Rusia y Austria.

Todos los poderosos recursos de la prensa eran empleados para favorecer el éxito material de la conferencia que Erico quería dar. En efecto, el resultado hubiera sido espléndido si la mala suerte que al parecer le perseguía no se hubiese entrometido, pues tuvo que suspender su anunciada conferencia para domingo próximo por las elecciones municipales que absorbían por completo la atención pública. Cuando llegó aquel día fijado resultaba peor aún, porque dos celebrados diputados republicanos del parlamento, hablaron a la misma hora en un *meeting* monstruo, y claro está que todo el mundo aficionado a los ideales radicales y amigo del movimiento nihilista, prefería oír gratis a Massi[164] y a Cavalotti[165] en vez de ir a la conferencia del joven extranjero apenas conocido en la capital italiana.

Con la valentía de la juventud y aguijoneado por el deseo de ir pronto a España, se atrevió Erico a celebrar el mismo día cuatro de noviembre su conferencia para no esperar otra semana más. Su amigo Sogliani le predijo el desastre; había algunos centenares de personas, en gran parte de la numerosa colonia rusa y extranjera de Milán. Entre los que habían venido a oír la disertación de Erico; también se encontraba una condesa de Bludof[166], antigua querida del zar Alejandro II y ésta tuvo la humorada de levantarse en son de protesta profiriendo algunas palabras en ruso contra el entusiasta defensor de los Sheliabof, Perovskaia y otros que había sentenciado el déspota. Erico tuvo el buen acierto de oír a la buena señora con calma diciendo en italiano que se había puesto mala y que se le dispensara la interrupción. Los finos italianos que adivinaron el verdadero sentido de las palabras de la condesa, aplaudieron la hábil salida del nihilista.

Sin embargo, el resultado pecuniario era desastroso; apenas alcanzaba el dinero recaudado para pagar el local, la fonda y el viaje hasta Barcelona, y en la capital catalana tuvo Erico necesidad de acudir a la amistad de un antiguo conocido, el redactor de *El Diluvio* Mauricio Vidal[167], para poder continuar su viaje hasta Madrid.

¡Oh!, el país de sus sueños, la patria de su Matilde se presentaba al inexperto joven ahora muy de otro modo que cuando la visitaba por primera vez como turista en buena situación. ¡Qué diferencia vivir en un país por su trabajo o sólo en calidad de extranjero curioso! Nadie puede decir que conoce un país cuando no ha trabajado y ganado su vida en él; entonces sólo se ve los reversos de la medalla, pero entonces también se conocen mejor las virtudes de una nación.

Hay personas que sólo son tratables cuando llevan el *frac* de salón y de igual modo hay ciudades que encantan al verlas para divertirse, pero que nos horrorizan cuando vemos su fisonomía real y verdadera.

Madrid, únicamente es soportable visto con el *frac,* o sea exteriormente, por dentro es todo ficticio, mentira, vicio, miseria y podredumbre. Erico que antes lo conocía por su parte exterior, por su fachada relumbrante, debía enterarse demasiado pronto de aquella miseria y podredumbre.

En su obra referente a España había tratado con entusiasmo aquel foco de la inteligencia española, del cual salen los rayos de luz esparciéndose por las provincias e iluminando las aldeas más olvidadas en las sombras seculares de la ignorancia y del oscurantismo clerical. Aquel esplendor había fascinado al joven entusiasta del progreso y de la libertad como fascina a todos los amantes de los ideales del progreso, París, el modelo de Madrid; y como ésta el foco para España, aquél el foco para Europa entera.

Sin embargo, la superficialidad de la juventud le impedía entonces penetrar en lo hondo de las cosas, mirar más hondo; pero el prisma de la miseria, de la desgracia tiene la propiedad misteriosa de prestarnos cualidades extraordinarias para apercibir los reveses, las sombras, los vicios y las maldades del mundo y del corazón humano. ¡Ah!, cuando más luz, alegría y consuelo necesitamos en los días de desgracia y de tristeza, más negro y vituperable nos parece todo, y así, también, debía perder Erico las ilusiones que se había forjado respecto a Madrid, justamente cuando más necesitaba que las ilusiones le animaran. El odio y

la desgracia son los críticos más severos y que penetran más profundamente en los defectos y miserias humanas.

Durante los meses que había estudiado desde el *Deutsche Zeitung* las interioridades de Viena, su corte y su sociedad desmoralizada, había Erico aprendido mucho. En el fondo del lujo oficial y cortesano supo ver ahora los vicios más repugnantes que antes no había visto. La espléndida fila de carruajes en la Castellana era para el sociólogo ya experimentado, una prueba inequívoca de decadencia porque demostraba que la aristocracia española ya no vive en el campo fomentando la riqueza agrícola, como la aristocracia inglesa y alemana, sino que las gloriosas familias de los célebres de España, los descendientes de grandes guerreros y atrevidos marinos, habían degradado hasta la existencia insípida, vacía y nociva de meros lacayos de la corte, o decoración de los salones de cualquier negociante enriquecido por contratas oficiales o de los aventureros de la política llevados a la cumbre de esta sociedad desmoralizada y en decadencia completa, merced a su travesura, mala fe y apostasías.

Entre los nombres célebres de la política y las ciencias españolas contemporáneas, no encontraba el observador extranjero ninguno de aquellos títulos gloriosos; porque la aristocracia española ya sólo sabe pasearse en lujosos coches por la Castellana o en los Campos Elíseos de París. Sin embargo, ha tenido el fino instinto de conservación al abrir sus salones a la chusma de la política al día, a los aventureros grandilocuentes que son los verdaderos *condottieri*[168] de nuestra época, sólo con la diferencia de haber cambiado la coraza del guerrero con el más cómodo *frac*. Aquella chusma se ha dejado fácilmente fascinar por el oro y los títulos de la aristocracia y los más hábiles y venturosos han logrado emparentarse con los grandes para hacer olvidar su origen de pordioseros.

Para Erico, eran los salones madrileños verdaderos estudios donde él aprendía la patología de la sociedad española, de la nación española en general.

Aquella sonrisa angelical de una niña aristocrática era el premio de la apostasía de este celebrado tribuno; aquel confidencial

apretón de manos del duque tal pagaba la traición de este demócrata que antes había luchado en las barricadas por la República. ¡Ah!, sí, la aristocracia española no tiene inteligencia, ni talento, pero tiene oro y mucho instinto de conservación y la chusma política de Madrid poco oro y mucha pasión por aquel brillo hueco y ridículo de galones dorados, títulos retumbantes y fiestas presuntuosas para la satisfacción de sus vanidades.

Confundido con este brillo ficticio y artificial, pudo observar el socialista al interesante tipo del capitalista español enriquecido al calor del poder y devoto de este mundo de mentiras oficiales cual un sacristán de su iglesia.

Todas estas revelaciones entristecían profundamente al entusiasta amigo de España que había dejado su patria para confundirse con la nación que más correspondía al ideal que se había formado y cuya imagen tenía delante en la hermosa figura de su prometida de Andalucía. Pero mayores vicios, sombras más negras debía descubrir su mirada penetrante: sobre toda aquella sociedad ficticia y vacía apercibía pronto una espesa red que todo lo envolvía y que desde Madrid se extendía sobre el desgraciado país, impidiendo y emponzoñando todo desarrollo libre e independiente y emponzoñando toda la vida nueva y honrada que pudiera brotar.

Pocas personas aperciben esta terrible red que cubre la desgraciada España ya desde hace muchos siglos y muchos miopes se sonríen despreciativamente al oír hablar de ella ignorando a veces que ellos mismos toman inconscientemente parte como instrumentos dóciles de la lúgubre red.

Para conservar su fortuna, la aristocracia española se ha entregado del todo a aquel fantasma que oprime el pecho de la nación impidiéndole la respiración; y a la aristocracia le sirve todo el mundo político desde las eminencias conservadoras hasta algunas de las celebridades republicanas, en cuyas casas domina cual un espectro misterioso y cuya influencia constante trasforma y subyuga las voluntades más firmes.

¡Ah!, es una fuerza terrible, avasalladora e irresistible en un país donde a la asociación clerical no se opone una sabia y per-

severante asociación de fuerzas que empujen hacia la libertad y el progreso. La pasividad del carácter mozárabe de los españoles les entrega casi inermes al jesuitismo y el más entusiasta defensor de los ideales modernos se cansa al fin de luchar solo; y se retira vencido y casi siempre pobre, vejado y perseguido por todo el mundo, hasta por sus propios hijos, abandonando el campo tras largos e infructuosos sacrificios, porque la brecha en la negra red que supo abrir será pronto remendada por el activo ejército del oscurantismo y su nombre ya sólo figurará en los anales del jesuitismo cual enemigo vencido[169].

XXII

Erico vio en toda su extensión aquella red y apercibió por todas partes el poder avasallador de esta fuerza oculta para el vulgo. Un librepensador, un revolucionario-socialista que ni siquiera creía en Dios y mucho menos en la Trinidad y los santos ¿qué podía esperar en esta atmósfera cargada de miasmas del pasado?

–Contra esta corriente es imposible la lucha, se dijo el joven con acento de desesperación. Aquí me sepultarán vivo en el momento que sepan mis opiniones y no habrá quien se atreva a tratar conmigo, ni discípulo que quiera mis lecciones. La oculta mano negra que dirige esta terrible red sabrá impedir que un adversario suyo, tan débil e inerme como yo ahora, pueda vegetar en este suelo emponzoñado por el hedor de siglos de intolerancia[170].

Declararse vencido también aquí, hubiera sido el suicidio intelectual y moral. Erico protestaba con toda la energía de su alma contra esta muerte, porque había venido a España huyendo de la petrificación que le amenazaba convirtiéndole en una rueda de máquina de la prensa de Viena y buscando un punto de apoyo para continuar su lucha por la libertad en Rusia y la redención social de su patria y Europa entera.

Para convencerse de que si era él solo quien trabajaba por los ideales modernos, profería gritos de protesta y al joven revolucionario contestaban con el silencio de la intriga que hace el vacío alrededor de su víctima. Creía que su grito no había sido oído por nadie ¡cuán equivocado estaba! Había despertado la atención de sus enemigos, la reacción y el jesuitismo ya trabajaban

misteriosamente contra él y sin que supiera de donde venían los ataques, se veía acosado por enemigos invisibles e intachables. La terrible red amenazaba con asfixiarle a él como había conseguido asfixiar a casi toda la nación española.

Por todas partes encontraba el pobre idealista puertas cerradas y cuando le abrían era tan sólo para explotarle y después echarle como si les hubiera dañado con su solo contacto.

Horrorizado, comprendía Erico ahora todo el poder del clericalismo en España. Los mismos liberales y republicanos que le apoyaron por su pasividad, servían como dóciles instrumentos esta causa. Los poquísimos que aún tremolaban la bandera de la protesta estaban tan cansados y rendidos por la titánica lucha sostenida que aceptaron gustosos un *modus vivendi*[171] con el clericalismo, el cual, les obligaba a cierta moderación; a una especie de oposición a *Su Majestad* como la oposición monárquica del parlamento inglés, arreglo honroso para luchadores inválidos deseosos de reposar porque su silencio y prudencia impiden que elementos jóvenes den nuevos bríos a la batalla. Erigidos en autoridades, estos jefes revolucionarios están obligados a exigir a todo el que llega, la disciplina más absoluta porque sólo así pueden conservar aquel *modus vivendi* que les evita nuevas luchas y nuevos sufrimientos, asegurándoles su modesta situación económica creada con tantos esfuerzos.

Nada de estos pactos secretos y a veces sólo tácitamente aceptados pudo escapar a la penetración del revolucionario por carácter, educación y temperamento. En vano buscaba un campo donde encontrar amigos y donde poder sumar sus fuerzas.

Ni en el librepensamiento, ni entre los varios grupos republicanos, ni hasta entre los socialistas encontraba un lugar honroso para él, siendo por completo imposible para el antiguo nihilista transigir con los prohombres de la monarquía.

Más solitario que nunca, erraba Erico por las calles de Madrid; sólo de cuando en cuando tropezaba con uno de la *gente nueva*[172] que dirigía su mirada al porvenir y que como el emigrado ruso en su país era un extraño en su propia patria, porque no le comprendieron y quizás se burlaban del soñador. Tiempo

y mucho tiempo y más paciencia aún se necesitaba para buscar a estos soñadores idealistas entre el tropel del vulgo que llenaba las redacciones, los cafés y las tertulias literarias y políticas de Madrid. Pero Erico tenía fe en el porvenir, había heredado de su madre la constancia y paciencia germánicas, y, piedra a piedra, principiaba la edificación del palacio del porvenir que él solo apercibía hermoso y espléndidamente iluminado ante sus ojos, pero que no pudo comunicar a nadie porque muy pocos tienen la poderosa inteligencia de penetrar un vasto plan. El vulgo sólo ve el montón desordenado de piedras y maderas y se ríe del pobre arquitecto *chiflado* que quiere transformar este montón en suntuoso palacio[173].

Cada nueva revelación del poder omnímodo de la misteriosa red negra, le prestaba mayores ardores para continuar su difícil obra. Como aquellos bateleros de Venecia que dormidos en sus góndolas y esparcidos por las estrechas lagunas se despiertan por la mañana llamándose los unos a los otros hasta que todos despiertos saludan al nuevo día, así también llamaba Erico a los durmientes para que despertaran y saludaran con él la alborada del nuevo día de la humanidad; aquí y allí oía voces amigas que le respondían y sentía manos fraternales que le estrechaban las suyas.

Bajo la superficie corrompida de la sociedad madrileña veía el enamorado de España una poderosísima corriente instintiva, un pueblo sano y vigoroso que protesta de todos modos contra la atmósfera asfixiante en que le obligan a vivir las clases directoras. El obrero, el campesino, el artesano, intactos aún del veneno de arriba, conservaba su independencia y su libertad de pensar y sentir merced a su misma pobreza, porque al que nada tiene nada le pueden quitar y nada teme, por consiguiente, de las influencias de aquellos políticos perniciosos. En los barrios populares de la población observaba al pueblo sufrido, siempre contento, con fe en el porvenir, y las impresiones recogidas en los salones se perdían como las nieblas ante la luz del sol. Además, estaba Erico en contacto continuo con la juventud que afluye a la corte de todas partes de la Península en busca de horizontes nuevos, de

ideales modernos, lleno de fe en el progreso y amor a la ciencia y libertad. Para el federalista era esto un saludo hermoso de las provincias del país donde aquel veneno de la aristocracia y del clericalismo, en su refinada y por esto perniciosísima combinación cortesana, no ha podido cebar. De allá, del fondo de las aldeas de Asturias, Galicia, Cataluña y Andalucía, viene a Madrid esta juventud idealista y llena las redacciones y las tertulias literarias. Entre estos jóvenes reconoció Erico los talentos del porvenir y si bien muchos de ellos se dejaban fascinar por el fatuo brillo del mundo oficial imperante, los más permanecieron fieles a los ideales modernos soñados en las aldeas, esperando con ansia el día de poderlos realizar.

¡Ah sí, esto era vida sana y robusta!

Qué diferencia entre estas pulsaciones vigorosas de las provincias de España hacia su capital y los débiles impulsos que la provincia francesa puede dar a París. Allá ha logrado la seductora Babilonia adormecer a toda la nación por el aroma venenoso, pero dulce y agradable, que exhala como aquellas plantas espléndidas del Ganges, en India, bajo cuyas hojas queda adormecido el incauto viajero para nunca despertar. En España, al contrario, hay aún vigorosísima vida provincial: Galicia conserva sus costumbres; Cataluña está creando una literatura regional y propia; Andalucía será eternamente el paraíso hermoso con sus encantadoras mujeres y su alegría incomparable; Madrid, este capricho de un rey egoísta que buscaba aire seco y frío para sus pulmones aunque murieran de pulmonía millones por aquel capricho, nunca podrá asfixiar la vida regional de una nación tan robustamente organizada sobre la firme base de costumbres sencillas y la vida de familia intachable. El miope federalismo, plagiado torpemente de Suiza, Alemania y América del Norte por unos pobres sabios de gabinete, sólo merecía del joven federalista ruso una sonrisa de desprecio. Nunca hubiera podido apoyar la ciega obra de destruir el foco impulsor que representa Madrid para las provincias, porque comprendía que para España exige el sublime principio federal una aplicación particular, apropiada al carácter de cada provincia, de tal modo que cada individualidad provincial desa-

rrolle su carácter propio en provecho de la nación entera: Cataluña, el comercio; Sevilla, la pintura; Asturias y las provincias del Norte, las industrias mineras y navales; Galicia, la agricultura; concentrándose en cada centro importante del país una actividad especial: en Barcelona, la Universidad Politécnica; en Cádiz, el Tribunal Supremo; en Sevilla, la Academia de Pintura y así correspondiendo a la ley sociológica de la especialización de las funciones a medida del desarrollo progresivo de los organismos.

No se había equivocado; cada día se convencía más el emigrado ruso de que sus esperanzas y su fe en la nación española no eran ilusiones, pero también vio con profunda tristeza los errores e insuficiencias de los hombres públicos que dirigían sus destinos. Forzosamente debía quedar aislado si no quería apoyar aquellos errores, y se vio privado del apoyo que le hubiera prestado el partido político al cual se hubiese adherido. Sin el apoyo de nadie no era posible que el joven extranjero pudiera vencer en la difícil lucha por la existencia. Su natural franqueza y sinceridad que a nadie sabía adular y nunca había ocultado sus opiniones, le hicieron imposible la vida en esta atmósfera ficticia donde todo es apariencia, donde se desprecia el mérito modesto y sencillo y donde los encumbrados poderosos necesitan conciencias anchas e instrumentos dóciles.

XXIII

Terrible era la lucha entre el publicista honrado que aspiraba a realizar nobles ideales y, que por esto, debe rechazar los ofrecimientos que pudieran unir su nombre con empresas de dudosa moralidad y causas injustas, y el anhelo del enamorado de verse pronto en la situación de llevar a su casa a la elegida de su alma. ¡Vender su pluma! nunca, antes estaba Erico dispuesto a presentarse tal como era, pobre y desgraciado, ante los padres de Matilde y llevársela por la fuerza de sus brazos si de buen grado no querían dársela. Abdicar de las ideas por las cuales había luchado con tanto éxito desde sus libros y publicaciones en Ginebra y Viena, tampoco podía, y, sin esto, no debía contar con la representación de uno de los grandes periódicos que necesitan y pueden pagar un corresponsal especial en España. Tras numerosos e infructuosos ofrecimientos, obtuvo al fin la representación de la *Gaceta de Frankfurt*[174], periódico rico, pero regido por un espíritu de avaricia tan caracterizado que dejaba que pagara la suscripción a su propio representante, descontando su importe del mezquino sueldo de corresponsal.

Extrañaos, estimados lectores, aquel célebre periódico no pagaba más que sesenta francos mensuales a su representante madrileño, menos que cualquier periódico de provincias a su corresponsal de la corte; y sin embargo, Erico lo aceptaba con espera de mejores ofrecimientos, porque ante sus ojos estaba la imagen de su prometida y todos los sacrificios estaba dispuesto a hacer por ella menos el sacrificio de su dignidad, de su persona-

lidad de publicista honrado y defensor leal de los grandes ideales del progreso.

¡Oh, si Matilde hubiera podido comprender todas estas dificultades! Pero esto era imposible porque nada podía saber la niña andaluza de aquellos abismos de nuestra sociedad moderna, ni de los escollos que se presentan en esta atmósfera viciada a toda persona que no transige con las infamias del día y conserva intacta su honra. Que podía saber la joven de provincias de que en Madrid únicamente tiene rápida fortuna el aventurero sin vergüenza, el instrumento dócil a cualquier villanía y que por desgracia hoy todavía son en todos los grandes centros del mundo la honradez, dignidad y sencillez, barreras casi infranqueables para la fortuna y la riqueza.

Hasta para obtener algunas clases de idiomas hubiera tenido Erico que rebajarse a ciertas inmoralidades y ruindades, pidiendo indebidas protecciones a aquel catedrático de Instituto y, ante todo, ganar la benevolencia de la mano negra oculta por todas partes, cuya red ha sabido envolver toda la enseñanza oficial y particular de España y cuya influencia se impone absolutamente hasta al profesor particular más retirado de todos estos manejos e intrigas[175].

A la prometida del joven, sus padres y parientes, debía extrañar con razón esta lucha larga e infructuosa y debían suponer que Erico no iba a Málaga por otros motivos... por falta de cariño a su novia o quizás por tener amoríos con otra mujer en la corte. Cada vez más tirantes se hicieron las relaciones entre los dos enamorados, de tal modo que una ruptura completa amenazaba a estos amores que parecían deber continuar eternamente.

–El aire viciado de la corte le ha contagiado, ya dijeron los hermanos de Frasquita. Matilde les oía hablar de lo perdida que estaba la gente de Madrid, donde todo es vicio, dinero y cálculo.

–¿Si me querrá ahora menos por saber que mi padre ha perdido todo? se preguntaba suspirando la joven y mirando con tristeza desde la azotea de la poética casita rosa del Castillo hacia el mar, desde el cual, hacía más de un año le había saludado aquel mismo hombre cuyas cartas parecían indicar ahora resentimien-

tos y que ya muchos meses vivía en Madrid sin haber venido a Málaga para verla.

Entre tanto, se consumía el malaventurado prometido de Matilde en la lucha mezquina contra la miseria sin ver ante sí ninguna luz, ninguna esperanza. Con lo poco que ganaba no sabía arreglarse para nada, porque nunca había estado en la escasez y hasta para saber vivir pobre es preciso pasar un aprendizaje... y este aprendizaje es muy doloroso.

Para el convencido socialista y filósofo era esta miseria objeto de estudio y profundas enseñanzas[176]. Lo que antes había combatido teóricamente, lo experimentaba ahora él mismo, y le parecía a Erico que desde ahora comprendía el verdadero alcance del socialismo como sólo se comprende los dolores que sufre un padre cuando uno tiene hijos. Cuántas veces bendecía el prometido de Matilde esta miseria en que había caído, atraído magnéticamente por la hermosa andaluza, porque le hacía revelaciones verdaderas respecto al corazón humano y la sociedad en general.

La desgracia enaltece y purifica a los buenos y fuertes, a los débiles arroja al fango o les hace desalmados y crueles, y los malos se pierden en el abismo del crimen. Erico era fuerte y aprovechaba para sus ideales aquellas dolorosas experiencias de la desgraciada, aunque más tarde cuando se acordaba de aquel pasado triste, le ocurría como a Emilio Zola al contar la historia de su vida a sus amigos los hermanos Goncourt, Turguenev, Daudet y Flaubert[177], que se cubría los ojos con la mano rogándole que le dejaran pasar en el silencio aquel período de dolorosos recuerdos. Sin embargo, la relación de estas luchas titánicas sin gloria hubiera podido quizás animar a tantos jóvenes, quienes sostienen igual lucha que el gran novelista francés contra aquel enemigo terrible que ha vencido a un sinnúmero de talentos privilegiados, a quienes nuestra criminal sociedad presente deja morir sin protección ni amparo como si fuera una culpa la generosidad de sus aspiraciones ideales que les incapacita a luchar por un pedazo de pan. Colón erraba con su hijo en el brazo por las calles de Lisboa implorando una limosna para no morir de hambre y, en su cerebro, tenía descubierto el Mundo Nuevo que trajo a la ingrata

Europa cargas innumerables de oro; así también, deja morir en la miseria nuestra culpable sociedad a los colonos de los ideales del porvenir en cuyo cerebro está brotando un mundo nuevo mejor, más feliz y humano que el presente.

Nunca había mirado Erico tan profundamente en los horribles abismos de nuestra sociedad, en este caos de anomalías absurdas, injusticias irritantes y abandonos criminales. Al experimentar en su propia desgracia los defectos del orden social presente, se afirmaba más aún en sus entusiasmos por los ideales del porvenir y más resuelto estaba a cumplir su deber y la misión que la bella nihilista le había dado aquel día, al despedirse Erico de ella, en Moscú.

Sufrir y padecer por la sublime causa del pueblo abandonado y de la humanidad entera sumergida en la oscura noche de injusticias y un orden social absurdo, parecía al antiguo nihilista hermoso; y más fácil le hubiera sido soportarlo todo con la resignación del filósofo, si en esa noche oscura le hubiese cogido el rayo consolador del cariño de su adorada, pero ¡ay! estos rayos no podían llegar hacia el pobre mártir por la causa y por su amor, porque espesas nubes de intrigas y ruindades debían separar a los dos amantes.

XXIV

Si el novio de Matilde tenía que luchar contra dificultades de toda clase, su padre se encontraba en un peligro mucho más grave. Veinte años de honradez y formalidad de comerciante cuyas letras nunca habían sido protestadas ni siquiera aplazadas, no eran suficientes para que hallase en Málaga los fondos necesarios con los cuales montar otro establecimiento, ni tampoco para que le apoyaran unos parientes suyos, gente rica y entre ella el arcipreste de la catedral malagueña.

El desgraciado se vio obligado a entregarse por completo a los enredos del procurador D. Carlos y su cuñado, el representante de las fábricas alemanas, y claro está que sus servicios de interventores habían de pagarse de tal modo que una parte del negocio debiera ser para ellos. En una quiebra más o menos real estaría, pues, sólo comprometido el nombre y la honra de D. Francisco mientras que las ventajas redundaban en provecho de todos.

Por el carácter del asunto, quedaba el desgraciado comerciante del todo en manos del procurador, tanto materialmente, como más aún, en el caso que contra la gestión comercial se intentara un proceso por parte de algún acreedor, por creer que se le iba a engañar por los géneros adelantados.

D. Francisco no podía hacer otra cosa, se encontraba en la mano de aquellos interventores, el comisionista y el curial que suelen arruinar a tantos comerciantes honrados.

Siendo la misión del comercio intervenir en provecho de la sociedad entre el productor y el consumidor, resulta gran parte

del comercio de hoy en contradicción a su fin y objetivo verdaderos, porque entre el productor y consumidor se entremeten actualmente tantas personas que todas quieren sacar provecho a costa de la sociedad, que una mercancía que el productor vende por una peseta cuesta al consumidor en la misma localidad a veces un duro. Lógico y conveniente es que la sociedad, en su representación el municipio o el gobierno, se encarguen de intervenir en todos aquellos artículos de necesidad general cuyo consumo está sujeto a un cálculo estadístico exacto, porque de este modo habrá el menor número posible de interventores interesados entre el productor y el consumidor[178]. A la vez acabará, gracias a esta reforma exigida por el socialismo, la competencia comercial e industrial en aquellos artículos indispensables, y nadie podrá como hoy especular con las perentorias necesidades de las masas populares, acaparando la carne, el pan, los alquileres, los paños baratos etc. etc. Todo aquel comercio de artículos de lujo, regalo, o cosas que aún no hayan llegado a ser una necesidad general se servirá como ahora de la intervención de los comerciantes; y el comercio corresponderá otra vez a su fin social que es facilitar, no dificultar, las relaciones entre el productor y el consumidor y el mundo comercial será más honrado que lo es ahora donde el engaño se ha convertido en sistema.

Numerosos agentes y comisionistas se encargan de intervenir entre los productores extranjeros y los comerciantes en España y gran parte del malísimo crédito que los comerciantes españoles gozan en el extranjero proviene de aquellos intermediarios, quienes engañan a las fábricas que representan, entendiéndose con algunos comerciantes para que estos se finjan en quiebra o nieguen el pago bajo cualquier pretexto. Si alguien cae de cuando en cuando en poder de los tribunales por estafa o abuso de confianza no suelen ser los hábiles comisionistas, sino por regla general el pobre comerciante.

Nada de esto era un secreto para el experto padre de Matilde y muy pronto debió comprender D. Francisco que su nuevo compañero no sólo buscaba ganar dinero a costa de su buena reputación, sino además su hija para tener un ama para su casa y

alguien que cuidase a su niña. Con tanta habilidad sabía enredar el curial al leal comerciante, que éste no se apercibió del enredo sino cuando ya era demasiado tarde.

De tal modo quedaba todo arreglado, que D. Francisco tuvo que conceder la mano de su hija si no se quería exponer a la ruina completa y la venganza del curial, que podía llevarle a donde él quisiera... y el pobre padre vio con horror el abismo que se abría ante sus pies.

No solamente al padre, sino también a la madre de Matilde sabía D. Carlos enredar de tal manera, que ésta comprendió el peligro que corría su esposo si no complacía al nuevo pretendiente de su hija, lo que la convenció fácilmente de lo fantástico de las relaciones de la niña con aquel nihilista «de lejanas tierras» como llamaba irónicamente a Erico.

Madre e hija hablaron mucho entre sí y las semanas pasaban sin que Matilde hubiera aceptado los ofrecimientos del procurador, hasta que al fin tuvo que ceder a las presiones que por todas partes influían sobre su ánimo.

–Hija mía, le dijo su padre, ya ves que Erico no está en la posición de casarse, los ofrecimientos de D. Carlos son muy aceptables, su familia es una de las mejores de Málaga y no te choque que sea viudo porque el adagio dice: La primera fregona y la segunda señora; a ti te toca ser señora.

Y cuando la pobre joven no respondía a estas indicaciones, insistía su padre pintándole la situación del negocio y le daba a entender que de ella dependía su suerte y hasta su propia desgracia y perdición.

Matilde era muy joven y no sabía sustraerse a la influencia de ciertas insinuaciones, medias palabras, alusiones que suelen usar las personas hábiles en enredar las cosas por intrigas y calumnias, y por esto no comprendía ni siquiera que D. Carlos estaba directa o indirectamente trabajando para que dejara de tener relaciones con el extranjero. El triunfo era fácil porque sólo bastaba que Matilde exigiese con insistencia de su novio que viniera a visitarla, y como Erico no tenía los medios ni mucho menos

quería presentarse en Málaga pobre y sin posición asegurada, se produjo pronto el conflicto deseado y hábilmente preparado.

La carta de despedida de Erico a su novia era un terrible grito de dolor, pero al mismo tiempo era la expresión de la esperanza de reanudar las relaciones enseguida que él estuviera en situación de poderse casar.

–Vos señora, parece que queréis la independencia y la libertad para disponer de vuestra mano, la tenéis, eran las últimas palabras de Erico, pero sabed que os querré eternamente. ¡Qué Dios os perdone ya que yo no puedo!

A la vez con estas líneas le devolvía aquellas cartas llenas de poesía; sin embargo, antes había copiado algunos de los párrafos más hermosos como lo hace un literato enamorado de un libro que tiene que devolver a su dueño.

¡Ah!, la niña andaluza comprendía la crueldad de su proceder, la precipitación de la ruptura, pero ya se veía arrastrada por los acontecimientos y no sabía dominarlos.

El grito de dolor del joven encontraba un eco de desesperación en el alma de la mujer que aún le quería con toda la vehemencia de una mujer de Andalucía.

Emocionada y con mano temblorosa recibió Matilde el grueso paquete de cartas que contenían sus primeros suspiros de amor. Sin proferir palabra alguna las quemó, una por una, como si creyera que con estos testigos pudiera también aniquilar los recuerdos de sus primeros amores, el cariño y la pasión que en lo profundo de su corazón sentía por el joven. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus grandes ojos y parecía que la orgullosa joven se avergonzaba ante sí misma; sin embargo, cuando se encontraba sola en su habitación se dejaba caer en una silla y lloraba larga y amargamente.

La noche pasaba sollozando, creyendo que sus padres no la oían, y se puso a la ventana desde la cual podía ver el puerto, el mar, y la suave noche de verano parecía hablarle de dichas pasadas, de sueños de amor perdido, de flores marchitas. A la luz de la luna leía por última vez las cartas que Erico había escrito, poemas de entusiasmo en un lenguaje medio español, medio italiano, cuyo estilo extraño tanta gracia había hecho a la joven. Las

conocía mucho, casi de memoria, y antes de devolverlas quería hablar una vez todavía con el primer hombre que había amado aunque fuera sólo por sus cartas.

Algunos días pasaron de este modo. Matilde se había puesto desmejorada; profundas sombras se destacaban bajo sus ojos. Sólo sus padres podían verla, a todos los demás se dejaba anunciar enferma y ante todo no quería ver a aquel hombre, D. Carlos, quién tenía la culpa de todo.

Una mañana cuando D. Francisco vino a despedirse de su hija para ir por algunos días al campo donde tenía algunas fincas herencia de sus padres, le entregaba la desgraciada joven las cartas de Erico con la súplica de remitirlas a Madrid.

La voz triste y la expresión de melancolía de aquella cara siempre alegre y sonriente, produjeron honda impresión en el padre que quería entrañablemente a su única hija. Sentía por primera vez perturbación ante la mirada tranquila pero muy triste y resignada de su hija; tenía algo de remordimiento, una voz interior le decía que él tenía la culpa de que hubiera enmudecido la risa alegre de su Matilde, que el amor filial la había empujado a sacrificar su amor por él... ¡ah!, D. Francisco la quería mucho, la adoraba más quizás que a su Frasquita y su conciencia le acusaba de tener la culpa de su dolor, su desgracia... porque vivir sin amor es la desgracia más grande que hay.

Ante los ojos del padre de Matilde se presentaba la imagen de una hermosa mujer, su primera novia, que había querido mucho y que había muerto en la flor de su belleza. Para acallar el dolor terrible que atormentaba su alma por pérdida tan irreparable, se casó con Frasquita; por desesperación, para olvidar, para despertar a nueva vida..., y nunca podía hacer revivir en su alma aquellos sentimientos del primer amor, y por cierto que a su Frasquita la quería y la estimaba, pero se decía también que la pobre mujer llevaba la vida de una mártir al lado suyo, cuyos entusiasmos juveniles habían pertenecido a otra mujer.

¿Hacer de su Matilde, su hija adorada, una mártir como su madre?... D. Francisco titubeaba y no sabía qué hacer. Pensativo salía de la casa y llevaba el paquete con las cartas de Erico con-

sigo al campo, sin remitirlas a Madrid como su hija se lo había pedido.

Creyó que todo el camino le susurraban al oído aquellas palabras del ciego espiritista: «Tu hija se casará con un hombre de lejanas tierras» y le parecía ver ante sí la hermosa imagen de su primera novia levantando suplicante los brazos hacia él.

¿Qué hacer? se preguntaba, escribir al novio de su hija no era posible, el amor propio del padre no lo consentía, porque él no tenía la seguridad de que Erico amaba aún a Matilde como ella a él. Lo único que podía hacer era no devolverle al joven las cartas suyas, lo cual le dejaba aún la ocasión de acercarse otra vez a su hija. De este modo se aplazaba la resolución y viniera lo que viniese, siempre había la disculpa de que las cartas habían sido olvidadas por un descuido. Sin prejuzgar ni resolver nada, D. Francisco dejaba que las cosas se inclinaran a donde debieran.

Satisfecho con esta determinación escondió los papeles en el tejado de la casa de campo. Su conciencia se hallaba tranquilizada, había cumplido su deber sin comprometer la venganza del curial, el pretendiente a la mano de Matilde y como socio de negocios de D. Carlos.

Este último al saber que los novios ya se habían devuelto las cartas, creía haber ganado todo, insistía en que se formalizaran las cosas y que se tomara el dicho. Tal era su insistencia que Matilde tuvo que ceder a las súplicas de su madre aplazando el día para cuatro meses, hasta el dos de noviembre, con el pretexto del Santo de su nuevo prometido D. Carlos, pero en realidad con la esperanza de que Erico hubiera tenido tiempo hasta entonces de arreglar sus asuntos en Madrid y venir a Málaga, porque la fe de la mujer que ama es ilimitada y ante las ruinas de su amor aún tiene esperanzas.

XXV

Para el adorador de la hermosa andaluza se pasaron las semanas y meses en Madrid sin variar casi nada en su difícil situación. Erico no podía quejarse de la hospitalidad que la corte de España le dispensaba. Los compañeros de la prensa le hicieron justicia, y en particular, se ocuparon de sus obras el decano de los periódicos madrileños *El Diario Español* y *El Porvenir* entonces bajo la acertada dirección de D. Rafael Ginard de la Rosa[179], cuya amistad apreciaba el joven ruso mucho por la simpatía que éste demostraba hacia la nación rusa. Tampoco le faltaba agradable solaz en las tertulias particulares de tres o cuatro familias y en el Ateneo encontraba el centro intelectual donde pudo seguir el desarrollo político y de ideas del mundo entero, olvidando en esta hermosa tarea el dolor profundo que roía su alma.

Habían pasado cuatro meses sin saber nada de su antigua novia Matilde, y sólo tenía esperanza aún en que la niña continuaba amándole por no haberle devuelto las cartas:

– Me quiere aún y me da tiempo para arreglar mi situación, pensaba Erico y encontraba muy justificada la ruptura, que a él le parecía sólo aparente para tranquilizar a los padres y aplacar las intrigas que por todas partes se cebaban en el joven.

Ni un momento dudaba el idealista en el amor y fidelidad de la mujer que él adoraba ahora con más fervor que antes, porque su imagen ya no estaba obscurecida por los pequeños defectos del orgullo, capricho de niña y cierta tendencia de querer imponer su voluntad propia a todas las hijas únicas mimadas. Hacía cuatro

meses que no había habido ninguno de estos disgustillos de novio porque la ruptura había interrumpido toda correspondencia por escrito, ya que no podía interrumpir la correspondencia misteriosa que tienen dos almas unidas para la eternidad[180].

En el fondo de todo panteísta hay algo de misticismo porque todos los fenómenos del universo están unidos entre sí por la misma naturaleza, por el gran *pan* y desde la vida consciente del hombre hasta lo vegetal de las plantas, no reconoce la ciencia moderna diferencia alguna esencial. Fluidos misteriosos, llámense magnéticos, eléctricos, espirituales o como quiera –pues la ciencia aún está ante enigmas sin solución– unen a todos los seres entre sí y con la madre naturaleza; y en cada uno de nosotros, abismos de vida misteriosa inconsciente nos dan la certeza de la existencia de aquellos fluidos o fuerzas misteriosas[181]. El panteísta se reía del vulgo filosófico y científico que todo lo cree explicar por la pobre ciencia moderna que a cada paso tiene que confesar sus errores y sus insuficiencias. Él veía por todas partes problemas por resolver, enigmas por descifrar, dificultades quizás insuperables dados los límites de la inteligencia humana tan magistralmente demostrados por Hume[182], Locke[183] y el inmortal Emmanuel Kant[184].

–¿No es el amor un profundo misterio? se preguntaba Erico, está atracción entre dos seres que se ven por primera vez y se sienten unidos para toda la eternidad? ¿No es un misterio que supone fluidos, fuerzas espirituales desconocidas aun para la ciencia moderna?

La verdadera ciencia es modesta y el joven había aprendido la modestia en los libros de sus grandes maestros. Con íntima satisfacción había observado la corriente positivista en la ciencia y la política de los últimos diez o veinte años que sólo se fía de los hechos comprobados. Se reía de todas las teorías *a priori* que encantaban a nuestros padres por la sencillez y claridad con que demostraban todos los fenómenos del universo y la pretendida existencia de «eternas leyes del progreso del género humano» y la no menos atrevida ilusión de que todo el fin y objetivo de la historia humana sería llegar al perfeccionamiento y a la libertad de la humanidad.

Menos confiado en aquellas bonitas frases estudiaba Erico los fenómenos de la historia, del mundo físico y psíquico y comprendía que la tan alabada ciencia moderna es ignorante en todo. Con el primer historiador de Francia, Henry Taine[185], quien quitó el velo de ilusiones que la ignorancia del vulgo había extendido sobre la hedionda faz de la pretendida Gran Revolución Francesa, se esforzaba Erico en penetrar en los misterios del hipnotismo, magnetismo y espiritismo abriendo su inteligencia a todas las revelaciones de la ciencia y la verdad, buscando siempre la contestación a las eternas dudas que le inspiraban los problemas de la vida, ante los cuales, el vulgo pasa sin apercibir ni siquiera la existencia de un problema.

Para el místico enamorado no había duda alguna de que Matilde le amaba; tan seguro estaba de ello que ni siquiera le vino a la mente la posibilidad de que esta mujer pudiera haber consentido en que otro hombre más que su Erico tuviese el derecho a llamarla su novia. ¿Cómo suponer ni siquiera que Matilde pudiera ceder por cariño filial a su padre porque éste no tenía nunca el derecho de exigirle el sacrificio de su amor aunque se tratase de su vida?

Las calles de Madrid ofrecían ya el aspecto del otoño, lluvias frecuentes las hacían húmedas y sucias y ya habían caído casi todas las hojas de los árboles del Parque de la Corte, donde Erico solía pasear por las tardes soñando en el solitario bosque de su adorada Málaga. Un poco de luz había caído en su existencia atormentada, por el espontáneo ofrecimiento de colaborar en calidad de redactor de la política exterior en *El Globo*[186] por el modesto sueldo de treinta duros mensuales, y aunque el entonces director y propietario de la publicación Sr. Olías[187] no le inspiraba mucha confianza en cuanto a la formalidad del pago, veía al menos una esperanza y aceptaba con gusto. La melancólica influencia del otoño combinado con este nuevo destino hizo que el dolor por su novia empujara al joven a escribir otra vez a Málaga, tomando por pretexto las cartas suyas que aún no le había remitido Matilde o que su padre había guardado en el tejado de la casa de campo.

Mucho vacilaba en la forma que debía dar a la carta para que no resultara una humillación, sino quizás un reproche que diera ocasión a su novia a defenderse contra el ataque y manifestar de este modo si aún le quería o le era indiferente. El joven que nunca había temblado ante los peligros sentía algo como miedo y su mano temblaba al poner la carta en el correo que debía decidir de su porvenir y felicidad.

Con febril impaciencia esperaba la respuesta; y en efecto, a vuelta de correo, el primero de noviembre, un día antes de San Carlos, recibió Erico una carta de Málaga.

–Pero, ¿qué era esto? no era ella la que le contestaba, era su padre D. Francisco que en términos corteses le decía que los reproches a su hija habían sido injustos porque ella le había querido como ninguna mujer puede querer a un hombre, pero que después de todo lo ocurrido había aceptado la mano de otro que le merecía respeto y con el cual se tomaría el dicho el día dos, por ser día del santo del prometido.

El efecto de esta carta fue terrible. El joven se quedó anonadado, incapaz de moverse ni de coordinar los pensamientos; parecía que un letargo pesado se comunicaba a todo su cuerpo invadiendo hasta su alma.

–Vencido... vencido también en mi amor, mi última esperanza... todo lo que me quedaba aún de las ruinas de mi vida sacrificada en una lucha sin victoria posible... murmuraba Erico desesperado y cogiendo su frente ardiente con ambas manos.

Después leía otra vez la carta para ver si no se había equivocado, y en efecto, suspiraba aligerado al fijarse en la palabra «a quien respeta» aplicada a su rival.

–Ah, el padre le habrá buscado un marido por conveniencia, una persona «de respeto» dijo Erico para sí, no es aquel joven estudiante que me quiso atropellar hace dos años... quizás la quieren obligar a este casamiento de conveniencia; sepultarla viva al lado de un alma marchita... ¡Ah, no, no puede ser! con su hija no negociará el comerciante mientras yo esté aquí para impedírselo y para salvarla.

Parecía que el antiguo nihilista había renacido en Erico, se levantó bruscamente, rompió la carta y salió precipitadamente a la calle. Su resolución estaba ya tomada. La misma noche debía partir a Málaga con el fin de llegar allá a tiempo para impedir la toma de los dichos[188].

–En efecto, el tren salió a las ocho y con él, el novio de Matilde resuelto a todo menos a transigir en que la mujer adorada fuera vendida como una mercancía a aquella persona «de respeto».

Una excitación nerviosa le hacía temblar de impaciencia y de ira; hubiera sido capaz de estrujar entre sus manos a aquellos miserables que le querían quitar a su Matilde, el ideal suyo, por el cual había sufrido tanto y estaba dispuesto a sacrificar su vida.

Durante el largo camino iba poco a poco tranquilizándose y ya se le presentaron las cosas bajo otro punto de vista. Si en nuestra sociedad moderna se saca de todo el provecho pecuniario; los matrimonios de conveniencia son por desgracia la regla y las mujeres mismas se casan en general para tener mayor libertad y para vestir con mayor lujo. Entre mil, apenas hay una que se case comprendiendo que su misión de esposa es ayudar a su marido a llevar el fardo de los cuidados de la vida, ser su apoyo, su consoladora y animarle en los días aciagos[189].

Terribles dudas asaltaron la ciega fe del joven en su adorada.

–¿Y si ella también pertenecía a estas mujeres ligeras de nuestra época que se burlan del sublime romanticismo del amor ideal de un Petrarca a su Laura[190] y de un Dante a su Beatriz[191]?

Erico principiaba a dudar y las dudas le llevaron a pensar en que Matilde no podía tampoco tener en él aquella fe como él en ella, porque los diez o doce días que habían estado juntos no eran suficientes a la niña inexperta para tomar confianza en su novio como él la tomó por una sola mirada en sus ojos.

Cuanto más se acercaba a Málaga, menos seguro estaba del éxito de su difícil empresa. Sin embargo, sea lo que fuere, estaba resuelto firmemente a no consentir que Matilde se casara con otro mientras que él viviera. Esta vez no podía dejarse vencer

porque hubiera sido una cobardía ante uno o dos hombres, y, no como en Rusia y Viena, la derrota por la fatalidad de circunstancias que ningún poder humano podía remediar. Vencer o morir era la única solución para el revolucionario, y a pesar de que se burlaba del infantil juego que es el duelo en la actualidad, entonces comprendió lo conveniente que es en ciertos casos poder impunemente matar a su adversario bajo la forma grotesca de un combate en toda regla.

Al fin llegaron a la bella capital andaluza y Erico se precipitó para buscar un coche que le llevara al Castillo. Sin cambiar de vestido, ni limpiarse el polvo, salió en un vehículo y ni siquiera se apercibió que al bajar al pie de la montaña, le seguía a poca distancia el padre de Matilde, D. Francisco, inquieto, agitado porque comprendía que el joven extranjero había venido dispuesto a jugar el todo por el todo.

XXVI

Erico se paró ante la casa de su adorada. Estaba completamente oscura y sólo podía apercibir que en todas las habitaciones había luz y un ruido vago le anunciaba la preparación de la solemne ceremonia llamada tomarse los dichos[192].

Otra vez volvían las terribles dudas y otra vez sentía el deseo de clavar el puñal en el pecho de los culpables de esta cobarde traición.

–Entrar aquí como intruso en la oscuridad de la noche, donde debía ser recibido por los brazos abiertos de la mujer más encantadora del mundo. ¡Ah, esto es horrible! murmuraba Erico.

Con mano firme llamó tres veces a la puerta. Le abrió una joven que con dos o tres más estaba cosiendo ropa blanca en la antesala.

–Ya veo, que están preparando la dote para las bodas con aquél, dijo Erico entre dientes y el ruido de telas y la máquina de coser parecían herirle profundamente el alma.

Sin preguntar nada a nadie entró en la sala contigua.

Un movimiento de sorpresa se hizo notar en las personas que estaban en la sala; y en la cara del nuevo prometido D. Carlos, se notaba una agitación extraordinaria al ver aparecer en la puerta al joven extranjero a quien creían muy lejos de Madrid. Doña Francisca y doña Catalina, su hermana, demostraron más curiosidad e interés por el recién llegado que otra cosa, mientras que la cara de Matilde cubría una intensa palidez que indicaba la terrible agitación que sentía en su alma.

La penetrante mirada del joven se fijó en los grandes ojos de la niña... parecía que esta mirada bastaba para convencerle de la fidelidad de su antigua novia.

Apenas se habían sentado todos cuando también entraba D. Francisco quien había seguido desde la calle al rival de D. Carlos, y no sabía de qué modo evitar un conflicto grave que el preveía con toda seguridad.

Rápidamente se había hecho Erico un plan de campaña. Sus nervios estaban de tal manera excitados que respondieron como una pila eléctrica muy cargada a la más mínima impresión y detalles, que de otro modo le hubieran escapado, le estaban ahora en este estado nervioso presentes. Así apercibía que la madre y la tía de Matilde le eran favorables y al ver al novio ya no necesitaba explicación alguna. La pobre muchacha era víctima de los enredos del vicioso curial y el padre y la madre sus cómplices por debilidad y falta de carácter.

El tipo de D. Carlos inspiraba algo de desprecio al fino observador, porque Erico veía en aquella cara pálida ojos con expresión sensual y dura; todo el semblante indicando vicios y sensualidad del andaluz de peor especie con aficiones «chulescas», para el cual, lo es todo una mujer que baila y canta por lo alto y una corrida de toros seguida de una juerga a lo flamenco; este tipo repugnante por sus fanfarronadas, cobardía, frivolidad y la docilidad con que se hacía instrumento de toda villanía, con tal que satisficiera sus sentidos viciados y su vanidad.

Provocar un escándalo no era prudente por atención a la familia de Matilde, y hubiera innecesariamente estimulado la vanidad de su rival. El amor propio ofendido lleva a esta gente a veces a actos de verdadero valor y tampoco le tenía cuenta a Erico meterse en compromisos, si no en el caso extremo de no poder arreglar la cuestión sin un duelo; porque, en el caso más favorable, estaría expuesto a un proceso; el nombre de su novia sería traído y llevado, y quizás, se iría a tierra hasta la pequeña situación económica que al fin había podido crearse.

Así, pues, determinaba el astuto joven proceder con mucha prudencia y, en efecto, se puso inmediatamente a realizar el hábil plan.

–He venido a dar satisfacciones a Matilde y sus respetables padres de las frases ofensivas que mi última carta hubiera podido encerrar, principió diciendo el literato acostumbrado por una larga práctica de publicista y de orador de clubes a dar a cada palabra la intención deseada sin dar pretexto ni al padre ni a D. Carlos para interrumpir su pretendida excusa, que en realidad no era otra cosa que una ardiente y apasionada declaración de amor a Matilde en presencia de todos y una declaración de guerra al nuevo pretendiente; pero la última declaración fue tan hábilmente insinuada que todos comprendieron la firme resolución del joven de ir hasta el extremo y no ceder mientras viviera sin dar a D. Carlos la ocasión de recoger el reto, sino al contrario haciéndoselo imposible.

Al cabo de la larga exposición en la cual hablaba de los derechos que tiene el amor que hace toda clase de sacrificios, preguntó si le permitía que conservara como eterno recuerdo de ella un papel que poseía y en el cual ella había puesto su firma.

La petición la había dirigido con el fin de obligar a Matilde a declararse en presencia de todos en favor suyo o al menos darle una prueba de simpatía.

Un largo silencio seguía a las palabras de Erico, y Matilde contestó con voz trémula:

–Sí.

–La señorita no le habrá comprendido, dijo D. Carlos lívido, el caballero pregunta si puede quedarse con un recuerdo...

–He comprendido bien, repuso Matilde, y he dicho que sí.

Erico no quiso saber más, había conseguido su fin. Antes de poder levantarse y pedir a su rival una entrevista, le previno el padre de Matilde quien había esperado con ansia el momento oportuno para separar los dos contrincantes por temor a un conflicto.

–Tengo que hablarle, D. Erico, se adelantó dirigiéndose hacia él D. Francisco, y el joven siguió gustoso al padre de su adorada al cuarto del lado.

–Tenemos que hablar a solas, dijo después D. Francisco, lo que usted nos explicaba cambia por completo el asunto, usted quiere a mi hija y ella a usted... yo tengo deberes de padre y sabré cumplirlos... vamos al café para hablar detenidamente.

Ambos fueron al café de la Estrella situado en la plaza de la Constitución. Nadie se acordaba ya del famoso «dicho» ni del santo de D. Carlos y éste también tuvo que retirarse muy pronto, porque las contestaciones lacónicas a sus esfuerzos de animar la conversación le dijeron lo suficiente para darse por vencido.

Sin embargo, aún esperaba un cambio en su favor por la pasividad de los padres de la niña y por la difícil situación económica de Erico, que hacía muy probables nuevos aplazamientos, y entonces había siempre tiempo aún a volver a ganar el terreno perdido.

Entretanto, hablaron D. Francisco y Erico larga y detenidamente conviniendo ambos en evitar lo posible todo escándalo que pudiera resultar desfavorable para todos y pudiera empujar a D. Carlos a mayores resistencias. Hábilmente indicaba el padre de Matilde a su futuro yerno la clase de relaciones de negocios que tenía con el curial, por los cuales, también era deseable un desenlace amistoso por lo menos hasta que hubieran tenido tiempo suficiente para liquidar el asunto.

Para acallar las murmuraciones de la gente convinieron en que D. Carlos continuara como antes sus visitas por la tarde y por la noche, pero que ahora quedaran reducidas a meras visitas de negocios, sin que viese a las señoras y en particular a Matilde, la cual al principio podía excusarse con el pretexto de hallarse indispuesta. Erico, sin embargo, debía ir temprano a las siete de la mañana para hablar a solas con Matilde y allá se entenderían respecto a todo lo demás.

No era este plan del todo a gusto del impaciente joven, pero Erico debía confesar que era el único modo de salvar los intereses del padre, evitar todo disgusto ruidoso y adelantar más pronto el fin deseado, que era la misión definitiva con la preciosa niña cuya hermosura, por cierto, había aumentado mucho durante los diez y ocho meses que no la había visto.

XXVII

Muy temprano ya estaba Erico a orillas del mar paseándose a lo largo del muelle desde el cual tantas veces había saludado a la princesa encantada del Castillo[193]. Aún no eran las siete según la hora convenida y todavía dormían al parecer los que vivían en la poética casita rosa.

Como hacía más de dos años, cuando el joven vio por primera vez a esta hermosa doncella, le parecía oír las olas llamarle y repetirle mil veces la buena nueva de que su Matilde le amaba, y como entonces, le parecía el mundo un paraíso creado para una diosa con grandes y rasgados ojos. Esta diosa debía pronto aparecer allí en la azotea de la casita del Castillo, porque Erico sabía que también Matilde estaba esperando saludarle como la primera vez que se conocieron.

De igual modo que los pueblos extienden sobre su pasado un velo de poesía que les hace parecer poéticas y hermosas aquellas ruinas de antiguos castillos, que una vez se erigieron en las alturas de las montaña para esclavizarlos y explotarlos; los enamorados hallan en los sufrimientos del pasado, en los suspiros de amor una fuente inagotable de poesía. Cuando más tempestuosos son los amores, más parecen llenar el alma y más profundo recuerdo dejan para toda la vida.

¡Oh, misterio del corazón humano! las lágrimas del dolor se cristalizan después en perlas preciosas que adornan nuestra vida; los sufrimientos del poeta inspiran los versos más hermosos, y del suspiro del pueblo nace la música más bella y sentida que son las canciones populares, manantial limpio y rico de todos

los grandes músicos desde Mozart, Weber y Mendelson, hasta los rusos Glink, Dargomiski, Rubenstein, los italianos Verdi, Donizetti, y los españoles Arrieta, Gastambide, Chapí, Caballero y Barbieri[194]. Los artistas y poetas son los grandes bienhechores de la humanidad, enseñándonos en los abismos del dolor tesoros de poesía: los suspiros inmortales de Dante por su etérea Beatriz han dado sin duda alguna mayor dicha y consuelo a la humanidad que han logrado los inventos más portentosos[195].

Erico había alimentado su alma con la poesía de todo lo grande que Europa ha producido y, cual cuerda de un arpa, resonaban los sentimientos poéticos en él por el movimiento más suave, como aquellas arpas de la leyenda griega que sonaron en dulces armonías por el viento que les trajo otra plegaria amorosa. El arte y la poesía, al parecer tan fútiles e inútiles, son en realidad el mayor tesoro de la humanidad, porque sin ellos sería nuestra vida árida y sin encanto. Quizás se explica la decadencia del mundo clásico que se sumergía en los fantasmas del mundo cristiano por la pobreza poética de los antiguos, quienes no sabían satisfacer nuestro anhelo hacia los ideales, hacia aquel mundo fantástico que encontramos hoy en nuestras riquísimas artes las obras inmortales de los grandes poetas que entonces tenían que buscar en vano en las leyendas del cristianismo y el éxtasis religioso.

Ya no dudaba Erico en su victoria.

¿No contaba con la voluntad de los padres de Matilde?

Sin embargo, aún había dificultades que vencer, todavía tenía D. Francisco compromisos con D. Carlos y el conocedor del carácter de los andaluces sabía cuán fácil sería al astuto curial ganar otra vez terreno si él no precipitaba los acontecimientos y se llevaba a la niña.

¿Y cómo? Si bien ganaba lo suficiente para no carecer de lo preciso, como arreglar en tan poco tiempo los documentos indispensables para el casamiento. Además, tenía ante sí la dificultad de su religión protestante y no podía ni debía exigir que los padres y parientes de Matilde consintieran en que sólo se efectuara el matrimonio civilmente abstrayendo de la bendición religiosa,

este acto solemne y misterioso que parece enaltecerlo y santificarlo.

El librepensador comprendía la superficialidad del vulgo anticlerical que no quiere o no puede ver que aquellas ceremonias religiosas corresponden a una aspiración profundamente humana, innata en el corazón humano y que las religiones positivas sólo sustituyen la sublime religión de la solidaridad de toda la humanidad; este lazo, la palabra religión no significa otra cosa que lazo de unión, que nos hace sentir esa fraternidad que representa la sanción de la humanidad entera, elevando aquellos actos civiles del bautismo y matrimonio a la altura de solemnidades de trascendencia y responsabilidad[196].

–¡Qué hermoso sueño, aquella unidad católica internacional de la iglesia romana! Erico sentía un vacío en aquel librepensamiento vulgar que no sabe comprender la verdadera esencia de las cosas porque también en las religiones no se destruye nada sin sustituirlo por algo mejor. Los sectarios dividen; las religiones de verdad unen a los hombres y la religión más sublime es el ideal del socialismo: la solidaridad humana internacional. Pero hasta llegar a ese ideal, se preguntaba el joven entristecido, será preciso que aún suframos mucho por aquel odio del fanatismo religioso que divide las naciones y siembra la cizaña entre los esposos y entre padres e hijos.

Las reflexiones del enamorado fueron interrumpidas por la aparición de una figura blanca que desde la azotea de la casita rosa saludaba con el pañuelo.

Era Matilde que estaba esperando a su novio.

¡Ah!, otra vez brillaba la hermosa andaluza con toda su belleza, sus ojos resplandecían y su mirada hablaba al joven embriagado en poemas de amor, alegría y dicha. Ella misma le abrió la puerta y le recibió con el sencillo cariño de antes como si entre ellos nunca hubiera habido ningún disgusto, porque en realidad, ambos se habían sido fieles y ninguno de los dos podía hacer al otro el más mínimo reproche.

D.ª Frasquita, la buena mamá de Matilde, saludaba con cariño y amabilidad al prometido de su hija; sus grandes ojos negros

tenían una expresión de dulzura y bondad, de un alma grande que Erico no podría olvidar nunca en su vida, era la mirada profunda de una santa y una mártir que revelaba un mundo sublime de sufrimientos y amores.

Los dos novios se quedaron solos en la sala, la madre de Matilde tenía en el joven una completa confianza. D. Francisco mandó decir que se encontraba algo indispuesto y que guardaría cama.

–¿Es posible que hayas dudado un momento de mí? preguntaba Erico con suave reproche a su amada.

–Y tú, ¿no me has devuelto las cartas?... respondió la niña.

Hablaron largas horas amorosamente y la tierna joven sentía como alivio poder llorar ante el mismo hombre por el cual había sufrido tanto: tenían que decirse muchas cosas hasta que al fin les recordó la buena madre de Matilde la realidad.

–Ya lo hemos hablado todo con don Francisco, dijo Erico a las dos señoras, todo está deshecho respecto a D. Carlos y sólo nos falta ahora que Matilde le escriba algunas líneas de despedida.

En esto quedaban; el joven dijo a D.ª Frasquita que hablara con su esposo respecto al día de la boda, porque ésta debía efectuarse lo antes posible para cortar todas las intrigas que pudieran tramarse contra su amor. Dentro de un mes o seis semanas ya podía tener todos los documentos necesarios para la solemnidad y en cuanto a su calidad de protestante, no creía que hubiera dificultades por parte del cura.

–Mi marido me ha dicho siempre, respondió doña Frasquita, que sólo un permiso del Papa podría autorizar el casamiento de usted con nuestra hija; y que la dispensa costará mucho y tardará por lo menos cuatro o seis meses.

Era sin duda esto una seria dificultad. Erico no ocultaba la verdad a su novia preguntándole, medio en broma, si quería huir con él sin la ceremonia religiosa si de otro modo no fuera posible resolver el problema, a lo cual respondió la inteligente niña, con aquella sublime ingenuidad del instinto femenino que penetra más al fondo de las cosas que todo nuestro saber, que más

sencillo y natural sería que Erico aceptara el catolicismo ya que él era librepensador y no daba valor alguno a estas ceremonias religiosas.

¡Qué profunda verdad encerraban estas palabras de la niña! ¿Por qué no atender a su deseo si en realidad le eran indiferentes las religiones positivas y si las consideraba verdaderamente con la tolerancia del filosofo-librepensador?

–Por cariño a ti, estoy dispuesto a todo, repuso el joven pero sólo lo haría si de otro modo no pudiera resolverse el conflicto. Educado en un país protestante he sentido un profundo rencor y casi desprecio al «paganismo» católico como los evangélicos llaman quizás no sin fundamento al culto de los santos y las imágenes de la iglesia romana, porque son en efecto las imágenes y diosas de las religiones politeístas de los griegos y romanos, pero en Italia he tomado cariño y mucha simpatía al catolicismo por lo hermoso y artístico de su culto, por las obras gigantescas y eternas de bellas artes con que ha sabido llenar las ciudades italianas por la suave y dulce poesía que nos embriaga aún hoy en los templos de la católica Roma.

Erico refería a su novia cuánto le gustaba contemplar una virgen de Rafael, profundizarse en el misterio de lo eterno femenino y oír la música suave y majestuosa entremezclada con el coro de sacerdotes cantando algo divino, sobrehumano, que existe, que no podemos negar y cuya manifestación más sublime en la tierra es el arte. Entre todas las religiones positivas le parecía la más hermosa la doctrina del sublime filósofo judío, la figura más grande, poética y bella que nos refiere la historia, Jesús el Nazareno, que para el poeta se presentaba con aquel carácter sentimental como le describe tan magistralmente Ernesto Renan[197] en su obra inmortal. Entre las sectas cristianas tenía mayores atractivos para el artista la iglesia romana. El filósofo le perdonaba su terrible historia de crímenes y errores porque comprendía que la sublime doctrina de Jesús no hubiera podido conquistar al mundo entero si no hubiera aceptado el impuro apoyo de los poderes civiles, las ambiciones, la concupiscencia y toda la impureza inherente a todo lo humano. Cual arroyo cristalino que se

pierde en la arena sin llegar al mar de la humanidad, la doctrina de Jesús se hubiera difundido en su divina pureza no más allá de las fronteras de Judea. Para llegar a abrazar a toda la humanidad, era preciso que el arroyo tomara por todas partes las corrientes que afluyeran hasta llevar al fin su majestuoso caudal hacia el mar, aunque turbio y lleno de barro y fango. Una vez en el eterno mar de la humanidad, tomarán las aguas otra vez la primitiva claridad y transparencia cristalina, y así, ha llegado el cristianismo en la época presente a este mar abrazando la humanidad entera. Ahora principia a deshacerse de todo fango y barro del pasado, purificándose las costumbres de las iglesias, cristalizándose las doctrinas en conformidad con las eternas verdades de la ciencia e idealizándose la jerarquía eclesiástica al dejar todo contacto con los poderes civiles gracias a una completa separación de la iglesia y el Estado.

Como aquella noche en las frondosas alturas del Sievering ante la capital austríaca dormida a sus pies, recibió Erico la revelación respecto al porvenir cosmopolita de la vieja Europa; esa mañana hablando con la encantadora niña de su alma vio iluminado por la clara luz de la filosofía el gran problema religioso tan trascendental para esta misma vieja Europa y tan poco comprendido por los entusiastas de los ideales del porvenir.

¡Ah!, el panteísta librepensador aprendía en los ojos de su bella novia que el amor es la palabra mágica que resuelve aquel arduo problema. Unir todas las corrientes que se dirijan hacia el cristalino mar del amor a la humanidad aunque lleven en su cauce tierra y barro porque la verdad vencerá sobre todas las mentiras y el espíritu divino romperá el estrecho molde en que las miserias y ruindades humanas quieren encerrar las religiones cristianas. Ya está transformándose la ambiciosa Roma de los papas infalibles de poder civil en poder espiritual, y por todas partes está operándose un poderoso movimiento de reforma espiritual en los diversos países católicos y protestantes, encaminado a llevar la sencillez y verdad cristianas a la sublime doctrina del gran mártir del Gólgota[198] y purificarlo de toda mezcla impía de dogmas dictados por la ambición y la codicia.

XXVIII

Siempre era el prurito de Erico llevar una vida tal que resultase en conjunto tan artística y bella como una hermosa obra de arte, una novela de verdad que tuviese páginas sentimentales y trágicas y siempre variedades interesantes. En este sentido, le repugnaba la monotonía de la existencia del vulgo y hasta le parecía necesario, para darle mayor variedad artística, no permanecer más de algunos años en el mismo lugar, sin hacer algún viaje largo que rompiese la uniformidad.

También había esperado un desenlace artístico novelesco a sus amores con la bella andaluza; pero la realidad no suele tener aquellas conclusiones de una pieza de música o de un drama, sino al contrario, los grandes ríos se confunden con el mar muy paulatinamente, repartidas sus aguas en varios brazos o en anchas lagunas palúdicas como el Ganges, el Nilo, el Danubio, el Volga, el Vístula, el Po, el Missisipi y el río de las Amazonas[199].

Lagunas palúdicas parecían al joven los tortuosos procedimientos que las circunstancias le obligaron a emplear para llegar a su dicha: al curial D. Carlos tuvo que esperar en la calle para declararle lisa y claramente su resolución de batirse con él, si no desistía de influir en el padre de la muchacha, y se indignaba cuando el vicioso vividor le contestaba, con la prudencia de un anciano, que él no quería un escándalo y que entre personas tan prudentes estas cosas se arreglaran amistosamente.

Menos le satisfizo la actitud pasiva de D. Francisco quien después de la entrevista de la primera noche evitaba ver al joven, y para eludir todo compromiso se marchó al campo, dejando a las

señoras sin saber qué hacer. Erico se explicaba esta casi fuga por el interés que tenía el comerciante en no provocar la venganza del curial, dejando que las cosas tomaran el giro que por su propio peso les correspondiera, y, quizás también, para eludir toda responsabilidad en cuanto al enlace de su hija.

Un detalle caracterizaba la situación: el joven recibió un día una invitación por parte de su rival para que le esperase por la noche a las once en la Alameda... En el mes de noviembre nadie solía estar ya a esas horas en aquel sitio solitario... El dueño de la casa de huéspedes donde Erico vivía le aconsejaba no ir a la cita. Huelgan comentarios; nuestro protagonista comprendió que el río de sus amores había caído en aquellas lagunas palúdicas, antes de llegar al cristalino mar.

Contra el enemigo escondido no podía Erico luchar ni tampoco podía aplazar las cosas por temor que circunstancias imprevistas se pusieran en contra suya. Ni tenía medios materiales para quedarse más tiempo en Málaga, ni hubiera conseguido nada contra aquella resistencia pasiva que se le oponía. Aplazar el enlace hasta la llegada de la dispensa del Papa sería exponerse a una nueva lucha y para la dispensa necesitaba además una cantidad que el pobre literato no poseía.

–¡Ah!, los enemigos me empujan a entrar en las trincheras del adversario más temible. Ellos y las circunstancias me impelen a acatar el catolicismo, decía el joven para sí, pues bien les hago responsables, por la inmoralidad que pudiera tener, de entrar en su casa para saber por dónde combatirla mejor. Si la iglesia católica me obliga a abrazar aparentemente su doctrina para conquistar a la mujer que adoro, que no se lamente que la haya engañado o ejercido el espionaje.

Y con irónica sonrisa continuaba:

–Sí, sí, me haré católico para que mi Matilde se deje más fácilmente convencer de las verdades de mi religión de humanitarismo, y para que ningún clérigo pueda hacerla desconfiar de su esposo por ser hereje. Comulgando en la misma religión católica, creerá, mejor en los abismos que existen entre la sublime doctrina católica de Jesús y la obra de los papas de Roma, que ha convertido

el arroyo cristalino en una ola gigantesca, pero sucia y emponzoñada que necesita muchos esfuerzos hasta que pierda otra vez el barro y fango, y obtenga la limpieza del agua del mar. Ella, educada en las preocupaciones católicas se sentirá más unida conmigo y no me ocurrirá lo que a mi desgraciado paisano, cuya mujer llegaba hasta el extremo de aborrecerle por ser protestante[200].

Erico se acordaba que le faltaba el íntimo conocimiento del catolicismo y de la organización de la fuerza clerical para poderlas combatir con mayor eficacia; porque la historia le enseñaba en los ejemplos de Lutero[201], Knox[202], Calvino[203] hasta los contemporáneos Strauss[204], Curi[205], Dollinger[206] que los más peligrosos adversarios del despotismo clerical suelen ser los mismos sacerdotes que se rebelan contra su iglesia y Erico sabía cuán importante es aún el problema anticlerical en toda nuestra gigantesca lucha de los ideales modernos contra un pasado de injusticias e ignorancia.

Había en Madrid un doctísimo jesuita, el célebre autor de *La armonía entre la religión y la ciencia*[207], el único individuo de la orden que desde su supresión en el siglo pasado había sido distinguido con la dignidad de Académico. Erico tuvo el propósito de dejarse iniciar por esta lumbrera teológica en el catolicismo, porque nadie como él, jesuita y sabio, pudieran darle las indicaciones que necesitaba.

–Y mis compañeros de revolución en Rusia, ¿qué dirán de esta extraña conversión? se preguntaba Erico y casi vacilaba. No, no podrán tacharme en nada por combatir al clericalismo con sus propias armas: el fin justifica los medios, mi fin es noble, humanitario... y si algún fanático del librepensamiento me reprochara por este ejemplo, le contestaré como Enrique IV, rey de Francia, que sí París bien vale una misa[208], mi Matilde me vale más que el mundo entero y que un campeón de los ideales del progreso como yo, puede emplear las armas de la diplomacia y astucia sin que nadie se atreva a tacharle de traidor. Si a Enrique Heine[209] le ha perdonado la posteridad imparcial el haber variado de religión sólo para ganar algunos ochavos ¡cómo no aprobarán todos mi proceder tratándose de ganar una mujer como Matilde!

La joven agradecía mucho a su novio esta prueba de amor sin comprender los móviles complejos que le empujaban a la resolución. De un golpe se despejaba el horizonte y ya sólo se trataba de volver a Madrid para poner en práctica el plan.

Antes de partir de Málaga creía un deber suyo el suplicar a la madre de su prometida que viniese a Madrid con sus hijos y esposo a compartir lo poco que ganaba, porque él tenía la culpa, aunque inconscientemente, de que D. Francisco se hubiese empobrecido y no hacía más con esto que reparar parte del daño que había causado.

Una mirada de doña Frasquita llena de amor, como sólo una madre puede sentir, respondió a este ofrecimiento. La buena señora veía una posibilidad de quedarse reunida con su hija. A la vez tenía este proyecto la ventaja de evitar a la familia las charlas o intrigas de Málaga y la familia de don Carlos ofendida en lo más vivo por haber rechazado Matilde la mano de éste. Y además, encontrarían los hermanitos de la joven, Pepe y Paco, en Madrid, mejores colegios que en una capital de provincia.

Las dificultades habían concluido para los dos enamorados, y el veinticinco de diciembre volvía Erico de Madrid a Málaga provisto de todos los documentos precisos para el desenlace de su más bello ideal que tuvo lugar el 15 de enero.

Sólo una vez tuvo que acordarse de sus enemigos y fue la misma noche de su llegada: toda la familia estaba reunida en la sala de la casita rosa del Castillo, cuando repentinamente se apercibieron que se movía la casa, cayendo los espejos y cuadros al suelo y sintiéndose un ruido formidable.

–¡Ah!, la venganza del curial, pensó Erico, pero pronto comprendió que no era una explosión de pólvora ni dinamita, sino el terremoto que en tal noche llenó a toda Andalucía de espanto: un grandioso saludo de las fuerzas elementales de la naturaleza, al panteísta que adoraba en estas fuerzas misteriosas a su Dios-Universo.

También Rusia, la desgraciada patria de Erico, le mandaba un triste recuerdo. Citando los prometidos despertaron después

de la noche de novios, oyeron la voz alegre de D. Francisco que exclamaba:

–Levántate Matilde; mira como nieva, mira, hija mía, qué blanco y hermoso se ha puesto todo.

En efecto, nevaba; un fenómeno que desde la guerra de África, no se haba visto en Málaga.

–Es un saludo de mis compatriotas, de los vencidos de la revolución, dijo el ruso, y añadió sonriendo, también yo soy un vencido por tus encantos...

Un beso apasionado puso fin a este hermoso idilio.

F I N

NOTAS

[1] El camino de la Coracha es el camino de las murallas que suben a la Alcazaba, fortificación de Málaga construida inicialmente en el año 700. Las casas descritas en la novela constituían la parte más antigua de este barrio pintoresco, pero ya no existen. La imagen imponente del complejo defensivo que presentaba la ciudad de Málaga y su conjunto Castillo-Coracha-Alcazaba llamó la atención de todos los cronistas cristianos desde el siglo XV quienes destacaban su inexpugnabilidad.

[2] La imagen que conservará Ernesto Bark de Andalucía corresponde a la idealización exótica y estereotipada de los viajeros románticos, como se puede también observar en su libro de viajes *Wanderungen in Spanien und Portugal,* Berlín, Richard Wilhemi, 1883. Al parecer, Bark publicó asimismo un folleto, *In banne Andalusiens* (Madrid, Biblioteca Spanisch-Deutsche Revue, 1886), en el que reaparecían sentimientos similares.

[3] Erico Orloff u Orlof (pronunciado Arlof), apellido de una familia rusa cuyos miembros ejercieron papeles importantes en la historia de Rusia desde el siglo XVIII.

[4] La mayor parte de los datos autobiográficos son incorporados por Bark con exactitud, como ocurre aquí respecto de la edad del joven Orloff.

[5] *chambre garnie:* cuarto amueblado.

[6] Adolphe Garnier, psicólogo francés (1801-1864), desarrolló una teoría ecléctica en la que adaptó el psicologismo escocés al eclecticismo espiritualista. Fue un pensador independiente y original, con un método objetivo; estudió, desde un punto de vista filosófico, los fenómenos de la sensibilidad y la voluntad; y era conocido por su análisis de la facultad de amar y sus inclinaciones. Entre sus obras destacan: *Tratado de las facultades del alma* (1852) *y Tratado de moral social* (1850).

[7] Paolo Mantegazza, médico y antropólogo italiano (1831-1910). Fue el fundador del museo de antropología y etnografía de Florencia y de la Sociedad de antropología italiana. Describió en 1851, antes que Virchow, la reproducción de las bacterias mediante esporas resistentes. Escribió: *Fisiología del placer* (1877), *Fisiología del dolor* (1888), *Fisiología del odio* (1899), etc.

[8] Alejandro II (1818-1881), descendiente de Nicolás I, accedió al trono en 1855. Continuó la guerra de Turquía, participó en la de Crimea, que finalizó en 1856, en la que perdió grandes territorios. Para recuperar su esplendor firmó alianzas con Francia e Inglaterra en contra de Turquía y más tarde se unió a Guillermo I de Alemania y Francisco José de Austria en la liga de los Tres Emperadores. Apostó por la colonización de Liberia, la conquista del Cáucaso y el Turquestán y pactó con China para tener una salida al mar. Emprendió reformas parciales para abolir la servidumbre de la gleba, lo que implicaba la libertad de los campesinos rusos; reformas en la administración de la justicia, creando

tribunales con magistrados y tribunales libres; reorganización militar, liberalización de la educación y supresión de la censura previa. Sin embargo, la sublevación independentista de Polonia, en 1863, puso fin a estos cambios. Las condiciones económicas del país contribuyeron a la difusión de las ideas socialistas y comunistas entre el pueblo, y los movimientos paneslavistas. El zar sufrió varios atentados: en 1866, le salvó la vida un campesino, y en la Exposición Universal de París de 1867, fue atacado por un polaco que impresionó al emperador. Desde entonces, restableció una censura rigurosa y organizó una severa vigilancia. El tercer atentado, al que se refiere Bark, ocurrió en Tanganrog el 13 de marzo de 1881. El zar fue herido por una bomba de dinamita que acabó con su vida cuando se trasladaba del cuartel Miguel al Palacio de Invierno.

[9] Bark citará en repetidas ocasiones a los tres revolucionarios del partido Narodnaia Volia: Sofia Perovskaia, Ivanof Sheliabof y Nicolás Kibalchich, organizadores del atentado contra Nicolás II. Fueron detenidos, juzgados y ejecutados. Las medidas persecutorias y de represión que el zar adoptó, excepcionalmente extensas y severas, redujeron pronto el partido. Sofia Perovskaia (1853-1881), hija del gobernador de San Petersburgo, realizó propaganda activa en los sectores obreros. Bark solía identificar en su discurso panfletario la imagen de mujer sacrificada por la causa con la de mujeres santas, «la virgen roja», «las Marías Magdalenas y las Teresas de Jesús», en *La revolución social*, Madrid, Biblioteca Germinal, Libr. Valero Díaz , 1902, p. 170.

[10] El espiritismo es un conjunto de doctrinas que se basan parcialmente en el espiritualismo cristiano en lo referente a Dios, los espíritus, las almas y la vida futura. La nota característica de sus prácticas consiste en la comunicación con los espíritus mediante diversos procedimientos, tales como la adivinación, el hipnotismo, el magnetismo, etc. El espiritismo surgió a mediados del siglo XIX en Estados Unidos; se extendió rápidamente a Gran Bretaña y resto de Europa, estimulando una prolija literatura espiritista y, paralelamente, crítica.

[11] La calle de Torrijos corresponde en la actualidad a la calle de la Carretería. Es una calle importante de Málaga, junto al muro árabe, que limita el centro histórico.

[12] Bark hace uso de los mecanismos clásicos en la construcción de la intriga. En este caso, la prolepsis anuncia uno de los motivos que desencadenarán la resolución final de la intriga. El lector podrá ya observar que en *Los Vencidos,* la acción ostenta un papel secundario en el proceso de maduración del protagonista.

[13] Obsérvese la mezcolanza de elementos didácticos incluso en los momentos de cierto lirismo. Cualquier cita sirve de pretexto para recordar datos históricos, como ocurre aquí cuando el narrador recuerda la retirada de los musulmanes en Andalucía.

[14] La fuerza del destino guiaba la existencia de Erico Orloff; orientándole a redimir al pueblo ruso. Bark compara dicha empresa, titánica y voluntariosa, con las campañas napoleónicas. La influencia de Lessing en la consideración de las religiones como estadios primitivos de la humanidad previos a la emancipación de la razón, y la de Schopenhauer en la aceptación del sufrimiento y el mal que acompañan toda vida y esfuerzo caracterizan la voluntad de vivir del joven Orloff en los primeros capítulos de la novela. La insatisfacción que procura la voluntad de vivir, esencia verdadera del universo, será el motor de la evolución psicológica y moral de Orloff, atormentado y dividido entre la misión social a la que se siente destinado y la satisfacción de la pasión amorosa.

[15] Dato autobiográfico, consúltese el estudio preliminar.

[16] Ticiano Vecellio (1487-1576), genio de la pintura veneciana que logró imprimir encanto especial a las figuras femeninas (*El amor sagrado y el amor profano, Flora, Salomé)* con gran libertad de expresión y original cromatismo. La exaltación de la feminidad en los desnudos de su última época –sobre todo en Venus y demás figuras mitológicas- confieren a sus cuadros gran erotismo y fuerza dramática. Son pinturas de trazo nervioso y colores en veladuras superpuestas en las que el artista parece captar el último entresijo del espíritu de sus personajes.

[17] Son célebres las vírgenes de Bartolomé Esteban Murillo (Sevilla, 1617-1682), en particular, sus Inmaculadas, en las que aúna la sensibilidad de la época con la luz y la brillantez del colorido fundido en suaves degradaciones. Como Matilde, las Inmaculadas de Murillo son vírgenes casi niñas, vestidas de blanco y un velo azul, rodeadas de nubes luminosas, ángeles y querubines.

[18] De manera puntual, Bark ira introduciendo breves apuntes sobre la Historia de los País Bálticos. De nuevo, lleva a la ficción sus propios acontecimientos personales, como fueron los de la revista clandestina, *El Federalista Báltico* que causaría su deportación.

[19] Las provincias bálticas fueron invadidas con fines evangelizadores y colonizadores por caballeros alemanes, por lo que el país se convirtió en un campo de rivalidades escandinavo-germánicas. En 1225 se repartió el país, atribuyendo el norte a los caballeros portaespadas del rey de Dinamarca. Los caballeros teutones, en 1228, acabaron germanizando los países bálticos, imponiéndose a la población autóctona y reduciéndola a la servidumbre, salvo a la población lituana que era gobernada por la dinastía de los Jagellones. La orden teutónica se mantuvo en Estonia y Letonia hasta 1561, ambas se convirtieron al luteranismo (fines XVI) y conservaron, a pesar de las vicisitudes políticas fruto de las invasiones sueca (Estonia), polaca (Livonia) y rusa (Curlandia), su propia estructura social hasta principios del siglo XX.

[20] Bark utiliza la forma latina Curonia en vez de su traducción alemana, más corriente, Curlandia (del letón *Kurzeme,* país de los Kurs o Kuros y *semme:* tierra) que era una región de Letonia, entre el Báltico y el Dvna. Los Kuros eran una tribu finesa que ocupó en tiempos medievales una parte de Letonia (o Latvia). En el siglo XVI, Curlandia se convirtió en ducado hereditario de la soberanía polaca, el cual fue anexionado por Catalina II de Rusia en 1795. Fue escenario de los movimientos revolucionarios en 1905. Ocupada por los alemanes durante la primera guerra mundial, se volvió a constituir el ducado para ser donado al emperador de Alemania. La población protestó y tras el hundimiento de los imperios centrales, Curlandia formó junto con Livonia la república de Letonia (1921-1940).

[21] Mamelucos (*ma-melouk*, de l'arabe *mameluk*, esclavo). Soldado de una milicia egipcia, constituida por jóvenes esclavos comprados por los sultanes ayubíes. Bonaparte, durante su expedición a Egipcio, empleó a caballeros mamelucos como informadores. En 1804, Napoleón formó con aquellos mamelucos que se repatriaron un escuadrón de cazadores a caballo. Fueron casi exterminados durante el terror blanco.

[22] El padre de Ernesto Bark, Woldemar Heinrich Bark, era hijo bastardo del hacendado alemán Heinrich Bark y la estonia María Peterson. Woldemar se casó con Corinne von Schultz, una noble alemana.

[23] Shakespeare, Rousseau y Goethe fueron autores predilectos de Bark. Constituyen a su entender el paradigma cultural europeo por los valores universales de sus obras, pero en particular, porque participan, cada uno desde su época y pensamiento, la reacción contra el racionalismo que en cierto modo encabezó Rousseau, con su postulado de retornar hacia la Naturaleza. Desde finales del siglo XVIII, en Alemania, la obra de Shakespeare despertó el entusiasmo por sustituir el culto de la razón en la obra literaria y poética por un fuerte predominio del sentimiento y la individualidad. Sus obras fueron traducidas e inspiraron títulos como la comedia *Sturm und Drang* (1776) de Maximilian Klinger cuyo nombre terminó asignándose al movimiento literario surgido entre los años 1770 y 1785. Este movimiento prerromántico reunió a pensadores y artistas que, siguiendo las ideas de Johann Gottfried Herder, se reunieron en torno al escritor alemán Johann Wolfgang Goethe (1749-1832).

[24] Karl von Schultz, el abuelo materno de Ernesto Bark era un rico banquero de Dresde. En 1844 compró el Estado de Kawa al que sería su futuro consuegro, Heinrich Bark, y lo legó a su hija Corinne von Schultz, madre de nuestro protagonista. De este modo, los padres de Bark, Woldemar Heinrich Bark y Corinne von Schultz recuperaron por alianza la antigua propiedad. Bark proyecta en su personaje las disensiones familiares fruto de las diferencias sociales de sus padres.

[25] El *Contrato social* (1762) y el *Discurso sobre la desigualdad entre los hombres* (1755) de Rousseau versan sobre la cuestión social. Rousseau argüía que el hombre ha nacido libre y no renuncia a su libertad cuando forma una sociedad, un Estado; por lo tanto, únicamente la sociedad es soberana; la voluntad común, la suprema ley. El objeto de la ley es, no obstante, la igualdad y la libertad en la República. El *Contrato social* plantea una crítica demoledora de las condiciones sociales: frente a la falsa civilización que hace a los hombres desgraciados, defiende el retorno a la Naturaleza y al estado salvaje ya que la desigualdad ha nacido del concepto de propiedad; de la protección mutua, el Gobierno; y de su carácter hereditario, el despotismo y la degeneración. La revolución que destruye al tirano es tan legítima como el dominio del señor sobre la vida y la propiedad de sus vasallos. El *Contrato social* sirvió de base a la Revolución francesa e inspiró la Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano.

[26] Germaine Necker, baronesa de Staël-Holstein, conocida como Mme. de Staël (1766-1817). Escritora francesa. Frecuentó los círculos literarios del París de la Revolución. Se exilió en Suiza a causa de su implicación en diversas intrigas durante la Revolución Francesa. En Suiza conoció al escritor Benjamin Constant, que se convirtió en su amante. Tras un breve retorno a París, tuvo que huir de nuevo, ocasión que aprovechó para publicar *De la influencia de las pasiones sobre la felicidad de los individuos y de las naciones* (1796). En 1802, sus inclinaciones políticas hicieron desconfiar a Napoleón, por lo que de nuevo tuvo que alejarse de París. Se consagró como escritora gracias a sus novelas románticas *Delphine* (1802) y *Corinne ou l'Italie* (1807), considerado éste como el modelo del ideal y del amor por los románticos porque su protagonista se convierte en símbolo de la mujer que busca su independencia. Se instaló en el Imperio Alemán donde conoció a Goethe y Schiller; a raíz de esos viajes escribió *Alemania* (1810), obra que contribuyó decisivamente al desarrollo del romanticismo francés. A la caída de Napoleón abrió con éxito un salón en París.

[27] Tacitus Publius Cornelius (*c.*54 - *c.*120 d. J.C.), historiador y orador latino. Escribió *La Germania (De origine et situ Germaniae)* en el 98 d. J.C. Es una descripción

geográfica, etnográfica y política de la antigua Germania. Tácito anunció la amenaza que los pueblos del Norte constituían para los del Mediodía, comparando las corrompidas costumbres romanas frente a la energía de los pueblos bárbaros e incitando a sus conciudadanos a que volviesen a su primitiva sencillez de costumbres para poder resistir mejor al enemigo.

[28] En *Emile* (1762), Rousseau planteó el problema de la educación del niño destinado a ser ciudadano sobre nuevas bases. Puesto que el hombre es bueno y perfectible, puede recuperar el sentimiento natural, la voz de la razón y la Naturaleza cuando se aleja de la sociedad, el vicio, el error y el perjuicio. Con ese retorno a la naturaleza, el hombre puede aprender por sí mismo la ciencia y el arte, y hallar a Dios. Rousseau, en contra del enciclopedismo, afirmó la importancia del sentimiento frente a la razón, la necesidad de una toma de conciencia, la exaltación del *yo*, la religiosidad basada en las relaciones directas entre el creyente y el Ser supremo en el marco de la naturaleza. El respeto de la libertad interior, la dignidad personal y la felicidad son los fundamentos de la pedagogía de Rousseau. Goethe consideraba que *Emile* era el evangelio natural de la educación.

[29] Bark vivió bajo la influencia del rechazo del racionalismo como pauta del comportamiento individual postulado por el pensamiento romántico. No se trata de desvalorizar la razón como instrumento del conocimiento humano; sino de exaltar la actitud de la personalidad impulsiva, que actúa guiada por los embates de la pasión antes que por los consejos de la reflexión racional, como recreó Goethe en *Fausto,* obra predilecta de Bark.

[30] El marqués Henri de Rochefort-Luçay (1831-1913) fue un periodista y político francés de ideas muy avanzadas que dirigió acervos ataques a la Iglesia y el Imperio. Fundó los periódicos democráticos: *La lanterne* (1868), al que hace referencia Bark, que tuvo gran éxito pero le valió multitud de multas, persecuciones, procesos y encarcelamientos; *La Marseillaise* (1869) desde el que realizó una ruda campaña contra Pedro Bonaparte; *Le mot d'Ordre* (1871) para apoyar su candidatura en las elecciones de la Asamblea Nacional. Sostuvo la *Commune* por lo que fue deportado a Nueva Caledonia, de donde se evadió para refugiarse en Londres y Ginebra. La amnistía de 1880 le permitió volver a París, donde dirigió el periódico radical *L'Intransigeant*. En 1889, siguió a Boulanger, lo que le supuso una nueva deportación y la amnistía en 1895. Mientras tanto, *L'Intransigeant* se convirtió en un periódico antiparlamentario, antisemita y nacionalista. Las últimas publicaciones de este «rey de la polémica» salieron a la luz en *La Patrie*, un periódico nacionalista de derechas. Fue autor, entre otras obras, de *Los franceses de la decadencia* (1866) y *Los depravados* (1875).

[31] *La lanterne* (1868) era un panfleto que semanalmente publicaba Rochefort. Constaba de setenta y dos páginas de formato pequeño y unas tapas rojas ilustradas con una linterna para «Ilustrar a la gente honesta y ahorcar a los malhechores». Rochefort, que la redactaba solo, lanzaba cáusticas críticas sobre la actualidad. Pese a su elevado precio, *La Lanterne* alcanzó tiradas muy elevadas. Fue prohibido en Francia y Rochefort siguió publicándolo desde Bruselas hasta finales de 1869, y de 1874 a 1876 desde Londres aunque con menor éxito. Este «memorial de las inmundicias del Imperio» contribuyó con su mordaz ironía a despertar a la opinión pública y dar confianza a la oposición que vio crecer la posibilidad de divulgar sus opiniones en contra del Imperio de Napoleón III.

[32] Jean Calvino (1509-1564), teólogo protestante francés. Su obra fundamental, *Institutio religionis christianae,* presenta su visión de Cristo como profeta, pastor y rey, del Espíritu Santo como inspirador de la fe y, sobre todo, de la Biblia como autoridad final. Su convicción de que la doctrina cristiana debe ser extraída por el creyente a través de la lectura directa de la Biblia, sin mediación de la Iglesia, fue lo que suscitó más controversia y lo que generó la escisión de la Iglesia romana. Además de adoptar el legado de Lutero y negar con éste la eficacia de los sacramentos, Calvino rechazó la existencia del purgatorio, el valor de la misa y de las indulgencias, y negó la presencia de Cristo en la eucaristía. Mayor polémica generó su doctrina de la predestinación, según la cual la salvación sólo dependía de la soberana piedad de Dios –ejemplificada en el perdón de Cristo– y nunca de la voluntad humana. La principal obra teológica de Calvino es *Christianae religiones institutio* (1536). Desde Ginebra, ciudad en la que residió durante la mayor parte de su vida adulta, ejerció una profunda influencia, que se extendió por Francia, Inglaterra y Escocia, donde más tarde halló continuidad en la obra del escocés John Knox, también citado por Bark

[33] Miguel Servet (1511-1553), médico y teólogo español. Sostuvo varias controversias con teólogos católicos y protestantes en Italia y Alemania. Las acusaciones contra Calvino a las que alude el narrador se refieren a la hostilidad que existió entre ambos a partir de sus discusiones teológicas. En su libro *Christianismo restitutio* (1553), Servet expuso su concepción de la Santísima Trinidad, que para él no era más que tres modos distintos de la manifestación del ser absoluto. Calvino denunció a Servet al gran Inquisidor de Lyon, ciudad en la que Servet estaba ejerciendo como médico. Consiguió escapar, y al pretender huir a Italia, pasó por Ginebra, donde fue reconocido. Calvino le persiguió y le hizo prender por heresiarca (1553). Servet murió condenado en la hoguera.

[34] Suiza acogió a numerosos de refugiados franceses durante las guerras de religión. A pesar de la intolerancia y rigidez del régimen calvinista, Ginebra mantuvo su independencia y atrajo a numerosos intelectuales y científicos por su cosmopolitismo y prosperidad. Aunque fue incorporada a Francia en 1789, recobró su independencia en 1814, para formar parte de la Confederación Helvética. Su constitución de 1841 abolió el poder de la aristocracia; y la de 1847, estableció una democracia electiva basada en el sufragio universal. Liberales y demócratas se mantuvieron en el poder hasta 1914, favoreciendo ese clima de libertad y refugio que describe Bark. En 1863, Henry Dunant la convirtió en sede de la Cruz Roja lo que le dio un definitivo carácter internacional.

[35] Los revolucionarios italianos Giuseppe Mazzini (1805-1872) y Giuseppe Garibaldi (1807-1882) se refugiaron en Ginebra cuando fueron condenados a muerte en 1833-1834 por su filiación a la sociedad secreta *Joven Italia*. En 1831, Mazzini había fundado *Joven Italia* para luchar por la liberación de Italia del dominio austríaco y su unificación bajo una República. Organizaron varias conjuraciones –Módena (1833), Saboya (1834), Sicilia (1837), Calabria (1843-44)– que fracasaron. En Berna, Mazzini fundó la sociedad secreta *Joven Europa,* que pretendía la regeneración del continente.

[36] A causa de un artículo en contra de Isabel II *(El rasgo),* el republicano individualista, Emilio Castelar (1832-1899) fue destituido como catedrático de la Universidad central, lo que provocó las manifestaciones estudiantiles de la Noche de San Daniel (10 de abril de 1865). Castelar conspiró contra Isabel II y tuvo que exiliarse a París, donde permaneció hasta la revolución de septiembre de 1868. Gozó de gran popularidad en

Europa y disfrutó de gran acogida en todos los países por los que viajó, en particular, en Francia e Italia

[37] Tras su exilio en Londres, Mijaíl Bakunin (1814-1876) se trasladó a Suiza en 1867, instalándose en Berna hasta su muerte. A su llegada, colaboró en la Liga por la paz y la libertad, de la que formaban parte Stuart Mill, Victor Hugo, Louis Blanc y Garibaldi; hasta que fundó la Alianza de la democracia socialista.

[38] Georges Herwegh, poeta alemán (1817-1875) de gran popularidad merced al éxito de *Poésies d'un vivant* (1841), un libro de versos revolucionarios. Desertor del Estado de Wurtemberger, expulsado de los Estados Prusianos, se reunió en Zurich con Bakunin y Hertzen, viajó por Francia e Italia. Vivió durante algunos años en París, donde se reunía con Henrich Heine, George Sand y Béranger. Desde 1848 fijó su residencia en Zurich. Si en su primera obra se presentó como intérprete de las aspiraciones nacionales, en *Les vingt arceaux de la Suisse* (1843), encarnó la voz de su partido, por lo que tuvo menor éxito. Sus poesías, escritas de manera improvisada, se caracterizan por un pensamiento vigoroso, la energía expresiva y la sencillez de su estilo, lo cual, le ha conferido uno de los primeros rangos entre los poetas alemanes contemporáneos.

[39] Alejandro Hertzen o Herzen, revolucionario, filósofo, economista (Moscú, 1812-París, 1870). Fue el padre del liberalismo ruso y uno de los fundadores del movimiento *narodnik* (populista). Tras ser desterrado de Rusia y varios países europeos, se refugió en Londres (1851) donde fundó una imprenta revolucionaria. Publicó las revistas antizaristas *La estrella polar* (1855-62, 1869), *La campana –Kolokol* (1857-67), en colaboración con Nikolai Ogaryov. *La campana* llegó a tener tal difusión que –según se decía– el zar Alejandro II se informaba en ella de cuanto ocurría en su imperio. Herzen fue al principio un filósofo materialista, influido por Hegel, pero después se orientó hacia un socialismo utópico que consideraba que Rusia podía evitar la fase capitalista. Entre sus escritos: *El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia* (1851), *Prisión y destierro* (1854), *Estado Social de Rusia* (1854). Su actividad política mereció en Rusia el aplauso general, pero su popularidad decayó al afiliarse al partido anarquista. Desde 1863 vivió alternativamente en Ginebra y Bruselas. Herzen acogió y protegió constantemente a los fugitivos rusos. Publicó varias novelas como *¿Quién es el culpable?* (1845-47) y un libro de recuerdos, *El pasado y pensamientos* (1861).

[40] Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895) se exilió tras su condena a muerte por dirigir la sublevación del cuartel de San Gil (1866). Desde el exilio siguió conspirando en aras a la revolución de 1868. Durante la Restauración, Cánovas le expulsó de España. Juró no regresar a España mientras gobernaran los Borbones, si bien, su grave enfermedad le decidió a volver para morir en 1895 y abandonar la presidencia del partido republicano progresista que él mismo fundó en 1880.

[41] Bark suele denominarse livonés, adoptando como referente Livonia, región histórica –situada entre el Lago Peipus y el mar Báltico– que aglomeraba el conjunto de regiones conquistadas por la tribu de los livonios en el siglo XII. Meinhard, obispo livonio, cristianizó a los indígenas en 1186. El tercer obispo de los livonios, Alberto de Buxhövden, agrupó a los cruzados alemanes en la orden de los portaespadas (1202), les cedió un tercio de Livonia y se hizo proclamar señor de toda Livonia. Los portaespadas se unieron con los teutones y formaron la orden livonia, que fue sometida por los caballeros germanos en 1290. El territorio conquistado formó la Confederación livonia, que

agrupaba la orden y los cuatro obispados de Livonia. La invasión de los rusos (1577) provocó tal terror que la orden y el arzobispado de Riga rindieron homenaje a Segismundo II, gran duque de Lituania y rey de Polonia. El último gran maestre, que secularizó la orden, recibió el feudo de Zemgali, con el título de duque de Curlandia (1561). Suecia se apoderó de las regiones lituanas al norte del Dvna; Pedro el Grande se apoderó de la Livonia sueca formando el gobierno de Livonia (1721). En el primer reparto de Polonia, Catalina II incorporó la Livonia polaca al gobierno de Vitbesk (1772) y compró Curlandia a Pedro Biron. En 1918 estas regiones se separaron de Rusia para formar las Repúblicas de Letonia y Estonia. Véase el igualmente la nota 19.

[42] La nihilista Vera Zasulich (1849-1919) atentó contra el general Theodore Trepov, jefe de la policía de Petersburgo, en enero de 1878. Zasulich ejecutó en solitario el atentado como represalia a los malos tratos que recibían los prisioneros políticos. Tras un largo y célebre proceso, el jurado le otorgó la absolución.

[43] «Programa de la tendencia moderada de los revolucionarios rusos», publicado en Ginebra en marzo de 1881 y en octubre de 1882 en Berlín. Se conserva una versión abreviada el mismo Bark anuncia a sus lecturas en la nota siguiente.

[44] Entre las lenguas citadas, tal vez al mencionar el grusiano y el fino, Bark se esté refiriendo a las lenguas ugro-finesas, las cuales, pueden clasificarse del siguiente modo: 1. grupo balto-finés, formado por el finés, estonio, carelio, vepsio, ingrio, livonio y votiaco; 2. las lenguas ugrias, esto es, el húngaro y sus parientes siberianos, el vogul (mansi) y el ostiaco (janti).

[45] *Nota original del autor*: Este programa está publicado en español en mi libro *El nihilismo y la política rusa,* Barcelona Luis Tasso, 1883.

[46] *El Federalista Báltico*. Consúltese al respecto el estudio introductorio.

[47] Camille Desmoulins (1870- 1794), abogado, político y periodista que apoyaba a Mirbeau. En 1789, invocó a los parisinos para que participasen en la lucha en contra de la destitución de Necker, para ello publicó el periódico *Les Révolutions de France et de Brabant*, en el que denunció el complot aristocrático. Era partidario de medidas revolucionarias violentas. Tras la huida de Luis XVI, hizo público su republicanismo y preparó la caída de la monarquía junto con Danton. Durante la Convención ocupó un escaño con los «montagnards». En 1793 publicó *Le Vieux Cordelier* para protestar contra las acusaciones de los girondinos. Fue detenido, juzgado y ejecutado en 1794 como los demás seguidores de Danton.

[48] Hasta 1861, los labriegos rusos eran siervos privados de libertad. Se distinguían tres clases según la pertenencia de la tierra: del Estado, del Patrimonio imperial y de señorío. Las reformas encauzadas por Alejandro II, sobre la servidumbre y la cesión de la propiedad de la tierra, en 1861, se aplicaron a las de señorío y el Patrimonio imperial, encontrando la oposición de la nobleza. La tierra, que el campesino consideró siempre como suya y cuya propiedad reivindicó una vez liberado, fue dividida en dos partes: un tercio siguió siendo propiedad de sus antiguos dueños y la parte restante fue rescatada por los campesinos con la ayuda del Estado, que no la devolvió al campesino *(mujik),* sino a la comunidad de lugar o *mir*: Esta reforma no fue bien acogida ni por los *mujiks*, que debían abonar importantes indemnizaciones de rescate, ni por los nobles desposeídos.

[49] Dato autobiográfico verídico. El amigo de infancia de Bark, Andres Tiido, más conocido por Dido, difundía el periódico de Bark, *El Federalista Báltico* en Tatlin. Fue, como indica el narrador, denunciado y deportado a Siberia. Una vez liberado, vivió exiliado en París. Para más información consúltese nuestro estudio: *Ernesto Bark, un propagandista de la Modernidad, op. cit.*

[50] El proyecto de unificación alemana de Bismarck en torno a Prusia implicó la restauración de los lazos de amistad de su Imperio con Rusia, los cuales se habían deteriorado tras la derrota rusa en Crimea. Bismarck fue embajador prusiano en San Petersburgo y fomentó, como indica Bark, relaciones estrechas con el emperador y la nobleza livonesa de origen alemán. En su proyecto de expansión internacional, Bismarck mantuvo relaciones pacíficas con Rusia, por lo que le ayudó a someter a los polacos insurrectos en 1863, le apoyó en la negación de la cláusulas del Tratado de París que le imposibilitaban la navegación en el Mar Negro en 1870, etc., puesto que favoreciendo la expansión de Rusia en Asia, Prusia preservaba el espacio europeo. Por otra parte, es cierto que el zar Alejandro II sentía un gran respeto por su tío, el emperador Guillermo I.

[51] De 1772 a 1795, desde que Federico II de Prusia, Catalina II de Rusia y Maria Teresa de Austria se repartieron Polonia, y las dos últimas Ucrania, estas regiones fueron escenario de los intereses internacionales de las tres potencias. Los revolucionarios contaron con el apoyo de los países europeos en sus movimientos insurreccionistas en contra del zar y los procesos de rusificación. Austria mantuvo al respecto posiciones de carácter autonomista y reconoció el particularismo polaco en el estatuto de 1861.

[52] Como se anunciaba en la introducción, Bark mostró gran interés por los estudio de psicología nacional. Para él, la mezcolanza de razas era benéfica. La dinastía de los Habsburgos reinó en Austria de 1278 a 1918. Su política matrimonial aliancista favoreció su hegemonía en Europa y esa mezcolanza de razas que supuestamente le dio el carácter genuino que Bark ensalza.

[53] Margarita, personaje de *Fausto,* drama filosófico y religioso de Goethe. Encarna el tipo de joven inocente, cuya virtud se deja arrastrar fatalmente hacia al mal. Su muerte representa la expiación de la culpa ajena a la propia voluntad.

[54] Kazan, capital de la República de los tártaros, sede de un arzobispo griego-católico y centro espiritual de los mahometanos rusos que tenían allí imprentas y escuelas. En *Los Vencidos,* Kazan protagonizará un marco idílico paralelo al de Andalucía, ambos son espacios contrapuestos que dividen simbólicamente la personalidad de Erico Orloff.

[55] *In pártibus*: lat. in partibus [infidelium], en países [de infieles]. Dicho de una persona condecorada con el título de un cargo que realmente no ejerce.

[56] En su carta a Mme. de Damilaville del 9 de agosto de 1766, Voltaire consignaba: «Je vous ai déjà dit: les plus petits liens arrêtent les plus grandes résolutions. Il y a des monstres qui n'ont subsisté que parce que les Hercules qui pouvaient les détruire n'on pas voulu s'éloigner de leurs commères» en *Lettres inédites de Voltaire à Mlle Quinault,* à M. d'Argental, au président Hénault, à M. Damilaville, à Mme d'Epinay, et autres personnages remarquables, Paris, A.-A. Renouard, 1822.

[57] Alejandro III, sucedió a su padre Alejandro II, como emperador de Rusia de 1881 a 1894. Aunque tomó ciertas medidas sociales a favor de los campesinos y obreros, la reacción se consolidó a partir de 1883, inmediatamente después de la coronación. Bajo la

influencia del absolutista D. Tolstoi, la policía ejercía una vigilancia muy rigurosa y los atentados terroristas concluyeron. En el capítulo siguiente, Bark vuelve a presentar los mismos aspectos dados los cortes que impuso la primera publicación en forma de folletín en la prensa. Sobre los atentados contra Alejandro II, consúltese la nota 8.

[58] Sievering, pequeña población de la Baja Austria, en Unter-Wiennerwal. En las fechas en que transcurre el relato, contaba con 1.600 habitantes.

[59] Lajos Kossuth (1802-1894), abogado y diputado húngaro que procedía de la pequeña nobleza arruinada. Publicó debates en *La Gaceta de la dieta* (1832) por lo que fue condenado a cuatro años de prisión. En 1840 se le concedió la amnistía y fundó el *Diario de Pest* (1841), que dirigió hasta 1844. Durante la revolución, contribuyó a elaborar la constitución y fue ministro de Finanzas. Tras la ruptura con Viena, presidió el comité de defensa con el que se adueñó de Hungría. Cuando Budapest fue tomada por los austríacos, se retiró a Debrecen; volvió después de las victorias de Bern e hizo votar la deposición de los Habsburgos y la independencia de Hungría en 1849. La intervención rusa y la capitulación del ejército le obligaron a huir a Turquía, Londres y Turín.

[60] Pest una de las dos ciudades antiguas que actualmente configuran Budapest. Pest era la ciudad baja, ubicada en la orilla izquierda del río donde se concentraron los mercaderes. Más tarde se convirtió en centro de las instituciones del régimen constitucional, oponiéndose a Buda, símbolo de la autocracia.

[61] Olga Ivanovna, revolucionaria rusa, hija del general Ivanov, quien gozó de gran influencia en Kazan y San Petersburgo. Bark incorpora en su novela un personaje real que probablemente conoció.

[62] *Oremell,* del francés antiguo *ormille*, alameda de olmos jóvenes.

[63] *mushiks, mujik*, siervo o campesino ruso.

[64] Las opiniones templadas de Bark están en relación con su carácter ante todo reformista frente al modelo de revolucionario nihilista.

[65] El personaje de Tursky no se ha podido documentar. El periódico *Campana de Alarma, Nabat* salió a la luz en Ginebra, en 1975, bajo la dirección del nihilista Thacev.

[66] Jean-Paul Marat (1743-1793), médico y político francés. Fue un violento revolucionario que intervino en los sucesos de septiembre. Fundó el periódico *L'ami du peuple,* muy célebre durante la revolución, en el que utilizaba un lenguaje tan atrevido y brutal que le valió varias persecuciones. Fue diputado de la Convención con Danton. Su nombre comenzó a ser odiado por el pueblo, cansado del lenguaje tan violento y de los asesinatos en masa en los que Marat participaba. Fue acusado en dos ocasiones por los girondinos junto con Danton y Robespierre, por incitar al pueblo a la violencia y afirmar la necesidad de un dictador en tiempos de crisis. Intervino decisivamente en la caída de los girondinos, razón por la cual, fue asesinado por Charlotte Corday. Después del Terror, la reacción lo convirtió en símbolo de los excesos revolucionarios.

[67] Vera Zasulich, véase la nota 42.

[68] Pedro Kropotkin (1842-1921), anarquista ruso que pertenecía a la alta aristocracia. Kropotkin, descontento del zarismo y en contra de la represión que siguió a la insurrección polaca en 1863, abandonó la milicia y se consagró a la investigación científica. En 1872 se trasladó a Suiza donde militó en la I Internacional, primero como marxista

y luego como seguidor de Bakunin. De regreso a Rusia intentó atraer a la clase obrera hacia el radicalismo social. Se exilió de nuevo en Suiza donde fundó *Le revolté,* órgano del anarcocomunismo. Participó en la rebelión de los obreros de Lyon, por lo que fue encarcelado (1882-86). Al recobrar la libertad, se estableció en Gran Bretaña, en donde permaneció hasta su regreso a Rusia para la revolución de 1917. Entre sus obras destacan: *Palabras de un rebelde* (1885), *La conquista del pan* (1888), *Ayuda mutua* (1892) y *Memorias de un revolucionario* (1902).

[69] Elpidine, acitivista ruso que realizó sus estudios en Kazan, y vivió exiliado en Ginebra, donde fundó una importante imprenta para divulgar las ideas de Bakunin. Fundó varios periódicos: *Podpolnoe Slovo, Sovremennost* y *Narodnoe Delo.*

[70] Raffaello Santi o Sanzio (1843-1520), su genio aúna con suave justeza el color y las figuras armónicas en líneas y movimiento. Su arte oculta un vigoroso realismo bajo su talento delciado y poético. *Las tres gracias* es una de sus mejores obras. Son populares sus vírgenes: *Madona Ansidei, Madona del Gran duque, Madona de Foligno, Madona de la silla, Madona de San Sixto* son obras de sereno clasicismo, caracterizadas por una delicada intuición psicológica y gamas armoniosas.

[71] Perspectiva de Nevsky de Petersburgo: célebre avenida de dicha ciudad que lleva el nombre del santo Alejandro Nevsky (1220-1246), héroe ruso célebre por la defensa de Rusia ante los ataques de lituanos y livoneses en el siglo XIII. Catherine I fundó la orden religiosa de Alexander Nevsky en 1725; orden que fue suprimida en 1917 y restablecida por el gobierno soviético en 1942.

[72] Hrestoforof , personaje no identificadao.

[73] *caftanes, cafetanes*: especie de túnica larga con mangas cortas. Suele ser de seda de vivos colores y ricamente bordado; algunos están formados de costosas pieles, estilado en Turquía, Polonia, Hungría y Rusia después del s. XIII.

[74] Tabulevich, personaje no identificado.

[75] Este capítulo será trasunto literario el viaje de Ernesto Bark a Portugal en 1881, relatado en su libro de viajes *Wanderungen in Spanien und Portugal (1881-1882)*, Berlín, Richard Wilhemi, 1883

[76] El revolucionario Lev Hartmann (1850-1913), escapó de Rusia tras un atentado frustrado en contra del zar. Se exilió en Londres, donde Marx le prestó ayuda pese a sus disensiones políticas en torno al socialismo marxista.

[77] Señor Vasconselhos, personaje no identificado.

[78] *Moloch*, rey, principal divinidad de Antiguo Oriente, adorado por los Amonitas y los pueblos de Moab, antes de ser adoptada por los fenicios, cartagineses y judíos. Era representada por una figura masculina con cabeza de toro, símbolo de la fuerza y el poder, para la que se sacrificaban víctimas humanas, en especial, niños.

[79] Se refiere al *germelín o armiño:* La piel del armiño es parda en verano y blanquísima en invierno, exceptuada la punta de la cola que es siempre negra.

[80] La política de rusificación de Alejandro III a fines del siglo XIX en las provincias bálticas provocó una gran emigración hacia América del Norte y Australia, así como la

oposición de los intelectuales agrupados en el Movimiento del Despertar Estonio o Joven Estonia.

[81] Bark, visionario, auguraba la configuración de una Europa Unidad de tendencia social demócrata, utopía que la historia confirmó con la Unión Europea.

[82] Sobre los proyectos de reforma política para España y las opiniones de Bark sobre los principales representantes políticos de la época, consúltese: *Ernesto Bark un propagandista de la Modernidad..., op. cit.*

[83] El *Deutsche Zeitung* fue un importante periódico publicado en Viena entre 1871 y 1907 al que Bark hará frecuentes referencias en las páginas siguientes.

[84] Carlos Mauricio Talleyrand (1754-1838), prelado francés que solicitó la confiscación de los bienes eclesiásticos y abrazó la constitución civil, por lo que fue excomulgado. Desde entonces se dedicó a la diplomacia. En 1792, fue enviado a Inglaterra para obtener su neutralidad. Ayudó a Bonaparte a preparar el golpe de Estado de 1799, negoció los tratados de paz de Amiens, Presburgo, Posen y Tilsit. También fue obra suya el Concordato que restableció el catolicismo en Francia en 1802. Tras la derrota de Napoleón en Rusia, estableció negociaciones secretas con los Borbones y después fomentó la Restauración. Durante le reinado de Luis XVIII consiguió sus mayores éxitos diplomáticos en el Congreso de Viena. Firmó una alianza secreta con Austria e Inglaterra contra Rusia y Prusia. Embajador en Londres, negoció las cuestiones belga y griega. Su último acto diplomático fue la firma de la Cuádruple Alianza (1896).

[85] Clemente, Lotario, Wenceslao Metternich (1779-1859). Diplomático y político austriaco, uno de los hombres que mayor influencia política ejercieron en Europa durante el primer tercio del siglo XIX. Participó en el pacto de Fontainebleau, en los pactos con Francia para asegurar la integridad de Austria. Con la declaración de la guerra franco-prusiana y la formación de la coalición Rusia, Prusia, Austria e Inglaterra, veló por los intereses de su país con sus pactos privados con Baviera, contrarios a la política prusiana. Participó en el derrocamiento de Napoleón y firmó el pacto de París en 1814. Con gran habilidad diplomática solucionó los problemas polaco y sajón, reguló las relaciones de Alemania con la creación de la Liga de los Estados, y las de Italia con el establecimiento del reino Lombardo-Véneto y las líneas polacas-austríacas en Toscana y Módena. Para evitar el aislamiento de Austria en 1830, estrechó las relaciones con Rusia y Prusia. Su oposición a la libertad de pensamiento y de creencia generó el levantamiento de 1848 que le obligó a presentar la dimisión.

[86] Bark sentía gran admiración por el canciller Otto von Bimarck, como estratega internacional y unificador de los estados alemanes. Según desarrollará en el siguiente pasaje, Bark soñaba con un estado único y universal. Alemania será un ejemplo que luego propondrá en España frente a la política federalista de Pi y Margall. En efecto, de 1864 a 1871, Bismarck realizó la unidad de Alemania en dos etapas. En primer lugar eliminó a Austria con la guerra de los Ducados (1864) y la convención de Ganstein (1865), punto de partida contra los Habsburgo, a los que aisló diplomáticamente. Tras la derrota de Sadowa (1866), Austria tuvo que aceptar la disolución de la Confederación germánica y la reconstitución de la Confederación de la Alemania del Norte, dirigida por Prusia y en la que no figuraba Austria. Prusia se anexionó los ducados daneses y los estados alemanes que habían apoyado a Austria. En una segunda época apartó a Francia, que le impedía anexionarse los estados del sur. Napoleón III vendió su neutralidad a cambio de la orilla

izquierda de Rin, Bélgica y Luxemburgo. La revelación de estas negociaciones a la prensa extranjera, y el conflicto surgido a raíz de la candidatura Hohenzollern al trono de España (1870) motivaron el estallido de la guerra franco-prusiana. Tras la derrota, Guillermo II fue proclamado emperador del II Reich en Versalles (1871). Alemania se incorporó los estados del sur del Main y Alsacia-Lorena.

[87] *Faits accomplis* expresión utilizada para calificar las estrategias diplomáticas de Bismarck cuando lograba crear situaciones irrevocables o irreversibles en las que se tenían que aceptar las cosas sin que nadie pudiese oponerse.

[88] *Irridente* en lugar de irredentos, o sea, territorios que una nación pretende anexionarse por razones históricas de lengua, raza, etc.

[89] Hohenzollern familia alemana que ocupó el trono prusiano y el imperio alemán. Hohenzollern eran dos principados incorporados desde 1849 al Estado prusiano (Hohenzollern-Heschingen y Hohenzollern-Sigmaringen), situados en la meseta de Alta Suabia y que forman una zona de territorio larga y estrecha rodeada por Wurtemberg y Baden.

[90] Habsburgo dinastía germánica que reinó en Austria de 1279 a 1918, ocupó ininterrumpidamente el trono imperial de 1440 a 1806 y el español de 1516 a 1700. Los Habsburgos perdieron Alemania en 1866 y consolidaron su dominio sobre las regiones de Europa central, las cuales provocaron la caída de la dinastía.

[91] El Sacro imperio romano o imperio romano germano, como imperio único y universal, fue una idea que sobrevivió a la desaparición del Imperio romano (476). Restaurar el Imperio significaba presentarse como heredero de la tradición romana. Carlomagno o Carlos I el Grande (742-814), rey de los francos quiso materializar dicha idea, proclamarse emperador y hacerse coronar en Roma por el papa Leon III (800). Su imperio se extendía desde el sur de los Pirineos hasta Panonia y del mar del Norte hasta el centro de Italia; es decir, desde el Ebro y y el Volturno al sur hasta el Eider por el norte; el Elba, el Saale y el Raab por el este; y las restantes fronteras hasta el Atlántico y el Mediterráneo. Pero, en el siglo X, el imperio carolingio se disgregó en multitud de principados feudales y los papas se consideraron depositarios de la autoridad imperial, la cual debía pertenecer al señor de Italia, según la tradición. Otón I, rey de Germania, se hizo coronar emperador de Roma (962). La expresión «Reino de Germania» dejó prácticamente de emplearse a la muerte de Enrique III, en 1024, cuando se perdieron los territorios meridionales y se fue identificando con el reino germánico.

[92] Después de la guerra franco-prusiana, Bismarck elaboró un complejo sistema de alianzas contra Francia, apoyándose en Austria-Hungria y en Rusia. La destreza con que mantuvo su alianza con estas dos potencias, rivales en los Balcanes, hizo de Bismarck el árbitro de la política internacional. En el congreso de Berlín de 1878, Inglaterra y Austria se levantaron contra las excesivas pretensiones rusas en los Balcanes, que amenazaban el equilibrio de fuerzas que Bimarck logró establecer, como mediador, en los Balcanes y el Mediterráneo en el tratado de San Stefano (concertado entre Rusia y Turquía durante la guerra de los Balcanes en 1877-1878). Bismarck fingió dirigir el debate en interés de Europa. La gran Bulgaria del tratado de San Stefano fue reducida a la parte situada al norte de los Balcanes, y el sur formó la provincia otomana de Rumelia oriental, dirigida por un gobernador cristiano. Se reconoció la independencia de Rumania, Servia y Montenegro. Austria-Hungría recibió a título provisional el derecho de administrar Bosnia y Herzegovina.

[93] Después del Tratado de San Stefano, Alejandro de Battenberg (1857-86), hijo del príncipe de Hesse y lugarteniente del ejército, fue elegido príncipe de Bulgaria (1879-86) por la Asamblea. Suspendió la Constitución en 1881, porque el gobierno conservador, influido por Rusia, topó con la oposición de la Asamblea. Intentó en vano liberarse de la tutela del zar y en 1883 eliminó a los generales rusos del gobierno. La guerra servio-búlgara (1885) fue declarada al efectuarse la unión de Rumelia con Bulgaria. Servia consideró roto el equilibrio político de los Balcanes, por lo que declaró la guerra a Bulgaria. Los servios fueron derrotados y los búlgaros invadieron Servia. Austria les impuso la paz y el tratado de Bucarest (1886) confirmó la unión de Rumelia a Bulgaria. Alejandro tuvo que abandonar el país a consecuencia de una conjuración rusófila. Poco después fue llamado de nuevo a ocupar el trono, pero, consciente de la desaprobación del zar, abdicó en 1886 e ingresó en el ejército austríaco.

[94] El canciller austríaco Andrassy, de origen húngaro, orientó los intereses expansionistas de Austria hacia los balcanes. Como sus iniciativas se enfrentaban a las de los rusos, sustituyó la Triple alianza («Tríplice», 1873) de entre Alemania, Austria-Hungría e Italia, como frente de protección frente a Rusia o Francia y con una política común en los Balcanes; por la «Dúplice» (1879) austro-alemana.

[95] Romanoff o Romanov, familia noble rusa de origen lituano que se estableció en Rusia en el siglo XVI y reinó en aquel país de 1613 a 1917, estableciendo su autoridad sobre le doble principio del consentimiento popular y de la legitimidad. Nicolás II fue apartado del poder por su gobierno autocrático frente a las exigencias revolucionarias y exterminado con parte de la familia imperial durante la Revolución en julio de 1918.

[96] Enrique de Reschauer (1838-1888), político, librero y periodista vienés. Inició su carrera periodística en la redacción de *Wanderes* (1870), y más tarde en el periódico radical *Volskstimme*. En 1867 participó en la fundación de un nuevo órgano de prensa, *Neuen Wiener Tagblatts*. Fue cofundador del Partido alemán del progreso, desde el que defendió a los pequeños industriales y artesanos. Fue miembro del Consejo Municipal de Viena (1873-78) y de Consejo de Estado (1879-84). De 1875 a 1886 fue redactor jefe del *Deutsche Zeitung*, donde supuestamente le conocería Bark. Fue entonces cuando se vio envuelto en varios procesos judiciales por sus actividades periodísticas. Entre sus obras, destaca *Reforma de la carta del comercio austríaco* (1882). Su nombre reaparecerá en páginas sucesivas.

[97] Reichsrat, voz alemana que significa Consejo del Imperio. En Austria, Cámara de los Señores y de los Representantes dictada en 1860 por el «Diploma de Octubre», cuando se intentó dotar a los estados austríacos una estructura federal. El Consejo del Imperio austríaco estaba constituido por una cámara de señores, con cargos designados y hereditarios, y una cámara de diputados elegidos, de preponderancia alemana. Ello provocó un largo conflicto con los húngaros, croatas y representantes de Transilvania.

[98] *Jagellón,* familia lituana de la que surgió una dinastía lituano-polaca que reinó de 1836 a 1572, y de la que varios miembros ocuparon los tronos de Bohemia y Hungría. Su fundador fue Ladislao II Jagellón.

[99] Cracovia fue capital de Polonia desde el siglo XIV al XVI. Después del tercer reparto de Polonia (1795), Cracovia fue anexionada a Austria, la cual, en 1809, la cedió al Gran Ducado de Varsovia creado por Napoleón. En el Congreso de Viena, Austria y Rusia la reclamaron, por lo que se decidió que fuera República independiente en 1815. Cracovia

se convirtió en centro intelectual y espiritual de Polonia. Metternich, temiendo la influencia de los liberales de Cracovia, la mandó ocupar en 1846 por considerarla demasiado peligrosa y la anexionó a la Galitzia austríaca. El Habsburgo al que se refiere Bark era Fernando I. Las insurrecciones y resistencia de los nacionalistas polacos provocaron la división de las potencias europeas. En 1864, Bismarck ofreció su ayuda al zar, mientras que París, Londres y Viena proponían una conferencia de los signatarios de Viena. Esta división se mantendría durante todo el período de resistencia entre 1864 y 1914.

[100] *Carbonarismo:* Sociedad política secreta presente en diversos estados europeos durante el siglo XIX, sobre todo en Italia, donde impulsó el comienzo del Risorgimiento nacional. Napoleón III (1808-1873) se afilió al carbonarismo y participó en la insurrección de la Italia central en 1831.

El carbonarismo había nacido en la corriente liberal anti-bonapartista y jacobina de algunas regiones de los Alpes y el Jura. Se escondía entre la pequeña burguesía: los carboneros de madera, artesanos y clérigos locales. Ejerció su influencia entre los jóvenes oficiales italianos de la armada francesa, los cuales lo implantaron en Italia durante la Restauración y lo convirtieron en el alma de la revolución de Nápoles (1820) bajo el gobierno de Murat. Se oponían a las logias masónicas apoyadas por el gobierno francés. Sus objetivos eran la independencia nacional y monarquía constitucional. Fue un órgano más de acción que de reflexión. En Italia, se pedía la independencia frente a Austria y el respeto de las libertades constitucionales de la Revolución francesa. Importado a Francia en 1820, se extendió rápidamente en las clases medias y fue defendido por los liberales y constitucionales.

Las revoluciones de 1830-31 fueron motivadas por el carbonarismo. Tras sus victorias en París, contaron con el apoyo francés, pese a la oposición de Louis-Philippe y las persecuciones de Napoleón III. Su papel histórico reside en la consecución de la transición del liberalismo ilustrado y la era de los nacionalismos. Sin gran relación con los movimientos franceses e italianos, los carborneros estuvieron también presentes en España, Grecia, Portugal y Polonia.

En España se formó una sociedad carbonaria de carácter republicano en 1858. Su directorio era llamado Falansterio Nacional. Llegó a contar de ochenta mil asociados aunque sucumbió bajo las persecuciones policiales. Una de ellas motivó la Sublevación republicana de Loja en 1861.

[101] *Hércules*, semidiós romano, latinización del griego Heracles. En español coloquial significa ser un símbolo de la fuerza física.

[102] Bergstrasse, rambla de Viena muy cerca del célebre Schottenring,

[103] La imagen de las mujeres como seres intelectualmente inferiores por su sensibilidad y educación prevaleció en el pensamiento «feminista» de Bark. Véase Thion Soriano-Mollá, Dolores, «La Réforme Sociale: la femme, l'éducation et la morale sociale dans la pensée républicaine d'Ernest Bark», *Femme, famille et éducation,* Université de Tours, 2002, pp. 325-342.

[104] Sobre las ideas sexistas de Bark sobre el papel de la mujer en la familia, consúltese el artículo antes citado: Thion Soriano-Mollá, Dolores, «La Réforme Sociale: la femme, l'éducation et la morale sociale dans la pensée républicaine d'Ernest Bark», *Femme, famille et éducation, op. cit.*

[105] Enrique Friedjung, historiador y profesor austriaco (1851-1920). Profesor de historia en la Escuela de Comercio de Viena, de donde fue destituido por sus artículos en oposición al ministro de economía en la *Deutsches Verein*. Colaboró en el *Deutsches Zeitung*, fundó la *Deutsche Wochenschrift. Organ für die gemeinsamen Interessen Oesterreichs und Deutschland,* 1883-1888. En 1886 dirigió el órgano del club alemán en la Cámara de diputados, el *Deutsches Zeitung*. Al declinar éste, dimitió y colaboró en varios periódicos alemanes importantes. De 1891-95 trabajó como consejero muncipal de Viena, para una política de reforma social. Publicó, entre otros: *Avilir puis demolir. Ein angeblicher Ausspruch des Fürsten Felix Schwarzenberg*, Berlin, Pantel 1912; *Aktenstücke zur großserbischen Bewegung in Österreich-Ungarn*, Wien, Waizner, 1909; *Der Ausgleich mit Ungarn. Politische Studie über das Verhältniß Oesterreichs zu Ungarn und Deutschland*, Leipzig, Otto Wiegand, 1877; *Der Kampf um die Vorherrschaft in Deutschland 1859-1866,* Stuttgart, J.G. Cotta 1897-1898, *etc.*

[106] Johannes Richter, periodista que ha quedado en el anonimato.

[107] *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate; abandonad esperanza;* palabras que según Dante en la *Divina Comedia* (Inf. 3, 9) están escritas en el portal del infierno. Suelen aplicarse a todas las situaciones en que, por nuestra mala estrella o nuestras culpas, tenemos que renunciar forzosamente a las más queridas y legítimas aspiraciones.

[108] *Resmas,* conjunto de veinte manos de papel, es decir de 100 cuadernillos.

[109] Antón Bettelheim (1851-1930), periodista y crítico austríaco. Abandonó el ejercicio de la abogacía para dedicarse a la investigación literaria en las bibliotecas de Londres, París, La Haya y España. Tras su largo viaje por Europa, Bettelheim se convirtió, en 1880, en el más celebre editor de folletines de Viena. En 1884, sacó a la luz el *Deutsche Wochenschrift* y dos años más tarde formó parte de la redacción del *Deutsche Zeitung*, en el que supuestamente trabajó Bark. Fue sobretodo especialista de literatura francesa como indican algunos de los títulos de su prolija bibliografía: *Beaumarchais. Eine Biographie* (1886 y 1911), *Acta diurna. Ges. Aufsätze. Neue Folge. Reclams Universal-Bibliothek,* (1899), *Balzac. Eine Biographie* (1926), *Auerbach und Rosegger* (1903); *Balzacs Begegnung mit Metternich. Ein biographisches Blatt* (1912); *Berger, Alfred Freiherr von* (1915); *Ein Bannfluch der Academie francaise* (1914). Fue traductor del célebre Littré, *Wie Ich Mein Wörterbuch der Französischen Sprache zu Stande Gebracht Habe,* (1887).

[110] *Prometeo*, titán que robó el fuego del cielo para entregarlo a los hombres. Fue atado por orden de Zeus a una roca en el Cáucaso y un águila le comía el hígado, que le crecía de nuevo. Hércules le salvó matando al águila.

[111] Heinrich Reschauer, véase nota 96.

[112] En Viena existieron varios *Fremdenblatt* o «periódicos de los extranjeros». En las fechas en que Bark residió en dicha capital, el *Fremdenblatt*, más conocido, se publicó desde 1849 hasta 1919.

[113] Heinrich Reschauer & Moritz Smets, *Das Jahr 1848, Geschitche de Wiene Revolution wier,* Waldheim, 3 Vol (1872).

[114] Los movimientos liberales y nacionalistas adquirieron fuerza entre 1830 y 1848. Los presos y exiliados a raíz de la revolución de 1848, como Reschauer, recobraron la libertad o pudieron volver al país merced a la amnistía de 1862.

[115] Hermann o Germán era el primogénito de la familia Bark.

[116] El *Krach* financiero de Viena en 1873 fue motivado por la liberalización de su economía estatal bancaria y la súbita introducción de 1005 empresas en Bolsa, de las cuales, 320 eran de nueva creación. La especulación animó a numerosos ministros, diputados, periodistas e intelectuales que tenían intereses en dichas empresas. El vertiginoso crecimiento del sector de la construcción debido a las celebraciones en honor al vigésimo quinto aniversario de la proclamación del Emperador y la Exposición Internacional de Viena provocó el alza de precios y el aumento del número de accionistas en empresas que en realidad carecían de capital. El mercado de las acciones se hizo insostenible. Las malas noticias que llegaban de Francia obligaron a la Organización del Crédito a imponer réditos a breve plazo, por lo que la mayoría de las sociedades se declararon insolventes. El periódico *Wiener Zeitung* utilizó por primera vez la palabra *krack* para denominar el hundimiento de la Bolsa y la bancarrota general. La Exposición se convirtió en el símbolo del fracaso de la economía liberal, acentuado todo ello por la epidemia de cólera que asoló Austria en verano de 1973.

[117] Rodolfo de Habsburgo, nacido en Viena en 1858, fue el único hijo varón del emperador Francisco José I y de su esposa Elisabeth, conocida popularmente como Sissi. Recibió una educación destinada a convertirle en digno sucesor de su padre y continuador de su régimen absolutista, pero Rodolfo tenía el temperamento artístico de su madre, fue un mujeriego y, en política, simpatizaba con las ideas liberales y los movimientos independentistas húngaros. Su matrimonio de conveniencia celebrado en 1881 con Estefanía, hija del rey Leopoldo de Bélgica, fue un fracaso pues Rodolfo nunca renunció a sus aventuras. En 1889 fue hallado muerto en su dormitorio del pabellón de caza de Mayerling. Junto a él, la pistola que había usado para dispararse en la sien y sobre la cama el cuerpo también sin vida de su amante, la joven baronesa María Vetsera. Esas muertes nunca fueron aclaradas. El empeño oficial en ocultar los hechos, la profanación de la tumba de María en dos ocasiones y la convulsión política que vivía Europa envolvieron el caso en un profundo misterio.

La tesis más apoyada apuntaba que el príncipe fue asesinado por los propios servicios secretos austriacos, ya que sus ideas habrían hecho peligrar el Imperio caso de suceder a su padre. Sin embargo, la última emperatriz de Austria, Zita, reveló antes de morir que Rodolfo había sido víctima de un complot organizado por los servicios secretos franceses, obligados a silenciarle tras arrepentirse el heredero de haber llegado a un acuerdo con ellos para traicionar a su padre y ocupar su trono con el fin de aislar a Alemania. Por último, hay mucha gente que cree que estamos ante un simple caso de amor y celos, un crimen organizado por la mujer de Rodolfo tras la decisión de éste de repudiarla para casarse con María.

[118] Bark también publicó el fotograbado de Marx en *Germinal*. No se ha podido documentar al existencia verídica de la revista *Wiener Revue* de Bark. Con todo, si sus datos son realmente autobiográficos como en otros casos, la revista fue forzosamente de vida muy efímera.

[119] Es cierto que Martín Lutero (1483-1546) fundó el protestantismo como reacción a la decadencia religiosa de fines de la Edad Media, basando la enseñanza de la Iglesia sólo en la autoridad de la Sagrada Escritura aunque reconociese la validez de los testimonios de la Iglesia primitiva.

Los rasgos que Bark atribuye a la personalidad y psicología alemanas son consecuencia de la anulación del poder espiritual, la noción de autoridad secular y de las implicaciones político-sociales de la teología de Lutero. Éste había reducido la Iglesia a una mera congregación de fieles por lo que no podía existir un Estado clerical separado o independiente de la autoridad temporal, siendo ésta la única que tenía el derecho a ejercer todos los poderes de coacción, incluso sobre la Iglesia. Defendió que el poder temporal había recibido órdenes de Dios de castigar a los perversos y proteger a los buenos. En *Sobre la autoridad secular, hasta dónde se le debe obediencia* (1523), Lutero propuso una concepción de la obediencia que llevaba hasta el último extremo el precepto cristiano, pues ordenaba una sumisión incondicional a la autoridad debido a que ésta tenía un origen y una misión divinas. En efecto, la autoridad política derivaba de Dios. Por esa razón el príncipe había de imponer la verdad; debía dedicarse a sus súbditos a quienes tenía que mantener en paz y abundancia; debía conservar la paz externa y no abusar nunca de su autoridad. Como consecuencia de ello, Lutero rechazó al príncipe cortesano y mundano de los humanistas y propuso que los súbditos no prestasen respeto y obediencia a tan indignos gobernantes, ya que la conciencia individual estaba por delante de la obediencia política a un príncipe malvado e impío. Tal desobediencia, sin embargo, no había de ser activa dado que Dios había prohibido la insurrección. Con ese principio establecía Lutero las bases para el desarrollo de una doctrina de la no resistencia a los tiranos. En realidad, tal pensamiento no fue el producto de una coyuntura aislada (la revuelta campesina alemana de 1524 ante la que Lutero reaccionó con dureza), y obedecía a la creencia teológica de Lutero sobre el orden que Dios ha querido para el hombre: el orden social existente era, según Lutero, lo que la Providencia deseaba para los hombres, de tal manera que si el príncipe era un tirano, ese era el deseo de Dios, por causa de los pecados del pueblo.

[120] Fernando Augusto Bebel (1840-1913), maestro tornero. Dirigió la fracción marxista del movimiento obrero alemán hasta que en el congreso de Eisenach (1869). Fundó junto con W. Liebknecht el partido democrático-socialista. Luchó contra Lasalle y sus partidarios, pero en 1875, en el congreso de Gotha, absorbió esa tendencia para poder unir el movimiento obrero de Alemania. Fue un adversario de las teorías anarquistas de Bakounin y Most. Diputado del Reistag desde 1867 hasta su muerte, fue acusado de alta traición en 1871 por haberse negado a votar los créditos de guerra con Francia y haber defendido *La Comune* de París. Desde 1890 combatió la tendencia revisionista, el imperialismo alemán y laboró por el auge de la Internacional obrera. Sus principales obras son: *Nuestros objetivos*, *La mujer y el socialismo* y *Mi vida.*

[121] Guillermo Liebknetcht (1826-1900), publicista de ideas socialistas que participó en la revolución y declaración de la República de Baden (1848), motivo por el que tuvo que emigrar a Suiza. En Londres intimó con Marx y a su regreso en Alemania, en 1861, convirtió a Bebel al socialismo marxista. En 1867, fue elegido diputado del Reichstag de la Confederación de Alemania del Norte y del Reistag, de 1874 a 1900. Desde la fundación del partido democrático-socialista, de cuyo portavoz *Vorwärts* era el editorialista, su trayectoria y posiciones políticas fueron semejantes a las de Bebel. Liebknetcht inició las negociaciones con los seguidores de Lasalle sin consultar con Marx y Engels. Éstos criticaron duramente el programa del nuevo partido aunque no la unificación de las fuerzas socialistas alemanas. Liebknetcht condujo al partido hábilmente durante la etapa de persecución iniciada por Bismarck con las leyes anti-socialistas y consiguió dotar al partido de alta representatividad en las Cámaras evolucionando hacia posiciones parlamentaristas.

[122] Bark encarna la figura del propagandista propio de los años gozne entre el siglo XIX y XX, la cual propicia la identificación abierta de Bark con la figura de Juan Bautista. El nuevo mesías es un líder intelectual o político capaz de unir las voluntades de todos en torno a su figura para acabar con la situación de esclavitud y de opresión.

[123] La cita exacta a la que se refiere Bark es: «Grotesco engendro de fuego y escoria», que Goethe puso en boca de Fausto y no de Mefistófeles en la Primera Parte de la obra. A lo largo de sus obras, Bark suele identificar los personajes con ciertos valores permanentes de modo que esos personajes –especialmente el de Fausto y el de Mefistófeles– no solamente constituyen protagonistas individuales, sino que en buena medida son símbolos de caracteres humanos típicos y representativos de complejas concepciones filosóficas universales.

[124] En este párrafo Bark vuelve a perfilar el tipo de personalidad romántica, con el retorno del hombre a la naturaleza, la noción de misterio, la supremacía del conocimiento sensible, el individualismo y panteísmo que constituyen los fundamentos del pensamiento del protagonista. Todo ello es resultado de la interpretación romántica de la filosofía racionalista de Spinoza. La base del pensamiento lógico de Spinoza es la *causa sui*, es decir, una realidad que es origen de sí misma y a la vez de todas las cosas, que tiene por ello una existencia independiente. Esta «sustancia» es, por tanto, equivalente a Dios, o sea, aquello que existe por sí mismo y creador de toda realidad que es, a la vez, Él mismo. Dios y su creación, la Naturaleza, son idénticos. Por consiguiente, el panteísmo es la creencia en que el universo y la naturaleza son divinas. En él, religión y ciencia se fusionan e involucran a los humanos con los problemas de la naturaleza. Proporciona el concepto más realista de la vida después de la muerte, y las bases más sólidas para la ética medio ambiental. El panteísmo es una religión que no requiere otra fe que el sentido común, ninguna revelación aparte de mantener los ojos y mente abiertos a la evidencia.

[125] *Pan, pant o panto,* prefijo de origen griego que significa todo; y en 1875, forma o unidad cooperativa. *El gran pan* es el nombre que algunos panteístas atribuyen a la naturaleza, inspirándose en el dios egipcio y en la doctrina neoplatónica como principio de todas las cosas. *Pan* está presente en la Arcadia y en la mitología griega, en donde encarna los valores de la vida animal y la fecundidad, la fuerza y la potencia viril, del bajo instinto y del sarcasmo. Se representa iconográficamente como un dios, mitad hombre, mitad macho cabrío. Aparece tocando la flauta o sosteniendo entre las manos un racimo de uvas.

[126] *Tat twam asi;* fórmula védica, que Schopenhauer cita a menudo en *El mundo como voluntad y representación* que significa «Esto, eres tú», «Ese hombre, eres tú». Es la síntesis de su ética y metafísica, es decir, la unidad esencial de la Voluntad bajo el velo ilusorio de la diversidad fenoménica. Esta cita de la «palabra sublime» plantea el problema de las relaciones del pensamiento de Schopenhauer y el hinduísmo. Schopenahuer, leyó *Oupnekhat, id secretum legendum* (*Los cincuenta Oupanichads*), siguiendo el consejo del orientalista F. Maier, al que conoció en Weimar en 1813 por pertenecer al círculo de relaciones de Goethe. Desde entonces, el filósofo declaraba que sus fuentes eran Kant, Platón y los libros sagrados de los Vedas, aunque estuviese de acuerdo con el pensamiento de la religión budista, rechazó cualquier influencia de la misma.

[127] El egoísmo es, en general, el amor a sí mismo en cuanto se sobrepone al amor al prójimo y consigue un primado sobre él. El dilema de Erico Orloff en su lucha social y personal reside en la conciliación entre egoísmo metafísico (que reconoce no sólo la

existencia del propio yo, sino también del yo ajeno, vinculados entre sí en la unidad superior de un espíritu universal) y altruismo, sentimiento por el cual se establece un vínculo de solidaridad entre los hombres, de acuerdo con la máxima «vive para el prójimo». En esta escena, Orloff se debate ente un egoísmo connatural, factor determinante de todos los actos humanos y el altruismo al que se sentía destinado, entendido éste, siguiendo a Comte, como el sentimiento consciente que concede el primado a la inclinación hacia el prójimo sobre los propios impulsos egoístas y que, por consiguiente, rechaza toda moral del tipo utilitario, la cual reduce el «amor al otro» al propio beneficio o afirma el rasgo solidario de este beneficio mismo por el hecho de que el perfeccionamiento de cada uno contribuye a la perfección de la totalidad.

[128] Sistema montañoso de Europa Central (1.300 km. de longitud 150 km. de anchura media), que se extiende desde la desembocadura del Morava en el Danubio hasta el desfiladero de las Puertas de Hierro en los límites entre Rumania y Serbia, formando un arco cuya concavidad se dirige hacia la llanura húngara y Transilvania. Ocupa terreno de cuatro estados: Polonia, República Eslovaca, Ucrania y Rumania. De factura netamente alpina, los Cárpatos surgieron a partir de viejos macizos cristalinos (el Bihor, los Tatras, los Maramures, los Alpes de Transilvania) flanqueados por formaciones de pizarras y areniscas; asimismo, cuentan con los más importantes relieves volcánicos de Europa (montes Caliman y Harghita, en Rumania).

[129] Sármata, natural de Sarmacia, mencionada por primera vez por Herodoto. Se extendía desde los Países Bálticos hasta el Mar Caspio. La Sarmacia Occidental europea comprendía Rusia y Polonia. La Sarmacia Asiática se extendía hasta el Mar Caspio y el Cáucaso. Hipócrates en el s. V a.C. y Ammien Marcellin, en el siglo IV d. C., representaban a los sármatos como pueblo de tez amarillenta, bajos y gordos. Llevaban una vida nómada y eran excelentes guerreros. El reino de los sármatas fue destruido en los siglos III y IV por los Hunos.

[130] La educación filósofica que Bark recibió en las universidades alemanas de corte romántico y liberal dejó una impronta fundamental como se ha ido anotando. Aunque afirma que sus conocimientos filosóficos no le ayudan a tomar una resolución, se observa la omnipresencia del pensamiento de Schopenhauer que orientará las especulaciones de Orloff en adelante hasta la resolución del conflicto interior. Según Schopenhauer, la voluntad en el hombre es un constante afán de vivir, un perpetuo deseo de satisfacer los apetitos vitales; este afán convierte la voluntad individual en egoísmo. La voluntad es el origen de todo dolor y de todo mal; querer es primordialmente querer vivir, pero la vida no en nunca algo completo y definitiva. Lo que a veces apacigua momentáneamente este perpetuo afán de vida es simplemente la falta de conciencia, el desconocimiento del carácter esencialmente insatisfactorio e irracional del impulso volitivo. Pero la conciencia, que descubre de modo tan claro el dolor de vivir, es a su vez el camino que conduce a su supresión. Esta supresión se efectúa por una serie de fases que van desde la contemplación de las ideas hasta la negación consciente de la voluntad de vivir. La contemplación desinteresada de las ideas es un acto de la intuición genial. El hombre vulgar permanece siempre ante el mundo como un ser inconsciente, que busca sin conseguirla la satisfacción de sus apetencias vitales; el intelectual y el artista, en cambio, llegan a la contemplación de la primeras objetivaciones de la voluntad y, con ello, a su dominio.

[131] *Nirvana,* palabra sánscrita usada por los vedas, pero sobre todo, los budistas en el sentido de extinción o desnudez. Para los vedas significa extinción de las pasiones, el

aniquilamiento de la concupiscencia y la dicha suprema. Ambas escuelas consideran el nirvana como un estado letárgico, en el que el alma individual, desnuda o privada hasta la conciencia, pero sin aniquilarse, halla la redención del dolor y el mal para gozar del perfecto reposo. Este reposo viene a coincidir con la ataraxia de los epicúreos, la apatía de los estoicos y la felicidad en abstracto, la cual es la aspiración suprema de los budistas. Schopenhauer refiere la negación de la voluntad de vivir a la noción budista del nirvana, en donde cada uno se identifica con el todo y, por lo tanto, suprime su individualidad. En este estadio de supresión de sí mismo y sólo en ella puede la calma, para el sabio y el asceta, ser definitiva. Desde su fondo oscuro e irracional, la Voluntad llega a la nada por el camino de su propia renunciación.

[132] Orloff no consigue conciliar la satisfacción de su voluntad con el idealismo romántico y altruista, por lo que apuesta por soluciones positivas, propias de la filosofía del la segunda mitad del siglo XIX. Orloff, como Comte, reacciona en contra de la especulación y el saber metafísico, la intuición directa de lo inteligible, negándose a admitir otra realidad que no sean los hechos, y por lo tanto, apostando, en esta ocasión, por un pragmatismo que le impulsa a la satisfacción de sus deseos personales.

[133] Quizás se refiera en realidad a la torre de la Catedral de San Esteban de Viena, célebre por sus 137 metros en lugar de la cúpula.

[134] Como ya se indicó en la nota 53, Margarita era la protagonista femenina del drama de Goethe, *Fausto,* modelo de Leopoldina por el amor incondicional que ella siente por Orloff.

[135] *Fatum* significa literalmente lo que está dicho, en el sentido de lo que está dicho irrevocablemente y, por lo tanto, lo que tiene que suceder de modo inevitable. El fatalismo es la doctrina que afirma la impotencia de cualquier esfuerzo para modificar lo que fatalmente tiene que ocurrir, ya sea por la predeterminación divina o por el absoluto determinismo de todos los fenómenos. Más que una teoría, el fatalismo es el producto de una actitud práctica, consecuencia de una decisión respecto al dilema metafísico determinismo-libertad. En la acepción que a continuación ofrecerá Orloff, el *fatum* es el resultado del encadenamiento invariable de los fenómenos; en otros términos, es el determinismo científico que se abstiene de todo juicio metafísico o teológico.

[136] A partir de ahora abundarán las críticas sociales que nutrieron el pensamiento de Bark.

[137] El compromiso político de Bark evoluciona de su primer antizarismo a cuestiones más moderadas y universales en relación con su concepto de socialismo positivo y su modelo de República Social por los que realmente luchó durante toda su existencia.

[138] Enrique Heine (1797-1856) conoció a Crescence Eugénie Mirat en 1834 y se casó con ella en 1841, en la iglesia de Saint-Sulpice de París. Se la conocía bajo el nombre de Mathilde Heine como cita Bark.

[139] Xantippe, esposa de Sócrates, célebre por su carácter violento y colérico. Se dice que Sócrates se casó con ella con el único fin de ejercitar su paciencia.

[140] *Filistino,* de *philister,* palabra de la jerga de los estudiantes alemanes para designar al que no ha estudiado en la Universidad. Adquirió los valores peyorativos de vulgar, iletrado, beato y burgués. Es en este sentido los que el término, calcando la forma francesa *philistin,* fue utilizado en España. De nuevo trasluce Orloff su malestar personal

alegando de atributos raza, a la sazón de moda merced al desarrollo de las nuevas ciencias de la sociología y la psicología de la naciones.

[141] Kant fundamenta las obligaciones morales del hombre elaborando una ética sustentada en la razón práctica. Los imperativos o mandatos son principios prácticos objetivos que describen cómo nos debemos conducir. El imperativo categórico es un mandato con carácter universal y necesario: ordena una acción de manera absoluta, prescribe una acción como buena de forma incondicionada, manda algo por la propia bondad de la acción, independientemente de lo que con ella se pueda conseguir. Declara la acción objetivamente necesaria en sí, sin referencia a ningún propósito extrínseco. Para Kant sólo este tipo de imperativo es propiamente un imperativo de la moralidad.

[142] Bark insiste en su sueño internacionalista herencia del cosmopolitismo ilustrado del que emanaría su sueño de una Unión Europea como ya mencionamos.

[143] Sobre el concepto de *fatum* y la evolución del pensamiento del protagonista, consúltese la nota 135.

[144] Las novelas históricas de Alejandro Dumas padre (1802-1870) como *El conde de Montecristo* (1845), *Los tres mosqueteros* (1844), *El vizconde de Bragelonne* (1848), etc. fueron originalmente como series de aventuras en folletín que alcanzaron gran éxito y una importante difusión. A pesar de su éxito, o tal vez a causa de él, la crítica del siglo XIX y parte del XX achacó al escritor gran falta de profundidad en sus historias, sobreabundancia de aventuras, psicologías superficiales, creación de tipos y estereotipos, defectos de estilo tales como diálogos alargados y un estilo populachero. En suma, se le consideró un escritor de novelas de capa y espada para el consumo literario.

[145] *Moloch,* véase nota 78. Sobre la figura y misión del periodista en la sociedad, consúltense las consideraciones de Bark expuestas en la introducción.

[146] *Chinovnikcs:* funcionarios, burócratas.

[147] En junio de 1812, Napoleón I (1769-1821) emprendió la conquista de Rusia por lo que su ejército, de más de 600.000 hombres, cruzó el territorio polaco. De este modo, obligó al zar Nicolás I al replegar sus fuerzas y practicar una política de tierra quemada que, finalmente, fue uno de los factores decisivos de la derrota francesa. Napoleón consiguió apoderarse de Moscú pero no destruir el ejército ruso. Durante su retirada, el ejército francés fue hostigado por los cosacos y los campesinos. Esta campaña significó el inicio del derrumbamiento napoleónico.

[148] El didactismo con el que Bark concibe *Los Vencidos* le induce a apostillar comparaciones como la anterior. En este caso, eleva Moscú a la categoría de ciudad fundadora, como lo fueron Bizancio respecto de la civilización Occidental y de Asia Menor, y Kiev en tanto que primera capital rusa.

[149] Miguel Nikiforovich Katkow (1820-1887), publicista y catedrático ruso. Influido por Hegel, enseñó filosofía en la Universidad de Moscú sólo hasta 1849, por no quererse amoldar a las limitaciones impuestas a la libertad de cátedra. Fundó en 1856 la revista *Russki Wjestnik*, en la que defendió las ideas liberales. En 1861, se encargó de la *Revista de Moscú*, órgano de la universidad. Aunque mantenía contactos con Bakunin, a partir de 1860 se orientó hacia posiciones reaccionarias y eslavófilas. Por ello, realizó campañas a favor de la rusificación de Polonia, Lituania y las provincias del Báltico, y luchó sin tregua en contra del germanismo. Se convirtió en teórico del absolutismo. En

1875, defendió la intervención rusa en los Balcanes para ayudar a Turquía contra los servios y montenegrinos.

[150] Iván Serguiévitch Aksakov, escritor eslavófilo y literato ruso (1823-1886). Sirvió como voluntario en la guerra de Crimea. Trabajó la para la Sociedad Geográfica rusa, aunque pronto abandonó el funcionariado para dedicarse a la literatura y el periodismo. Fundó varios periódicos eslavófilos: *Moscú, La conversación, El Velo, El Día, La Revista de Moscú;* entre los cuales, destaca el diario *Rusia* (1880), por ser órgano oficial del partido eslavófilo y uno de los periódicos de mayor difusión dentro del imperio.

[151] A principios del siglo XIX el sector de la prensa en Rusia vivió un fuerte desarrollo que potenció la fundación de tribunas de todo tipo de tendencias. Bark recoge los títulos de los periódicos más representativos: los prerrevolucionarios *Golos* (1863-1884) y *Novoe Vremya* (1868-1917), que ejercieron una fuerte presión a favor de la democracia, de signo contrario a *Russkiye Vedomosti* (1863-1918) y *Moskovskiye Vedomosti* (1756-1917), ambos de ideología conservada. Los primeros eran propiedad de los monárquicos, defendían el clericalismo aunque acabaron apoyando a los «negros centenarios». De los dos últimos, *Russkiye Vedomosti* (1863-1918) era publicado por un grupo de profesores de la universidad de Moscú y los jefes liberales del Zemstvo (Asamblea local introducida por Alejandro II en su programa de reformas liberales (1864) que funcionaba como órgano para la autonomía provincial. Controlaba la educación, la salud pública, las carreteras y las ayudas a la agricultura y al comercio).

[152] Son famosas las tabernas orillas del mar de la Caleta, o sea, del camino hacia el llamado Palo a Málaga: El Palo, Las Acacias, Caleta, Malagueta y San Andrés.

[153] En estos momentos descubrimos a un Bark romántico bajo la impronta de su fuerte protestantismo. Recordemos que la exaltación de lo individual es una manifestación trasladada desde la concepción de la autonomía individual en lo religioso, según preconizaba la Reforma Luterana. De ahí la tendencia espiritualista, cercana al espiritismo, con la que Bark caracterizó a algunos de sus personajes. Consúltese la nota 10.

[154] Como ya se ha ido apuntando en diversas ocasiones, Bark, pese a defender la emancipación de la mujer como apunta en este pasaje, gustaba del tópico de la mujer romántica, sensible y poética, aunque inferior intelectualmente y dependiente del hombre.

[155] Foncé: *oscuro,* se refiere al tono mate de piel que los franceses atribuyen a la tez española .

[156] Sobre Ticiano y Murilllo , véasen las notas 16 y 17.

[157] *Spanien,* revista ilustrada mensual que Bark fundó a finales de 1887 con Ernest Baron von Ungern-Sternberg. Probablemente, a *Wiener Revue* le sucedió en España la revista *Spanisch-Deutsche Revue* que Bark publicó en España desde noviembre de 1887 hasta avanzado 1889. Consúltese el estudio introductorio.

[158] El puerto de montaña de Brenner, el más bajo de los Alpes centrales (1.372 m), une Italia con Austria entre los macizos de l'Ötztal y los de Hohe Tauern. Las vías de comunicación que lo atraviesan enlazan el Tirol austríaco (Innsbruck, valle del Inn) con Trentino Alto Adige italiano (Bolzano) por el valle del Isarco.

[159] Bark mostró simpatía hacia la raza latina, y en particular, hacia los italianos por haber sido cuna cultural y artística de Occidente. Tras demorarse en otros capítulos

en el proceso de unificación de Alemania en relación con el Imperio austrohúngaro y el Otomano, Bark hará sucinta mención al proceso de unificación italiana. Recordemos que en 1858, Napoleón III se comprometió a ayudar a la causa nacionalista italiana a cambio de recibir el condado de Niza y Saboya. La guerra de Austria contra el Piamonte y Francia en 1859, fue un fracaso para el ejército austriaco (batallas de Magenta y Solferino); pero el temor a que Prusia interviniera a favor de Austria llevó a Napoleón III a firmar con este último país la Paz de Zurich en 1859 y a anexar la Lombardía. En 1861, el reino de Nápoles, tras la expedición de los camisas rojas de Giuseppe Garibaldi de 1860, se integró al reino de Italia. Ese mismo año, Víctor Manuel había sido proclamado rey de Italia y establecido el Parlamento italiano en Turín. Al perder la guerra contra Prusia –este reino se había aliado con Italia–, Austria tuvo que entregar a Italia el Véneto (Paz de Viena). En 1867, Garibaldi intentó apoderarse de Roma, pero la intervención francesa en favor del Papa se lo impidió. La derrota francesa frente a Prusia en la llamada Guerra Franco-Prusiana, privó al papado del apoyo de Napoleón III, posibilitando la ocupación de Roma (1870). En 1871, la unificación de Italia ya se había conseguido y se estableció en Roma la capital del estado parlamentario italiano. Por otra parte, la ciudad del Vaticano se convirtió en el único ámbito de la soberanía papal.

En este período germanófilo, Bark manifestaba profundos sentimientos antifranceses, por lo que una vez más recordará las intervenciones de Bismarck para aislar a Francia diplomáticamente, y en este caso, al configurar la triple alianza cuando Italia se unió en 1882.

[160] Ugo Sogliani, original de Trieste (Italia), escritor y periodista pangermanista que mantuvo posiciones antiprusianas. De 1892 a 1903, trabajó como corresponsal en Berlín del periódico *Il Corriere de la Sera*. Entre sus obras: *Fantasie razionaliste : versi*, (1874), *Tre precursori : Pagine di storia triestina* (1875 y 1921), *Guida practica di Berlin* (1901). *Il Pungolo,* corriere di Milano, 1874-1892.

[161] *Il Pungolo*, periódico publicado en Milán y Nápoles entre 1852 y 1892 aproximadamente.

[162] Eduardo Sonzogno (Milán, 1836-1920) célebre editor italiano, fundador de *Il Secolo (*1881- 1927), el periódico político de mayor difusión en Milán, *Capital*, editado en Roma; *l Emporio Pittoresco, Spirito Folleto, Novità, Tesoro delle Famiglie, etc.* Editó importantes colecciones populares de literatura clásica y romántica a precios módicos.

[163] El periódico conservador *Il Corriere de la Sera,* salió a la luz en Milán en su primera serie de 1876-1945, es uno de los diarios que todavía se publica y ha ejercido gran influencia en la vida nacional italiana. *La perseveranza: giornale del mattino,* Milán, 1860-1922.

[164] Ernesto Masi, historiador italiano (1837-1908). Estudió leyes y fue sucesivamente profesor auxiliar de historia moderna del Instituto de estudios superiores de Florencia, funcionario del Ministerio de Instrucción Pública e inspector oficial de estudios. Colaboró en la *Nuova Antologia* y escribió numerosas obras sobre historia y teatro.

[165] Félix Cavalotti (1842-1898), literato y político italiano. Desde los diecinueve años fue un luchador ardoroso e incansable, en las filas de Garibaldi, y después desde la prensa y el Parlamento, combatió a los prevaricadores. Figuró en el grupo socialista republicano e irredentista, sin que por ello dejara de ser gubernamental. Renunció en

varias ocasiones al cargo de diputado. Escribió teatro y poesía. *I pezzent i* (1871), *Poesie Pohtiche* (1871), *Alcibiade* (1874), *Manzoni* y *Emmanuele* (1875), *Anticaglie* (1879) y *Agatodémon* (1891) son algunos de sus títulos.

[166] Condesa Bludow o Bloudoff, esposa del conde Dimitri Nicolaïewitch, diplomático y estadista ruso (1785-1864). Fue secretario de Estado, presidente del Consejo de ministros y consejero íntimo de Nicolás I y Alejandro II. Fue un hábil diplomático y político que defendió la autocracia y el régimen absolutista. No obstante, publicó una serie de *uczses* para mejorar la suerte de los siervos, e hizo redactar los proyectos del código de procedimiento civil y militar para aumentar las garantías del acusado.

[167] Mauricio Vidal fue miembro de la Asociación de la Prensa. Además de escribir en *El Diluvio,* trabajó como corresponsal en Madrid de *La Depêche du Temps* (1903).

[168] *Condottiere:* En Italia, en un principio, se llamaba así al jefe de una banda de mercenarios reclutados para hacer la guerra al servicio de quien mejor les pagase. Más tarde, se hizo extensivo este nombre a los mercenarios en general y a los guerrilleros que prestan auxilio a las tropas regulares.

[169] Bark sintetiza algunas de sus observaciones sobre la psicología del alma española que desarrolló después en su bibliografía, como por ejemplo, en *Wanderungen in Spanien und Portugal*, op. cit., y *España y el extranjero. Estudio y comparaciones y fragmentos literarios de un cosmopolita,* Madrid, Impta. La Publicidad, 1888; estudiados en la obra ya citada, *Ernesto Bark, un propagandista ...*

[170] La intolerancia religiosa fue uno de los temas predilectos de Bark al que dedicó numerosos artículos y folletos, como por ejemplo, *La intolerancia en España*, Madrid, Biblioteca-Hispano-Alemana, 1888

[171] *Modus vivendi,* modo de vivir, regla de conducta, convenio, régimen o transacción que se establece entre dos partes contrarias, dos Estados o dos regiones de una misma nación cuyos intereses son encontrados para la conciliación de los mismos, sin detrimento de los unos ni de los otros.

[172] Para Bark, la *gente nueva* eran los modernistas, entendido en el sentido lato y primigenio del término, quienes encarnaban «la protesta de los jóvenes contra los viejos, del espíritu contra la reacción». Su juventud radica en su actitud rebelde y no en edades biológicas, en su actitud rebelde contra lo establecido, contra el materialismo, los valores burgueses y todo aquello que tuviese reminiscencias conservadoras. En Bark, *Modernismo,* Madrid, Biblioteca Germinal, Imprenta de Pérez y Compañía, 1901, p. 5; París, Luis, *Gente Nueva,* Madrid, [s.a.]; Thion Soriano-Mollá, Dolores: «Gente Nueva versus Gente Vieja: José Martínez Ruiz, un hijo del siglo del Modernismo», en *Azorín y la Generación de 98*, Murcia, Universidad de Murcia, 1988, pp. 147-168; «La Gente Nueva del fin de siglo», *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas,* Madrid, Castalia, 2000, pp. 425-433

[173] Alejandro Sawa , quien nos ofrece el retrato más completo de Bark, lo presentaba en los términos siguientes: «Ernesto Bark, que lleva una llama por pelos en la cabeza, y cuyos ojos árticos lanzan miradas de fuego que ignoran las más ardientes pupilas meridionales, me produce, por efecto puramente material, por sensación física, el efecto de un hombre de los trópicos, que con el cerebro en fuego viniera a comunicarnos sus ígneas

impresiones arreboladamente. Yo afirmo su sinceridad estética y filosófica; pero me deslumbra la llama de ese terrible penacho de pelo rojo que arde en su frente.

Nació en Riga o en Dorpart, allá por las vecindades del polo y a mí se me antoja, por su perenne fantasear, un ciudadano de nuestras tierras soleares del mediodía», Sawa, Alejandro, *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, 1910 y Alhambra, 1977, p. 35.

[174] Efectivamente, Bark fue corresponsal de la *Gaceta de Frankfurt* en España.

[175] Alberto Insúa en sus *Memorias* recuerda aquellas clases «muy provechosas» y poco caras: «Éramos media docena de alumnos. En el aula –un gabinete muy pequeño, sin esteras y con sillas de enea–, alguna noches se notaba demasiado frío, y el profesor, frotándose las manos bromeaba:

–Más hace en Siberia..... Si ustedes hubieran estado en Siberia....»

Al enterarse de las aficiones literarias de Insúa, Bark le regaló alguno de sus libros pero el peculiar aspecto de Bark, «pobre diablo... con el pelo rojo, su barba enmarañada y su chaqué brillante por el uso», restaban valor a sus argumentos nihilistas amenazantes, los cuales, creaban hilaridad en el joven, más que asustarlo: «Yo creo –pensaba Insúa– que si don Ernesto pudiera comprarse ropa y poner una estufa en su casa pensaría de modo muy distinto. Tal vez me equivocaba y se tratase de un convencido apóstol de la sociedad futura cantada por su Bakunin y su Kropotkin. Pero, siéndome como me era muy simpático, me resultaba totalmente imposible tomar en serio la figura y las teorías políticas de mi curioso profesor de francés», *Memorias*, Madrid, Ed. Tesoro, 1952, pp. 344-345.

[176] En este capítulo, Bark plasma ficticiamente la madurez moral y psicológica de su protagonista. Tras haber meditado en otros capítulos sobre la concepción de la vida como dolor, lucha e irracionalidad y la voluntad del vivir de Schopenhauer, Orloff afirma con mayor vehemencia su voluntad de vivir. Pero, no sólo se opone ahora a las causas de destrucción personal y colectiva, sino que intenta superarlas de manera activa, a imagen del Dionisos nitzscheano, dionisiaco de Nietzsche. Se esboza ya la imagen del superhombre en el sentido que proclama la superación, la afirmación de la voluntad fuerte y creadora que acepta la voluntad del poder, la subversión de los valores y sistemas políticos dominantes, pese a las dificultades y marginación social que Orloff apunta.

[177] Bark, joven educado y endurecido por las experiencias de vida, se identifica en esta escena con Emilio Zola, quien conoció vicisitudes familiares y financieras semejantes tan dolorosas como las suyas en la primera parte de su vida. Las reuniones con los demás escritores franceses de nombradía, citados por el narrador, remiten a las célebres Soirées de Médan organizadas por Zola.

[178] Asunto que Bark desarrolló en *Estadística Social*, Barcelona, M. Zorio, Lezcano y Cía, 1903.

[179] Rafael Ginard de la Rosa (1848-1918), doctor en Derecho y literato, director de *El Diario* Español y *El Porvenir* (1883-1884), *El Progreso* (1886) y *El País* (1891); colaborador de *La Ilustración Española y Americana* y *El Popular* (Málaga, 1903; director de *España Nueva* (1917); y de la Asociación de la Prensa (1898). Colaboró además en periódicos de China, Egipto, India y Filipinas. Llevó una vida aventurera y caballeresca y de ideales noblemente republicanos. Fue secretario de Ruiz Zorrilla por lo que participó en diversas intentonas republicanas procesos y tuvo que emigrar a Ginebra (1883) y Londres (1884)... Al morir Ruiz Zorrilla se alejó de la política para dedicarse a la poesía y la

traducción. Hablaba perfectamente francés, inglés et italiano, y por sus visitas a Filipinas llegó a dominar también el tagalo. Entre sus obras destacaremos: *Melodías de otros climas, poesía lírica* (1876); *Tragedias de mar y tierra: Recuerdos y narraciones del Oriente* (1881); *El gran galeoto,* (1882); *Fin del mundo,* y *Hombres y otras obras* (1895).

[180] Pese a sus resoluciones en materia moral, la experiencia del amor conducirá de nuevo a Orloff hacia el idealismo espiritualista. Bark siempre intentó conciliar sus reivindicaciones positivas y científicas en materia de reformismo social, con los espiritualismos psicológico (como la afirmación del primado del espíritu en la explicación de los fenómenos psíquicos) y metafísico (como la afirmación de que el mundo se halla constituido, en su fondo último, por lo espiritual). Bark, siguiendo a Nietzsche, refuta el objetivismo de la ciencia frente a la intuición humana. Por ello, de ahora en adelante abogará por el empirismo de Locke y Hume y la crítica a la razón de Kant, para penetrar por los cauces del espiritismo y las nuevas ciencias en boga a finales del siglo XIX, tales como la psicología, el hipnotismo y el magnetismo .

La doctrina filosófica empirista se desarrolló en Inglaterra en parte del siglo XVII y el siglo XVIII y considera la experiencia como la única fuente válida de conocimiento. El empirismo supone una crítica a los racionalistas. La razón por sí misma no tiene fundamento y funciona a partir de supuestos. Sólo el conocimiento sensible nos pone en contacto con la realidad. Teniendo en cuenta esta característica, los empiristas toman las ciencias naturales como el tipo ideal de ciencia, ya que se basa en hechos observables. Por tanto, sólo se considera válido los conocimientos adquiridos mediante la experiencia. Los empiristas entienden por ideas todo aquello que es objeto de conocimiento; Locke incluirá las percepciones, mientras que Hume no. Tanto Locke como Hume admiten un subjetivismo del conocimiento y sostienen que no conocemos realmente la realidad, sólo las ideas sobre ésta.

[181] La valoración de lo misterioso es otro de los rasgos del *Sturm und Drang*, como un componente de los hechos que ocurren con prescindencia de la lógica racional. Por ello, los autores frecuentemente acuden a la fuente de las leyendas y supersticiones populares que además representan un recurso de extracción nacionalista alemana.

[182] La filosofía de David Hume (1711-1776) reduce los principios racionales (entre otros la casualidad) a asociaciones de ideas que el hábito y la repetición van reforzando progresivamente hasta llegar, algunas de ellas, a adquirir una aparente necesidad. Por lo tanto, las leyes científicas sólo son para los casos en que la experiencia ha probado su certeza. No tienen, pues, carácter universal, ni es posible la previsibilidad a partir de ellas. La sustancia, material o espiritual no existe. Los cuerpos no son más que grupos de sensaciones; el yo no es sino una colección de estados de conciencia. Es el fenomenismo. Sus principales obras son: *Tratado sobre la naturaleza humana; Investigación sobre el entendimiento humano; Investigación sobre los principios de la moral.*

[183] John Locke (1630-1704) realiza la formulación clásica del empirismo inglés. Parte del principio de que todo conocimiento, incluso el abstracto es adquirido, y se basa en la experiencia, rechazando las ideas innatas. El objeto de conocimiento son las ideas, definidas como contenido del entendimiento y sin ningún carácter ontológico, ya que son el resultado directo de la sensación o la reflexión (ideas simples), o el resultado de la actividad asociativa de la inteligencia humana (ideas compuestas). No representa un empirismo radical y acepta el conocimiento por demostración, no fundamentado en la ex-

periencia, (como la demostración de la existencia de Dios por el argumento cosmológico o teleológico), y la validez de conceptos originados por el sujeto (como los matemáticos o geométricos). Sus obras más importantes son: *Ensayo sobre el entendimiento humano; Tratado sobre el gobierno civil; La racionalidad del cristianismo.*

[184] Kant concilia la oposición entre racionalismo y empirismo porque no le satisface completamente ni una ni otra filosofía. El racionalismo salvaba el valor universal y necesario del conocimiento, pero se alejaba de la realidad por no admitir la experiencia. Por el contrario, el empirismo había convertido el conocimiento del mundo en una creencia sin posible justificación racional. Kant decide desarrollar una filosofía, que integrando lo mejor de una y otra, supere a ambas, y lo hace con una teoría que conceda su legítimo valor a la experiencia defendiendo la universalidad y necesidad del conocimiento científico.

Para Kant hay un error fundamental en el racionalismo y en el empirismo, que les impide dar una explicación satisfactoria al conocimiento y su validez científica. Ese error además lo han cometido todas las filosofías precedentes: Se ha creído siempre que en el conocimiento el sujeto debe acomodarse al objeto. Como los resultados son negativos hay que cambiar el planteamiento, haciendo que el objeto se acomode al sujeto. Así pues, el sujeto (sus facultades y sus leyes) será el centro de la explicación y justificación del conocimiento (pero se aleja del sujeto de Descartes porque no posee ideas innatas). Por consiguiente necesita adquirir, por y desde la experiencia los contenidos de su conocimiento como afirma el empirismo. Pero Kant va más allá: La experiencia entrega materiales de conocimiento dispersos, que a lo sumo (siguiendo a Hume) se unen por leyes empíricas de asociación que carecen de universalidad y necesidad. Éstas son puestas por el sujeto al reducir a la unidad (a síntesis) la pluralidad dispersa que aporta la experiencia. En conclusión, conocer objetivamente es para Kant sintetizar lo dado en la experiencia con lo puesto por el sujeto, es decir, establecer juicios científicos.

[185] Bark comulga con la tendencia liberal democrática y moderada que representa Hipólito Taine (1828-1893), la cual, enjuiciaba el desarrollo de las fuerzas políticas y sociales en relación con los valores espirituales y morales y repudiaba los excesos del jacobinismo inspirado en la Revolución Francesa de 1789. En *Orígenes de la Francia contemporánea* (1875-1894), Taine hizo la crítica más virulenta de la Revolución: atacaba la mentalidad clásica, deductiva y matemática cuyo principal representante fue Robespierre, reducía el fenómeno revolucionario a la empresa de una minoría perversa e insistía en el papel de la multitud manipulada por el pueblo. Asimismo, consideraba que la Revolución causó todos los conflictos presentes en las sociedades contemporáneas.

[186] *El Globo* (1875-1921), órgano del Partido republicano posibilista de Emilio Castelar. Siguió la evolución de su inspirador hacia una progresiva integración en el régimen. Alcanzó gran difusión a partir de 1881, con la llegada de Sagasta al poder y los repetidos intentos de unión entre republicanos.

[187] Joaquín Martín de Olías (1842-1900), político y periodista. Fue miembro del Partido posibilista y diputado a Cortes. Publicó diversas obras de carácter histórico-político: *Influencia de la religión católica, apostólica y romana en la España contemporánea: estudio de economía social* (Madrid, 1876), y *Políticos contemporáneos: estudios biográficos* (Madrid, 1876-1877). Perteneció a las redacciones de los periódicos: *La Tribuna* y *El orden*. Fue director de *La Justicia Social* y *El Globo.*

[188] Rasgo del carácter romántico impulsivo que caracterizaba a Bark, quien adoptaba resoluciones rápidas que pudieran incluso ser contrarias a las indicaciones de lo racional, en base a la presión emocional de obtener resultados rápidamente o cambiar el curso de la acción.

[189] Frente a la imagen sensiblera de la mujer que en sus efluvios poéticos recreaba Orloff, aquí reivindica de nuevo el papel activo de la mujer en el matrimonio aunque siga subordinada al esposo.

[190] Francesco Petrarca (1304-1374) dedicó el *Canzoniere* a su musa Laura de Noves, obra que se considera el canon poético renacentista y hace de Petrarca el punto de arranque de la poesía europea. El cancionero, compuesto a partir de 1330 y hasta la muerte del poeta, consta de más de 300 composiciones, la mayoría de las cuales tienen como tema su amor por Laura. Aunque la relación con los poetas del *dolce stil nuovo* y con Dante es obvia, Laura ya no es la *donna* angelical, sino una mujer poco idealizada, y Petrarca no es otro que un hombre enamorado y desesperanzado por la imposibilidad de tener a la amada por ser una mujer casada. Laura representa pues el amor frustrado romántico.

[191] Dante Alighieri (1265-1321) fue el poeta más representativo del *dolce stil nuovo* que se caracterizaba por la dulzura de la expresión y por una apuesta por el enriquecimiento técnico y temático, en particular, sobre el tema del amor (heredado de los trovadores medievales). El amor es símbolo de una vida nueva y distintivo de la nueva clase social dominante que manifiesta su nobleza no en su sangre sino en su manera de amar. Asimismo, el amor es percibido por Dante en su *Vita Nuova* como representación de lo divino, encarnación de lo ideal y espiritual por encima del mundo de los amores humanos. La *donna,* la mujer amada, Beatrice, aparece entre la gente rodeada de alabanzas, celestialmente pura y bienaventurada, en una esfera de trascendencia tal, que cumple una función de centro de cielo equiparable a los ángeles.

[192] *Tomarse los dichos:* Manifestar ante la autoridad competente su voluntad de contraer matrimonio canónico.

[193] Bark imita el tipificado modelo de amor romántico con su escenografía, motivos y temas para enaltecer su pasión.

[194] Movimiento romántico: el impulso creador del artista es visto como una manifestación de la individualidad a través de sus sensaciones, su inspiración, las visiones de la intuición y la influencia del amor. Lo esencial de la poesía consiste en una emancipación del espíritu, una especie de confesión íntima, que bucea en lo más singular del individuo y del alma de los pueblos. Bark exalta el valor de la poesía y especialmente de la música en cuanto suscita la contraposición entre la emotividad y la racionalidad en muchos otros órdenes de la vida.

[195] Ver nota 190.

[196] Un elemento muy presente en el romanticismo alemán, con fuerte influencia de índole religiosa vinculada al luteranismo, fue la exaltación del individuo; la independencia en cuanto a la fe religiosa frente a la presión del dogmatismo. La educación protestante de Bark propiciaba el individualismo y la afirmación de la libertad esencial de su espíritu. Por consiguiente, le resultó fácil entrar en contacto con los movimientos librepensadores y la masonería desde su llegada a España. Obsérvese la recurrencia de términos que Bark utiliza en estas páginas en relación con los conceptos masónicos de

universalidad, filantropía, moral universal, tolerancia religiosa, deberes familiares. Aquellos proyectos de Orloff, antes revolucionarios, tendrán por divisa la libertad, igualdad, fraternidad, pero defienden ahora la solidaridad, la mejora de la condición social por medios lícitos y especialmente por la instrucción, el trabajo y la beneficencia, lo que corresponde, en suma, al librepensamiento masónico.

[197] Ernesto Renan (1823-1892) escritor y orientalista, inició estudios eclesiásticos, pero antes de ordenarse renunció al sacerdocio por sentirse sin vocación y falto de fe para continuar en el seno de la Iglesia. Dio clases en el Colegio de Francia y fue miembro de la Academia Francesa y de Inscripciones. Creía en el individuo y valoraba la ciencia por encima de la religión. Su obra *Vida de Jesús* (1863), primer libro de *Historia de los Orígenes del Cristianismo* (1879), causó cierta discusión por su trasfondo heterodoxo. En ella, Renan negaba los fundamentos divinos del Cristianismo, lo cual fue motivo de la suspensión de su cátedra. En *Lettres à mes collègues*, motivada por su destitución, hace alarde de una tendencia naturalista en la formación de la historia de las religiones. También escribió: *Recuerdos de la infancia y la juventud* (1892), e *Historia del pueblo de Israel* (1887-1894).

[198] *Mártir del Gólgota:* Jesucristo.

[199] Los afanes didácticos de Bark suscitan las enumeraciones que el narrador realiza para apoyar la veracidad de su aserto.

[200] Efectivamente, Bark se convirtió al catolicismo y contrajo matrimonio religioso con Matilde Cabello el 15 de enero de 1885 en la Iglesia del Sagrario de Málaga. Archivo Histórico Diocesano, Obispado de Málaga, Leg. 520, Libr. 21 de matrimonio, folio 140.

[201] Martín Lutero (1483-1546), teólogo y reformador protestante. En la universidad de Erfurt conoció a Erasmo, ingresó en el convento agustino de dicha ciudad. Fue ordenado sacerdote (1509) y se doctoró en teología en Wittenberg (1511) y desempeñó el cargo de vicario general de los agustinos de Alemania... Durante estos años va desarrollando sus teorías teológicas. Lutero es tachado de hereje debido a su concepto de Iglesia y su opinión de que la fe es lo único que justifica las acciones de los hombres, fe en el testimonio de la Sagrada Escritura y en el testimonio del Espíritu Santo. Según Lutero, la Iglesia con sus ceremonias y sus sacramentos no fomenta la fe, admitiendo sólo tres: penitencia, bautismo y comunión. Se enfrentó con la Iglesia romana por condenar el pecado de simonía cometido por el Papa, que vendía indulgencias a cambio de limosnas y donaciones para terminar la construcción de San Pedro del Vaticano. En Alemania los dominicos defendían al Papa y amenazaron a Lutero. Éste terminó por refugiarse en Wittenberg, bajo la protección del elector de Sajonia, Federico. Allí pudo al fin publicar sus 95 proposiciones (31 de octubre de 1517) contra la autoridad del papa, los votos monásticos, el celibato, el culto a los santos, dogmas como la transubstanciación, el purgatorio y la eucaristía. Finalmente, expuso su teoría acerca de la justificación por la fe. En Roma, el papa León X condenó a Lutero con la publicación de la bula Exsurge domine a lo que éste contestó tildando de Anticristo al pontífice. La bula era quemada por el monje el 10 de diciembre de 1520 y el pontífice le excomulgaba. La división entre la Iglesia romana y Alemania estaba abierta. La convocatoria de la Dieta de Worms, en 1521, bajo la presidencia de Carlos V intentó suavizar la tensión, llamando a Lutero a declarar ante el emperador el 16 de abril. El monje no se retractó de sus escritos ni de sus actitudes por lo que fue declarado proscrito, ordenando que sus libros fueran quemados y enviándole a la cárcel. Federico

de Sajonia se convirtió en su máximo defensor y refugió a Lutero en el castillo de Wartburg. Desde ese momento se dedicó a la traducción al alemán de la Biblia, instrumento fundamental para su concepción religiosa. Lutero abandonó a su protector y se refugió en la universidad de Wittenberg donde continuó su enseñanza de la Biblia y orientó el movimiento reformista. La convocatoria del Concilio de Trento por el papa León X será contestada por Lutero con el escrito *Contra el Papado romano* al tiempo que iniciaba una predicación contra el papado por todo el territorio alemán. Tradujo al alemán la Biblia y la comentó. Escribió *Exhortación a la paz* (1525), el *Catecismo alemán* (1529), entre otras obras. Cansado, con la salud muy debilitada –debido a una lesión en la artera coronaria– y en parte decepcionado, los últimos años de Lutero le trajeron enfrentamientos con sus seguidores.

[202] Juan Knox (1505-1572), reformador escocés de riguroso puritanismo. Director de la iglesia presbiteriana. Su influencia en Escocia fue tan grande que obligó al Parlamento escocés a que adoptase la confesión de fe calvinista y organizó la Iglesia escocesa en dicha doctrina con su *First book of dicipline*. Sus desavenencias con la reina María Stuart le condujeron a organizar numerosos motines populares contra los reyes e instigar para su ejecución. De sus escritos, citaremos: *Letter to the queen dowager* (1556), *Book of Commun Prayer, Treatise ou Predestination, The first blast of th trumpet against the monstruos regimnt of women* (1558), *The history of the reformation of the religioun within the Realme of Scotland.*

[203] Juan Calvino (1509-1564), hijo del secretario del obispado de su ciudad natal, cursó estudios de humanidades en famosos colegios parisienses y más tarde de leyes en las universidades de Orleáns y Brujas, donde tuvo como maestros a importantes pensadores de la época. En 1532, Calvino evidenció sus sólidos conocimientos de latín e historia con su edición del tratado de Séneca *De clementia* (*Sobre la clemencia*). Poco después, se convirtió al protestantismo, pero cuando el grupo de teólogos reformadores al que pertenecía fue ilegalizado en Francia, abandonó París. Calvino se instaló en Suiza, y allí publicó, *Christianae religionis institutio* (*Instituciones de la religión cristiana*). Se trataba de un brillante resumen de las doctrinas protestantes. Postulaba la predestinación de los elegidos, rechazaba los sacramentos tal como los entendía el catolicismo y esbozaba un nuevo esquema de organización para la nueva forma del cristianismo. Con esta obra, traducida al francés en 1541, Calvino se convirtió en uno de los principales teólogos protestantes. Tras un breve viaje a Italia –donde mostró su talento político para atraer el apoyo de los poderosos hacia el protestantismo–, fue invitado a Ginebra. La ciudad había adoptado recientemente el protestantismo, como consecuencia de una rebelión de los burgueses contra el obispo, pero carecía de una doctrina y una organización. Calvino permaneció allí dos años, pero elaboró un código litúrgico y moral tan severo que fue expulsado por el consejo ginebrino. Desde 1538 hasta 1541 residió en Estrasburgo, donde creó una nueva liturgia y asentó nuevas instituciones parroquiales, al tiempo que dirigía personalmente una congregación. Participó en varios concilios entre católicos y protestantes y conoció a importantes teólogos luteranos como Melanchton y Martín Lutero. Mientras tanto, Ginebra se debatía entre el caos interior y la amenaza católica externa, y volvió a llamar a Calvino. Éste, a su regreso, aplicó sus ideas religiosas, de gran austeridad, y por medio de las Ordenanzas eclesiásticas organizó la iglesia de Ginebra, que sería la base de todas las iglesias del protestantismo reformado. Durante los años siguientes, tras eliminar a todos sus opositores –sin dudar en ejecutarlos cuando lo consideraba preciso–, Calvino se convirtió en rector absoluto de Ginebra, tanto en el aspecto religioso como en el econó-

mico y político. A partir de 1550 se dedicó sobre todo a apoyar a otros grupos protestantes afines a sus tesis y a proporcionar coherencia a su doctrina. En 1559, apareció la versión latina definitiva de las *Instituciones*, en donde establecía sus diferencias teológicas con el luteranismo. Bajo su influjo, y el de la academia que fundó en Ginebra, esta ciudad se convirtió en el centro principal del protestantismo europeo.

[204] David Federico Strauss (1808-1874), teólogo y escritor alemán, Repetidor de Teología en Tubinga, donde explicó la filosofía de Hegel. Su *obra Das Leben Jesu Kritischbearbeitet* (1835) produjo gran sensación en su época. Filósofos, teólogos, historiadores y críticos se ocuparon de su doctrina, la mayor parte para combatirla, algunos para defenderla. Esta *Vida de Jesús* vino a señalar la escisión de las filas hegelianas y la creación de un grupo radical en religión y política, que representaron, al lado de Strauss, Feuerbach, Stirner y Karl Marx. En sus obras pretendía fundar sobre nuevas bases la exégesis, la crítica y la historia de los dogmas. Utilizó todos los recursos de la crítica para interpretar los textos dudosos en un sentido contrario. Fundándose en las ciencias arqueológicas, aplicó el principio del mito a todo el contenido de la historia evangélica: Cristo era la humanidad hecha carne, y en Él se representaban todos los mitos de las demás religiones. Los evangelistas eran relatores creyentes y sinceros de esta tradición mítica. Las obras de Strauss señalan el momento culminante de dos actitudes características del primer tercio del siglo XIX en la filosofía alemana: el criticismo, obra de Kant, y el panteísmo, fruto de sus continuadores, de Fichte a Scleiermarcher.

[205] Carlos Warren Currier (1857-1918). Fue ordenado el 24 de noviembre de 1880 en Amsterdam, Holanda, obispo titular de Etalonia, vicario apostólico de Surinam. Trabajó de misionero en la Guayana Holandesa de 1881 a 1892. En noviembre de 1891 salió de la congregación redentorista. Trabajó pastoralmente en la archidiócesis de Baltimore, Md., Estados Unidos, desde 1894 hasta 1913, promovió del Catholic Summer School of America, que fue representando en los Congresos internacionales de americanos, y fue durante algún tiempo párroco de St. Mary's en Washington, D.C. El 25 de junio de 1910 fue elegido obispo de Zamboanga, Filipinas, pero no aceptó. Publicó numerosos estudios, entre ellos: *Carmel in America* (1890), *History of religious orders* (1894), *The divinity of Christ* (1898) y *Lands f the Southern Cross* (1911).

[206] Juan José Ignacio von Döllinger o Doellinger (1799- 1890), teólogo e historiador eclesiástico de gran influencia en la Iglesia católica en el siglo XIX, pero que murió separado de ella. Desde 1820 fue catedrático de derecho canónico e historia eclesiástica en Aschaffenburg. En 1826, la recién creada Universidad de Munich pasaría a ser el centro de sus actividades como elocuente profesor, valiente polemista y escritor de primer orden que llamó la atención de los primeros sabios católicos europeos. En la Cámara de los diputados, defendió la libertad de la Iglesia y abogó por la santidad del matrimonio y del celibato eclesiástico. Expulsado de la cátedra y excomulgado por una escándalo de la corte, inició una intensa campaña con sus interpretaciones personales sobre la inhabilidad y supremacía del papa, el dogma de la Inmaculada, la Inquisición española y romana. Entre sus numerosos títulos, destacan: *Die Eukaristche in den drei ersten Jahrhunderten* (1826), *Die Reformation* (1846-48), *Christenthum und Kirche* (1860), *D. Papst u. d. Konzil* (1869), *Das Paspttum* (1891), etc.

[207] José Pulido Espinosa fue un escritor religioso nacido en Badajoz el 2 de junio de 1808. Estudió latín, humanidades, filosofía y teología en el Seminario de San Athon y, derecho civil y canónico en la Universidad Central. En 1831 se presentó a oposiciones a los

curatos de órdenes militares, ganando en aquel concurso el curato de San Carlos del Valle, parroquia del Santo Cristo de la orden de Santiago en la Mancha, en cuyo desempeño le cogió la muerte de Fernando VII. Se decidió por la legitimidad de su hija doña Isabel II y predicó en varios pueblos el sermón llamado de la proclamación. Desempeñó la cátedra de arqueología bíblica en Madrid. Fue catedrático del Colegio General Militar, Vicario General Castrense, director del Monte de Piedad, capellán mayor de las Descalzas Reales. Fue nombrado capellán de honor de la reina Isabel II en 1847. Realizó tareas como censor eclesiástico. Entre sus obras destacan: *Preliminares del derecho político eclesiástico* (1849), *El misal romano* (1852), *El libro de la confesión y comunión* (1856), *La armonía entre la religión y la ciencia* (Madrid, 1883)

[208] La figura de Enrique IV representa la ambigüedad política existente en Francia durante el Renacimiento. Hijo de Antonio de Borbón y Juana de Albret de Navarra, fue uno de los principales líderes hugonotes que asediaban a la monarquía francesa de los últimos Valois. Para frenar la iniciativa protestante, se ofreció a Enrique la mano de Margarita de Valois –la famosa reina Margot– en matrimonio, enlace que no cumplirá sus objetivos. Enrique IV, quien pensaba que «París bien vale una misa», se convirtió al catolicismo para ser proclamado rey y poner fin a los conflictos religiosos que asolaban el país desde mediados del siglo XVI.

[209] Henrich Heine (1799-1856) perteneció, como toda su familia, a la religión judía. Abjuró de ella para convertirse al protestantismo en 1825, lo cual resultaba un tanto paradójico puesto que defendía, desde un punto de vista doctrinal, el escepticismo y la ironía. De todos modos, había recibido su primera educación en el colegio católico del convento franciscano de Dusseldorf.

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

LITERATURA Y CRÍTICA /20

Dolores Thion Soriano-Mollá, profesora en la Universidad de Nantes, recibió el Premio extraordinario de tesis de la Universidad de Alicante con una primera monografía publicada por el Instituto de Cultura Juan Gil Albert, *Ernesto Bark, un propagandista de la Modernidad (1998)*. Aunque el estudio de dicha figura y el Grupo Germinal constituyen una línea constante en sus investigaciones, ha dedicado numerosos trabajos a la literatura y la cultura de entresiglos, a Azorín, Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán. Entre otros citaremos: *Bibliografía hispánica del inventario de la Colección Auguste Rondel* (1999), *José Lázaro y Emilia Pardo Bazán: De los lances de amor a la aventura cultural* (2003), así como la edición de *La bolita de marfil* (2002) de Azorín.

Fue en Alicante, bajo la inspiración del *rumor de las olas del mar*, y en la prensa local donde nacieron casa uno de los episodios de *Los Vencidos*, una novela autobiográfica del estonio-ruso Ernesto Bark von Schultz. El lector acompañará a su *alter ego,* el joven revolucionario Erico Orloff, en un azaroso viaje de Rusia a España a finales del siglo XIX. El compromiso político y la aventura amorosa constituyen la trama de esta novela donde los ecos de las crisis históricas y los cambios políticos auguran ya las futuras democracias modernas y la construcción europea. Viaje e historia, amor e ideología, política y periodismo quedan perfectamente imbricados en el itinerario iniciático de este joven que quiso a España como madre patria y tuvo la audacia de componer una novela en su lengua de adopción.

ISBN 847784461-5
9788477844617